

Un lazo color lavanda

Heather Burch



TRADUCCIÓN DE JORDI CASTELLS

amazon crossing 

*Un lazo color
lavanda*

HEATHER BURCH

*Un lazo color
lavanda*

Traducción

Jordi Castells

amazoncrossing 

Título original: *One Lavender Ribbon*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2014

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Abril, 2016

Copyright © Edición original 2014 por Heather Burch

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016 traducida por Jordi Castells

Imagen de cubierta © itanistock/Alamy Stock Photo

Diseño de cubierta por Pepe *nymi*, Milano

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503933910

www.apub.com

ACERCA DE LA AUTORA

Heather Burch vive cerca de la playa, en el sur de Florida. Dedicada plenamente al oficio de escritora, publicó su primera novela en 2012, con la que obtuvo críticas favorables de *USA Today*, *Booklist Magazine*, *Romantic Times* y *Publishers Weekly*. Heather es la única mujer en su casa, por eso siente fascinación por las relaciones que se crean entre los hombres, especialmente entre los que son soldados. Su propósito en la vida es contar historias inolvidables sobre la guerra, el compromiso y la pérdida. Historias que hagan suspirar a tu corazón.

Otros libros escritos por la autora:

Halfings

Guardian

Avenger

Querido John:

Soy escritora. Las palabras me dan vida y, sin embargo, ahora no encuentro las adecuadas para decirte cuánto te aprecio, te necesito y te amo. Si lo que escribo es bueno, es gracias a ti. Si mis palabras trascienden el papel en el que están impresas y alcanzan el corazón del lector, es porque tú has alcanzado el mío. Aunque viva mil años, seguiré sin encontrar las palabras para expresar lo que siento por ti.

Tu esposa,

Heather

Prólogo

En la actualidad

Will se sentó en primera fila. No le hacía falta darse la vuelta para saber que la sala estaba llena. Un silencio incómodo llenaba el aire, provocado por la sensación inconfundible que crea una multitud apretujada que acude para rendir los últimos honores, unida por el dolor de la tensión compartida.

Echó un vistazo a sus dedos. Había enrollado el pequeño recordatorio, un gesto nada apropiado para un funeral. Will se tragó el nudo que tenía en la garganta. Los hombres no lloran. Pero eso no le preocupaba demasiado, estaba seguro de que podría mantener sus emociones a una distancia prudente y razonable.

Hasta que una pequeña mano se deslizó en su palma.

—Papi, ¿estás triste?

Dos grandes ojos oscuros parpadearon en una carita angelical con el ceño fruncido.

Eso lo desarmó.

Will se aclaró la garganta en un intento inútil por sobreponerse a ese arrebató de emoción que destruyó la poca compostura que aún quedaba en él.

—Sí, nena. Papi está triste.

El rostro de la niña reflejó aún más pena. Sus ojos se oscurecieron y se le llenaron de lágrimas.

—Entonces, yo también estoy triste.

Will se agachó y alzó a la niña en brazos. Ella intentó mirar dentro del ataúd, solo por un instante, luego se volvió y rodeó el cuello de su padre con los bracitos. Él la estrechó contra su cuerpo. De no ser por la persona difunta, ahora no tendría este tesoro. La música llenó la sala. La respiración entrecortada de la pequeña calentaba el cuello de su camisa.

—Papi —dijo en voz baja—, cuando lleguemos a casa, ¿volverás a contarme la historia de mamá?

Will contempló el rostro de la niña.

—Claro.

Le contaría la historia mil veces si ella quería. Porque su vida de verdad no empezó realmente hasta el día en que Adrienne Carter llamó a su puerta con un montón de cartas viejas.

Capítulo 1

—Cartas —susurró Adrienne Carter mientras rozaba con los dedos el contenido de la pequeña caja abierta que llevaba en las manos.

Afuera se oían los truenos, que hacían vibrar la ventana del desván. La observó y luego alzó la vista hacia las vigas del techo, donde apenas unos minutos antes descansaba la caja. Adrienne se ajustó la linterna debajo del brazo y se agachó para recoger del suelo una vieja escoba —su arma preferida para defenderse de los ataques de arañas— que se había caído entre un baúl vacío y una pila de revistas viejas. Guiada por una luz tenue, Adrienne dejó la escoba apoyada en una esquina mientras apretaba la caja metálica contra su pecho. Allí había algo... especial. No tenía ninguna duda. La intriga casi hizo que se olvidara de cuál era su propósito al subir al desván: comprobar la caja de los fusibles. Si la luz no volvía pronto, lo intentaría más tarde; pero ahora aquellas cartas de un pasado lejano esperaban a ser leídas. Y eso era más importante que cualquier otra cosa.

La puerta del desván crujió cuando Adrienne usó todo el peso de su cuerpo para cerrarla. Las casas viejas no siempre obedecen reglas tan simples como que las puertas encajen en los marcos, esos mismos marcos que las han sostenido durante casi un siglo. Esta en concreto se hinchaba constantemente. Al poco de mudarse, había telefonado a su padre para preguntarle al respecto, pero su única respuesta fue: «Las casas viejas respiran. Por la humedad y demás. En el invierno encajará mejor».

A saber qué significaba eso; los inviernos ni siquiera existen en el sur de Florida. También se lo consultó al encargado de la ferretería, quien únicamente le sugirió que contratara a alguien que limara los bordes del marco donde la puerta raspaba hasta que se viera la madera debajo del barniz. Contratar a alguien... Claro, necesitaba contratar a alguien que se encargara del millón de detalles que traía consigo una reforma.

Sus pasos sonaron al bajar las escaleras del desván, luego cuando cruzó el pasillo de la primera planta y, finalmente, cuando llegó a la planta baja de su nueva... casa vieja.

La luz de la linterna proyectaba sombras mientras Adrienne se desplazaba, primero iluminando y después dejando en penumbra los distintos proyectos de reforma en varias zonas de la casa, cada uno de ellos en su propia etapa de progreso. En cuanto terminara por lo menos uno de ellos, organizaría una fiesta. Claro está, si tuviese amigos. Que no tenía.

El haz de luz iluminó un objeto ominoso en una esquina, y Adrienne se quedó congelada en mitad de las escaleras. No era más que una sábana que cubría un sillón reclinable. Soltó el aire de los pulmones con un suspiro de alivio e inspeccionó la zona en busca de otros monstruos mientras acababa de orientarse. Ninguno.

Odiaba quedarse sin luz. Siempre sucedía en el peor momento posible, en medio de una tormenta eléctrica que hacía que los cristales de las ventanas traquetearan. Aunque en realidad su casa tenía mejor aspecto bajo la luz tenue de la linterna y las velas, que atenuaba las cicatrices de tantos años de vida.

Al llegar al final de las escaleras notó el olor acre de la pintura fresca. Empezaba a sudarle la palma de la mano que sostenía la pequeña caja metálica. El corazón de Adrienne latió con fuerza, y se dirigió con prisa al sillón para abrir la primera carta.

Junio de 1944

Querida Gracie:

Temo adónde pueda llevarme esta guerra. Me aterroriza esa oscuridad desconocida que ronda en la distancia y atrapa a los hombres; si bien no su cuerpo, sí sus corazones. Pensar en ti me

ayuda a seguir adelante, me obliga a resistir la desesperanza que me amenaza. Antes de conocerte yo estaba vivo, pero me sentía vacío. Desde el momento en que te vi, no dudé ni un instante que tú eras todo lo que mi corazón había anhelado. Mi mente me lleva de vuelta hasta aquel día. Sara y tú estabais en el parque. Tu cabello dorado danzaba al ritmo del viento suave; el vestido blanco flotaba a tus pies, y el mundo cobraba vida al oír tu risa. Yo quería hablarte, pero no me atrevía. Quizá solo fueras el producto de mi imaginación y, si me acercaba a ti, desaparecerías como la niebla de una fría mañana. Observé cómo te alejabas y sentí que te llevabas mi corazón contigo. Esperé varios minutos, mirando el horizonte, esperando que volvieras a aparecer sobre la ladera, pero no regresaste.

Gracie, de todas las cosas que me han hecho sufrir, estar alejado de ti es el dolor más insoportable que he sentido. Pero quiero que sepas que sufriría mil días como este si pudiera pasar uno solo a tu lado. Ya llegará el día en que caminemos juntos por la costa, contemplando amaneceres y atardeceres. Pero estaremos juntos sin sombra alguna de deshonra. En tu última carta mencionaste que a tu madre le agradó mi decisión de unirme al ejército. Rezo por que así sea. Me niego a contrariarla. Sara y tu sois lo único que tiene, por supuesto que desea lo mejor para ti. Sé que te entristeció mi decisión, pero no tenía otra opción.

Regresaré junto a ti.

Y te prometo que cuando eso ocurra, tú y yo lo celebraremos eternamente. Celebraremos la vida y el amor, y nada nos separará jamás. Reza por mí, Gracie, y saluda de mi parte a Sara. Siempre tuyo,

William

Un largo suspiro vació todo el aire de los pulmones de Adrienne. Dejó de apretar la carta mientras su mirada se perdía en un espacio oscuro en el pasillo. Incapaz de enfocar bien, observó la nada. Toda su energía se concentraba en sentir. «¿Qué puede sentir uno al recibir una carta como esta? ¿Que alguien te adore tanto que esté dispuesto a morir mil veces por pasar un solo día contigo?» No podía imaginárselo. El amor que había experimentado con Eric resultó ser un camino solitario, en su caso, y una dictadura egocéntrica, en el de él.

Le palpitaban las yemas de los dedos con los que sostenía la carta. Estas pulsiones enviaban sensaciones difíciles de calificar por todo su ser, tan potentes y extrañas que lograban acariciar las zonas más desesperadas de su corazón, y despertaban el deseo. Le permitían tener esperanza.

Le permitían soñar.

El destello de un rayo la sobresaltó. Varios fogonazos iluminaron la sala, como si una cámara gigante tomase fotos de Adrienne sosteniendo una carta tan íntima que hizo que se sintiera como una intrusa en su propio hogar. Adrienne apretó con fuerza la hoja de papel desteñida contra su pecho, intentando absorber todo su contenido. Con la otra mano tocó la caja metálica que seguramente había guardado esta carta durante más años de los que ella llevaba con vida. Más allá de la ventana, la tormenta continuaba su arremetida.

Se acercó el sobre a la cara para verlo mejor bajo la luz de la linterna. Por primera vez desde que había comprado la deteriorada casa victoriana, se alegró de que la vieja instalación eléctrica fuera inestable. De no haber sido así, jamás hubiera encontrado las cartas.

Sin embargo, añadió algo más a su creciente lista: llamar a un electricista. Observó el sobre con detenimiento.

Los años lo habían desteñido un poco, pero aún podían leerse los nombres y las direcciones, y el matasellos era inconfundible. Mil novecientos cuarenta y cuatro. Debía de corresponder a la Segunda Guerra Mundial. Al leer la dirección, aguantó la respiración. Era su casa, el 722 de Hidden Beach Road. Debajo de la dirección aparecían los nombres: para Grace Chandler, de

William Bryant.

El rugido del océano atrapó su atención por un instante. Permaneció inmóvil y escuchó el mar furioso mientras las hojas de las palmeras azotaban los muros de su casa. Adrienne dejó la caja en la mesa de centro y se acurrucó en el sofá.

¿Cuántas veces había subido al desván para accionar el interruptor sin darse cuenta del delicado paquete plateado situado encima de su cabeza, escondido entre las vigas del techo? De no ser por las habilidades ninja de Adrienne con su escoba contra las arañas, la caja seguiría ahí. Totalmente oculta a los ojos de cualquier intruso, con su contenido intacto: una antigua pluma estilográfica, una foto en blanco y negro, y, finalmente, la pila de cartas atadas por un lazo color lavanda deslucido.

Unas horas antes Adrienne casi se había dado por vencida con la electricidad quisquillosa y había decidido acostarse cuando las luces parpadearon, se apagaron y no volvieron a encenderse. Pero las lámparas de petróleo siempre dan valentía, así que se obligó a subir las escaleras chirriantes del desván ante la posibilidad de despertarse a las tres de la madrugada en una casa llena de fantasmas imaginarios y ruidos extraños. Ahora estaba contenta de haberlo hecho. Puede que al final se estuviera acostumbrando a su casa de principios del siglo xx. Y a estar sola. No lo había pensado hasta que pasó la primera noche en su viejo y ruidoso hogar victoriano, pero el caso es que nunca había estado sola. Jamás. De la casa de sus padres en Missouri se había mudado a la universidad con una compañera de habitación. Fueron cuatro años de diversión, seguidos de casi seis años de tortura durante su matrimonio con Eric. Pero nunca había estado sola, hasta este momento.

Su vecina Sammie le había advertido de las violentas tormentas de Florida y le había aconsejado que comprara la lámpara, así como velas y linternas. Ah, sí tenía una amiga. Sammie. Pero ellas dos no bastaban para montar una fiesta. También estaba Ryan, el universitario que la había ayudado a trasladar los muebles. Habían cenado juntos y paseado por la playa un par de veces, pero Ryan no era lo que ella necesitaba. Unos años antes le habría resultado muy atractivo cualquier joven estudiante divertido, pero ya no. Aunque tuviera hecha la mayor parte de la reforma, para poder hacer una fiesta con sus dos amigos aún tendría que superar otros muchos obstáculos, como el de la sección de ofertas de un almacén de madera. Así que nada de fiestas de momento.

Tomó la lámpara de petróleo. La delicada llama danzaba en ondas parpadeantes que aumentaban de tamaño mientras Adrienne giraba la palanca. Las sombras se ocultaron en las esquinas de la sala de estar. Su sala de estar. En la casa que había comprado después de inspeccionarla cinco minutos. Sinceramente, cuando pensaba en ello le parecía una locura. Así que prefería no hacerlo. Un divorcio complicado puede alterar el sentido común de una persona. Y Adrienne había vivido los últimos meses en estado de alteración.

Sin embargo, estaba aprendiendo a apreciar la casa. O algo parecido. Empezaba a ser un hogar. Por lo menos, eso se repetía a sí misma. Aunque una cosa era segura: ahora la casa estaba en mucho mejor estado que cuando llegó de Chicago y de inmediato hizo una oferta para comprarla, oferta que fue aceptada con la misma velocidad.

Adrienne tocó el extremo del lazo.

—Mucho gusto, Grace Chandler y William Bryant.

«¿Quiénes eran estos nombres sin rostro de las cartas? Grace había vivido en esta casa. Sara debía de ser su hermana. Habrían ocupado alguna de estas habitaciones cada una.» Cerró los ojos un instante, intentando escuchar voces del pasado. «¿Vivieron mucho tiempo aquí? ¿Regresó William de la guerra?» Ya bajo una luz más potente, sacó la fotografía de la caja. En ella vio a un apuesto y sonriente joven, vestido con un uniforme militar bien planchado, de pie junto a una niña. El dedo de Adrienne acarició el filo amarillento y dentado de la otra mitad. Alguien había roto esa parte de la foto. Le dio la vuelta y encontró la fecha, 1942, pero ningún

nombre.

Él podía ser William. Pero, ¿y la niña? No podía ser Grace. La niña del vestido moteado era muy pequeña, varios años más joven que el chico.

Él era muy bien parecido, y lucía una sonrisa entusiasta que a su vez hacía sonreír a Adrienne. Su mirada penetrante la observaba fijamente desde la foto. En esos ojos danzaba un espíritu poético, similar al de la carta. Seguramente era William.

Después de apagar la lámpara, Adrienne se levantó y llevó la caja hasta la mesa de la cocina. La luz de la linterna que aún sostenía debajo del brazo alumbró una guía telefónica local —el pueblo era tan pequeño que aún las imprimían— cubierta de polvo y masilla. Sus dedos tamborilearon suavemente sobre la mesa, señal de que estaba planteándose hacer algo ridículo. William Bryant, veterano de la Segunda Guerra Mundial, ¿saldría en la guía, en el mismo pueblo y después de tantos años? No era probable. ¿Grace Chandler? No. Había pasado una eternidad, pero las palabras de la carta habían cobrado vida en las manos de Adrienne, y el amor que esas palabras desprendían parecía igual de fresco y nuevo como cuando fueron escritas.

Adrienne se mordió el labio inferior. Estaba bastante perjudicado, pues llevaba todo el día mordiéndoselo mientras lijaba la pintura de la chimenea. Desde que se había mudado a Florida había descubierto un par de cosas de sí misma. Una, que era una auténtica inepta reformando casas. Y dos, que cuando descubría su patética ineptitud para hacer cualquier cosa, se mordía los labios hasta hacerse sangre. Echó un vistazo al sobre y, antes de que se diera cuenta, sus dedos ya estaban abriendo las páginas de la guía telefónica. B de Bryant.

A mitad de la página esperaba William Bryant.

Capítulo 2

William Bryant, conocido como Pops, se frotó la cicatriz de la pierna izquierda, una cicatriz que ya tenía cincuenta años. Las mañanas húmedas le hacían sentir una rigidez a la que ya se había acostumbrado pero que no le hacía gracia. Se levantó de la cama lentamente, dejando que sus viejos huesos y articulaciones se despertaran, y luego caminó hacia la ventana para abrir la cortina. Unos cuantos rayos de luz solitarios entraron en la habitación para iluminarla, dejando unas manchas brumosas.

Había algunos objetos personales y fotografías, pero no tantos como para crear un ambiente hogareño. Intentaba mantener la habitación lo más recogida posible para complacer a su nieto Will, pero también lo suficientemente acogedora para sentirse cómodo. Sin embargo, el deseo de Will de tener una estancia limpia de trastos y segura se había impuesto sobre el deseo de Pops de tener las cosas siempre a mano, cuando una noche este se había caído al suelo después de tropezarse con una pila de libros.

Le apetecía dar un paseo, así que echó un segundo vistazo por la ventana. El césped estaba cubierto del rocío de la mañana. Mientras observaba el cielo gris decidió que no habría caminata hasta el muelle. El sol se negaba a atravesar las nubes y evaporar el rocío, por lo que el suelo estaría resbaladizo. A Pops no le asustaba un poco de césped húmedo, pero Will se preocupaba por él, así que convino en respetar los deseos de su nieto.

El deseo de su nieto de protegerlo no le desesperaba. Will había sacrificado gran parte de su valioso espacio para poder hacerle un hueco al único abuelo que aún vivía. El chico incluso había renunciado a la mitad de su biblioteca, donde ya descansaban los preciados libros de Pops.

Dejó que la cortina volviera a cubrir la ventana, y una oscuridad silenciosa envolvió la habitación. Recluido por culpa del tiempo y las punzadas en sus articulaciones, se permitió un poco de autocompasión. A veces la autocompasión puede ser una compañera aceptable, a pesar de tener un filo demasiado afilado. Al fin y al cabo, para un hombre como William era difícil aceptar que su edad estaba superando su agilidad. Que el tiempo estaba venciendo su destreza.

Se arrepentía de poco, lo cual no estaba nada mal para alguien de ochenta y un años. Se había casado con una buena mujer. Habían tenido un hijo hermoso. Y ahora tenía a Will. Eran unos recuerdos fantásticos. Así que se despertaba cada mañana, abría los ojos y esperaba a ver qué le ofrecía el día. A su edad, ¿qué más podía pedir?

Uno de esos días, simplemente cerraría los ojos y no los volvería a abrir jamás. Así se imaginaba su muerte. Por su parte, Will tenía una pesadilla recurrente en la que Pops salía en la lancha de noche y se ahogaba. Will era muy aprensivo. No había mucho que Pops pudiera hacer o decir para cambiar eso. «Solo es un sueño», le decía a su nieto. Incluso entraba en la habitación de Will cuando lo oía dar vueltas y más vueltas en la cama. Y entonces le ponía una mano en la frente, como lo había hecho infinidad de veces durante su niñez. Pops entendía de pesadillas. Un hombre no sobrevive a la Segunda Guerra Mundial y regresa sin haber entendido el poder de las pesadillas recurrentes. Pero ese no sería el final de la vida de Pops. No. Se iría a dormir y despertaría en la Gloria una bella mañana. Sin artritis, sin rocío que impidiera su caminata hacia el muelle. Pops sonrió.

Sus dedos arrugados encendieron la lámpara que estaba sobre la mesita de noche. Acercó la Biblia mientras acariciaba el lomo de piel con el pulgar.

Empezó a leer por donde lo había dejado la mañana anterior, absorbiendo cada palabra en su alma. Cerró el libro y sintió un súbito despertar, una seria anticipación de algo nuevo, algo fresco en el horizonte.

—No temo a la muerte. —La determinación le hizo apretar la mandíbula mientras volvía a mirar por la ventana—. Pero tampoco tengo miedo de vivir.

William se levantó, se puso los zapatos y bajó las escaleras a buscar las llaves de la lancha. Se dirigió hacia el muelle.



Por la mañana la tormenta había pasado, y la caja plateada esperaba sobre la mesa. Adrienne se despertó tarde, y el dolor muscular confirmaba que había trabajado demasiado. Era el efecto de lijar más de cincuenta años de capas de pintura de una chimenea. Contó las décadas mientras lo hacía. El amarillo de los sesenta, el verde aguacate de los setenta, y luego el blanco. Capas y capas de blanco. Pero el proyecto estaba casi terminado. Solo quedaban algunos detalles. El deseo de terminar la había impulsado durante gran parte del día. La mañana se convirtió en mediodía, y el mediodía abrió paso al atardecer mientras Adrienne lijaba y raspaba como una maníaca, retirándose el cabello de la cara, enjugándose el sudor de la frente, trabajando sin descanso. Ojalá no se hubiera empeñado en hacerlo sola... Cada uno de sus músculos gritaba. Necesitaba un masaje.

Sin embargo, su nuevo hogar al fin se estaba convirtiendo en un cálido sustituto del frío matrimonio que había padecido. Era justicia poética. El dinero del divorcio le había permitido comprar la casa y sería suficiente para cubrir los gastos de la reforma mientras decidía qué hacer con el resto de su vida. Por el momento, la casa sería su única ocupación y su más fiel compañera. En la parte de atrás contaba con un porche de estilo anterior a la guerra de Secesión que iba de punta a punta de la casa y que ofrecía una vista hermosa del golfo de México. Cada mañana, frente a las suaves olas, se planteaba la tarea que le tocaba ese día mientras tomaba un excelente café. Aun así, su cuerpo estaba pagando el esfuerzo que suponía la reforma. Adrienne necesitaba aprender a tomarse un descanso. Hoy estaba decidida a cerrar los ojos por completo ante las tareas de la casa. No podría sostener un martillo aunque quisiera. No era posible, sus músculos estaban en huelga. Pero no importaba, porque su atención estaba enfocada en otro asunto. Bajó las escaleras apresuradamente, preparó el café y se sentó en una cómoda silla. Luego colocó junto a ella la fotografía y se sumergió en la lectura de las cartas.

Agosto de 1944

Querida Gracie:

Tal vez sea breve en esta carta, pero prometí compartir contigo todas mis experiencias. La guerra cambia a los hombres. No tengo otra forma de explicarlo. Aunque a mi alrededor solo vea un mundo gris y moribundo, hay pequeños atisbos de brillo en este lienzo apagado. Estos destellos de color y de luz me mantienen vivo. Pero hoy he conocido a la muerte. Nos acecha incluso mientras reposamos, sin misericordia y sin límites. Estábamos sentados en el campamento, algunos charlando, otros jugando a las cartas, esperando noticias de nuestra siguiente misión. Corredor (lo apodamos así porque su padre hace aguardiente de contrabando en las montañas de Carolina del Sur) estaba relajado sentado a la mesa cuando de súbito se desplomó en el suelo. Nos han entrenado para combatir a la muerte, pero no cuando esta llega sigilosamente e irrumpe en los lugares sagrados de nuestra vida cotidiana. Su muerte me afectó profundamente, ya que ambos habíamos pasado varias noches en vela hablando del océano, la pesca, la vida. De su vuelta a casa, y de la mía. Le hablé de ti y de Sara, y de la pesca en el Golfo. Bromeábamos comparando anécdotas de pesca, las suyas en el Atlántico y las mías en el Golfo. Estaba decidido a dejar de pasar aguardiente de contrabando. Le dije que era buena idea. Y hoy

ya no está con nosotros. Hemos perdido a muchos. Y muchos más llegan para reemplazarlos, esa es la naturaleza de la guerra, y la guerra es la naturaleza de la muerte. Pero la muerte no debe ser la naturaleza de la vida. Y sin embargo, me doy cuenta de que sí lo es. La muerte no es una anomalía. La vida sí lo es. Y es un regalo glorioso.

No voy a ocultarte lo que veo. Tú eres fuerte, Grace. Si no comparto esto contigo, siento que una parte de mí va a cerrarse para siempre. No puedo dejar que esto suceda. No voy a negarte el acceso a ninguna parte de mí. Te amo. Perdóname por amarte tanto.

William

Justo después de leer la carta, Adrienne ya tenía un plan en la cabeza. Se duchó rápidamente y salió de casa con la dirección escrita en un pedazo de papel y la fotografía guardada en el bolsillo de la chaqueta.

Se obligó a dejar a un lado toda especulación de lo que fuera a pasar y decidió concentrarse en la carretera mientras conducía. Disfrutaba mucho observando los letreros que indicaban los senderos a las playas del Golfo y las tiendas de pesca, tan pequeñas que parecía que una ráfaga de viento las fuera a derrumbar. El tiempo pasaba mientras ella miraba los caminos llenos de palmeras.

En menos de veinte minutos había llegado a su destino. Adrienne se mordió por dentro de la mejilla, pues había abusado demasiado de su labio inferior. Observó la casa. Su emoción inicial disminuyó. Por la mañana, antes de conducir desde su casa en Bonita Springs hasta Naples, le había parecido una buena idea. Pero ahora el temor recorría toda su piel igual que si estuviera cubierta de hormigas. Menuda estupidez. Se presionó la frente con la palma de la mano mientras echaba un vistazo a la bonita casa situada en el 41123 de Canal Boulevard. Revisó la dirección y la comparó con los elegantes números que había en la puerta principal. ¿Qué demonios diría? «Hola, soy una patética divorciada que vive indirectamente a través de unas cartas que se escribieron unas personas que jamás conocí.» Adrienne se llevó una mano al estómago. Divorciada. Aún no lo había asumido. El divorcio, sí. Eric —tan brillante cardiólogo como adúltero— no se lo había puesto difícil. Pero todavía se le atragantaba la idea de ser una mujer divorciada a los veintiocho años. No es que fuese una mujer vieja. Se había casado inmediatamente después de graduarse de la universidad y ahora estaba divorciada. Esto la hacía sentirse fracasada. Se pasó los dedos por el pelo, intentando desenredar sus frustraciones. Sin embargo no es fácil dejar a un lado temas como la desilusión y el divorcio.

Adrienne suspiró con fuerza y bajó del automóvil cerrando la puerta con ímpetu para dejar atrapada dentro su irritación. Junto a la casa observó un huerto impresionante, como los que encontraba en las portadas de las revistas de reforma de casas que había empezado a coleccionar cuando compró la suya. Pero ahora no tenía tiempo de admirarlo.

Antes de poder cambiar de opinión, se dirigió al porche, caminando excesivamente erguida. La fresca y blanca casa de dos plantas estaba decorada con varias macetas llenas de flores a lo largo del largo patio delantero. En una esquina había un columpio de madera y percibió el exquisito aroma de las flores de brillantes colores. Una mesa de jardín, con sus respectivas sillas de mimbre, esperaba a que alguien la usara, que se sentara en sus cojines coloridos. La casa casi tenía el mismo tamaño que su monstruo victoriano, pero era más moderna, de estilo toscano, con techos de terracota y paredes de estuco. Sin darse tiempo de coger aire, Adrienne llamó a la puerta.

Cuando esta se abrió, Adrienne empalideció. Se topó de frente con dos ojos profundamente verdes. Unos ojos hermosos, admitió, olvidando por un instante la razón de su visita. Era guapo, pero, por desgracia, unos cincuenta años demasiado joven para ser la persona que buscaba.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Una media sonrisa asomó por la comisura de sus labios y sus

hombros llenaron el marco de la puerta.

—S-sí —tartamudeó Adrienne.

¿Qué había ensayado que diría? No podía recordarlo. Algo sobre que se había mudado recientemente y había comprado una casa en Hidden Beach Road, en Bonita Springs. Para ayudarse, apretó la foto dentro del bolsillo de su chaqueta.

—Estoy buscando a William Bryant.

El hombre la observó un instante.

—Yo soy William Bryant. Pero todos me llaman Will.

—Bueno, el William Bryant que busco es un veterano de la Segunda Guerra Mundial y...

Le pareció oír al hombre decir «los viejos tiempos de la guerra». Se acercó a él para escuchar mejor.

—¿Perdón?

—Nada.

Pero sí había dicho algo, y Adrienne pudo atisbar una sombra de frustración dibujada en los labios del hombre y en sus fosas nasales, levemente hinchadas.

—Definitivamente, no soy un veterano de guerra. Siento no haberle sido de ayuda.

Cuando el hombre empezaba a cerrar la puerta, Adrienne la bloqueó con la mano, colocando la palma con firmeza sobre la fría madera. Había algo en él que le resultaba familiar. Acarició de nuevo la foto que llevaba en el bolsillo.

—Verá, no pretendo ser una molestia para usted, pero...

La situación no evolucionaba como ella se había imaginado. Debería alejarse de allí, pero este hombre y el William de las cartas compartían el mismo nombre. Seguramente eran familiares.

—Pero ¿qué? —Los ojos esmeralda se ensombrecieron.

—Pues me gustaría hablar con el señor Bryant sobre su experiencia en la guerra. Tengo unas...

—A ver si la he entendido. Está buscando a un veterano de la Segunda Guerra Mundial para preguntarle sobre su experiencia en la guerra. ¿No le parece que está siendo un poco desconsiderada?

Las mejillas de Adrienne se encendieron y las palmas de las manos comenzaron a sudarle. La palabra «desconsiderada» hizo eco en su cabeza. Ni siquiera había reparado en ello.

—Como le decía, no soy veterano de guerra, y no puedo ayudarla a encontrar al otro señor Bryant. Pero si yo fuera él, realmente no sabría qué pensar de una desconocida que se presentase ante mi puerta para preguntar sobre la época más difícil de mi vida.

Un fuerte viento se levantó alrededor de la casa y azotó el rostro de Adrienne con la misma fuerza con que la golpearon las palabras del hombre. Necesitaba explicarse mejor, pero le fallaba la voz y tenía toda su energía concentrada en detener la puerta y en mantenerse de pie ante la embestida del viento. La tensión que emanaba de su cuerpo era tan palpable que podía cortarse con un cuchillo. Adrienne abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

El hombre se mantuvo firme como una estatua, con las cejas levantadas, retándola a que se defendiera.

Así las cosas, no había explicación posible. Después de un par de segundos horribles, los ojos de Will dejaron de centrarse en el rostro de Adrienne y lo hicieron en su mano, que seguía sujetando la puerta. Ella siguió la mirada hasta su propia mano izquierda, donde destacaba la pequeña banda de piel más clara en el dedo anular, que incluso después de tres meses de broncearse al sol no conseguía igualar con el tono del resto de su piel. Adrienne tragó saliva y sintió un nudo en la garganta.

Él se dio cuenta y suavizó el gesto. El cambio fue muy leve, pero suficiente para que ella lo notara.

—Señorita, siento mucho no poder ayudarla —insistió, mostrando una ligera sonrisa.

Tal vez estaba siendo sincero, tal vez no. Odiaba cuando alguien la trataba con lástima, más que

cualquier otra cosa... Bueno, tal vez no más que la condescendencia de Eric. Will hizo una señal con el pulgar por encima del hombro.

—Eh, estoy ocupado con algo —dijo, pero su lenguaje corporal indicaba lo contrario. La tensión alrededor de sus ojos había disminuido, y su boca estaba más relajada. A Adrienne le provocó una sensación de ternura.

De inmediato, retiró la mano de la puerta, más desafiante que decepcionada. No estaba dispuesta a ser objeto de lástima de nadie.

—Claro, siento haberle molestado.

—Descuide.

Casi sonaba sincero; los firmes músculos de su pecho se notaban más relajados debajo de la camiseta y sus amplios hombros bajaron unos cuantos milímetros.

Esperando a que Will cerrase la puerta y la dejase ir, Adrienne se fijó en el suelo del porche recién pintado. Las puntas de sus dedos estaban manchadas de un color similar. Tal vez él se fijara en ese detalle y no en la falta del anillo en su mano. Ese particular tono de nogal destacaba mucho más en un suelo de madera que en la piel.

Al ver que no cerraba la puerta, Adrienne alzó la mirada. La cabeza de Will estaba levemente inclinada, y descansó su cuerpo en el marco de la puerta. Luego cruzó un pie delante del otro.

Esos ojos verdes la analizaron de nuevo, en esta ocasión, chispeantes de curiosidad. Adrienne sintió unos pinchazos en el cuello. «¡Cierra la puerta de una vez! He cometido un error.» E intentó dar media vuelta e irse, pero desafortunadamente sus pies no cooperaron. Su tronco empezó a girar, pero las piernas se quedaron tíasas. Sintió cómo su ceño se fruncía más. Estaba tan avergonzada que se sonrojó, porque era verdad que quería creer en el amor. Fue impactante reconocerlo, y prefería no analizar ese tema mientras se encontraba de pie ante la puerta de un extraño. Aun así, las palabras no dejaban de sonar en su cabeza. «Sé que el verdadero amor existe.» El tipo de amor que se leía en las cartas de William. Ahora, clavada en el porche de un hombre desconocido, una terrible desesperación la inundaba.

«Divorciada.»

Se formaron unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos de Will.

—¿Nos conocemos?

Distraída, se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No creo, llevo pocos meses viviendo aquí.

Él la miró de pies a cabeza, y una sonrisa marcó su rostro.

—Me resultas conocida.

—Eh... Bueno, no es la primera vez que me dicen eso. La gente dice que me parezco a... —Jugueteó con sus dedos manchados de color café.

—¿Angelina Jolie? —sugirió Will.

—No, Jennifer Garner.

Will entrecerró los ojos con picardía.

—Veo el parecido. Pero tus labios son carnosos, como los de Angelina.

Adrienne tragó saliva. ¿En serio? ¿El Señor Grosero y Gruñón ahora quería coquetear? No, gracias. La humillación siempre lleva a una persona a querer meterse en un agujero, no a andarse con juegucitos. Adrienne le tendió la mano.

—Como le decía, lamento haberle molestado.

Will la señaló con un dedo.

—El banco.

—¿Perdón? —«Por favor, pies, llevadme bien lejos de aquí.»

—Hace poco abrió una cuenta en el banco donde trabajo.

Adrienne volvió a fruncir el ceño, e intentó hacer memoria. En efecto, había abierto una cuenta de ahorros en la sucursal de su banco en Naples, pero si este tipo la hubiese atendido, se

acordaría.

—¿Me atendiste tú?

—No, pero te vi desde mi oficina.

Adrienne enarcó una ceja. Will sonrió.

—Digamos que no pasas desapercibida.

No sabía si agradecer el comentario. Francamente, toda esa charla la había dejado fuera de juego. Pero ¿a quién quería engañar? Tampoco es que ella tuviera mucho encanto precisamente. De hecho, se estaba dando cuenta de lo pésima que era interactuando con los hombres. Fijó la vista en una maceta a su izquierda y se mordió la uña manchada. Bueno, no con todos los hombres, solo con este tipo de hombres. El tipo de hombre apuesto y fuerte, que hacía que su estómago se encogiera un poco. Adrienne iba a necesitar mucha práctica antes de regresar al mundo de las citas.

Con Ryan había sido diferente. Él había entrado en su vida inmediatamente después del divorcio para echarle una mano con la mudanza. Cuando un hombre ve esa cantidad de maletas y no huye corriendo y gritando, puede resultar adorable. Pero Ryan no era el tipo de hombre con quien se imaginaba a largo plazo. Un universitario puede ser divertido para pasarlo bien un tiempo, pero estaba lejos de tener madera de novio. Se notaba que necesitaba pasar varios años divirtiéndose sin límites.

Adrienne parpadeó.

—Perdón, me distraje un segundo con mis pensamientos.

Él sonrió a medias.

—De eso no hay duda.

Will seguía en la misma posición, ocupando la puerta de entrada, y Adrienne notó sus fuertes muslos debajo de los vaqueros desgastados, así como sus pectorales a través de la camiseta, que para nada encajaban con los de un «empleado de banca». Sonrió un poco forzada.

—Empecemos de nuevo... Encantada de conocerte, William. Lamento de verdad haberte interrumpido un sábado por la mañana.

—Todos me llaman Will, ¿recuerdas?

—Está bien, Will.

Adrienne respiró hondo y se preparó para irse. El viento le alborotó el cabello al bajar los escalones del porche.

—¿Vives en Naples? —preguntó desde lejos Will.

Adrienne se detuvo, aferrada a la barandilla, y miró hacia atrás.

—En Bonita Springs.

—¿Y por qué fuiste a la sucursal de Naples a abrir una cuenta?

Sus dedos cada vez apretaban la barandilla con más fuerza. Era mejor acabar con este coqueteo de una vez por todas.

—¿Por qué? —repitió Adrienne.

—Es solo por curiosidad. —Will alzó las cejas y se le formó un pequeño hoyuelo en una de las mejillas.

—Pensarás que estoy loca.

Will abrió los ojos, sorprendido. Seguramente ya pensaba que estaba loca.

Adrienne inspiró y dejó de pelearse con las ráfagas de aire; no tenía sentido luchar contra el viento.

—No conozco muy bien la zona —contestó—. De hecho, no conozco a nadie, excepto a mi vecina, que tiene un café en Bonita, y a un tipo que me ayudó con la mudanza. Ah, y a varios contratistas a los que llamo cuando me sobrepasa el trabajo. ¿Sabes qué? Es demasiada información. Fui al banco de Naples para ampliar mis horizontes —concluyó, levantando los brazos a la espera de que Will sugiriera llamar a los loqueros.

Will Bryant se pasó la lengua por los dientes y asintió con la cabeza.

—Tiene sentido.

—Está bien, mucho gusto de conocerte... ¿Qué has dicho?

Will alzó los hombros.

—Acabas de llegar. Tiene sentido. Es tu banco y necesitas sentirte a gusto en ambas sucursales. Adrienne parpadeó. Guau. Ni siquiera ella entendía la lógica que se ocultaba detrás de lo que hacía, pero al parecer, él sí. O tal vez se estaba burlando de ella. Lo miró fijamente durante un buen rato.

—Entonces, ¿te veré por el banco un día de estos? —preguntó Will.

La mujer esperó un momento antes de asentir con la cabeza, pero él no empezó a reírse a carcajadas, así que Adrienne dejó que sus músculos se destensaran un poco. Lo miró una última vez, luego dio media vuelta y se dirigió al automóvil. No quiso echar un vistazo a su espalda, pero estaba segura de que Will seguía ahí de pie, observándola.

Adrienne agarró con fuerza el volante y se regañó a sí misma. Podría haber llamado por teléfono y así se hubiera ahorrado todo aquello. Pero entonces, ¿cómo se habría percatado Will de lo patética que era? Exacto. No había nadie que la juzgara. Nadie que conociera la verdadera razón de su visita. Y eso no hacía más que confirmar lo sola que estaba.

De pronto, un movimiento en la ventana de la segunda planta llamó su atención. Vio una mano que retiraba lentamente la cortina. Una sombra, la silueta de una persona la miraba desde la habitación oscura. Poco a poco los dedos soltaron la cortina, y esta se cerró nuevamente.

Adrienne se centró de nuevo en el volante, golpeándolo con el pulgar.

—Volveremos a vernos, Will Bryant.



Will subió la escalera apresurado y regresó a su máquina de remo, pensando en la mujer que se acababa de ir. Recordó cuando la vio aquel día en el banco, tan bronceada, con su larga melena oscura flotando sobre los hombros y la espalda. De cerca era aún más bella, con grandes ojos color café. Se dio prisa en terminar sus ejercicios, pensando en esos ojos y en qué motivaba la tristeza que traslucían. Parecía como si esa mujer llevara el peso del mundo sobre los hombros, y no aguantara más.

No debería haberla dejado marchar tan rápido. Ella le había tirado el anzuelo. «He llegado hace poco a la ciudad. No conozco a nadie.» Era más lento que una tortuga cuando se trataba de mujeres. Ni siquiera se le había ocurrido que aquello había sido una invitación, hasta que ella se había ido.

Will no había oído a Pops en toda la mañana, por lo que se asomó a la ventana de su habitación, sabiendo lo que se encontraría. Seguro que el césped estaba demasiado resbaladizo para que Pops lo atravesara hasta llegar a la lancha, pero algo le decía que esa era exactamente su intención. Antes de que abriera la ventana y le gritara, oyó el motor de la lancha. Will negó con la cabeza y reanudó su rutina en la máquina de remo. No tenía nada de malo hacer más ejercicio del previsto; al fin y al cabo, era sábado.

Treinta minutos después oyó que la lancha estaba de vuelta. Se acercó a la ventana y abrió la cortina. El intenso sol de Florida entró de golpe mientras observaba el canal donde terminaba su jardín trasero. Era una mañana perfecta, de aquellas que a Pops le parecían irresistibles.

Se limpió el sudor de la frente con una toalla de mano y luego se hizo friegas en las rodillas con una crema mentolada. «No tendría que hacer esto todavía. Apenas tengo treinta años.»

En la planta baja, su abuelo anudaba el cabo de la lancha a la orilla del muelle.

Tiras de oro líquido flotaban sobre el agua azul cobalto. La cabina de diez metros se balanceaba con el suave movimiento del mar mientras su propia estela de agua alcanzaba el casco de fibra

de vidrio y lo lamía a ambos lados.

Will negó con la cabeza mientras observaba las excentricidades de su abuelo, la forma en que Pops se apresuraba para regresar a casa, mirando a su alrededor como un adolescente que pretende ocultar su llegada nocturna. Pops se detuvo en mitad del jardín para guardarse las llaves de la lancha en el bolsillo, y levantó la vista hacia la ventana de la primera planta. El anciano forzó una sonrisa para ocultar su culpabilidad.

Will se cruzó de brazos en un gesto acusatorio.

El mayor de los Bryant se encogió de hombros y siguió avanzando hacia la puerta trasera. A pesar de que hacía presión con la mano en la rodilla, aún notaba rígida la pierna izquierda con cada paso que daba. Will sabía que su abuelo estaba tan acostumbrado a su vieja herida que la ligera subida de césped y arena no representaba un gran reto para él.

Sin embargo, ver a su abuelo afrontar esa ascensión le recordaba a Will todo el dolor que había vivido el anciano. Un dolor que la guapa morena que había llamado a su puerta pretendía traer de vuelta a Pops con sus preguntas.

Si de él dependiera, su abuelo solo caminaría sobre cemento firme y nivelado. Pero Pops era un hombre terco. Amable, pero terco. No parecía darse cuenta de que su cuerpo de ochenta años no podía hacer lo mismo que cuando era más joven. Especialmente, salir solo a navegar por las mañanas.

Will se duchó y bajó a la cocina.

—Buenos días —dijo Pops mientras Will bajaba las escaleras. El periódico estaba donde siempre, en su lado de la mesa.

—Buenos días, Pops.

Will ojeó los titulares de la portada mientras su abuelo servía un plato de huevos revueltos con beicon y pan tostado. Pops señaló el periódico en un intento obvio de evitar la conversación incómoda que se avecinaba.

—Hay muchas actividades en la ciudad este fin de semana.

Se arremangó la camisa gris de franela, intentando con sus dedos artríticos que los dobleces de las mangas quedaran parejos. Salió de la cocina y regresó con una escalera de mano.

—¿Ah, sí? —Will espolvoreó pimienta encima del desayuno y empezó a comer—. ¿Como cuáles? —Ya sabía hacia dónde pretendía dirigir la conversación. Observó cómo Pops colocaba la escalera debajo de la lámpara de la cocina.

—En el refugio de animales están organizando una excursión. —Will gruñó—. Tal vez te guste. Solías ir de excursión muy a menudo —añadió Pops.

«Eso era antes de que la abuela muriera y yo te trajera a vivir aquí», pensó Will.

—Bah, hoy no tengo humor para excursiones.

—Es para reunir fondos para los nuevos refugios.

Pops sacó una bombilla de la alacena.

—Hace calor. —dijo Will, señalando el termómetro situado en la ventana de la cocina—. Pero, si quieres, podemos mandarles un donativo. —Al no obtener respuesta de su abuelo, lo miró y añadió—: ¿O buscabas adoptar una mascota?

Pops pareció plantearse la sugerencia, a juzgar por las cejas enarcadas. Retrocedió hasta el fregadero.

—¿A ti te gustaría tener una mascota?

Will no tenía interés alguno en recoger pelos de perro o de gato, ni le atraía la responsabilidad de cuidar de un animal. Pero lo haría si con ello le alegraba la vida a Pops.

—Si tú quieres...

Pops se frotó la barbilla. Will intentó hacerse a la idea:

—Podría ser divertido tener un perro para llevarlo con nosotros en la lancha. Y podría hacerte compañía mientras estoy en el trabajo.

Pops asintió.

—Y podría excavar en mi huerto y comerse nuestros zapatos —añadió.

Will se echó a reír.

—Creo que solo los cachorros hacen eso.

Ambos suspiraron y descartaron la idea de inmediato. Pops señaló la sección de anuncios.

—También hay un cupón para alquilar un kayak individual en Manatee Park. Cinco dólares de descuento. Al parecer, los manatíes están nadando a contracorriente.

—Pops, hoy no quiero ir a ver manatíes. —Will se estaba hartando, cada sábado tenían la misma conversación. Y este día en concreto quería descansar; de su trabajo, de todo. Dejó el tenedor en el plato—. ¿Vas a contarme por qué quieres deshacerte de mí?

Los ojos azules de Pops se entristecieron.

—No quiero deshacerme de ti —dijo sentándose lentamente en la silla.

Sus palabras fueron tan suaves que Will las sintió como balas de culpabilidad directas a su estómago. Se inclinó sobre la mesa y tomó el brazo de su abuelo.

—Solo por si acaso, Pops... Pero si una «amiga» del centro de la tercera edad viene a visitarte, prometo no interferir.

A continuación, le quitó la bombilla de la mano, se levantó de la mesa, se subió a la escalera y la enroscó en la lámpara. Las mejillas de Pops se tiñeron de un rojo intenso.

—No tengo ninguna «amiga».

Will sonrió. Su mundo tendría un gran vacío de no ser por su abuelo. Tal vez sería menos frustrante, sobre todo los sábados por la mañana, pero completamente hueco. Después de cambiar la bombilla, le indicó a Pops que podía encender el interruptor, y siguió desayunando. Una tarea más completada, señal de la simbiosis que unía a los dos hombres.

Cuando Pops llegó a la casa después de morir la abuela, Will dudó de que fuera buena idea que ambos vivieran juntos. Siendo un ocupado ejecutivo de un banco muy dedicado a su trabajo, ¿realmente tenía tiempo de cuidar a una persona de la tercera edad? Sin embargo, cinco años después no podía imaginarse una vida sin esas charlas diarias, partidas de damas en el porche y jornadas de pesca en el golfo de México. Le dio una palmadita a Pops en el hombro.

—¿Qué es lo que quieres hacer hoy?

El anciano suspiró.

—Supongo que salir con la lancha.

—¿Queda algo de gasolina en el depósito?—preguntó Will con voz seria, aunque la media sonrisa que se dibujaba en su rostro desvanecía cualquier idea de acusación.

Pops miró una mancha en la mesa.

—Sí, eso suena divertido.

Era su ritual de los sábados. Salían con la lancha por el canal hacia el golfo de México. Generalmente pescaban para la cena, ya fuera pargo colorado o atún, y volvían a casa al atardecer. Después de cenar, se sentaban en el porche hasta que asomaban las estrellas. Llevaban una buena vida.

Pops era consciente de ello, pero siempre se empeñaba en romper esa rutina perfectamente equilibrada con sugerencias para ir de excursión o salidas en kayak. Había llegado el momento de poner fin al tercer grado, de una vez por todas.

—En serio, Pops, ¿por qué insistes en que haga cosas que no tengo ganas de hacer? Cada sábado la misma canción...

Pops dejó de aclarar los platos del desayuno y se volvió.

—Will, tienes treinta años y te pasas los fines de semana con un viejo.

—Porque resulta que me gusta ese viejo.

—Eres un buen hombre. —Pops miró a Will fijamente, apuntándole con el dedo—. Pero un hombre joven. Desde que llegué a esta casa has dejado de hacer las cosas que te gustan. —Will

negó con la cabeza, pero Pops continuó—: Sé que solías hacer excursiones, salir con el kayak y bucear.

Will sonrió y levantó un dedo en señal de protesta.

—Fui a bucear el mes pasado.

—Sí, porque prácticamente te obligué a hacerlo. Antes ibas cada mes.—Su cara se ensombreció—. Te he convertido en un vejestorio.

Will se recostó en la silla y soltó una carcajada.

—Eso es absurdo.

—Ya ni siquiera vas al gimnasio.—Pops señaló las escaleras—. Metiste ese monstruo metálico en tu habitación y haces ejercicio ahí.

En la pared de enfrente sonaba el reloj, marcando implacable el paso del tiempo. Un tiempo valioso. Pops tenía ochenta y un años. La muerte de la abuela de Will, a los setenta y cinco años, había sido repentina, sin una advertencia previa de la enfermedad que le quitó la vida en pocas semanas. Aquello sacudió la vida de Will. No estaba dispuesto a desperdiciar el tiempo que podía pasar junto a Pops, pero tampoco debía decírselo en esos términos.

Pops era un filósofo y un poeta, y seguramente convertiría ese argumento en una discusión sobre el miedo de Will a la pérdida. Pops no tenía miedo a morir.

Pero a Will le aterraba la idea de perderlo. Se tapó los ojos con las manos y soltó un bufido.

—A ver cómo te explico esto... —Sí, su vida había cambiado cinco años antes, pero Will ya no era un chaval. Las cosas que pueden parecerle importantes a alguien de veinticinco años ya no lo son para alguien de treinta. Ahora su vida tenía un sentido y un propósito. De todas formas, no había manera de explicar esto sin relacionarlo con Pops y el tiempo que les quedaba juntos—. Hace cinco años trabajé mucho para que me ascendieran a director de préstamos.—La misma semana que obtuvo el ascenso, llegó Pops a su casa—. Cuando finalmente me lo dieron, comprendí que tenía que deshacerme de distracciones innecesarias.

—¿Tus aficiones eran distracciones innecesarias? —La voz de Pops sonó llena de tristeza.

—Son distracciones, al fin y al cabo —dijo Will, esperando que Pops le creyese—. Mi trabajo es muy exigente. Te deja agotado mentalmente. Antes de que me ascendieran, tenía mucha energía acumulada que necesitaba quemar. Ahora ya no. Tuve que reorganizar mi vida, hacerla más eficiente para tener éxito en mi nuevo puesto.

—Eres el mejor dando argumentos convincentes... —Pops se irguió—. Pero esa es una manera de ver la vida demasiado técnica y práctica. No suena ni alegre ni emocionante.

—Bueno, no todos podemos llevar una vida emocionante. Algunos tenemos que trabajar duro, ser honrados y constantes.

En efecto, Will disfrutaba de su trabajo. Por esa misma razón, debía dejar a un lado cosas infantiles para poder desempeñarlo a la altura que se le exigía.

En su vida todo funcionaba con orden. Sin sorpresas, sin sobresaltos. Cualquiera querría tener ese tipo de estabilidad, de seguridad, ¿verdad? Y Will quería tiempo. Más tiempo para pasarlo con Pops. Pero cuanto más habitual se hacía la rutina diaria entre ambos, más se afligía su abuelo. Pops no se quejaba, pero Will lo notaba. Y no le parecía bien que al final Pops echara abajo su rutina de los sábados, tan bien establecida.

—A mí me parece que estás estancado.

—Pues tal vez me gusta estar así.

—Ya sabes lo que dicen: el estancamiento está a un solo paso de la muerte.

—Entonces no estoy estancado, y basta ya.—Will frunció el ceño y se ajustó el cuello de la camiseta. «En serio, ¿quién vive así teniendo treinta años?» No se le ocurría nadie, pero no importaba. A él le gustaba su vida. Había cosas peores que dejar a un lado algunos pasatiempos. El arrepentimiento, por ejemplo. Eso era algo que había que considerar. En el futuro no quería arrepentirse de haber desperdiciado el tiempo en nimiedades—. Verás, Pops,

estoy contento con mi vida. De no ser así, la cambiaría.

El viejo entrecerró los ojos, como sospechando algo.

—Entonces, si yo no estuviera aquí, ¿harías lo mismo que haces ahora?

—No, solo tendría que prepararme mi desayuno.

Pops bromeó con su nieto dándole un golpe en el hombro.

—Qué gracioso. —Y, de nuevo serio, añadió—: ¿No será porque me estás cuidando?

—Creo que te confundes. Tú estás cuidando de mí —respondió Will con una sonrisa.

La cara de Pops se iluminó.

—Eso hacen las familias.

Will se puso algo tenso, y confió en que Pops no se diera cuenta. Intentó tragar saliva, pero un repentino nudo se le formó en la garganta. Se levantó de la mesa. «Eso hacen las familias». Él lo hacía, y, ciertamente, Pops también, pero ¿y los padres de Will? Ellos no tanto.

—Yo friego los platos. ¿Por qué no preparas unos sándwiches para el almuerzo?

Pops asintió y sacó la nevera portátil de la alacena.

—Tus padres han llamado por teléfono. Tienen que cancelar el viaje de vuelta.

A Will casi se le cayó un plato del fregadero.

—¿Estás de broma?

Pops miró al suelo. Will se percató de que su abuelo no quería dejar entrever su decepción.

—¿Te dieron alguna razón? —preguntó Will mientras apretaba los dientes y dejaba caer los vasos en el fregadero.

—No. —Pops intentó que su respuesta sonara alegre, pero se le quebró la voz—. Ninguna.

Will sintió en el estómago un ardor al que estaba acostumbrado.

—Su trabajo es muy importante —dijo Pops, haciendo un gesto con la mano—. Eso lo sabes bien. Si no pueden venir, no hay problema. Tú y yo lo pasaremos de maravilla.

Will llenó la pila con agua tibia y jabón, intentando mantenerse de espaldas a Pops. Cuando se trataba de sus padres, le costaba mucho ocultar sus emociones. Habían vuelto a decepcionar a Pops. ¿Cómo eran capaces? ¿Cómo podían ser tan desalmados?

En el silencio que siguió, Pops llenó la nevera portátil. Will lo miró por encima del hombro. Los temblorosos dedos del anciano solo le permitían hacer movimientos lentos y precisos cuando manipulaba cosas pequeñas, como envoltorios y bolsas de golosinas.

—Es tu cumpleaños, Pops.

Will soltó un bufido cuando ya no pudo contener su enfado. Por más que trabajaran en Peace Corps, no había derecho a que sus padres despreciaran de esa forma el cumpleaños de Pops. Ya habían pasado dos años desde su última visita. Dos años... A medida que transcurrían los días, los años de Pops pesaban más. Ochenta y uno. ¿Cuántas más fiestas de cumpleaños creían que le quedaban?

Pops llevaba varias semanas emocionado pensando que los padres de Will regresarían de África. Había hecho planes, había arreglado la habitación de invitados, y ahora, sin ninguna explicación, decían que no podían volver. Will estaba furioso. Pero si su abuelo lo notaba, las cosas no harían más que empeorar. Se obligó a sonreír y volvió a darse la vuelta.

—¿De maravilla, dices?

—Iremos a cenar y, tal vez, después a una de esas discotecas —bromeó Pops.

—¿Una discoteca? —Will se rio, aparcando el enfado por el bien de su abuelo. Cruzó la cocina y se abrazó a él—. No lo creo. Me temo que ya no existen las discotecas. Pero algo se nos ocurrirá.

El sol entraba por la ventana, bañándolos de luz. Pops se aproximó a los rayos, buscando su calor.

—Es una mañana hermosa. Espero que los peces muerdan el anzuelo.

—Nunca nos decepcionan.

Pops se volvió ligeramente y miró a Will a los ojos.

—Tú nunca me has decepcionado.

—Espero no hacerlo nunca.

—Eso es imposible —dijo Pops con una sonrisa—, vienes de buen linaje.

De nuevo el nudo en la garganta. Los músculos de la mandíbula se le tensaron. «Aunque ese buen linaje se saltara una generación».

—Voy a regar el huerto antes de irnos. No tardo.

—¿Después de la lluvia de anoche piensas regar?

Will abrió la tapa de la neverita y echó un vistazo dentro.

—No hay que bajar la guardia —respondió Pops—. Planté unas semillas nuevas. Creí que hoy seguiría nublado, pero ha salido el sol.

—Y entonces pensaste que sería buena idea ir a navegar tú solo en la lancha, ¿no?

—Solo llegué al final del canal —dijo Pops, sacudiéndose las manos en los pantalones.

—Pops, la próxima vez te acompañaré. —Will miró a su abuelo—. Solo intento proteger...

El suspiro de Pops lo interrumpió.

—Ya lo sé, intentas protegerme. Durante la guerra, yo me tiraba de los aviones en paracaídas..., y ahora necesito que me protejas del césped resbaladizo.

—Tú me protegerías igual. Anda, ve y riega tus plantas.

Pops asintió.

—Claro, pero antes quiero ponerme unos pantalones cortos.

Salió de la cocina con paso alegre, pero se detuvo en la puerta. Will lo miró, preguntándose qué podría detener a su abuelo. Sin mirar atrás, Pops dijo:

—Te quiero, muchacho.

Will cerró los ojos. Todo lo que no se había hablado en los últimos años sobre Pops y su guerra llenó el corazón de su nieto y envolvió a los dos hombres. Will se acercó a su abuelo. Sabía que no iba a poder hablar sin que se le quebrara la voz, así que puso las manos sobre los hombros del anciano y apretó suavemente. Pops se estremeció. Sabía que lo único que le quedaba en este mundo era su nieto. Luego se alejó de Will con la cabeza alta y silbando una tonadilla antes de subir las escaleras.

El sol entraba por las ventanas y besaba la cara del más joven de los Bryant.

Capítulo 3

Adrienne se convenció más que nunca de que la guerra es horrible, e intentó imaginarse lo que sentiría si tuviese delante a una persona muerta. Lo imaginó una y otra vez. Las cartas de William la estaban cambiando. Estaban removiendo algo en lo más profundo de su ser, y se preguntaba si en el fondo eso era positivo. Eso precisamente era la vida real. El sacrificio que habían hecho tantos hombres para que ella pudiera pasarse horas lamentándose de estar sola o escondida en una casa ruinoso donde no se oía otro ruido que el de las viejas tuberías. La gente debería intentar vivir la mejor vida posible. Demasiadas personas habían muerto para que los vivos tuviesen esa oportunidad.

Sin embargo, no todas las cartas trataban sobre los horrores de la guerra. También hablaban del amor eterno entre Gracie y Will. Adrienne había llegado a esta conclusión solo después de leer unas cuantas. También hablaban de Sara, la hermana pequeña de Gracie. Por lo que había entendido, esa niña se metía en problemas constantemente. Una de las cartas relataba cómo una noche Sara se perdió y se tropezó en el gallinero del vecino, despertando a medio pueblo. La niña salió del apuro con vida, pero sin dignidad. Después de que William contara la anécdota a sus compañeros, se habían pasado la tarde contando historias embarazosas y riéndose más fuerte de lo habrían imaginado estando en medio de una guerra. «Dale las gracias a Sara», escribió William, «sé que no le molestará que haya desvelado su secreto. Conozco bien a la dulce Sara, y sé que siempre hará lo posible por hacer sonreír a otra alma, sin importar el coste».

Era casi mediodía cuando Adrienne se vistió por fin. Empujó con fuerza para abrir la pesada puerta de caoba y contempló el mundo. Sí, un día más en el paraíso. Salió de su casa llevando consigo la fotografía y una de las cartas. Necesitaba el consejo de una buena amiga. Con las ventanas abiertas y escuchando una emisora de música indie, condujo hasta la cafetería de Sammie.

No cabía un alfiler. Sin duda, había elegido el peor momento para llegar. Sammie estaba detrás del mostrador tomando nota a un hombre joven. Mientras servía un tazón de sopa, miró a Adrienne de reojo y le sonrió.

El aroma a café expreso y a guisos caseros flotaba en el aire, y por todos lados se oía el ruido de las conversaciones en las mesas, todas llenas de comensales. El chico tomó su comida y se volvió, mirando un buen rato a Adrienne, que se hizo a un lado para dejarle pasar. Él la rozó a propósito, desviándose un poco para lograr su objetivo. Ese tipo de cosas le ocurrían a Adrienne de vez en cuando, y siempre eran hombres que intentaban llamar su atención. Desde el divorcio debía recordarse que no tenía nada de malo que otras personas la encontraran atractiva. Pidió un café con leche y esperó en la barra mientras Sammie lo preparaba.

Sammie era una mujer alta, medía un metro ochenta; mucho más alta que Adrienne, quien apenas llegaba al metro sesenta. Solía usar esos vestidos largos y holgados que tan populares habían sido en la década de los sesenta. Siempre llevaba sandalias, y se recogía la ondulada melena pelirroja en una coleta suelta. Tenía treinta y cinco años y era atractiva; aun así, llevaba una ligera base de maquillaje para realzar su belleza natural. Cada vez que Adrienne la había visto, lucía los mismos pendientes que tintineaban cuando iba de un lado a otro de su local. Sammie le sirvió la bebida a Adrienne.

—Toma, siéntate. En diez minutos estoy contigo.

Adrienne eligió un asiento alejado del tipo molesto de la cola, que la siguió mirando fijamente mientras esperaba el café.

—Al parecer he venido en mal momento —dijo Adrienne cuando Sammie se sentó enfrente.

—La caja se va llenando, así que, por lo que a mí respecta, has llegado en un momento

excelente. Ten, prueba esto y dime qué opinas. —Sammie le tendió una servilleta con un trozo pequeño de pan en forma de cubo.

Adrienne masticó el crujiente picatoste.

—Delicioso. ¿Es casero?

—Por supuesto.

—Sabe a ajo, mantequilla, sal de mar y algo más...

Apoyó un dedo en la barbilla. Se había vuelto una experta en identificar las especias que daban sabor a la comida que probaba. Después de muchas cenas interminables y aburridas con Eric y algún gerente de hospital al que su exmarido buscaba impresionar, tuvo que encontrar una forma de estar entretenida. Así que intentaba adivinar los ingredientes de cada plato que pedía. Si algo se le escapaba, preguntaba al camarero, y este a su vez preguntaba al chef. Los chefs empezaron a interesarse por la mujer que adivinaba todos sus secretos. Al principio Eric disfrutaba de la atención que le prestaban a su esposa cuando salían un instante de la cocina para acercarse a su mesa. Pero pronto se hartó. Eric era invisible para ellos; Adrienne, en cambio, era quien recibía todas las atenciones. A él no le gustaba quedar en un segundo plano, así que Adrienne dejó de adivinar los ingredientes y se dedicó a quedarse sentada y en silencio, como una buena y dócil esposa.

—Parmesano —completó Sammie.

—Brillante.

—Ahora te toca a ti. Veamos qué me traes.

Sammie se limpió las manos en el delantal y las extendió. Adrienne le pasó la fotografía, pero dejó la carta en el bolsillo.

—Guapo. ¿Quién es? —preguntó Sammie, dando la vuelta a la foto.

—No estoy segura —respondió Adrienne—. Estaba dentro de la caja. Creo que es el hombre que escribió las cartas. Tengo más cosas que mostrarte, pero sé que ahora no tienes tiempo —añadió mirando la cola de gente que esperaba en el barra.

—Mil novecientos cuarenta y dos. Durante la Segunda Guerra Mundial, ¿no? —dijo Sammie, mientras señalaba la fecha de la foto.

Adrienne asintió.

—Creo que por entonces su novia vivía en mi casa. ¿Tienes idea de cómo podría averiguar más información sobre ellos?

Sammie puso cara de concentración.

—Podrías hablar con Leo; es el dueño del restaurante que está en la otra punta de la ciudad. Es un veterano de la Segunda Guerra Mundial y ha vivido aquí toda su vida. Tal vez él los conociera. —De pronto se fijó en el mostrador, donde una chica se estaba anudando el delantal a la cintura—. Acaban de llegar los refuerzos. ¿Podrías quedarte unos minutos más? Quiero preguntarte una cosa.

—Por supuesto.

Sammie se alisó la falda con las manos.

—Escucha, hace un rato ha venido Ryan.

Adrienne dejó caer la cabeza sobre la mesa, y la melena larga le tapó la cara.

—¿He dicho algo que no debía? —preguntó Sammie.

—No. —Adrienne se asomó por debajo de la melena—. Ryan y yo ya no estamos saliendo.

—Y ¿por qué no? Siempre que os veía juntos, sonreías de oreja a oreja...

—Ya lo sé, pero seamos claras, era el típico novio de desechada.

Sammie deslió un mechón de pelo de su pendiente.

—No lo entiendo, al principio ni siquiera te gustaba.

—¿Te refieres al día en que llegó a mi puerta, musculoso y bronceado, para ayudarme a meter las cosas en casa?

—Exacto. Si mi memoria no me falla, me dijiste que ese aire de tipo seguro, ligón y refinado te daba náuseas. —Ahora el pendiente de Sammie tintineaba como de costumbre.

—Y así era.

Adrienne recordó ese momento y sonrió. Al final Ryan la había conquistado con su encanto natural, que ella había confundido con la arrogancia. Eso mismo, acompañado de una buena dosis de risas —un elemento que había brillado por su ausencia durante su matrimonio con Eric—, hizo que Ryan se convirtiera en el calmante más eficaz para su dolor. Pero no era un remedio a largo plazo. Se mordió el labio inferior.

Sin embargo, había sido una bonita distracción, y él tampoco buscaba una relación seria. Solo buscaba pasárselo bien, y lo había dejado claro desde el principio. Eso la había aliviado.

—Y ahora, de repente, ¿ya no te gusta? —prosiguió Sammie—. ¿De pronto ya no te atraen los hombres jóvenes y apuestos?

Adrienne suspiró.

—No, no es eso.

Sammie se retiró el cabello de la frente.

—Déjame que lo intente de nuevo. Ryan es un buen tipo. Pero después de pasar por una relación que a mi parecer fue no solo difícil sino también abusiva, necesitas tiempo para conocerte a ti misma antes de conocer a nadie más.

Adrienne levantó de inmediato la cabeza de la mesa.

—Exacto. He tardado semanas en entenderlo y tú lo has definido en cuánto, ¿nueve segundos?

Sammie se encogió de hombros.

—Es más fácil verlo desde fuera. ¿Ya has hablado con él?

Adrienne alzó un hombro levemente.

—Más o menos.

—Discúlpame, Chicago, pero es una pregunta que solo se responde con un «sí» o un «no».

—Le dije que necesitaba tiempo. Así que acordamos ser amigos. —Se inclinó hacia delante—. Y parece que estuvo de acuerdo, ya que jamás buscó nada serio. ¿O a ti te dijo algo diferente?

—No. —Sammie bajó las comisuras de los labios—. Cuando tu viaje de autodescubrimiento haya terminado, tal vez podáis volver. Te mereces algo de diversión.

—No, no podemos —respondió Adrienne, al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Estar con Ryan es divertido —dijo entre risas—. Tal vez demasiado. Pero nada más...

—Nunca me hablaste de cómo os conocisteis. Yo llevo años aquí en Bonita y aún no he conocido a mi «Señor Diversión».

—Mary Lathrop, mi agente inmobiliaria, lo contrató para que se encargara de la mudanza. Sospecho que ella desde un principio creía que nos llevaríamos bien. —Mary había sido una agente maravillosa, se había encargado de todos los detalles, pero a la vez entendía que Adrienne necesitaba sentir que iba a hacer algo por sí misma por primera vez en su vida—. Nunca me lo dijo, pero creo que ella también pasó por un divorcio similar al mío.

Sammie asintió.

—Así que Ryan fue su instrumento de justicia cósmica. Te abandona un tipo estúpido, y terminas con un universitario musculoso para aliviar tu soledad.

Mary había sido muy atenta y comprensiva. Su empatía tenía ese toque del secreto que comparten las mujeres cuyas vidas se han desmoronado por culpa de la infidelidad. De manera intencionada o no, había diseñado una venganza contra todos los maridos espantosos que habían destruido su matrimonio por culpa de la cobardía. Así definía Adrienne la infidelidad, como el camino que toma el cobarde.

Su mente recordó al coqueto, sexy y encantador joven con el que había compartido varios paseos a la luz de la luna.

—Pero estar con Ryan es como... regresar a los años de la universidad. —Sus palabras sonaron melancólicas, atrapadas a mitad de camino entre la diversión de la juventud y la seriedad de la vida adulta—. Ya tengo veintiocho años. Estuve casada durante cinco, casi seis años. La vida de universitaria ya no me interesa. —Parpadeó varias veces, estudiando el rostro de Sammie, buscando su reacción—. ¿Sueno como una vieja arpía?

—No, sueñas como una mujer. Ryan tiene cuántos, ¿veinticuatro? ¿Veinticinco, tal vez? Tú has llevado una vida diferente, y ya estás de vuelta de todo eso. —Le guiñó un ojo y la señaló con un dedo—. Pero recuerda que Ryan no será un universitario toda su vida.

Una risita carente de humor escapó de los labios de Adrienne.

—Para mí siempre lo será.

Sammie puso los brazos en jarras e inclinó la cabeza ligeramente a un lado.

—Entonces, ¿qué tipo de hombre estás buscando?

Adrienne levantó la vista del café y miró el tráfico por la ventana. Los automóviles pasaban rápidamente, y solo disminuían su velocidad un instante al cruzar la luz ámbar parpadeante que delimitaba el paso entre el centro comercial y la cafetería.

No tenía nada de malo soñar.

—Alguien fuerte, pero no demasiado controlador. Muy leal, pero no trastornado. Alguien que pueda protegerme, pero que sea lo suficientemente gentil para tocar mi alma sin destruir mi espíritu.

Sammie descansó la barbilla en una mano.

—Cariño, si encuentras al «Señor Héroe Gentil», avísame. De hecho, pídemelos dos.

—¿Dónde están todos los poetas? —se preguntó Adrienne en voz alta.

—¿Cómo?

—Es una frase de mi poema favorito. «¿Dónde están todos los poetas? Rimas pasionales que nadie canta, mi corazón hasta la fecha anhela, que mi poeta príncipe regrese.»

—Hermoso. —Sammie bajó la mirada poco a poco hacia la mesa—. Tu corazón está buscando su alma gemela. Espérala. ¿Puedo hacerte una pregunta, Chicago?

Adrienne repasó con un dedo el borde de la taza vacía.

—Claro.

—¿Por qué has venido aquí?

—¿A tu cafetería?

Sammie alzó los ojos al techo.

—No. Aquí.

—Ah, preguntas por qué he venido a un pueblo que no conocía y he comprado una casa de dos plantas en ruinas...

Sammie soltó una risa.

—Sí.

Adrienne respiró hondo. Si alguien podía entender lo necesario que es ser independiente, esa persona era Sammie, una mujer que vivía bajo sus propias reglas.

—Necesitaba comprobar que soy capaz de hacer algo yo sola, algo fuera de lo normal.

—¿Y por qué otra razón?

Adrienne escarbó más profundamente en su interior.

—Por primera vez en mi vida no quería hacer lo que todos esperaban de mí. Eric esperaba que me quedara en Chicago. Mi madre esperaba que regresara a su casa en Missouri.

—Exacto. —Sammie la apuntó con el dedo índice—. Es el síndrome de la chica buena. Querías probarte algo a ti misma, a tu manera y siguiendo tus propias reglas. Y ¿sabes por qué?

Adrienne negó con la cabeza.

—Porque estás harta de hacer lo prudente. Querías hacer algo peligroso e inesperado. Algo que tuviera las mismas probabilidades de triunfar que de fracasar. Te estás retando a ti misma a ser

una mujer mejor. Bien hecho, Chicago.

Sammie tenía razón. Desde que era una niña, a Adrienne le habían enseñado a ser cautelosa. Primero su madre, que veía el peligro en cualquier cosa: «No montes en bicicleta cerca de la carretera. No cruces la calle sola. No juegues tan cerca de la ventana». Y luego Eric, que traía consigo un libro de reglas distinto: «No te rías tan fuerte, pareces un caballo. No sonrías tanto, hace que parezcas falsa. No te pongas así, pareces una vieja encorvada».

La habían entrenado para ser la hija perfecta, y luego la esposa perfecta. Había llegado el momento de arriesgarse.

Se obligó a dejar de pensar en Eric, ese tipo no se merecía ni un segundo más de su tiempo. Miró la fotografía y pensó en William, alguien que sabía como nadie lo que era tomar riesgos, e intentó imaginárselo como un hombre de ochenta y un años. El tiempo habría cambiado su físico, pero ¿acaso también su corazón tierno y su habilidad con las palabras? Tal vez se riera de las cartas al recordar la pasión, la intensidad y la fragilidad del almibarado amor de juventud. O puede que sus ojos se llenaran de lágrimas al recordar la muerte, la guerra y el dolor. No había forma de saberlo.

—¿Estás pensando en las cartas?

—¿Tan transparente soy? —dijo Adrienne, y se cruzó de brazos.

Sammie movió su cabeza de un lado a otro.

—Sí, bastante. ¿Cuál es tu favorita?

—Todas las que he leído. —Adrienne puso los ojos en blanco—. Pero hay una que es particularmente inolvidable.

Buscó la carta en el bolsillo de su chaqueta.

—¿La has traído?

Adrienne asintió con la cabeza.

—Pensé que te interesaría saber lo que se dice en una de las cartas. ¿Has oído hablar de Bastogne? William no menciona la localización exacta, pero después de investigar un poco en internet confirmé que ahí estuvo desplegada su unidad.

—Tal vez el nombre me suene de alguna clase de historia en el instituto, pero fue hace mucho tiempo. La batalla de las Ardenas, ¿correcto? —respondió Sammie con los ojos entrecerrados por la concentración.

—Escucha esto...

Diciembre de 1944

Querida Gracie:

Tengo frío. Extraño el calor de tu sonrisa y de tu piel suave. Estoy en un lugar desolado. Solo hay silencio, a excepción de un viento helado que aúlla al soplar sobre nuestras cabezas. Es como una voz fantasmal que se burla de nosotros, que nos repite que no sobreviviremos. Estamos completamente rodeados por un ejército alemán fuertemente armado. Esto supone un golpe terrible, ya que habíamos logrado hacer retroceder a los alemanes casi hasta su propia frontera. Su reacción fue veloz y despiadada, una arremetida que nadie vio venir.

A día de hoy no pueden enviarnos provisiones. Cuantas veces se ha intentado, han fracasado. Nuestras raciones cayeron tras las líneas enemigas. Todas las noches dormimos con hambre. Debemos conservar la poca comida que nos queda. Pero estamos aguantando el frente. Si logran romper nuestra defensa, el ejército alemán nos invadirá. No nos queda otra opción que ser fuertes, pues muchos hombres dependen de nosotros.

Hace mucho que dejé de contar los días que llevamos aquí. Ya no me despierto pensando que cada día será el último. A veces creo que jamás dejaremos este lugar. Parece un acto de justicia que finalmente muramos sobre este suelo congelado, duro y despiadado. Tantos compañeros

nuestros han caído ya... ¿Por qué merecemos vivir los demás?

Y sin embargo, sé que no moriré aquí. Sé que regresaré a casa, que regresaré a ti. Eres el único calor que tengo, especialmente durante este brutal invierno. No pudieron hacernos llegar el equipo de invierno, así que vestimos con nuestros uniformes de verano. Ya no recuerdo lo que es despertarme sin temblar de frío.

Me he enterado de que a Estados Unidos han llegado noticias de nuestras campañas anteriores. Al parecer nos consideran héroes. Me parece muy extraño. No soy ningún héroe. Entrenamos a fondo, pero en el momento de saltar en paracaídas, nos dispersamos y aterrizamos en posiciones nada ventajosas. Sin embargo, en algún momento entre las balas que silbaban muy cerca de nosotros y el suelo, nuestro entrenamiento valió la pena. Ya en tierra, nos convertimos en la unidad que siempre habíamos sido. Rick aterrizó cerca de mí y prometió guardarme las espaldas. Nos hemos salvado la vida el uno al otro varias veces, pero ahora Rick ha cambiado. En sus ojos veo la desesperanza. Temo por él. Este lugar terminará con varios de nosotros, si no por culpa de las heridas abiertas, sí en cambio por las que están ocultas.

Gracie, cuando vuelvas a escribirme, háblame de la playa otra vez. En tu última carta me contaste que Sara y tú nadasteis con el delfín. Fue hermoso leerla, me hizo sentir como si estuviese ahí, con el sol dándome en la cara y contigo en mis brazos. Eres lo único que me ayuda a soportar todo esto.

Con todo mi amor,

William

Sammie guardó silencio un buen rato.

—Menudo tesoro has encontrado en el desván.

—Sí.

Adrienne pensó en William. Tal vez la guerra lo hubiera convertido en un viejo amargado e irritable. Su corazón se desanimó al pensar así. La gente cambia, pero no siempre para bien.

Capítulo 4

Adrienne cruzó la ciudad en dirección al restaurante de Leo. Conducía con las ventanillas bajadas, y la brisa salada de Florida le alborotaba el cabello. Le encantaba. A fin de cuentas, el sur de Florida era su sueño hecho realidad, con su clima perfecto y el rollo tropical. Había querido mudarse aquí desde que habían pasado unas vacaciones en Sanibel Island hacía unos años. Eric se lo había prometido, pero nunca lo cumplió. Así que estaba dispuesta a disfrutar todos y cada uno de los días soleados que Bonita Springs le regalaba. Ya era mediados de junio, y por todas partes empezaban a brotar flores nuevas. Llevaba en Florida desde marzo, y no creía posible que todo pudiera estar más verde, pero al acercarse el verano eso era lo que estaba ocurriendo. La época de lluvias trajo consigo una explosión de nuevo follaje.

Intentó pensar en lo que plantaría en el jardín delantero, pero las dudas sobre su destino y lo que estaba a punto de hacer la interrumpían. Dos veces estuvo a punto de dar la vuelta y regresar a casa, pero algo la empujaba a avanzar. Sabía que estaba desarrollando una obsesión, pero no podía evitarlo. No conseguía sacarse de la cabeza una idea irritante. ¿Dónde estaba Gracie? Las cartas le pertenecían. No entendía por qué razón las habría dejado atrás.



Leo Sanderson era un hombre enjuto de ochenta y tres años que todos los días iba a pie a su restaurante. Por las mañanas temprano, caminaba una calle y media, ponía el letrero de «Abierto» y saludaba a los clientes habituales mientras les servía una taza de su café, que era de los fuertes. Se quedaba ahí hasta las dos de la tarde, y regresaba caminando a casa. Era su rutina diaria. En Bonita Springs todos lo conocían, así que Adrienne ya había oído hablar de él. Solo había visitado su restaurante un par de veces, pero en ambas ocasiones Leo la había saludado y le había ofrecido café.

Como sabía de la potencia del café, Adrienne pidió té helado. Se sentó cerca de la puerta de entrada y esperó el momento idóneo para hablar con él. Casi habían dado las dos de la tarde cuando finalmente Leo se acercó. Ella lo invitó a sentarse. El viejo dejó la cafetera sobre la mesa de formica, como acostumbraba siempre que se sentaba a bromear con sus clientes.

Se saludaron amablemente, pero no había tiempo para charlar de vaguedades. Adrienne fue directa al grano y le mostró la fotografía.

—¿Lo conoce?

—Por supuesto que sí. Es William Bryant —dijo el anciano mientras examinaba la foto—. No he pensado en él desde hace años, pero éramos buenos amigos en esos tiempos. Varios amigos de la zona nos alistamos en el ejército a la vez.

Adrienne se deslizó hacia delante en su asiento; su corazón comenzó a latir rápidamente después de escuchar la confirmación de que William era el hombre de la foto.

Los dedos manchados de nicotina del viejo señalaron a la niña de la foto.

—Es Sara.

—Así que es Sara. ¿Podría darme algún dato de Sara y Gracie?

—William era como yo. Pobre. Su padre tenía un negocio en la ciudad, que quebró y dejó a la familia en la calle. Sin embargo, William sabía darle al bate. Probablemente habría llegado a profesional si no se hubiera alistado. —Se recostó ligeramente en la silla—. Claro que nadie sabía qué pasaría con el béisbol después de la guerra. Algunos creían que llegaría a su fin.

Adrienne recordó las cartas.

—¿William se enroló para complacer a los padres de Gracie?

—Para complacer a la madre de Gracie. Ella era su trofeo. La señora se había quedado sin

dinero, así que buscaba que la chica se casara con algún tipo rico. William hacía peligrar sus planes. Pero él creía que el hecho de alistarse lo convertiría en un buen partido para casarse con Gracie. Todos tuvimos nuestras razones para alistarnos.

Leo le devolvió la foto, deslizándola por encima de la mesa.

—¿Por qué quiere saber todo esto?

Adrienne intentó hablar, pero no pudo. No encontraba las palabras para explicar su obsesión, ni por qué era tan importante para ella saber si este hombre había conseguido lo que tanto anhelaba.

—Pues veré... Encontré algunas cosas en el desván de mi casa que pertenecían a Gracie. Pensé que le gustaría recuperarlas. No creo que las dejara allí a propósito.

Leo estuvo callado un momento, mirándola con sus ojos grises y húmedos.

El silencio también inundó el restaurante mientras se marchaban los últimos clientes. Adrienne observó a un par de personas salir por la puerta; desprendían un olor a bronceador de coco que probablemente indicaba que habían estado en la playa. Volvió a mirar a Leo. Tanto su cara como su cuello profundamente arrugados hacían honor a sus ochenta y tres años.

—Gracie está muerta. Murió en el cuarenta y cinco.

Leo siguió hablando, pero Adrienne no escuchó nada más salvo la misma palabra que se repetía una y otra vez en su cabeza. «Murió.» Soltó un resoplido. Sintió cómo la envolvía la tristeza, porque ella había escrito una historia de amor mentalmente: William había regresado, se habían casado, habían tenido media docena de hijos y vivido una vida maravillosa. Ya había comenzado a picarle la nariz, y las lágrimas llegarían pronto si no se controlaba. Cerró los puños. Tendría que haber leído solo las cartas y dejar el asunto en paz. Claro, ella era consciente de que las probabilidades de que una mujer de ochenta y tantos siguiese viva eran del cincuenta por ciento como mucho, pero ¿muerta desde 1945? Eso significaba que había muerto un par de años después de que William partiera para luchar en la guerra.

El sol que entraba por las ventanas llenaba de bochorno el restaurante. Hacía un calor sofocante.

—¿Cómo? —logró preguntar finalmente.

Leo la miró un buen rato.

—Mire, no sé por qué quiere saber tanto sobre Gracie. Francamente, ella no valía el tiempo que le está dedicando.

Adrienne abrió los ojos de par en par. ¿Cómo podía decir eso? Gracie era la mujer de la que se había enamorado William Bryant, la mujer que le había dado esperanza durante la guerra. Leo se notaba molesto, tal vez enfadado, y Adrienne percibió que sus palabras habían abierto una vieja herida.

Rascándose la calva, Leo se levantó de la mesa mientras miraba por la ventana.

Tal vez Adrienne no estaba preparada para esto.

—Lo siento.

El hombre se mantuvo en silencio. Ella hizo un gesto con la cabeza como para expulsar el temor que sentía.

—Tengo unas cartas escritas por William. En ellas habla de Gracie como si fuese un ángel.

Leo sonrió con sorna.

—Sí, se le daba bien hacer creer a la gente que lo era.

Adrienne miró la foto.

—Pensé que ella amaba a William.

—Oh, sí que lo amaba —continuó en tono sarcástico—, hasta que él se fue. Entonces, de inmediato se enamoró de un tipo recién llegado a la ciudad. William se merecía mucho más. Es un buen hombre.

Su viaje y la historia que Adrienne había escrito en su cabeza sobre William y Gracie llegaban a

su fin, allí mismo, con Leo. Hasta donde ella sabía, tal vez los dos estuvieran muertos y no hubiera nadie en la ventana de la primera planta de la casa de Will. Probablemente se lo había imaginado, igual que se imaginó una bonita vida para William y Grace.

Y entonces repitió las palabras de Leo:

—Perdone, ¿ha dicho que es un buen hombre?

Sin embargo, en esos momentos Leo ya se había embarcado en un viaje al pasado, a un pasado claramente doloroso.

—Cuando William regresó, se enteró de que Gracie se había escapado con un vendedor ambulante, y para colmo, desertor, y que murieron en un accidente de tráfico a menos de doscientos kilómetros de la ciudad. William había sacrificado todo por ella.

—La foto. ¿Grace estaba en el lado que está arrancado?

—Me imagino. —Su mano tocó el borde serrado—. Seguramente la rompió ella misma para dársela al cobarde con quien se escapó.

La cabeza de Adrienne latía a un ritmo lento pero fuerte. Necesitaba irse a casa, dejar de husmear, pero mientras pensaba en eso su boca seguía haciendo preguntas:

—¿A qué se refiere cuando dice que William sacrificó todo por ella?

—Regresó herido de la guerra. Y aun así, fue condecorado como un héroe —añadió al final, como complemento—. Águila Gritona, uno de los mejores.

El brillo en los ojos de Leo le hizo parecer más joven. O tal vez solo fueran las típicas lágrimas de los viejos marchitos que aparecen cuando hablan abiertamente de penalidades que la mayoría de la gente jamás soportaría. Aun así, era algo especial. Bello, trágico, y muy especial.

—Me gustaría saber más de él, si no es molestia.

Leo se volvió para ver el reloj de pared.

—Lo siento, es la hora de mi siesta —dijo el anciano mientras se masajeaba la nuca—. Si quiere saber más sobre William, ¿por qué no va y le pregunta a él?

—Entonces, ¿sigue vivo? ¿Usted cree que él estaría dispuesto a hablar conmigo?

—Seguro. ¿Su deportivo es capaz de conducirla hasta Naples? Por lo que sé, él aún vive allí.

—Naples —repitió ella. Claro que su automóvil podría llegar a Naples, acababa de estar ahí la semana anterior—. Vive con su nieto, ¿verdad?

Leo asintió con la cabeza.

—¿Necesita indicaciones de cómo llegar? —se ofreció.

—No.

Adrienne sabía llegar a casa de William Bryant sin necesidad de indicaciones, ni siquiera de un GPS. Will Bryant... Recordó la conversación que mantuvieron. Él nunca dijo que no conociera a otro William Bryant, solo dijo que no podía ayudarla.

—Hombres —balbució.

Puede que los hombres de esta generación fueran todos iguales. Tanto en Chicago como en Bonita Springs, decían medias verdades cuando les convenía. Como cuando Eric le dijo que se mudarían a Florida. Esa ni siquiera había sido una media verdad.

Antes de comprar la casa jamás había oído hablar de Bonita Springs, en Florida, pero había encontrado la ciudad mientras buscaba propiedades en la costa del Golfo. Siempre había querido vivir cerca del mar. Pero tras habérselo prometido cuando estaban en la universidad, tiempo después Eric se negó a mudarse. Él sostenía que Chicago era el único lugar donde un joven y brillante cardiólogo como él podría medrar y hacer carrera profesional. Aparte de eso, Chicago está a orillas del lago Michigan, así que Adrienne se convenció a sí misma de que sería casi como vivir en la costa. Pero un lago, por muy grande que sea, es muy diferente del océano. Había llegado a amar la ciudad, pero nunca echó raíces allí. Su corazón anhelaba algo más. Algo con arena y sal.

—Gracias por su ayuda, Leo.

—Buena suerte.

Adrienne se despidió de Leo sintiéndose un poco más esperanzada, aunque triste por Gracie. Aun así, ahora sabía que William sí había vuelto de la guerra, y no podía evitar preguntarse qué se habría encontrado a su regreso. Debió de ser una vuelta a casa agrídulce, de eso no había duda.

Un montón de preguntas ocupaban su mente mientras conducía de vuelta a casa por las calles llenas de palmeras a un lado y otro. ¿Cómo era posible que alguien dejara de amar a un hombre como William Bryant? ¿Acaso esa persona tenía algo que ocultar? Las cartas quedaron abandonadas en el desván. ¿Sería alguien con un secreto? Más bien parecía que las había ocultado, y no que las había olvidado. Leo daba por hecho que Gracie había sido quien había roto el trozo de fotografía donde ella aparecía. Sara y William seguían ahí. Su hermana y su novio. Pero ¿por qué romper la foto? Tal vez Gracie se la había dado a alguien más, o tal vez lo hizo por despecho. Adrienne probablemente nunca conocería la verdadera razón.

Había llegado el momento de poner fin a su curiosidad, de regresar a casa y dejar que su imaginación terminara la historia iniciada por las cartas. La realidad no era un cuento de hadas. William y Gracie habían vivido sus vidas. Y si algo había aprendido Adrienne en los últimos meses era que la vida es un lío. A veces, un desastre.

Pero su corazón se apiadaba del joven y valiente soldado que había ido a luchar en una guerra con la esperanza de ganarse el respeto de la madre de su novia. Adrienne se preguntó si en algún momento llegó a recuperarse de la traición de Gracie y de la herida que lo dejó lisiado.

Aparcó el vehículo en la entrada y echó un vistazo a la casa. Su casa. Tal vez ya hubiera tenido suficiente con toda esa historia. Al fin y al cabo, lo que le interesaba era el futuro, no el pasado. Suficiente drama había tenido en los meses previos a su divorcio. No necesitaba nuevas dosis. Guardaría las cartas que ya había leído y el resto las dejaría donde las había encontrado, en el desván. Las palabras eran el tesoro; no estaba preparada para soportar más dramas.

Apagó al motor y se fijó en cómo chasqueaba. A través de las ventanillas se oía el canto de las aves, pero no la reconfortaba. Adrienne entendía de heridas y de cicatrices. Era capaz de identificarse con el dolor que William debió de sentir. Ellos dos tenían algo en común, y ese sentimiento volvió a conectarla con su propio dolor. Hacía tan solo seis años ella creía que su vida iba a ser perfecta, como la de una princesa de cuento. Pero eso de «fueron felices y comieron perdices» era mentira.

Al bajarse del coche el sol de Florida la iluminó, como si aprobara la decisión que había tomado. La puerta de la entrada ya no rechinó cuando la abrió. Había comprado el lubricante y apretado las bisagras. Su proyecto era esta casa, y no un misterio de mediados del siglo pasado.

Sin embargo, al entrar encontró las cartas sobre la mesita junto a la puerta, esas cartas tan poéticas. Y no pudo evitar que sus dedos se estirasen y se hiciesen con ellas. Fue a la cocina, se preparó un té helado y salió al patio de atrás para sentarse en su silla favorita.

La brisa de la tarde soplaba por encima del agua, y los rayos del sol se asomaban detrás de unas pocas nubes. Alzó la cara hacia el círculo ardiente, esperando recibir una acusación. Sin embargo, lo que recibió fueron cálidos besos en sus mejillas. El viento, enfriado por el agua, flotaba hacia ella con el aroma a verano en sus alas. Se recostó en la silla mientras su melena revoloteaba sobre los hombros y los brazos. Dejó la pila de cartas sobre su regazo con una sonrisa de satisfacción. Era un día perfecto para leer.

Septiembre de 1944

Querida Gracie:

Mientras escribo esto, me pregunto si hago lo correcto. Muchos son los kilómetros que he caminado desde que llegué aquí, y pienso en ti a cada paso que doy. Tú me mantienes vivo y en

movimiento, aunque mi corazón me pide a gritos que me dé por vencido.

El campamento está en silencio, la mayoría de mis compañeros duermen o intentan hacerlo. Nuestros efectivos se han reducido. Los alemanes nos bombardean constantemente. Pero eso no me asusta; lo que más miedo me da es la oscura desesperanza que nos acecha desde los árboles, oculta entre las sombras. No quiero pensar en ella. Esa desesperación significa la muerte, no menos que una granada, una bala certera o el fuego de artillería. Nuestro trabajo se ha vuelto mecánico, lo cual es una bendición. Cuando somos testigos de la muerte de un amigo en el campo de batalla, lamentamos su pérdida y seguimos adelante. No hay otra opción. Debemos seguir adelante.

Gracie, quiero pedirles un favor a Sara y a ti. Por favor, no os deis por vencidas. Mientras sepa que creéis en mí, podré abatir a cualquier enemigo, ya sea un solo soldado o el ejército alemán al completo.

Gracias por tu última carta. La recibí justo antes de que ordenaran nuestro despliegue. Cuando invadimos Normandía perdí otras cartas junto con el resto de mi equipo al saltar. No sabes cuánto lo lamento. Cada carta era un tesoro. Sin embargo, en mi cabeza las leo una y otra vez. Tal vez pase bastante tiempo antes de que vuelvan a repartir el correo, pero, por favor, mándame algo. Dime que me amas y recuérdame cuál es mi hogar.

¿Cómo se encuentra la dulce Sara? Dile que a menudo pienso en el día que la encontré en la laguna. Tenía los ojos llorosos. Me dio tanta lástima... No he conocido un alma más tierna que la de la dulce Sara. Por favor, Gracie, no te olvides de recordárselo. Si ves a mis padres, díles que los echo de menos. Al igual que tú, ellos no querían que viniera a esta guerra, pero no pienso decepcionarlos.

Gracie, para ti es todo el amor que siento.

Siempre tuyo,

William

Adrienne intentó imaginar dónde se habría sentado Grace para leer las cartas. ¿A solas en su habitación? ¿Afuera, cerca de la orilla del mar? Y Sara, el alma tierna, ¿cómo habría reaccionado al perder a William, su amigo, el que la encontró en la laguna? Adrienne se tomó un descanso en la lectura para prepararse un sándwich, procurando concentrarse en William y no en la traición de Gracie. No le costó mucho retomar las cartas con el mismo asombro inocente que cuando las encontró por primera vez y conoció al héroe que las escribió.

Mientras disfrutaba de un sándwich de crema de cacahuete y mermelada y un vaso de leche fría con hielo, volvió a fijarse en el listín telefónico donde había encontrado la dirección de William Bryant. Apoyada en el fregadero de la cocina, dejó caer el peso en un pie y cruzó el otro, luego se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba imitando la postura que ese William «Todos me llaman Will» Bryant había adoptado cuando ella llamó a la puerta de su casa en Naples. Lentamente, se llevó el sándwich a la boca y le dio otro bocado.

Pensó nuevamente en William Bryant, el veterano de guerra. Cuando una piedra cae en el agua, se crea una reacción en cadena de ondas. Y esta reacción que Adrienne acababa de iniciar parecía que sería incontenible. Era inevitable: tarde o temprano regresaría a esa casa en Naples y llamaría a la puerta. Era demasiado entrometida. Si no iba hoy, terminaría yendo cualquier otro día. Y no hay tiempo que perder cuando se trata de un hombre de ochenta y un años. A fin de cuentas, las cartas pertenecían a William. Merecía guardarlas él.

Capítulo 5

William se duchó y bajó a la biblioteca. Con una mano se apoyó en la barandilla al bajar los escalones, y con la otra hizo presión sobre la rodilla izquierda. Hacía años que había aprendido a no dormir con la pierna sana descansando sobre la dañada, pero la noche anterior parecía que se le había olvidado. Esta mañana, su rodilla aullaba de dolor. El huerto tendría que esperar. Will estaba en el banco trabajando, así que disponía de unas cuantas horas a solas para dedicarlas a recordar. Casi todos los días echaba una ojeada a los álbumes de la familia. Miraba fotos de Will cuando era un niño, de Charles y de Peg, y de su querida Betty. A veces le dedicaba un día entero a cada álbum. Era como si pudiese revivir de nuevo todos los momentos fantásticos que habían hecho de su vida el viaje indescriptible que había sido y que seguía siendo. Pero este día en concreto se había propuesto visitar los tiempos de la guerra. Pensaba recordar a los amigos que había perdido y dar gracias a Dios por seguir aún con vida.

William se sentó en la cómoda silla de la biblioteca de su nieto y acercó la lámpara del escritorio. Se quitó las gafas de leer y limpió los cristales con su camisa de algodón. La tenue luz del sol entraba en la habitación y calentaba el libro que sostenía en las manos. No todos los recuerdos son buenos, pero todos son importantes. Sacó otro álbum de la estantería y lo abrió, y recordó cuando Charles le preguntó si la mayoría de sus recuerdos sobre la Segunda Guerra Mundial eran buenos o malos. Entonces no supo qué contestar, así que no le dio una respuesta. William aún fue más atrás en sus recuerdos. Había mentido sobre su edad para alistarse en el ejército. Cuando le sugirieron convertirse en paracaidista, preguntó:

—¿Y eso qué es?

Quien respondió fue Rick, un amigo de la escuela que acababa de alistarse:

—Ahí ganarás más dinero.

Claro, más dinero significaba más respeto de la madre de Grace. Así que William Bryant se unió a la 101.^a División Aerotransportada. Era un grupo de élite, no por designio, sino por su entrenamiento exhaustivo. Cuando otros descansaban, ellos escalaban una montaña. Cuando otros se iban de permiso o solicitaban un pase de fin de semana, ellos se quedaban a entrenar. No obstante, todo lo que casi acabó con ellos durante la instrucción, después les salvó la vida en el campo de batalla.

Al igual que ocurría con muchos soldados de la Segunda Guerra Mundial, la invasión de Normandía estaba grabada en la memoria de William para siempre. Este había sido testigo del momento en que el avión que volaba frente al suyo fue alcanzado por el fuego antiaéreo, y de cómo caía abatido igual que un balón de playa. En su avión hubo bajas debido a las balas que entraban por la compuerta abierta para saltar. Varias explosiones iluminaban el cielo, y él se preguntaba cuántos paracaidistas habrían aterrizado ya muertos.

Cuando llegó su turno, saltó a la oscuridad. No podía ver el océano ni la playa, pero sabía que tomarían tierra en territorio hostil. No había forma de saber qué les esperaba allí abajo, pero estaban seguros de que no serían tropas aliadas.

La batalla de Normandía sin duda fue tan horrenda como la habían presentado los documentales en los últimos años, pero para William palidecía en comparación con Bastogne, una batalla que duró una eternidad para la 101.^a División. No solo por el aislamiento, sino por el frío intenso y por saberse completamente rodeados por el ejército alemán, que aún no estaba derrotado. Cuando la 101.^a Aerotransportada llegó a Bastogne, no fueron muchos los soldados de reemplazo que habían saltado en Normandía. Esa invasión en la playa los había endurecido y estaban listos físicamente para hacer frente al enemigo. Pero nada los había preparado para Bastogne. La falta de ropa de invierno frente a las bajas temperaturas les robaba la compostura mientras que la falta de comida les robaba la moral.

Y aunque ahora sabía que estaba a salvo en casa, había noches en las que se despertaba pensando que estaba allá de nuevo, con el olor a pinos y a muerte impregnado en su nariz. Bastogne había sido una batalla no solo física sino también psicológica, y algunas heridas nunca sanan.

Unas horas después, William se levantó de la silla de la biblioteca. La suave piel acolchada del asiento se había ajustado a su forma, y al ponerse de pie se dio cuenta de que había estado ahí más tiempo de lo que pensaba.

Sus manos oscurecidas por el sol intentaron alisar las arrugas de la cara. Se estiró, salió de la sala y fue lentamente hacia la cocina. Era importante recordar todo lo que había vivido. Hacía que los buenos tiempos fueran aún más valiosos. En realidad, había dedicado muy poco tiempo a pensar en la guerra. Y no sabía por qué, esa mañana le había parecido importante recordar, pero había aprendido a no cuestionarse los motivos. Si su corazón sentía la necesidad de emprender ese viaje, pues adelante.

Durante años había estado en contacto con otros de la 101.^a División, pero desde que su esposa falleció, cinco años atrás, había dejado a sus antiguos compañeros en el olvido. Incluso a Leo. Su amigo no había estado en la 101.^a, pero le había presentado a William a la que sería su esposa, Betty. Habían tenido un matrimonio largo y feliz hasta el día en que murió. Aún la extrañaba, todos y cada uno de los días.

Algunas noches se le olvidaba que ella ya no estaba. Se despertaba y se daba la vuelta en la cama para intentar abrazarla. Pero en vez del suave cuerpo de Betty, lo único que sus manos encontraban era las frías sábanas. Entonces las apretaba contra su cara, intentando enterrar el dolor. Sí, aún la echaba de menos, y probablemente así sería para siempre.

Sus articulaciones se desentumecieron poco a poco mientras caminaba a la cocina, y al llegar se apoyó en el fregadero. La aguja del reloj marcaba los segundos con su tictac, dibujando círculos lentos sobre la blanca circunferencia. Eran las cuatro y cuarto y Will pronto llegaría a casa. William sacó verdura fresca de la nevera mientras canturreaba. Que alguien dependiera de él le hacía sentirse bien.



Will entró en la cocina.

—¿Cómo ha ido el día, Pops?

Su abuelo examinaba la verdura encima del mármol.

—Bien, me alegro de que ya estés en casa. Estaba a punto de preparar la cena.

—¿Piensas comprobar cada hoja? —dijo Will, mientras señalaba la lechuga.

Pops estaba orgulloso de su huerto tanto como muchos hombres lo estaban de sus hijos. A veces se pasaba horas allí, paseando entre los surcos de tierra, buscando alguna plaga o quitando malas hierbas. El verano anterior, Will le había hecho unos maceteros especiales para las plantas más pequeñas, así no tenía que agacharse tanto. También había montado varios puntos de descanso donde Pops pudiera relajarse y disfrutar de su jungla repleta de plantas altas y tierra labrada. El aire se llenaba de la fragancia húmeda y generosa del huerto sembrado.

Will deseaba poder compartir la fascinación de su abuelo por el proceso de cultivo, pero no podía. Cuando iba al huerto únicamente sentía frustración por que el fruto de tanto esfuerzo no estuviese ya maduro. Le irritaba tener que buscar y escoger las mejores verduras. Pops había establecido unas instrucciones muy estrictas de cómo apretar, oler y palpar cualquiera de ellas para saber si ya estaba lista. Pero para Will, todas eran iguales. Evitaba ir al huerto en la medida de lo posible. A Pops, en cambio, le encantaba.

—Menos mal que no cayó granizo durante la tormenta de la semana pasada, las habría

agujereado —dijo agitando unos cogollos de lechuga delante de la cara de su nieto. Restos de tierra cayeron sobre el periódico que Pops había puesto debajo.

Will asintió y fue hasta la pequeña mesa que separaba la cocina de la sala para dejar el teléfono, las llaves del vehículo y unas monedas sueltas.

—¿Te ayudo en algo?

Se echó un poco de lavavajillas en las manos y empezó a fregarlos en la pila del fregadero.

—Tengo todo bajo control —le aseguró Pops—. Voy a buscar un par de pimientos rojos y luego daré una vuelta por el muelle para revisar mis trampas para los cangrejos.

Will vio que ya había puesto al fuego una gran olla llena de agua.

—Ya iré yo a revisar las trampas —dijo el joven.

—No, me gusta hacerlo en un orden concreto —repuso Pops, guiñándole un ojo—. Vas a estropear mi sistema.

—Probablemente.

Pops se encargaba de la mayor parte del trabajo doméstico. Will intentaba echar una mano, pero había notado que el viejo era más feliz así, haciéndolo él.

—Entonces, ¿qué hago yo?

—¿Por qué no subes, te cambias y te sientas a leer la novela que te regalé? —dijo Pops, con un brillo en los ojos.

A Will le encantaba leer novelas, pero con el paso de los años había dejado de hacerlo. No entendía por qué su abuelo creía que era importante que volviera a retomar esos libros. Hasta hacía poco, cuando tenía tiempo de leer por placer, prefería los libros de autoayuda. *El poder de las palabras positivas en los negocios* y *Cómo hacer crecer tu influencia*; estos eran los libros que escogía, no los de aventuras de piratas modernos en alta mar. Pero si se trataba de complacer a Pops, leería el suyo.

—Suenan bien.

—Te aviso cuando la cena esté lista —dijo Pops, risueño.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres... —insistió tímidamente Will—. Pero que sepas que me siento culpable de estar sentado leyendo mientras tú haces todo el trabajo duro.

Pops le obsequió con una amplia sonrisa.

—Pero tú ya has trabajado todo el día. Yo solo estoy preparando la cena —puntualizó, moviendo la mano para restarle importancia; aun así, no podía ocultar su satisfacción.

Will vio cómo su abuelo salía por la puerta trasera, tarareando y haciendo columpiar el cubo para los cangrejos. ¿Qué haría él sin Pops? Will sacó de la nevera una botella de agua fría y subió las escaleras. Tenía por delante una emocionante aventura de piratas.



Adrienne no quería admitirlo, pero había pasado delante de la casa dos veces desde la semana anterior, cuando Will Bryant, el del banco, la había despedido de forma tan grosera. Detuvo el automóvil frente a la entrada y su corazón comenzó a latirle con fuerza. Un huerto digno de admirar asomaba a un lado de la casa. Desde su posición podía verlo bien, y dedicó un par de minutos a contemplarlo, esperando reunir el valor suficiente para llamar de nuevo a la puerta.

El huerto tenía de todo y era frondoso; le recordaba a su jardín de Chicago, solo que mucho más grande. Estaba rodeado por una cerca de madera que le daba un aspecto de oasis. Despuntaban al cielo verduras de numerosas variedades, y debajo de sus hojas se veían puntitos de color rojo, dorado, amarillo y púrpura. Intentó contar el número de las diferentes especies sembradas, pero no lo logró. Había macetas con hierbas aromáticas, plantas cubiertas por tierra, bebederos para los pájaros y varias banquetas para sentarse. El conjunto ofrecía una imagen similar a un campo de Francia. Sentada al volante, Adrienne creyó oler la menta que

crecía en una esquina del huerto.

El olor le trajo recuerdos de Chicago; de los buenos, para variar. Había algunas cosas en particular que echaba de menos de esa ciudad. Su jardín era la primera. Y después, claro, los museos. Podía pasarse horas observando el choque de la historia con el presente: niños vestidos con el uniforme escolar caminando entre restos de la Edad Media, jóvenes enamorados admirando diamantes en bruto. Cuando sus padres habían ido a visitarla una primavera, su padre había descrito los museos como «el álbum de fotos familiares de Dios».

También había dejado atrás algunos conocidos, pero ningún amigo de verdad. Eric no le permitía acercarse demasiado a nadie. La gente con la que se relacionaba entonces seguro que ahora no tendría nada en común con ella. El grupo de cinco mujeres con las que se reunía para comer una vez a la semana se pasaban todo el rato hablando de los últimos cotilleos de la ciudad, de los estrenos de teatro, de si una se había comprado un bolso de Prada o un vestido de Chanel a precio de ganga, o de dónde abriría el nuevo restaurante japonés. Adrienne se miró la camiseta y los pantalones vaqueros. «Lo que dirían si me vieran ahora...». En realidad, no las echaba de menos; en cambio, sí echaba de menos su jardín.

Siguió admirando los hermosos maceteros de madera llenos de hierbas y flores, y el verdor. Tal vez pudiera montar para ella una versión más pequeña de ese huerto.

Y entonces lo vio.

En el muelle, a unos cincuenta metros del huerto, había un hombre agachado que tenía la edad que ella buscaba. Adrienne puso el freno de mano y observó con más detenimiento. El atardecer traía consigo una neblina que subía por el extremo lejano del muelle y casi lo cubría por completo. Era como una pintura, una obra maestra oculta a medias por la sombra de la neblina. Sin embargo, aquel hombre fue lo que causó que el corazón de Adrienne se detuviera. Se movía como a cámara lenta, sacando no sé qué del agua. Poco a poco, sus manos levantaban algo sujeto a una cuerda empapada.

Como si presintiera que lo observaban, el hombre se dio la vuelta, lo suficiente para que Adrienne lo viera de perfil. Era más alto de lo que ella se había imaginado y estaba en muy buena forma para tener esa edad. Recogió la cuerda en un hatillo y la dejó sobre el muelle; gotas de agua empezaban a acumularse en las tablas de madera. Cuando el hombre se incorporó, Adrienne lo vio de frente.

Sus dedos se tensaron y sintió que se le hacía un agujero en el estómago. Salió del vehículo con las piernas temblorosas. Sin pensarlo, sin haber ensayado lo que diría, sus pies la llevaron hasta él. Pasó junto a la casa y el huerto, con su intenso aroma a hierba y a tierra. No le importaba estar violando una propiedad privada. Llegó al final del muelle y apenas se fijó en la lujosa lancha que estaba amarrada, ya que tenía la vista fija en William.

El hombre sacó del agua lo que parecía ser una trampa, pero sin percatarse de que ella estaba allí de pie. Echó el contenido en un cubo y lo levantó. Entonces, cuando dio media vuelta para volver a la casa, dio un respingo al verla frente a él. La mano de Adrienne buscó rápidamente la foto en el bolsillo del pantalón. Los años le habían pasado factura, pero sin duda tenía la misma mandíbula poderosa, unos rasgos bien marcados y la frente alta.

William.

Una sonrisa amable iluminó su cara.

—Buenas tardes, jovencita. ¿En qué puedo ayudarla?

Era él. Por fin.

—Le estaba buscando a usted, William Bryant. —Por el tono de su respuesta, más bien parecía una pregunta. Estaba muy impactada, más de lo que se había imaginado.

El hombre la observó con sus ojos amables y el ceño algo fruncido.

—¿Nos conocemos usted y yo? Disculpe, pero no la reconozco.

—Yo a usted sí. —Sacó la mano del bolsillo y le tendió la fotografía—. Pero no por esta foto,

sino por sus cartas.

Lentamente, William tomó la instantánea. Adrienne observó cómo lo inundaban sesenta años de recuerdos y por un instante pensó que había cometido un error.

El hombre dejó el cubo en el suelo poco a poco. Dentro, varios cangrejos se agitaban y se golpeaban entre sí, mientras William contemplaba su pasado. Junto a ellos, la lancha se mecía al ritmo del agua del canal golpeando el casco. Los grillos habían empezado a entonar su canción nocturna, cada vez más alto a medida que caía la noche.

Finalmente, habló:

—¿Dice que me reconoció por mis cartas?

Adrienne asintió con la cabeza y de repente pensó que tal vez William no quisiera hablar con ella. De pronto, sintió una gran ansiedad. Tal vez solo querría recuperar sus cartas y despedirse de ella. Claro, eso sería lo más natural. Pero ahora que estaban cara a cara, le aterraba la idea de no volver a ver a ese hombre sin antes charlar con él. Como si le hubiera leído la mente, él le dijo:

—Creo que usted y yo tenemos mucho de que hablar.

Adrienne suspiró, aliviada.

William le indicó con la mano la puerta trasera de la casa, situada en lo alto de una pequeña subida. Mientras la neblina los envolvía y absorbía los colores del mundo, ascendieron hasta la casa, William presionándose la rodilla a cada paso.

Cuando llegaron al porche de atrás, Adrienne se detuvo vacilante al recordar su conversación con el otro William Bryant la semana anterior.

—¿Está bien, querida? —preguntó William mientras abría la puerta.

—Sí —contestó ella en voz baja—. Solo es que la semana pasada llamé a la puerta y la persona que me abrió no quiso decirme dónde podía encontrarlo.

William torció un poco el gesto.

—Ese era mi nieto Will. Tiene un corazón de oro, pero tiende a ser sobreprotector.

«¿Corazón de oro? No me lo parece.»

—No creo que le haga gracia encontrarme aquí. Se despidió de mí con bastante prisa.

—Tonterías. —Le franqueó el paso a la cocina, mientras los cangrejos aún saltaban dentro del cubo—. Podemos hablar mientras preparo la cena. ¿Le parece bien?

—Mmm, sí —dijo Adrienne, aceptando la invitación con un gesto de las manos—. Está bien.

Entraron en la casa. William tomó unos cuantos periódicos viejos y le dio algunos a Adrienne. Ella imitó sus movimientos, forrando la mesa de la cocina con las hojas de diario; se fijó en la diferencia entre sus manos (lisas y con las puntas de los dedos manchadas de pintura para la madera) y las de él (arrugadas y con manchas de sol, con los nudillos hinchados y artríticos). De algún modo, William aún conservaba un halo de fortaleza a pesar de su evidente fragilidad.

No podía creer que realmente estuviera allí con él. Con William. El mismo hombre que había invadido Normandía. El mismo hombre que se había congelado y casi había muerto de hambre en Bastogne. El hombre que jamás se dio por vencido. Y lo mejor de todo: que era tal y como Adrienne se lo había imaginado. Era cierto que existían hombres como William, aunque a ambos los separaran varias generaciones.

Capítulo 6

Estaban riendo cuando Will se asomó por la cocina. Allí encontró a Adrienne y Pops sentados a la mesa. La melena larga de la chica brillaba bajo la luz y su voz sonaba seductora al salir de esa boca suave y generosa. Un aroma a cítricos y flores la envolvía, y si no hubiera sido por el fuerte olor a cangrejo, le habría encandilado por completo. Will se frotó la cara, intentó aclarar sus ideas y observó la escena en un esfuerzo por deshacerse de la imagen que se había hecho de esa mujer la semana anterior. No fue fácil. Había pensado en ella varias veces los últimos días. En el trabajo, se había percatado de que levantaba la vista de vez en cuando con la esperanza de ver su hermosa melena oscura entrar en la sucursal bancaria. Ridículo. Tan ridículo como el hecho de que ella hubiera regresado a su casa para hacerle preguntas a su abuelo.

Respiró y acabó de entrar en la cocina. Las verduras ya estaban picadas y mezcladas en una ensalada; los cangrejos estaban limpios y hervidos, y en esos momentos la mujer y su abuelo rompían las patas de cangrejo para extraer la carne.

Esta vez ni siquiera había llamado a la puerta. Seguramente abordó a Pops cuando estaba en el muelle. Maravilloso. Will estaba convencido de que su abuelo ya la había invitado a cenar; la ensalada de cangrejo fresco era una de sus especialidades. Él era de ese tipo de personas, siempre amables y confiadas.

Will lanzó a la chica una mirada acusatoria.

—Creí oír voces —dijo mientras se acercaba a la mesa y se paraba delante, muy serio.

—Will, te presento a Adrienne Carter. —Pops movió una silla con el codo para hacerle sitio a su nieto—. Vive en Bonita Springs.

Will asintió con la cabeza, pero no se sentó. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca. En esos momentos habría preferido seguir vistiendo de traje y corbata, ya que con ese atuendo se sentía más autoritario, y había algo en esa mujer que lo descolocaba. Su ropa de trabajo le ayudaría a mantener la situación bajo control. Will cerró los ojos con fuerza. ¿En serio que esa persona bajita, que seguro que no pesaría más de cuarenta y cinco kilos empapada de agua, lo intimidaba? La imagen de ella mojada cruzó por su mente. Su piel brillante, resbaladiza y... «Tranquilo». Will ató en corto su imaginación.

—Mira —dijo Pops, tratando de quitarse pedazos de carne de cangrejo de los dedos. Le pasó la foto a su nieto—. ¿No te parece un tipo apuesto?

Will le echó un vistazo. Relajó la dureza de su rostro al recordar cómo era Pops cuando él era un niño. No tan joven como en la foto, claro, pero mucho más que ahora. Siempre habían tenido buena relación. Recordó cuando tenía solo cinco años y se sentaba en el suelo a pintar con Pops durante horas hasta que la abuela Betty acudía para ayudar a su marido a levantarse. Observó la foto fijamente, preguntándose en qué momento envejeció su abuelo. Parecía que había ocurrido de manera muy repentina y muy reciente. De hecho, unos cinco años atrás.

Las risas lo trajeron de vuelta al presente. Will dejó la foto encima de la mesa con un gesto más brusco de lo necesario y miró a Adrienne Carter.

—Entonces, ¿tú quién eres? ¿Una estudiante que investiga sobre la Segunda Guerra Mundial?

—No —respondió Adrienne, sintiéndose un poco incómoda por tener los dedos llenos de carne de cangrejo. Se apartó un mechón de pelo de la cara con el codo.

Había sido bastante brusco, y eso le incomodó, pero vaya, lo de esa noche era lo último que necesitaba Pops.

—¿Reportera?

Adrienne negó con la cabeza; sus enormes ojos reflejaban preocupación, así que se volvió a Pops, buscando su apoyo.

—Tranquilo, muchacho —dijo el viejo—, no ha venido aquí para nada de eso. Adrienne, tendrás que disculpar a mi nieto; lo que pasa es que hace unos años hicieron un programa de televisión sobre la 101.^a Aerotransportada, y fui abordado por un montón de periodistas y estudiantes universitarios que querían entrevistarme sobre la guerra. Coincidió con la época en que nos enteramos de la enfermedad de mi esposa. No era el mejor momento para dar entrevistas.

—Lo siento mucho —dijo Adrienne.

Pops se dirigió a Will.

—Esta joven tiene unas cartas que me pertenecen.

Will relajó los hombros. Pops guiñó un ojo a Adrienne.

—Aunque, claro, estaban en su casa, así que técnicamente le pertenecen a usted.

Adrienne colocó su mano en el brazo del anciano.

—Le pertenecen a usted, William, y de ningún modo querría quedármelas.

La voz de Adrienne sonó más grave de lo normal, y cubrió a Will igual que una cucharada de miel sobre una tostada. Al final dejó que su metro ochenta descansara en la silla que le había ofrecido su abuelo. Se había equivocado al juzgar a aquella mujer.

—Encantado de conocerte, Adrienne —murmuró.

—Lo mismo digo, Will.

Ella sonrió y siguió sacando la carne de los caparazones.

—Adrienne se va a quedar a cenar —anunció Pops.

Will señaló las manos de Adrienne, cubiertas de carne de cangrejo.

—Lo supuse, no pensé que la obligarías a ayudarte a hacer la cena y luego le pedirías que se fuera sin comer.

—Eso sería bastante grosero, ¿verdad? —dijo Pops, y volvió a guiñarle el ojo a su invitada.

Will observó que la chica apretaba los labios para evitar sonreír. Adrienne cambió de postura encima de la silla y sacó los pies de debajo de la mesa; entonces él se fijó en sus piernas, largas y bronceadas, y en los pies, con unas sandalias negras. Llevaba las uñas pintadas de color fucsia. Eran unos pies sexis, especialmente cuando estaba erguida. Luego Adrienne se inclinó para levantar el recipiente grasiento y rebosante de caparazones vacíos.

Will notó que la estaba mirando fijamente, así que aprovechó para levantarse también, intentando mostrar su caballerosidad.

—¿Te ayudó? —le preguntó mientras tendía la mano hacia el bol.

Sin embargo, lo único que logró fue que la chica se sobresaltara. Se quedaron frente a frente junto a la mesa. Ella palideció. «Guau», pensó él. «Por la forma en que ha reaccionado, el otro día debí de comportarme como un ogro.»

—Eh... Sí.

Adrienne apretó el tazón, pero él vio que se le empezaba a resbalar de las manos, y también notó su mirada de pánico. Ella intentó sujetar el cuenco contra su cuerpo, protegida por un delantal de Pops; aun así, se le resbaló.

El bol dio un par de giros en el aire y finalmente cayó. Había trozos de pinzas de cangrejo repartidos por el suelo, y el agua de hervir los crustáceos los salpicó a todos. No obstante, el recipiente no se rompió, sino que dio unos cuantos trompos hasta que al final detuvo su movimiento.

Adrienne tenía la boca abierta de la sorpresa, y su cara pasó del rosa al rojo en un segundo. Trocitos de carne blanca se le habían pegado en las piernas y en la ropa, y en la mano únicamente le quedó media pinza mutilada.

—Menos mal que te he ayudado... —bromeó Will, mientras oía decir a Pops que de todas formas el suelo de la cocina necesitaba un buen fregado.

Adrienne parpadeó; su cabeza intentaba calibrar la gravedad de su error. Le había caído un trocito de cangrejo en las pestañas, y cuando Will lo vio por fin rompió a reír a carcajadas,

doblándose del esfuerzo, en una postura tan ridícula como ridículo era el desastre de la cocina y el aspecto de la guapa muchacha de pelo moreno que había puesto patas arriba la noche. En los cinco años que llevaba preparando ensalada de cangrejo se había enfrentado a varios desastres, pero ninguno como este. Y por alguna razón sorprendente e inexplicable, la cara que puso Adrienne y el resto de cangrejo en sus pestañas le hicieron reír como un loco. Ella lo miró un par de segundos, horrorizada. El trocito subía y bajaba con cada parpadeo. Seguro que se dio cuenta, porque parpadeó con más fuerza, enfocando a duras penas el ojo izquierdo con esa mancha blanca en medio. Finalmente el pedacito cayó sobre su mejilla izquierda, y Adrienne levantó la mano.

—Permíteme. —Will le limpió la mejilla con el pulgar, intentando no fijarse en la suavidad de su piel.

—No sé qué decir... —balbució Adrienne, muy bajo.

—¿Qué tal «dónde están la escoba y el recogedor»? —Will usó el mismo tono que ella, lo que creó más intimidad de lo que esperaba.

Una vez tuvo la cara limpia, Adrienne contempló el desastre.

—Hay cangrejo por todas partes —susurró.

—Sí, te espera mucho trabajo.

Sus grandes y oscuros ojos lo miraron nuevamente. Él tuvo que contenerse para no reír otra vez, y entonces una sonrisa asomó a los labios de ella. Adrienne se encogió de hombros e intentó controlarse también. Ambos se arrodillaron para limpiar el suelo mientras Pops iba a buscar el cubo de la basura.

Adrienne se acuclilló en una pose felina, apoyada sobre un codo. Will se fijó de nuevo en sus piernas. Notó que las uñas de los pies estaban bien arregladas, pero las de las manos estaban bastante dañadas y... manchadas. Recordó ese detalle del día en que se conocieron, pero no le había dado mayor importancia. Estaba convencido de que las mujeres guapas no iban por el mundo con los dedos manchados.

Adrienne se levantó, se enjuagó las manos en el grifo del fregadero y buscó más jabón.

—Eso no va a funcionar —le advirtió Will mientras se acercaba a ella. Cortó un limón por la mitad y le dio uno de los trozos—. Prueba con esto.

—No, gracias, prefiero las naranjas —bromeó ella.

—Ja, ja. No es para comer. —Se frotó las manos con el limón—. Es para quitar el olor a cangrejo.

—¿También sirve para la camiseta? —preguntó Adrienne, mirando el pecho de Will y quitándole un trocito de carne de cangrejo.

—Eso espero.

Notó que estaba sonriendo de nuevo. Le gustó ver como lo miraba. Adrienne no había ido hasta allí para molestar a su abuelo, sino para devolverle algo que le pertenecía. Eso cambiaba las cosas.

Will intentó recordarse eso a sí mismo, pero algo le decía que la guapa morena ocultaba algo más. Durante la cena no podía dejar de observarla, con aquellos ojos ardientes. Parecía conocer a su abuelo tan bien como él mismo.



—Hábleme de usted, Adrienne —dijo William mientras molía un poco de pimienta en su ensalada. La conversación había sido fluida hasta ese momento. A ella no le gustaba hablar de sí misma, y mucho menos ahora que era una mujer divorciada a los veintiocho.

—Me mudé aquí desde Chicago —comenzó a relatar lentamente—. Siempre quise tener una casa en la costa de Florida, así que en febrero empecé a buscar una. —El 14 de febrero, de

hecho, el día que rubricó su divorcio. Feliz día de San Valentín.

—¿Y tenía un trabajo muy finolis allí, en Chicago?

—Mi abuelo quiere decir que si tenías un trabajo sofisticado —terció Will, poniendo los ojos en blanco.

—Conozco el término. Yo también tengo un abuelo —contestó Adrienne, sonriente.

Se llevó a la boca un poco de lechuga y carne de cangrejo y miró a los dos Bryant. Al principio Will le había parecido demasiado estoico, pero esa imagen había desaparecido en algún momento después de que volaran por los aires trozos de cangrejo y usaran el limón para quitarse el olor de las manos.

—No —confirmó ella—. No tenía un trabajo finolis.

Comparándolos uno al lado del otro, podía ver el parecido familiar entre los dos, pero también grandes contrastes. Los ojos de William eran de un azul tenue, como el cielo pálido de verano o una suave mantita de bebé. Los ojos de Will eran de un verde intenso que parecía oscurecer según su estado de ánimo. El cabello de William era blanco y grueso. El de Will era oscuro y ondulado, y su corte de pelo chocaba con el que suelen llevar los hombres de negocios. Usaba gomina; Adrienne se preguntó cómo le quedaría el pelo suelto y desarreglado por el viento.

—¿Y por qué ahora? —Will dejó el tenedor en el plato.

Adrienne también dejó el suyo. No quería hablar de los motivos que la habían traído a Florida. Ni esa noche ni nunca. No estaba allí para hablar de ella sino de William. Pero al alzar la vista, la tierna mirada de Will la cautivó. El verde era más suave, y parecía querer persuadirla. De pronto, decidió explicarse:

—Me divorcié hace unos meses. Yo nunca quise vivir en Chicago, pero mi exmarido aceptó un puesto de médico residente allí. Nos conocimos cuando él estaba estudiando medicina y nos casamos antes de que yo me graduara de la universidad. Él me había prometido que al terminar de estudiar nos mudaríamos a Florida, pero en realidad nunca se lo planteó en serio. Al final se mantuvo firme en su decisión, y eso fue todo.

Abuelo y nieto no ocultaron su enojo.

—¿Cuánto tiempo estuvo casada? —preguntó Pops.

—Tal vez le incomode hablar de esto, Pops —dijo Will, mirando a su abuelo de reojo.

Adrienne negó con la cabeza.

—No, está bien. —Se sentía a salvo a pesar de estar acompañada de dos hombres a los que apenas conocía—. Cinco años, casi seis.

Pops se acarició las mejillas y puso los codos sobre la mesa, luego descansó la barbilla en las manos, con los dedos entrelazados.

—Lo siento, señorita Adrienne. El amor es algo impredecible. Es belleza y tragedia al mismo tiempo.

Adrienne reflexionó un momento y asintió con la cabeza.

—Pops, ahora mismo acaba de sonar a esos sellos de garantía certificada.

El ambiente sombrío que había llenado la cocina se desvaneció. Will miró a Adrienne con una sonrisa pesarosa. Ella le devolvió la sonrisa. En realidad, le debía a William por lo menos esto. Había entrado en su vida sin su consentimiento ni aprobación.

—Mi marido me fue infiel. Fue la gota que colmó el vaso. Así que empecé a buscar una casa para reformar aquí, en la costa del Golfo.

—Bien hecho —dijo William mientras se levantaba de la mesa—. Y ¿cómo van las obras?

—Considerando que nunca en mi vida había hecho algo similar, diría que van bien —dijo ella, pero notó que Will no dejaba de mirarla—. Por lo menos, hasta hace una semana.

William sacó del horno una tarta de frutas y le dio la vuelta.

—¿Qué sucedió?

—Encontré sus cartas.

El olor a masa recién horneada y a frutas llegó a la mesa. Aunque Adrienne estaba satisfecha, se le hizo la boca agua. Pops dejó la tarta sobre el mármol de la cocina.

—¿Tanto le han distraído mis cartas?

—Me temo que sí —respondió ella.

—Entonces, será mejor que me las dé, o jamás terminará con la reforma.

Will se mantenía en silencio.

—No recuerdo qué escribí —prosiguió William—. En aquellos tiempos, sentarse a escribir una carta era una forma de huir para todos nosotros, como unas breves vacaciones de la locura. —Se volvió a sentar y viajó a otro tiempo y a otro lugar—. Cuando había un descanso, solo tenía dos opciones: o escribir a Gracie, o leer una carta de Gracie.

William tomó la fotografía. Sus dedos acariciaron el extremo roto. Frunció un poco el ceño al darse cuenta de que faltaba parte de la foto, donde debía haber estado Gracie.

Adrienne tragó saliva y se le quitaron las ganas de comer tarta.

El viejo pasó un dedo por encima de la foto hacia el otro extremo; una sonrisa gentil asomó a su cara y disolvió el gesto de preocupación anterior.

—Dulce Sara... —susurró con dulzura—. Tenía catorce años cuando me fui. Su mamá acababa de comprarle este vestido. Gracie y yo la llevamos a la ciudad y ahí hicimos la fotografía. Fue la única vez que vi a Sara con un vestido.

Adrienne se sintió un poco más cómoda. Los ojos azules del anciano brillaron con pequeñas chispas danzando al ritmo de los recuerdos.

—Le gustaba vestir como un chico, siempre con las perneras de los pantalones dobladas y el pelo recogido. Era más fácil encontrarla pescando que comprando un vestido. A Sara le encantaba pescar.

Dejó la fotografía sobre la mesa.

Cuando la voz de Pops se quebró, el alma de Adrienne se desmoronó. Desvió la mirada, sentía que era un momento demasiado íntimo. Pero el silencio se tornó sofocante, y volvió a fijarse en Pops, que en ese momento tenía los ojos llorosos.

—Seguro que maduró en mi ausencia. —Su dedo acarició la foto nuevamente, como si intentase capturar su esencia—. Me gustaría saber qué fue de ella.

La tristeza en su voz atravesó el corazón de Adrienne.

—¿No la volvió a ver después de la guerra?

—No —respondió—. Después de que Gracie muriera, Sara y su madre empaquetaron todo lo que tenían y se fueron a Carolina del Norte. Eso ocurrió unos pocos días antes de que yo regresara a casa.

Adrienne miró a Will, pero no pudo definir su expresión. Buscó con la mano a Pops y lo tomó del brazo.

—Lo siento mucho por Gracie.

—El amor es belleza y tragedia al mismo tiempo, ¿recuerda? —Le dio una palmita en la mano a Adrienne—. Las cartas de Gracie me ayudaron a superar los capítulos más oscuros de mi vida. No habría sobrevivido sin ella. Doy gracias a Dios por que contestara a todas mis cartas. Ella decidió tomar un camino diferente, y se enamoró de otra persona, pero me mantuvo vivo. Y yo no me enteré de eso por las cartas. En ellas parecía estar tan enamorada de mí como el día en que me fui. No fue hasta que regresé cuando me enteré de... —Se interrumpió para aclararse la garganta—. Tal vez si hubiera llegado a casa antes no se habría ido con ese otro hombre. Murió justo un mes antes de que yo llegara.

—¿Y Sara ya no estaba tampoco?

—Sara ya no estaba. —William se encogió de hombros—. No sabía cómo encontrarla o contactar con ella. Ambos perdimos a nuestra mejor amiga el día que perdimos a Gracie. Yo quería ofrecerle mi apoyo a Sara, pero no se mantuvo en contacto con nadie de por aquí. No

dejó ninguna dirección. Simplemente desapareció.

Los años habían sanado la herida, pero no la pesadumbre. William recordaba a Gracie con mucho respeto, y Adrienne comprobó de nuevo que se encontraba ante un hombre extraordinario.

Por su parte, Will parecía bastante incómodo al escuchar la conversación.

—No sabía nada de eso, Pops. Tu vida está llena de misterios —dijo al tiempo que se levantaba de la mesa para recoger los platos.

Pops entendió la señal y se levantó también, incorporándose poco a poco, apoyado en la mesa. Le quitó el plato de las manos a su nieto.

—Yo lo hago —dijo, y señalando a Adrienne, añadió—: Vosotros dos deberíais ir al porche a sentaros mientras yo recojo la mesa.

Pero tanto Will como Adrienne protestaron y comenzaron a llevar platos y vasos al fregadero. Después de todo el trabajo que ya había hecho William, ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar que él también limpiara la cocina.

—De acuerdo —dijo Pops con la voz algo cansada mientras los dos jóvenes se encargaban de la tarea—. Cuando terminéis, podéis esperarme en el porche. Voy al salón a relajarme unos minutos mientras se enfría la tarta. Nos vemos fuera.

Adrienne aclaró los cubiertos debajo del grifo antes de meterlos en el lavavajillas. Sin la presencia de Pops, el silencio se volvió incómodo. Ella sentía que, desde el principio, Will no la quería allí, y eso la irritaba.

—Debería irme a casa. Creo que ya os he molestado suficiente esta noche —dijo.

Will paró un momento de limpiar la mesa y se dio la vuelta.

—Me gustaría que te quedaras. Pops es un hombre sociable, pero no recibe muchas visitas. Tú... Tú le has alegrado la noche.

Vaya, eso sí que fue inesperado.

Inesperado era una buena palabra para describir al joven señor Bryant. Adrienne apenas le llegaba al hombro, por lo que tenía que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos. Lo hizo y se dio cuenta de que estaban tan cerca que resultaba un poco incómodo. Le había estado pasando platos los últimos minutos, acercándose y alejándose. Pero ahora ya no tenía más platos que pasarle; solo quedaba él, con sus hombros anchos y sus brillantes ojos verdes.

—De todas formas, Pops se llevaría un disgusto si te fueras sin probar antes su tarta casera —dijo Will con una medio sonrisa.

—¿Y tú? Me siento como una intrusa...

Will contempló los labios de Adrienne un segundo, y ella sintió cómo la sangre caliente le bajaba como un torrente de la cabeza hasta el estómago.

—Pues no lo eres.

Vaya, era urgente que Will bajara la intensidad de sus ojos. Él notó que la estaba incomodando un poco, y se alejó.

—De hecho, has ayudado bastante. Si no hubieras estado aquí, me habría tocado a mí trocear los cangrejos para la ensalada.

—Cierto, se me da bien romper los caparzones, pero no mucho llevar los recipientes en la mano y vaciarlos en la basura.

—Ese es un talento que requiere años de práctica. —Will recogió el último plato, lo aclaró y se lo dio a Adrienne para que lo metiera en el lavavajillas. Ella lo miró de reojo, con la cabeza inclinada.

—Tú tampoco lo hiciste muy bien que digamos. —Se agachó para sacar el detergente de debajo del fregadero, convencida de que lo encontraría ahí.

—Porque estaba distraído —se excusó Will mientras le quitaba el detergente de las manos y vaciaba la dosis en la cubeta.

—¿Yo te distraje? —preguntó ella con coquetería.

—Sí —le confesó Will, con una sonrisa pícar—. Creí que te habías vuelto loca.

—Vaya, qué bonito, ¿no? ¿Y ahora qué? ¿Me das tu bendición? —Adrienne cerró la puerta del aparato y casi chocaron con la cabeza justo cuando ambos se inclinaron para encenderlo.

—Ya veremos —dijo encogiéndose de hombros.

Will tenía una sonrisa increíble, y sabía exactamente cómo utilizarla. Él le indicó por señas que salieran. Se detuvieron en la puerta un segundo.

—Vamos afuera, Pops. Avísame cuando la tarta se haya enfriado.

William les contestó algo desde el salón. Su nieto sacudió la cabeza, sabiendo que su abuelo estaba poniendo excusas para dejarlos a solas.

Cuando Adrienne y Will salieron, los recibió la brisa nocturna. A ambos extremos del jardín delantero había dos grandes árboles cubiertos de musgo negro. Y justo al lado del asiento de madera, varios árboles altos y espinosos crecían orgullosos como guardianes de la fortaleza Bryant.

—Se está genial aquí fuera —comentó ella.

Estaban rodeados de varios arbustos tropicales y macetas que contenían flores de colores vibrantes. Se sentaron en el columpio del porche mientras miles de grillos les cantaban su serenata de cada noche.

—Siento lo de tu matrimonio.

Uf. No quería volver a hablar de ese tema. El cuello de Adrienne se tensó. Will entrelazó los dedos.

—Veo casos similares en el trabajo, y es una lástima.

La brisa movió las hojas de las palmeras, como si le susurrara algo al cielo nocturno.

—Gracias. ¿Dices que en tu trabajo ves casos similares?

—Sí, soy el director del área de préstamos.

—Oh —exclamó ella, intentando relacionar los divorcios y los bancos.

Will notó su confusión.

—Manejo muchas cuentas corrientes de negocios. Hay parejas que tienen una empresa, y cuando se divorcian, ya no quieren mantener esa cuenta conjunta.

—Me imagino que muchos negocios se ponen a la venta por esa misma razón, ¿verdad?

—Algunas veces, pero en la mayoría de los casos una parte acaba comprando a la otra. Y ahí es donde entro yo. Nuevos préstamos para la empresa, nuevos trámites. —Rascó un poco de pintura del reposabrazos del columpio. Adrienne se fijó en que una parte tenía la pintura saltada y pensó que seguro que Will hacía aquello con frecuencia—. Créeme, me ha tocado ser testigo de varias conversaciones del tipo «él me dijo, ella me dijo» en las que ambas partes parecen estar más preocupadas por insultarse que por cuidar sus ingresos e inversiones.

—Cuando estás metida en un divorcio, los ingresos son tu última preocupación —comentó Adrienne con el ceño fruncido.

—Pues debería ser la prioridad.

Adrienne lo miró fijamente. «No puedo creer que seas tan lerdo, tan insensible».

—Cuando tu mundo se está desmoronando, no te detienes a pensar en el dinero.

—Lo sé, y eso supone un gran problema. Solo digo lo siguiente: un divorcio en sí mismo, ¿acaso no es suficientemente traumático? Me imagino que lo que quieren las personas es conservar la poca estabilidad que tienen.

—Vaya, ya veo que das mucha importancia a la estabilidad.

Will se la quedó mirando a la cara.

—¿Y tú no?

Adrienne sintió cómo se le enrojecían las mejillas.

—Eh, sí, por supuesto. Por eso compré una casa sin haberla visto nunca, en una ciudad que no

conocía, con la intención de restaurarla, cuando lo que de verdad debería haber hecho era demolerla. Sí, le doy una gran importancia a la estabilidad. —Sus palabras retumbaron en el aire, llenas de una emoción cruda.

Él se quedó en silencio unos segundos, entrelazando las manos lentamente.

—Lo siento, Adrienne, pero lo que oigo no me suena precisamente a estabilidad.

Ella soltó una risa carente de humor.

—Bueno, pues ya hemos descubierto que yo soy un dechado de estabilidad y tú, de compasión.

Adrienne observó a Will juntar las cejas, y al final cayó en la cuenta. ¿Cómo era posible que cualquier persona mayor de quince años no entendiera cómo puede afectar el amor al corazón y al cerebro?

William sénior salió al porche justo a tiempo. Debió de notar la tensión en el ambiente porque puso sobre la mesa los tres platos de tarta de moras y miró a los dos jóvenes con una expresión inquisitiva.

Las sillas metálicas rasparon la madera cuando las sacaron de debajo de la mesa para sentarse.

Adrienne rompió el silencio:

—Esto tiene una pinta fantástica, William. —Escogió una mora gorda y se la metió en la boca.

La ácida dulzura en su lengua la ayudó a olvidarse de lo molesta que estaba con Will.

—Llevo doce años perfeccionando esta receta —dijo el anciano, recostándose en la silla.

—Di la verdad, Pops —intervino Will, en tono de broma—. Es una receta de la abuela. No le has hecho ningún cambio.

—Eso no es cierto —protestó Pops—. A veces le pongo la sal primero, y otras la levadura en polvo.

Adrienne soltó una risotada. A pesar de que Will era un tipo frustrante, tenía una buena cualidad: no se podía negar que adoraba a su abuelo.

—Y sabe exactamente igual cada vez que lo horneas —le recordó Will.

Ahora que Pops los acompañaba, la tensión disminuyó.

—William, debo confesarle algo —dijo Adrienne.

Los dos Bryant dejaron los platos sobre la mesa y le prestaron atención absoluta. Adrienne retorció su servilleta con las manos.

—No estaba segura de si lo encontraría, o de si tendría la oportunidad de hablar con usted. —Miró de reojo a Will, quien enarcó las cejas—. Lo que intento decir es que no traigo las cartas conmigo. «Y no entraba en mis planes dejárselas a Will», agregó Adrienne mentalmente. «Aunque admitiera ser su nieto».

William le sonrió con sus ojos azules.

—No importa, puede traerlas en otra ocasión.

Adrienne miró a Will nuevamente, pero no pudo leer su expresión.

—Si no es una molestia para usted —agregó Pops antes de dar otro bocado a su porción de tarta.

—No, me encantaría volver. —«Tal vez en horario laboral, cuando no esté por aquí su molesto nieto».

Cruzó unas cuantas miradas con Will, esperando que este no le hubiera leído el pensamiento. Pero no encontró en sus ojos el desprecio que esperaba. Más bien, parecía aliviado de no haberla ahuyentado del todo.

—Realmente disfruté con la lectura de esas cartas, ¿eh? —quiso saber Pops, con los ojos risueños.

—Sí —susurró Adrienne.

—Hágame un favor, entonces —prosiguió Pops, apoyando los codos sobre la mesa.

—Lo que sea.

—Haga unas copias antes de traerlas.

Adrienne miró la mesa.

—¿Está seguro? Quiero decir que son... muy personales.

—Me sentiría honrado de compartirlas con usted, Adrienne. El amor no siempre se comporta como esperamos, pero eso no significa que debamos dejar de vivir. No significa que el amor no sea algo hermoso. —Sus huesudos dedos frotaron los nudillos hinchados, y la miró con tanta intensidad que pensó que iba a explotar—. ¿Me entiende?

«No dejes de vivir». Claro que lo entendía. Era una meta difícil de cumplir y no estaba segura de poder lograrlo. Adrienne respiró hondo y desvió su mirada hacia la larga calle que la había traído a ese lugar. La misma calle que la llevaría de vuelta a casa. Estaba familiarizándose con cada curva, con cada irregularidad en el pavimento.

—Le entiendo.

Cuando ya no quedó más tarta ni excusa para quedarse, Adrienne regresó a casa. Eran casi las diez y media de la noche, y no se pudo resistir a disfrutar un poco más de la brisa fresca. Eligió una carta al azar y salió al patio trasero, donde la luna, rodeada por miles de estrellas, se reflejaba en el mar. A lo lejos escuchó el motor de una barca que cruzaba el horizonte lentamente. Adrienne abrió la carta y leyó.

Octubre de 1944

Querida Gracie:

Algo que he aprendido durante mi tiempo aquí es que un hombre debe tener una visión clara. A veces me pregunto qué es lo que motiva a los demás a seguir adelante. Tú eres mi motivación, Grace. Pienso en la forma en que sonreías cuando veíamos saltar a los delfines, pienso en tu cabello flotando al viento, el brillo del sol en tu piel. Mi misión sería imposible de no ser por esos recuerdos. Me acompañan siempre, Gracie. A pesar de que estás tan lejos, veo tu sonrisa, siento tu calor. Una y otra vez te veo, de pie frente a mí, con tus brazos abiertos, esperándome. Esa imagen me mantiene con vida.

Veo a Rick, a Chuck y a los demás y me pregunto: ¿tienen ellos a una Gracie esperándolos? ¿Alguien que los motive a levantarse cada día y a seguir moviéndose? No te voy a mentir, en ocasiones he sentido que mi corazón flaqueaba y he deseado darme por vencido. Pero tú eres la fuerza que me mantiene en pie, el poder que me impulsa, desde mi corazón hasta mi mente, pasando por mis extremidades.

El amor es algo extraño, pienso yo. Logra persuadir a un hombre y le da fortaleza para vivir, para prosperar, para sobrevivir. Gracias por ser un tesoro para mí. Gracias por darme visión de las cosas. Y más que cualquier otra cosa, Grace, gracias por amarme.

De todo corazón,

William

Adrienne suspiró y sonrió. Una suave brisa que llevaba consigo la humedad del verano le levantó un mechón de pelo, pero no le molestó. Este era su hogar ahora. Vio una pequeña rana verde saltar del borde del porche. El sur de Florida ofrecía muchas cosas buenas. Pensándolo bien, no añoraba Chicago en absoluto.

Capítulo 7

—Hola, Ryan —dijo Adrienne con los ojos abiertos de par en par, mientras abría la puerta. No esperaba su visita.

Tres meses antes lo había conocido en ese mismo porche por primera vez, después de pasar su primera noche en una casa que la arrulló con sus ruidos y quejidos. En aquella ocasión, Adrienne tenía el cabello despeinado y el patrón de la tela del sofá marcado en la mejilla. Había abierto la puerta y se había encontrado con un estudiante musculoso y bronceado vestido con una camiseta de la Universidad Estatal de Florida, diciendo que era amigo de Mary Lathrop. Así comenzó la relación entre ellos. Primero Ryan la había invitado a salir con amigos. Ella se sentía sola, así que había aceptado después de considerarlo y de sufrir un ataque de pánico. Ryan había sido muy paciente con ella, y la trataba más como a una amiga que como a una novia. Finalmente dejaron de verse con más gente y pasaron a hacerlo a solas. Su padre le había dicho que debía tener cuidado al salir con alguien de nuevo, pero Ryan había estado a la altura. Siempre lo recordaría con cariño.

—Hola —dijo él, muy escueto, mientras ella lo dejaba entrar.

Ryan mantenía su buena forma física y el bronceado. Ya habían hablado sobre los límites de su relación, así que Adrienne no tenía motivos para sentirse incómoda por la visita, pero algo dentro de ella dudaba. Adrienne no era muy hábil relacionándose con las personas, y no quería tener que explicarle otra vez que únicamente eran amigos.

—Fui a la cafetería el otro día y Sammie me contó que has avanzado mucho en la reforma. «Qué alivio. Solo se trata de una visita de cortesía para ver cómo han avanzado las obras». Su resistencia se convirtió en orgullo.

—¿Quieres echar un vistazo?

Él asintió con la cabeza y sonrió dulcemente. Inspeccionó la sala y luego se asomó a la cocina.

—Has transformado este lugar. No parece la misma casa de antes.

Había pintado las paredes de la sala de estar de color mantequilla y la guardasilla había recibido una capa nueva de blanco brillante. Había lijado la chimenea para dejar al descubierto la caoba original que, después de tratarla con un producto especial, hasta brillaba. En cada rincón había logrado encontrar la expresión de la casa y la personalidad de cada habitación. Se estaba convirtiendo en una obra maestra que sobrepasaba sus expectativas. Adrienne no podía ocultar su satisfacción.

—No pensé que lo lograría. Y aún queda mucho por hacer, pero creo que voy por buen camino. No le importaba contratar a algún profesional cuando el trabajo se ponía cuesta arriba, pero jamás se dejó vencer por el desánimo ni llamó a una cuadrilla de obreros para que se encargaran de todo, como le había augurado Eric. Había sido implacable al burlarse de Adrienne cuando esta le informó que usaría el dinero del divorcio para comprar una ruinoso casa victoriana en la costa del golfo de México.

Después de mostrarle a Ryan detenidamente la cocina y de mencionar algunos detalles que faltaban por pulir, Adrienne le ofreció un vaso de té con hielo y lo invitó a salir al porche trasero. Al abrir la puerta, una racha de viento marino empujó a Ryan contra Adrienne, pero ella se apartó y se acomodó en una de las sillas de jardín. Se sentaron a observar cómo las olas acariciaban la arena, y vieron corretear pequeñas aves buscando alimento. A lo lejos se oía el ruido de algunas familias en la playa. De vez en cuando Adrienne se permitía mirar a Ryan. Ya no notaba mariposas en el estómago como una colegiala, y se sentía agradecida. Ahora únicamente sentía el calor genuino de ver a un amigo. Después de unos minutos de silencio, Ryan se volvió hacia ella.

—Háblame de las cartas.

Sorprendida, Adrienne lo miró intrigada. Seguramente Sammie le había mencionado lo de las cartas. No es que le hubiera pedido explícitamente a Sammie que no hablara del tema con nadie; había dado por hecho que no lo haría. No tardó en mostrar sentimientos encontrados. Al principio era reacia a hablar de William Bryant y de sus experiencias, pero cuanto más pensaba en la guerra, más claro tenía que era una historia que merecía ser contada. Era hermosa e inspiradora.

Durante la siguiente hora le contó a Ryan muchas cosas sobre la vida de William. El chico escuchó con atención, haciendo preguntas de vez en cuando, y agregó un par de notas históricas interesantes. Ryan era un entusiasta de la Segunda Guerra Mundial.

—Ese hombre es un héroe de guerra, Adrienne. Un auténtico héroe.

Estaba encantada de que a los demás les intrigara William tanto como a ella. Pero algo le molestaba desde que lo había conocido tres noches atrás: el hecho de que Grace hubiera seguido escribiéndole a pesar de haberse enamorado de alguien más. La última carta tenía fecha de 1945. Grace había escrito durante dos años. Tal vez era simple y Grace solo mantenía a William como un plan B en caso de que su nuevo amor no resultara como ella esperaba.

—Lo he conocido, ¿sabes?

—¿A William? —Ryan dio un largo sorbo al té hasta apurarlo. Los hielos entrechocaron dentro del vaso vacío.

—Sí, y voy a volver a verlo. Mañana debo ir a Naples a por unas muestras de granito.

—Así que te decidiste por el granito.

—Sí.

No había sido una decisión fácil para Adrienne. Belleza frente a precio y utilidad. Pero, al final, su amor por la cocina gourmet había superado cualquier consideración económica. A pesar de que sobrepasaba su presupuesto y no le dejaba margen de error, tendría su granito.

Ryan se limpió las manos en los pantalones cortos y tomó la pila de cartas. Les echó un vistazo mientras las sostenía delicadamente, más interesado en su contenido que en los pormenores de la reforma.

—Y ¿cómo es él?

—Un anciano. Increíble. Tan increíble como sus cartas. Escucha esto. —Le quitó las cartas de las manos y eligió una—. Habían trasladado su unidad a una nueva posición. Se detuvieron en un pueblo abandonado. Solo tenían unas horas para descansar.

Adrienne desdobló la carta y comenzó a leer.

Llevábamos once horas caminando. Aunque los paracaidistas estamos acostumbrados a saltar, hemos caminado más que muchos soldados de infantería. Era una noche fresca, pero no fría. La belleza del campo francés nos rodeaba. De no ser por los restos de la batalla, sería el lugar más bello que jamás hubiera visto. No habíamos dormido desde hacía dos días, así que un descanso de siete horas nos parecía un regalo maravilloso.

Fue cuando la vimos, de pie en el umbral de una casa que, como las demás, había sido destruida por los bombardeos constantes que propiciaron la evacuación del pueblo. Era una niña muy guapa, Gracie; me recordó a Sara, tal vez un poco mayor. Tenía los brazos raspados, pero parecían ser heridas superficiales. Nos preguntamos si la habrían olvidado allí sin querer.

Vimos que su intención era echar a correr, pero se mantuvo firme hasta que llegamos a ella. Blandió una escoba como si estuviera dispuesta a luchar con todos nosotros de ser necesario. Primero se acercó Amos. Es de Louisiana, así que habla algo de francés, y finalmente logramos entender lo que hacía ahí la niña. Después de decirle que no queríamos hacerle daño, nos pidió ayuda. Dentro de la modesta casa, había una mujer de edad avanzada tumbada en una cama. La niña nos contó que la mujer estaba demasiado enferma para moverse, y por eso había tenido que quedarse ahí a pesar de la evacuación. Eso nos conmovió a todos.

Gracie, recuerda siempre que cuando uno se encuentra con un acto de generosidad inesperada y extraordinaria, se ve obligado a ser igual de generoso, o más aún.

Así que eso hicimos. Nos dividimos por turnos y reparamos el techo de la casa. La guerra estaba llegando a su fin, o por lo menos, eso nos decían. Podríamos dejarles algo de comida y tal vez sobrevivieran. Nuestro médico, Doc, examinó a la abuela. Le dejó unas pocas medicinas. Solo dormimos un par de horas esa noche, pero lo que logramos en ese poco tiempo nos reconfortó más de lo que podría haber hecho el sueño. Tal vez incluso nos dé ánimos suficientes para aguantar hasta el final de la guerra. Hemos causado tanta muerte, que llevar un poco de vida nos ayudó a recuperar lo que habíamos perdido.

—Vuelve a leer esa parte en la que habla de los actos de generosidad —le pidió Ryan, apoyándose en el reposabrazos.

Adrienne no tuvo que leer. Ya lo había hecho cientos de veces y podía citarlo de memoria. Dejó el papel sobre su regazo.

—«Cuando uno se encuentra con un acto de generosidad inesperada y extraordinaria, se ve obligado a ser igual de generoso, o más aún.»

—Nunca había escuchado a nadie hablar así —admitió Ryan, buscando con el rostro la luz del sol.

—La gente debería hablar así, y vivir así.

Ryan asintió, recostándose en la silla. El silencio los envolvió mientras veían pasar una barca por el horizonte.

—¿Te puedo confesar algo? —preguntó Adrienne.

Ryan la miró, esperando.

—Conocer a William, leer sus cartas... Algo está cambiando dentro de mí. —Se puso una mano sobre el pecho—. Nunca pensé que el amor pudiera tener tanta fuerza, darte poder.

Ryan se echó a reír.

—Suenas tonto, ¿verdad? —dijo Adrienne, poniendo los ojos en blanco.

—No si lo sientes así. —Ryan se inclinó hacia delante y descansó los codos sobre las rodillas—. Háblame más de esta fuerza, Adrienne.

—No sé, es algo que se escapa a los sentidos —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Como el rayo verde?

Adrienne había oído hablar de ese fenómeno que ocurría en la playa al atardecer. Era un destello de color verde que cruzaba el horizonte y duraba solo un par de segundos. Había contemplado casi todos los atardeceres desde su llegada y no había logrado verlo.

—Tal vez más que eso. Pero seguiré intentando entenderlo. Me había dado por vencida con respecto al amor antes de encontrar las cartas. Creo que, en ese sentido, me están cambiando.

Ryan volvió a echarse hacia atrás, descansó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Me alegro, te hacía falta.

—¡Ryan!

—¿Qué?

—No seas impertinente conmigo.

El viento sopló y le alborotó el cabello. Adrienne intentó domarlo, y lo logró sujetándolo a la altura de la nuca. Luego lo aprisionó con su propio peso contra el respaldo de la silla.

—¿Somos amigos o no? Debería poder decir lo que pienso. —Ryan guardó silencio un segundo—. Eres una mujer increíble, Adrienne. Algún día, algún tipo tendrá la suerte de quedarse contigo. Pero la verdad es que ese imbécil de Chicago te dejó una herida bien profunda. Por tanto, si el amor es como el destello verde, y ahora lo estás buscando de nuevo, me alegro. Te hacía falta.

Adrienne parpadeó. No estaba segura de qué le sorprendía más, si el hecho de mantener esa

conversación con Ryan, o de haberse rodeado de gente sin pelos en la lengua. Suspiró, se inclinó hacia delante y sacudió la cabeza violentamente, dejando que el viento hiciera lo que quisiera con su melena.

—Tienes razón.

—Entonces, deja que las cartas surtan efecto.

Adrienne se acomodó en la silla de nuevo y cerró los ojos, imitando la postura de Ryan.

—Están surtiendo efecto, Ryan. Créeme.

Capítulo 8

Adrienne estaba sentada a oscuras en una de las habitaciones de la primera planta. Era la más pequeña de las tres estancias, y al igual que las otras, sus paredes estaban adornadas con un empapelado de los años treinta. La moldura del techo estaba pintada de blanco, pero se había oscurecido con el paso de los años. La joven había decidido que reformaría esa habitación primero. Ya había terminado con la mayor parte del trabajo en la planta baja, así que había llegado la hora de poner manos a la obra en la primera planta. Pero ese no era el motivo por el que estaba ahí.

Ya habían pasado dos semanas desde que había conocido a William Bryant y a su irritante nieto. Le había devuelto las cartas, después de haber hecho una copia. Pasó por su casa a dejarlas aprovechando que Will estaba en el banco. William la había invitado a que volviera. Habían iniciado una amistad, y ella le había correspondido visitándole cuatro veces más. Día a día, Adrienne había observado que William se explayaba más hablando de Sara que de Grace.

Adrienne se obligó a dejar de pensar en Grace, pero en el caso de Sara... No se la podía quitar de la cabeza tan fácilmente. William hablaba de ella a menudo. Había escuchado tantas cosas sobre la descarada muchacha que gustaba vestir como los chicos que sentía como si ya la conociera.

Se tumbó en la cama con los brazos abiertos, cerró los ojos y se imaginó la casa medio siglo antes. Esta era la habitación de Sara, de eso estaba segura. A Sara le apasionaban los deportes, y Adrienne había descubierto marcas en un rincón de la habitación, donde alguien había hecho rebotar un balón tantas veces que había dejado las señales tanto en la pared como en el suelo de madera.

A Sara le encantaba el baloncesto, a juzgar por lo que decían las cartas, y en la época en que William partió, la niña se moría de ganas de crecer lo suficiente para jugar con los niños que quedaban todas las tardes en el parque de la esquina.

De pronto, Adrienne recordó su propia niñez; se levantó de golpe de la cama y encendió la luz. Examinó los marcos de las puertas. Sus dedos se deslizaron a lo largo de la jamba, y luego pasó al siguiente marco, intentando encontrar las marcas que buscaba.

A los niños siempre les intriga saber cuánto han crecido. El padre de Adrienne la situaba de pie contra el marco de la puerta, colocaba una regla sobre su cabeza, hacía una pequeña marca y le ponía una fecha. Con el paso de los años, ella leía las fechas, asombrada de cuánto había crecido. Al principio a su madre no le hacían gracia las rayas en el marco de la puerta, pero luego se ablandó al comprobar por sí misma lo que había crecido su hija. Un año después ya era ella la encargada de hacer las marcas.

Adrienne revisó toda la habitación sin resultados, y pensó en la madre de Sara. Seguramente la señora se habría enfadado al descubrir que sus hijas escribían en las paredes. Entonces se quedó mirando el armario empotrado.

Abrió la puerta y tiró con suavidad de la cadenita que encendía la luz. La bombilla polvorienta iluminó tenuemente el pequeño espacio vacío. Adrienne tuvo que meterse dentro para encontrar las rayitas que buscaba. Estaban justo detrás de donde habría colgado la ropa Sara.

Eran unas marcas que no registraban el año, solo el día y el mes. El estirón de Sara entre enero y marzo había sido significativo, pero después de abril había dejado de crecer. Volvió a incrementarse en julio. Esa última marca llegaba casi a la altura de Adrienne. Pasó los dedos sobre las rayas, y luego se apoyó contra la pared trasera del armario. Todo era silencio. Pensó en cómo sería la vida en los años cuarenta. ¿Qué sentiría por entonces una niña que disfrutaba con los deportes y la pesca? Ahora no extrañaría tanto, pero en aquellos años no debía de ser un comportamiento muy aceptado.

Seguramente a la madre de Sara no le gustaba. Por lo que sabía, esa mujer quería que sus hijas fueran unas señoritas con lazos y moños en el pelo y vestiditos de encaje. ¿Qué opinión tendría de su hija díscola? Seguro que nada buena. Adrienne respiró hondo y se impulsó contra la pared del armario pensando que le gustaría saber más sobre Sara. Y como si algún poder superior hubiera escuchado su petición, un clavo oxidado le hizo una herida en el pie.

Adrienne sintió cómo su piel se rasgaba al tropezarse. Se aguantó con la mano en el marco, apretando con fuerza allí donde estaban las rayas. Bajó la vista para examinar sus pies descalzos, pero por el dolor en el talón ya sabía lo que había sucedido.

La puerta del cuarto de baño estaba a unos pocos pasos. Caminó de puntillas, procurando no apoyar el talón dañado. Subió el pie al lavabo y se limpió la herida. No era profunda, así que le echó por encima un poco de alcohol, aspirando con los dientes apretados, y se preguntó si le dolería mucho al día siguiente. Cubrió la herida con un apósito.

Al salir del baño vio que en el suelo había un reguero de gotas rojas que iba del cuarto de baño a la habitación.

—Genial —balbució.

Sacó una toalla vieja del armario del lavabo. Había guardado unas cuantas toallas andrajosas para quitarse la suciedad al acabar la jornada de trabajo. Había echado a perder varias toallas caras al secarse las manos pensando que se las había lavado bien después de cambiar una tubería en la cocina, pero todavía tenían manchas verdes que ya no podría quitar.

Adrienne se arrodilló para limpiar la primera gota de sangre. Restregaba con la toalla mientras avanzaba. Notaba cómo el talón le palpitaba, y sus rodillas pedían a gritos unas rodilleras. Por lo menos no tendría que ir a que le pusieran la vacuna del tétanos. Eso ya lo había hecho la primera semana, cuando un clavo suelto de una ventana le había rajado el brazo.

Una vez que hubo terminado de limpiar las gotitas del suelo entarimado, o al menos de asegurarse que no se veían marcas, se detuvo en la puerta del armario de la habitación para recuperar el aliento. Cada vez notaba más sudor en la frente, lo que hacía que el cabello se le pegara a las sienes. Vio el clavo suelto cerca de la última gota de sangre. Se acercó con cautela, ya no se fiaba del suelo de madera. Limpió la mancha con la toalla, con cuidado de no pincharse la mano.

Al presionar con la toalla, una tabla floja se movió. Adrienne no dio mayor importancia al ruido, pero después, algo la detuvo. Cambió de posición y descubrió tres clavos en el suelo que parecía que alguien hubiera metido y sacado varias veces. El pelo suelto le impedía ver bien, así que se lo enrolló y lo metió por el cuello de la camiseta para que no le molestara.

El suelo del armario estaba compuesto por varias tablas de diferentes tamaños. Dos de ellas bailaban, porque tenían los clavos sueltos. Sacó sin esfuerzo el que le había hecho la herida en el talón.

Adrienne adoptó una postura más cómoda y metió los dedos entre las tablas para sujetarse bien. Logró levantar la primera tabla fácilmente y quedó al descubierto un hueco amplio, de unos quince centímetros de ancho por veinticinco de largo. A pesar de estar lleno de polvo y telarañas, se notaba que dentro guardaba algo.

Abrió la puerta del todo para que entrara más luz sobre el hueco. Decidió no pensar en arañas y demás criaturas asquerosas y estiró de la segunda tabla. Hizo un ruido, pero no se soltó. Adrienne se puso de rodillas y volvió a estirar. La tabla cedió un poco, lo suficiente para que no se desanimara. Movié la tabla lateralmente hasta que al final la sacó de su sitio. Le llegó un olor a polvo y descomposición.

Adrienne se retiró el flequillo de la frente con el antebrazo; cada vez sudaba más. Dejó la tabla en el suelo junto a la otra y metió la mano en el agujero. Había un libro. Vio que estaba forrado con una tela de algodón fino que podría ser un trozo de sábana o de un vestido viejo. Aunque el algodón se estaba descomponiendo y deshilachando, había conservado el libro en buen estado

durante todos esos años. Cuando Adrienne lo desenvolvió y examinó la portada, el libro soltó gran cantidad de polvo.

No llevaba candado y parecía ser un diario de los baratos. Las páginas tiesas crepitaban cuando lo abrió para revisar la portadilla. Las hojas estaban rígidas por la falta de uso, pero las palabras aún eran claras y legibles. Allí, en la portadilla, figuraba el nombre que buscaba.

Adrienne salió cojeando de la habitación y bajó las escaleras. Tal vez ahora obtuviera respuestas a sus preguntas. Tal vez eso le ayudaría a entender a Gracie y su amarga traición. Y tal vez lograra conocer más a Sara a través de estas páginas.

Una vez sentada a la mesa, Adrienne hojeó el diario esperando encontrar en cada una de sus páginas los pensamientos de Sara.

Había una entrada en la primera y en la segunda página. Adrienne frunció el ceño mientras sus dedos pasaban el resto de las hojas, hojas en blanco. Sus ojos miraban el diario con tanta intensidad que parecía que quisiera sacarle las palabras a la fuerza. Había algo escrito en la página tres. Le picaba la nariz del polvo y la arrugó para evitar estornudar.

Empezó a sentirse decepcionada. Solo las tres primeras páginas estaban escritas. «Por lo menos ahí puede haber respuestas», se dijo. Pero después de leer las mismas entradas una y otra vez durante media hora, estaba más confundida que antes de encontrar el diario.

Querido Diario:

Nunca he llevado un diario, así que probablemente no se me dé muy bien. No pienso escribir durante mucho tiempo, pero tengo que confesarle a alguien lo que he hecho.

No era mi intención hacer daño a nadie, pero sé que lo haré. Gracie ya no está, y mamá me obliga a regresar a Carolina del Norte. No quiero ir. Mis amigos están aquí. Creo que ya tengo edad para decirle que no y quedarme aquí, pero no lo haré. De todas formas, no puedo estar aquí cuando llegue William. No podría mirarlo a los ojos ni sentir su decepción.

He traicionado a todas las personas que quiero y no sé cómo podré vivir con esta culpa. Ya no puedo escribir más.

Sara

Adrienne se presionó las sienes. Sara había escrito un par de páginas más sobre el mismo tema. Insistía en que los había traicionado a todos y se odiaba a sí misma. La última entrada era igual de escalofriante, pero al parecer, la joven muchacha había conseguido sentir cierto alivio.

Querido Diario:

Hoy nos vamos de aquí y voy a guardar estas palabras en mi escondite del armario. Ayer fui a hablar con el reverendo Luke. No pienso mortificarme más por lo que he hecho. Voy a cerrar este diario, lo esconderé y me iré con mamá. Soy lo único que le queda ahora.

Echo de menos a Gracie. No me importa que se haya comportado mal con William, aún la quiero. Me gustaría que volviera. Dentro de pocos días William regresará a casa de la guerra. Él estará aquí, y yo no. Es lo mejor. Es mejor que no lo vea nunca más.

Sara Chandler

Decepcionada, Adrienne recorrió toda la casa apagando las luces y preparándose para ir a la cama. Se cambió de ropa y se puso una camiseta limpia y unos pantalones de chándal, con cuidado de no arrancarse el apósito. Apoyó la cabeza en la almohada, pero sabía que esa noche no iba a descansar. Estuvo dando vueltas en la cama, atormentada por la confesión interrumpida de una joven de tan solo dieciséis o diecisiete años. Sara ocultaba algo.

Y Adrienne no podía pasar por alto sus ganas por descubrir cuál era su secreto.



Leo sonrió cuando vio a Adrienne entrar en el restaurante. Llevaba en las manos la cafetera y una taza. Se detuvo en la mesa donde se sentó Adrienne, enarcó sus cejas desaliñadas y le sirvió un café sin preguntar siquiera. Ella lo miró inquisitivamente.

—Este es un café para hombres de verdad —dijo el anciano, poniéndole la taza delante. La taza sonó al tocar la mesa de formica.

—Tal vez no lo haya notado, Leo, pero no soy un hombre.

Adrienne se sentía cada vez más cómoda con sus nuevos amigos octogenarios. Tal vez ese concepto asustaría a la mayoría de los veinteañeros, pero a ella le gustaba. Leo guiñó un ojo para que bebiera.

—Si has vuelto para interrogarme, tendrás que beber.

—Tal vez solo quiera probar el mejor desayuno de la ciudad.

Adrienne se recostó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos. Una pareja con tres niños revoltosos rebozados de arena de la playa pasó delante de ellos y se sentaron en una mesa de la esquina. Leo se acarició la mejilla.

—No, conozco bien a los urbanitas como tú. Creéis que desayunar es comer un yogur y una pieza de fruta. Estáis demasiado ocupados para una comida de verdad, solo coméis una *bagel* con esa cosa asquerosa que llaman «queso cremoso».

Adrienne se rio. Leo alzó las manos.

—¿Qué tipo de pan que se respeta a sí mismo tiene un agujero en el centro?

—Bueno, ¿qué me dices de las rosquillas?

Esa mañana Leo parecía más... joven, como si hubiera estado esperando verla. A Adrienne le pareció gracioso. Tal vez disfrutaba bromeando con ella. La mujer era bastante rápida con las bromas, y disfrutaba de lo lindo. Especialmente ahora que no tenía que preocuparse por lo que pensaría Eric de sus conversaciones. Se sentía liberada. Podía bromear, burlarse, cotillear e, incluso, coquetear sin angustiarse por si después le caía una reprimenda. Le gustaba su nueva vida.

—He dicho un pan que «se respeta a sí mismo».

Adrienne cruzó las piernas.

—Está bien, usted gana. He venido en busca de información. ¿Qué puede decirme de Sara?

Leo alzó las cejas nuevamente y miró la taza de café sin hablar.

Adrienne siguió su mirada hasta llegar al líquido oscuro que tenía delante. ¿Ese era el precio que debía pagar por conocer algo sobre el pasado? Se armó de valor, levantó la taza con la bebida mortífera y se la llevó a los labios lentamente. Después de implorar clemencia con los ojos una última vez —a lo que Leo solo hizo un gesto de negación con la cabeza—, inclinó la taza levemente como si estuviera llena de veneno.

Leo sonrió.

A Adrienne rápidamente la invadieron dos sensaciones. La primera, el ardor del líquido ácido y caliente en la lengua. La segunda, el sabor áspero que dejaba en la boca después de tragar.

—Mmm —dijo, poco convincente. Se le saltaron las lágrimas.

Leo echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Eres una novata. Pero creo que te has ganado el derecho a hacerme un par de preguntas.

Se levantó de la mesa y regresó con una jarrita de plata casi helada. Echó un poco de leche fría en la taza de Adrienne y la animó a probar de nuevo.

Adrienne no creía que fuera a ser diferente, y lo expresó con una mirada suplicante, pero el viejo se mantuvo implacable. Entonces respiró hondo y, muy obediente, dio otro sorbo. Se

sorprendió al notar que el café sabía mejor, o tal vez tenía tan adormecidas las papilas gustativas que ya no percibía gran cosa.

—Entonces, ¿quieres saber de Sara? ¿Encontraste a William?

—Sí, cené con él y con su nieto hace un par de semanas.

—¡Will! Vaya, tengo una gran deuda con él.

—¿Usted tiene una gran deuda con William?

—No, con Will. De no ser por él, habría perdido este lugar. Hace unos años me puse muy enfermo y el banco no paraba de presionarme a cuenta del préstamo. Will me apoyó, me ofreció una prórroga y me ayudó a que no perdiera la cabeza. Sospecho que hasta pagó un par de plazos de su bolsillo; aún no entiendo cómo pude saldar el préstamo tan rápido. —Le dio un par de momentos a Adrienne para asimilar la información—. Pero no has venido a hablar de eso.

«¿A quién he conocido?», se preguntó. Un gesto semejante no parecía propio del mismo Will que ella conocía. A él solo le interesaba el negocio, el balance final, no estaba interesado en ayudar a viejos enfermos con sus préstamos. Sin embargo, en ocasiones dejaba entrever algunos detalles de dulzura. Tal vez lo había juzgado equivocadamente o demasiado rápido. Aun así, no podía olvidar que detrás de sus ojos verdes había cierto hartazgo y sospecha respecto a ella.

—Sara era un encanto. Podrías buscar en el mundo entero y no encontrarías a una niña más dulce. Pero siempre se metía en problemas. —Leo descansó el codo sobre la mesa—. No es que ella buscara los problemas, los problemas la buscaban a ella. Su debilidad eran los animales. Si encontraba un perro en la calle, iba de puerta en puerta buscándole un hogar digno. En una ocasión alguien abandonó una camada de cachorros, y ella los encontró antes de ir a la escuela. Los llevó a su casa y los dejó en la cocina. No se imaginó el daño que podían ocasionar en unas pocas horas.

—Oh, no. —Adrienne sonrió.

—Su madre estaba fuera de casa todo el día, y no volvía hasta las seis de la tarde. Los cachorros destrozaron la cocina. Entre seis tuvimos que limpiar el desastre. No hace falta que diga que nunca más volvió a meter en casa animales de la calle.

—Leo, ¿usted cree que Sara se culpó de la muerte de Gracie?

Leo pensó un instante y luego negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Dejó un diario con apenas tres o cuatro entradas escritas. En ellas habla como si hubiera hecho algo terrible. —Adrienne entrecerró los ojos—. Pero no creo que hiciera nada malo.

Leo la miró un buen rato, pero luego se perdió en sus recuerdos.

—¿Es cierto que hizo algo malo? —insistió Adrienne.

—Sí —respondió el anciano, moviendo la cabeza lentamente arriba y abajo.

El corazón de Adrienne dio un salto.

—Pero con ello, al mismo tiempo hizo algo muy, muy bueno.

Pum, pum, pum. La sangre retumbaba en los oídos de Adrienne.

—Usted conoce su secreto.

Leo volvió a asentir con la cabeza, y tamborileó con un dedo sobre la mesa.

—Me llevó mucho tiempo descubrirlo, y una vez que lo hice, ya era demasiado tarde. Ella ya no estaba, y William ya había seguido adelante con su vida.

—¿El secreto está relacionado con William? —le preguntó Adrienne—. Ella menciona que él no la perdonaría jamás.

—Antes de que Sara se marchara a Carolina del Norte, pasó a verme. Yo había llegado a casa unos seis meses antes que William. No me contó los detalles, solo me pidió que lo cuidara.

Una media sonrisa adornó su cara, y Adrienne pudo ver una pizca de ternura en el anciano. No

se dio cuenta de que se estaba aguantando la respiración hasta que empezó a ver unas manchitas negras. Leo esperó, como si el tiempo pudiera terminar la historia. La intriga obligó a Adrienne a inclinarse hacia delante tanto como pudo.

—¿Qué está intentando decirme, Leo? ¿Sara le pidió que cuidara a William?

—Nunca he visto a una mujer más enamorada.

Adrienne respiró con fuerza.

—Sara estaba enamorada de William. Pero solo era una niña cuando William se fue. —Agitó una mano en el aire—. Todos éramos niños. Sara tenía catorce, solo tres años menos que William. Cinco menos que yo. Pero era tan flaca y alta que parecía una niña en vez de una adolescente. Acababa de cumplir diecisiete años cuando William estaba a punto de regresar a casa. —Miró a Adrienne fijamente—. Una edad más que suficiente para saber si estás enamorada de verdad.

—Sara estaba enamorada del novio de su hermana... —concluyó Adrienne con un suspiro, y se dejó caer sobre el respaldo de la silla, con las manos apretadas en su regazo—. Qué secreto tan difícil de guardar.

—Sospecho que era una carga muy pesada para ella. Más aún cuando murió Gracie.

Adrienne tardó un momento en notar el cambio en la actitud de Leo. El hombre se retorció las manos, y su mirada revoloteaba sobre la mesa.

—Verás, en ese momento yo todavía no había averiguado el secreto. Lo hice después de que Sara dejara la ciudad, pero ya era demasiado tarde. Yo ya había presentado a William y a Betty. Adrienne se entristeció por Leo, por William y por Sara.

—Me sentía mal por William. Perdió a Grace, Sara se había ido, y encima regresaba herido...

El reloj de pared tenía un panel que anunciaba negocios de la zona. Desde su asiento, a Adrienne le llegaba el suave zumbido de la luz de neón. Esperó a que Leo continuara, y tuvo que desviar la mirada para no ver los ojos grises, llorosos y llenos de remordimiento de aquel anciano.

—William volvió y yo le presenté a Betty. Ella era dulce y amable y había perdido a uno de sus hermanos en la guerra. Después de que empezaran una relación seria, fue cuando descubrí lo que ocultaba Sara. —El viejo apretó los labios—. Pero era demasiado tarde. William ya se había enamorado de Betty.

Adrienne se percató de lo difícil que era para Leo admitir eso. Notaba que en cierta forma se sentía responsable.

—Nunca se lo dije. No sabía cómo hacerlo —dijo Leo con las manos entrelazadas.

La buscó con la mirada, como implorándole un perdón que ella no le podía otorgar. No le había hecho daño a ella, en realidad no le había hecho daño a nadie, pero había cargado con ese peso toda su vida y lo había desgastado. El viejo apretó los labios y Adrienne supo que tenía que decir algo. Se inclinó por encima de la mesa y colocó la mano sobre el brazo de Leo.

—Fue un buen amigo. Hizo lo correcto, Leo.

Eran palabras. Solo palabras. Le dolía el estómago. Había desenterrado demasiadas cosas del pasado. Debía poner fin a ese viaje. Aunque le encantaba escuchar historias sobre la vida de William y de Leo, era difícil hacerlo de boca de los protagonistas. Ese pasado les pertenecía. Era su dolor y su lucha hasta llegar a ese punto en sus vidas. Cada vez que hablaba con ellos, aunque usaban palabras en pretérito, sus miradas y sus corazones revivían cada momento en el presente.

Su viaje había llegado a un callejón sin salida. Estaba absolutamente convencida de que sería la última vez que hablaría del tema. Hasta que volvió a escuchar a Leo.

Adrienne ya se había levantado de la mesa y le había dado las gracias por dedicarle su tiempo, cuando él pronunció unas palabras que llegaron a su corazón como una brisa suave. Con el bolso de Prada colgado del hombro, al principio no supo si Leo había dicho algo o no. De no

haberse fijado en la intensidad de su mirada, tal vez ella se habría dado la vuelta y habría salido del restaurante.

Leo repitió las palabras:

—No es demasiado tarde. Sara nunca se casó.

El corazón de Adrienne empezó a latir con intensidad y lleno de intriga. Se estremeció.

—¿A qué se refiere?

—No es demasiado tarde para que William conozca la verdad.

El cojín del asiento se desinfló cuando Adrienne se dejó caer sobre él nuevamente, y la hebilla de plata de su bolso golpeó la mesa. Casi había logrado escapar. Unos pasos más y habría dejado atrás los misterios y la locura. Agitó la cabeza.

—No lo sé.

Apretó los labios y se imaginó lo que eso significaría para William, quien al parecer ya había hecho las paces con los fantasmas de su pasado. Pero Leo creía que era buena idea.

—¿Está seguro, Leo...? ¿Después de todos estos años? Sara se fue. Si ya tenía diecisiete años, podría haberse quedado por lo menos el tiempo suficiente para verlo. Ella decidió irse. Yo creo que si le contamos esto a William, únicamente conseguiremos hacerle daño.

—A menos que Sara tenga la oportunidad de darle una explicación —respondió Leo, mirándola con intensidad.

Capítulo 9

—¿Qué haces, Pops? —Will metió la mano en la caja que su abuelo había llenado de verdura. Sacó un tomate y se lo llevó a la boca, pero Pops se lo quitó de la mano, rápido como un rayo.

—Ni te acerques a mi caja.

Pops miró a su nieto, agitando el índice delante de su cara. Will vio la chispa. En los ojos del anciano había nacido una chispa desde que Adrienne Carter se presentara en su casa a sacudir los caparazones de los cangrejos... y sus vidas.

—Tenemos más comida de la que podemos consumir, así que voy a mandarle todo esto a Adrienne. Le encanta cocinar, ¿sabes?

—¿Va a venir hoy?

Vaya, ¿acaso había cierta emoción en su tono de voz? Sí, a juzgar por la forma en que Pops le sonreía, seguro que sí. Francamente, no sabía por qué le importaba. Ella había dejado las cartas, pero Pops seguía encontrando excusas para volver a invitarla. Primero le prestó un libro sobre fontanería; luego, una herramienta que sacó del garaje, y ahora venía a por verduras. Sus verduras. A Will se le hizo la boca agua. Ese tomate era perfecto. Y todo aquello, una locura.

Obviamente, a ella le caía bien Pops, porque nunca rechazaba sus invitaciones. Pero Will había observado que siempre iba cuando él estaba en el trabajo, lo que significaba que no tenían ningún interés en verlo. A Will le daba igual. Pero hoy iba a venir. Y era sábado. Seguro que sabía que él estaría en casa. Tal vez lo hubiera planeado así.

Se la imaginó entrando como la brisa, interrumpiendo la rutina de la mañana, oliendo a flores salvajes y tal vez tirando algo de comida al suelo de la cocina. Esa imagen en su cabeza le recordó la noche que pasaron cenando y riendo con Pops. Vio su reflejo en la ventana y le sorprendió la imagen que le devolvía: estaba sonriendo, así que puso cara de enfadado. Hoy no iba a dejar que esa mujer lo manipulara. Salió al muelle. Pensaba quedarse allí fuera. Problema solucionado. Al salir oyó que Pops murmuraba algo sobre Adrienne y el cebo para la pesca. Will miró al cielo.

De camino a la lancha se detuvo a admirar su trabajo. La cabina brillaba bajo el sol de Florida. Se había pasado la noche anterior raspando cada centímetro con un cepillo, puliendo la madera de teca, limpiando las ventanas y puliendo el cromo. Lucía mejor que un barco recién comprado. Y nadie, mucho menos una guapa morena, iba a arruinarle ese día en el mar.



—Esto queda delicioso en una ensalada de espinacas. Aquí tienes berza, brotes de mostaza y col. —Las manos de Pops revisaban la caja—. Claro, cuando yo era niño la llamábamos ensalada de lechuga marchita, pero Will dice que eso no suena muy apetitoso. ¿Sabes cómo prepararla?

—Sí —respondió Adrienne. Pero su mente estaba en otro sitio. Había visto a Will en el jardín y estaba luchando contra al impulso de salir a verlo. No llevaba camiseta, y el sol de Florida hacía que sus músculos brillaran. Se notaba que estaba en su ambiente.

—Siempre le pongo un poco de grasa de tocino al aderezo, pero Will dice que es malo para mi colesterol.

—Ajá —dijo ella, asomándose por la ventana.

—¿Tú cómo preparas el aliño? —le preguntó Pops mientras olía unos rábanos.

Adrienne notaba que alguien le hablaba, pero en realidad, no estaba prestando atención.

—Adrienne, ¿cómo preparas el aliño?

Finalmente se concentró.

—Le pongo un poco de aceite de oliva, añadido un poco de ajo fresco en una sartén, sal, pimienta

y un poco de azúcar.

William asintió, repasando mentalmente los ingredientes.

—¿Y un poco de cebolla?

—Si me apetece, pero normalmente solo le pongo cebolla seca molida. Si es fresca, el sabor es demasiado intenso.

—Tienes toda la razón —convino el anciano, agitando un dedo.

—Agrego el vinagre justo antes de regar la ensalada con el aderezo. —Adrienne tocó las hojas de lechuga que Pops le había dado—. Gracias a esto habrá un poco de variedad... Normalmente solo tengo espinacas frescas para mis ensaladas.

—Entonces te va a encantar esta mezcla. ¿Y la sirves con setas y trozos de pan frito?

—Siempre. Ah, y con un huevo cocido. ¿Le he dicho que preparo los picatostes en casa?

—¿De verdad?

—Una amiga me dio la receta hace poco. La próxima vez, le traeré unos cuantos.

William notó que Adrienne volvía a asomarse por la ventana.

—Will está preparando la lancha para nuestro día de pesca —le dijo Pops.

—Ajá.

William miraba a Adrienne. Y ella miraba a Will.

—Va a ser un gran día. El agua está en calma y el frente frío ha traído una brisa fresca —continuó diciendo el anciano.

—Suenan fabuloso.

Más o menos. A Adrienne le aterraban las barcas. Había tenido una mala experiencia una vez, y Eric se había burlado de ella. No les tenía simpatía. Sin embargo, podría admirar durante horas a ese hombre medio desnudo trabajar en cubierta.

Apenas hacía un par de meses que podía mirar a otros hombres sin sentir que estaba engañando a su marido. Y eso que se habían separado hacía ya un año y su divorcio había finalizado unos meses antes. Supuso que todo debía agradecerse a Ryan, el confiado estudiante de posgrado con una sonrisa de infarto. Él no solo la había ayudado con la mudanza a su nueva casa, sino que también había logrado romper todas las barreras de falsa decencia, y en ocasiones la besaba o abrazaba sin avisarla o sin pedirle permiso. Al principio, ella se quedaba paralizada, pero luego se recordaba a sí misma que ya no era una mujer casada y disfrutaba de las muestras de cariño. Su primer beso fue bonito. El siguiente también, y todos los que siguieron. ¿Will besaría bien? Se asustó pensando que tal vez hubiera dicho eso último en voz alta.

Suspiró aliviada cuando vio que Pops seguía separando las verduras, hablando sobre ensaladas. Su mirada volvió a perderse por la ventana. Solo veía piel bronceada, músculos firmes, unos pantalones vaqueros a media pierna que colgaban de unas caderas lisas. Le costaba trabajo respirar.

Pops se separó de la caja y se inclinó para recoger el balde con el cebo que había traído Adrienne.

—Vaya, esto pesa.

Antes de que se diera cuenta, Adrienne estaba ayudando a Pops con el cubo, intentando no comparar mentalmente los labios de Will con los de Ryan.



Will limpiaba con un trapo el rocío matutino que había cubierto un lado de la lancha, *Miss Betty May*. Frotaba la superficie una y otra vez. Toda la frustración acumulada de esa semana se desvanecía con cada pasada del paño. Ocuparse de la lancha era terapéutico, incluso cuando tenía que limpiarla.

Will estaba a punto de terminar cuando se dio cuenta de que no estaba solo. El viento le llevó el aroma a flores hasta la nariz antes de que ella dijera una sola palabra. Soltó un juramento mientras buscaba la camiseta. Se la puso y bajó al muelle de un salto.

—Buenos días.

—Sí que lo son —contestó ella.

Se veía... algo avergonzada y hermosa. Vestía una camiseta de tirantes morada que marcaba sus curvas. Unos pantalones cortos acentuaban aquellas piernas increíbles. Un pequeño medallón brillaba sobre su cuello. Menudo cuello. De los que uno puede pasarse horas besando. Tenía una curvatura tentadora y suave que lo invitaba a mordisquear esa piel. Y ahí se quedaron de pie, sin hablar, mirándose. Will estaba incómodo, pero no demasiado. Finalmente, Adrienne parpadeó.

—Eh... He traído esto para Pops. —Hizo un gesto con la cabeza señalando el balde con el cebo que sostenía en las manos.

Pero él no lo tomó en las suyas. La miró, preguntándose cuánto tiempo llevaría ahí de pie, viendo cómo limpiaba la lancha.

Adrienne parpadeó inocentemente una vez más, pero Will sabía que por dentro estaba muy nerviosa. Notaba las palpitaciones en su cuello. Volvió a señalar el balde. Sin embargo, si él lo recogía, la mujer volvería a entrar en la casa, pero él quería que siguiera mirándolo. No, pensaba tomarse su tiempo. Algunos de los mejores momentos de la vida se vivían con prisa, y no debía ser así. Era realmente lamentable. Estaba seguro de que este era uno de esos momentos.

—Espero que no lleves mucho tiempo ahí de pie, con todo ese peso en las manos. —Se tomó su tiempo, metiéndose la camiseta por la cintura de los pantalones. La pilló observándole el brazo, luego la mano y, finalmente, otra vez la cara.

—No —dijo ella, un poco apresurada.

Él seguía sin quitarle el cubo de las manos.

—Entonces, ¿no te he hecho esperar?

—Para nada —respondió Adrienne, haciendo un ademán con la mano—. Acabo de bajar.

En ese momento Pops se asomó por la puerta trasera.

—¿Te has caído al agua, Adrienne? ¡No se tarda cinco minutos en dejar un balde de cebo!

Will sonrió. Sí que lo había estado observando. Sintió que algo se removía en su estómago. Con las mejillas al rojo vivo, Adrienne señaló el canal.

—Estaba admirando tu... tu lancha. Es muy bonita.

—Gracias.

Cuando quiso cambiar el balde de mano, Will finalmente lo tomó en las suyas.

—Deja que te ayude con eso.

Se acercó lo suficiente para olerla más de cerca.

—Gracias.

Adrienne se hizo unas friegas en la mano, donde tenía la marca el asa.

Will dejó el balde en el suelo y la carnaza chapoteó. Le agarró la mano e hizo que se acercara más a él. Le pasó un dedo por la palma.

—Lo siento, no imaginaba que pesara tanto —dijo con cara de preocupación.

«Qué caballeroso». Pero, francamente, no estaba acostumbrado a que una mujer hermosa se lo quedara mirando. Solo quería disfrutarlo un rato. Sin embargo, había dejado que ella cargara con un balde de cinco kilos. «Adorable».

Adrienne murmuró una respuesta que él no entendió. Era fuerte para ser tan pequeña. No se había quejado del peso en ningún momento. Claro, estaba reformando una casa de arriba abajo. No podía ser una debilucha. Aun así, Will no había sido nada caballeroso dejando que sostuviera tanto peso.

—De verdad que lo siento.

—Está bien —susurró ella.

Una brisa la empujó hacia él, le alborotó el pelo y llevó su aroma a los pulmones de Will. El olor golpeó su piel igual que las olas. Eso le impactó. Will no quería moverse.

Con el dedo, Will masajearó suavemente las marcas rojas de la mano de Adrienne. Le parecía un poco raro que no le molestara que el olor de esa mujer invadiera su nariz y su ropa. Tampoco le había importado que lanzara por los aires las pinzas de cangrejo, ni que tirara por el suelo de la cocina la carne del crustáceo.

—De haber sabido que ibas a bajar al muelle no me habría quitado la camiseta. Pero pensé que solo habías venido a recoger la verdura.

—Yo me ofrecí a traer el balde con el cebo —comentó ella sin remordimientos, y un brillo de valentía iluminó sus ojos oscuros.

Su respuesta desconcertó a Will, pero le gustó. Se concentró en la palma de Adrienne. La piel, suave y tersa, estaba caliente.

—Iba a traerlo Pops, pero pensé que estaría bien venir a saludarte.

—Espero que no haya sido mucha molestia.

Will la miró a los ojos. Sus iris eran del color del café, pero a esa distancia y bajo los rayos del sol, podía ver en ellos motas de color dorado. Pensó que le gustaría entrar en esa mina de oro, descubrir el tesoro oculto en esos ojos.

—Perdón, lo que quería decir es que... quería venir a saludarte.

—Pues, hola.

Una sensación cálida le inundó el estómago. Will dejó que sus dedos se deslizaran por el brazo de Adrienne hasta llegar al hombro. Una vez ahí, aplicó un suave masaje hasta que sintió que su piel se estremecía.

—¿Te duele el brazo?

Ella negó con un gesto. Uno de los dedos de Will se deslizó debajo del tirante de la blusa, un leve roce que hizo que se moviera la prenda entera. Pudo haber sido un accidente, un error. Pero no lo fue. Él quería ver cuál sería la respuesta.

Y la respuesta fue un cálido suspiro, y un rostro sonrojado que lo invitaba a seguir. La piel de Adrienne parecía de terciopelo.

—Mejor. —Will respiró hondo. No la quería soltar, pero ¿qué podía hacer? ¿Seguir acariciándola? No. Le costó trabajo, pero Will dio un paso atrás. El olor a flores se quedó con él.



«Esto es un desastre». Ella lo había observado desde la casa, desnudo de la cintura para arriba, limpiando la lancha. Solo quería hablar con él, y ahora, con la cara de Will a pocos centímetros de la suya, su cuerpo impregnado del olor a mar, esos ojos esmeralda mirándola fijamente..., se había quedado sin palabras.

Estar tan cerca de un marinero sudoroso no debería incitarla a acercarse más. Adrienne había disfrutado observándolo de lejos, viendo cómo sus músculos definidos se movían rítmicamente al frotar con el trapo. Will estaba bronceado y en forma. ¿Y qué? Muchos hombres encajaban en esa descripción. En realidad, habían sido sus manos las que le habían hecho sentir mariposas en el estómago, antes incluso de que él la tocara. De vez en cuando, Will dejaba de limpiar con el trapo y acariciaba el casco blanco de la lancha con la mano, haciendo unos movimientos largos y suaves; sus dedos poderosos parecían flotar. Ese tipo de manos podían ser letales para una mujer. Podrían desmoronarla por completo. Claro, solo si ella quería que la desmoronasen, que no era el caso. Y claro, solo si él quería hacerlo, que tampoco era el caso.

Cuando vio cómo le quitaba el balde de las manos y lo dejaba sin esfuerzo en el muelle, detectó

por debajo de su camiseta los abdominales flexionándose con el movimiento del brazo. Luego sintió la mano de Will acariciando la suya, subiendo por el brazo hasta llegar al hombro; cada movimiento era igual que un baile vertiginoso.

Pero lo que quería no era solo admirar el cuerpo de Will, aunque tenía un aspecto hermoso trabajando en la lancha. También le interesaba conocer al Will Bryant del que Leo le había hablado. En realidad, sí quería conocerlo a fondo. Es más, si la invitaba a subir para pasar el resto del día con él, con miedo o sin miedo, iría. Lo haría.

Y como si le hubiera leído la mente, Will preguntó:

—¿Quieres venir?

—No, pero gracias —contestó sin darse tiempo de pensarlo—. Pops está muy entusiasmado con salir de pesca hoy.

Adrienne era una experta en desviar conversaciones. Lo había hecho durante años para que Eric fuese el centro de atención de todas ellas. No solo su mundo había girado en torno a él; Eric había sido el sol, la luna y las estrellas.

—Pops está convencido de que va a pescar un pez vela digno de un trofeo. —Will dobló el trapo y lo lanzó a la cubierta, dando la espalda a Adrienne—. Por cierto, siento mucho que Pops te pidiera que pasaras antes por la tienda de pesca para buscar la carnaza. No sé en qué estaría pensando.

Se pasó la mano por su abundante y despeinado cabello oscuro. Adorable. Justo como ella se imaginaba que luciría sin tanta gomina.

—Yo me ofrecí. Era lo menos que podía hacer. Me está regalando un montón de verdura.

Will estiró los dedos y puso los brazos en jarras.

—¿Seguro que no quieres venir?

—No, no llevo la ropa adecuada.

Él la miró de los pies a la cabeza, lentamente, con intención.

—Tienes razón. Pantalones cortos y una camiseta de tirantes es un conjunto demasiado formal para salir a pescar en barco.

Adrienne quiso replicar, pero no supo qué decir. Sin embargo, inclinó el tobillo hacia fuera y atrajo su atención hacia las sandalias que calzaba, con un tacón generoso. Will bajó la mirada lentamente, como si le hubieran invitado a inspeccionar esas largas piernas. Ella sintió cómo se le erizaba la piel de los muslos y las pantorrillas.

—Podrías quitártelas. Es normal ir descalzo en la lancha.

—Oh. —Era la última excusa que le quedaba—. Va a hacer mucho calor.

—Tontería —oyó decir detrás de ella, mientras Pops pasaba caminando junto a ellos—. Si no hace demasiado calor para un hombre de ochenta y un años, tampoco para ti, jovencita. No seas una urbanita finolis.

Will ayudó a su abuelo a subir a la lancha y regresó con ella, sonriendo para animarla a aceptar la invitación.

—Hay mucha sombra en la cabina para que no te acalores.

¿Sombra? No lo creía. No había sombra en el mundo que la protegiera del cuerpo de Will, tan ardiente y radiante. Primero lo miró a él y después miró la embarcación.

—Nunca he subido en una lancha en alta mar. Bueno, una vez estuve en un crucero, pero en esos ni siquiera se nota el movimiento. Los barcos más pequeños me dan... miedo. Una vez casi me ahogo en una canoa.

—Se supone que hoy el mar estará totalmente tranquilo. Iremos muy despacio si te hace sentir mejor. —Will le ofreció su mano extendida—. Conmigo estarás a salvo.

A salvo con él. Las palabras cayeron al suelo igual que si fueran de plomo. Nunca había conocido a un hombre con el que se sintiera a salvo, mucho menos a uno con ojos que penetraban en su alma. Así se sentía con Will.

Al no obtener respuesta, él susurró:

—Te lo prometo.

Luego se humedeció los labios resecos con la lengua, y por un momento el mundo de Adrienne se detuvo por completo.

Detrás de ellos, oyó a Pops murmurar algo sobre ahogados y canoas.

Sin darse cuenta, su mano ya descansaba en la de Will. Fue su mirada de seguridad absoluta lo que la incitó finalmente a aceptar la invitación. Aquel hombre irradiaba certeza y honradez. El calor de sus dedos la impulsó y, antes de saber lo que estaba ocurriendo, ya se encontraba en la cubierta de la lujosa lancha.

Las verduras y el bolso se habían quedado en la mesa de la cocina. Las ventanillas del automóvil estaban abiertas, y había dejado el teléfono junto al freno de mano. Pero nada de eso importaba. Se iba de aventura con Pops... y con Will.

Adrienne pensó en Sara. A ella le encantaba la pesca. Tenía nueva información sobre la chica, pero por el momento no diría nada. No conseguiría nada bueno. Si Leo estaba equivocado y Sara ya había fallecido, únicamente le causaría más dolor a Pops. Se ponía enferma solo de pensar que pudiera causar dolor a aquel anciano. Así que, hasta no estar segura, Adrienne dejaría el secreto enterrado, justo como se había mantenido durante sesenta años.

Se sentó en la parte de atrás de la lancha. El cojín de piel tenía un tacto suave. La fantástica madera del entarimado de la cubierta brillaba debajo de sus pies; intentaba aferrarse al suelo con los dedos rosados del pie, pero estaba demasiado resbaladizo por culpa del afán de limpieza de Will. Se volvió hacia la parte de delante de la lancha con la espalda recta y los hombros tensos. Pops estaba debajo, en la cabina. Había bajado las escaleras y ahora tarareaba una canción, pero el sonido no la reconfortó, ya que el rugido del motor casi logró que Adrienne brincara del susto. Buscó algo donde agarrarse.

Will la miró sonriendo, pero su expresión cambió de inmediato.

—¿Estás bien?

Ella asintió con vehemencia, pero sentía cómo su rostro palidecía.

—Nadie se ha caído, ¿verdad?

—No. Estás asustada de verdad, ¿me equivoco? —Will vio cómo las manos de Adrienne estrujaban el cojín del asiento con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. ¿Te sentirías más cómoda si te pusieras a mi lado?

—No —le confesó, pensando en cómo había reaccionado antes, cuando le estaba masajeando la palma de la mano y luego el hombro. La había hecho sentir algo... pero no era comodidad precisamente.

Sin embargo, Will desdobló el asiento del timón para que pudieran sentarse juntos.

—Ven aquí.

El sol brillaba en su rostro, y los ojos le brillaban como esmeraldas. Cuando Adrienne se sentó, él se había levantado para desanudar las amarras del ancla. En cuanto regresó al timón junto a ella, la miró fijamente.

—¿Estás bien ahora?

—Mejor.

Adrienne sintió el calor del brazo de Will junto al suyo. Él le tomó las manos y las puso sobre la barra de cromo que tenían delante. Adrienne se sintió tonta, como una niña pequeña que subía a un tiovivo por primera vez. Will seguramente notó su ansiedad.

—No te preocupes, todos necesitamos pillar el truco la primera vez.

Estaba segura de que eso era mentira, pero al menos era una mentira piadosa. Le gustaba ese Will. Ya no mostraba una fachada tan quisquillosa, sino una personalidad adorable. Por fin asomaba la cabeza el nieto digno de William Bryant.

A los pocos minutos de haber dejado el muelle, Adrienne ya no sabía por qué había tenido

tanto miedo. Navegaron por la caleta con tranquilidad dejando atrás casas y follaje diverso, hojas de palmeras enormes que se movían con el viento. El motor vibraba suavemente, Adrienne lo sentía en las plantas de los pies a través del entarimado de cubierta. Al llegar a un recodo, Will disminuyó la velocidad.

—Vamos a salir al Golfo después de este recodo —le anunció—. Voy a tener que acelerar.

Ella asintió, esta vez sin miedo. Estaba lista para adentrarse en la aventura, y también impresionada de lo cuidadoso que había sido Will al verla tan aterrada. Desde el momento en que él notó su expresión, no había hecho otra cosa que hacerla sentir cómoda y segura. «Conmigo estarás a salvo.»

—El oleaje será más intenso hasta que salgamos del canal, pero eso es normal.

Adrienne estaba en buenas manos.

Al pasar el recodo, se quedó sin aliento. Desapareció por completo la tupida vegetación del canal y Adrienne miró la extensión azul que parecía infinita. Normalmente, solían verse unas cuantas barcas en el agua, pero ese día no había ninguna embarcación que interrumpiera su vista. El azul profundo cubría todo el panorama de este a oeste, solo dividido por la fina línea dorada del horizonte. El viento, saturado de agua salada, salpicaba su cara. El motor gruñó con más intensidad cuando Will aceleró, y abandonaron el canal.

Adrienne se quedó muda. Will la miró.

—Increíble, ¿no? —dijo él.

—Es imponente. —Adrienne entrecerró los ojos debido al reflejo del sol sobre la superficie del agua, y deseó haber llevado sus gafas de sol—. Veo esto todos los días desde mi porche trasero, pero aquí, en la lancha, todo se ve diferente.

Las olas azotaban el casco, y Adrienne se esforzó por sentirse a gusto en alta mar. Will y Pops estaban tan tranquilos. Poco a poco reunió el coraje suficiente para caminar por la cubierta, pero prefería su puesto al lado del capitán.

—Así que vamos de pesca —dijo, mirando el balde con la carnaza.

Will asintió y se humedeció los labios.

—Así es.

Uf, hacía calor. Adrienne se alegró de llevar puesta una blusa de tirantes. Casi se había decidido por una camiseta de manga corta. Ahora agradecía no haberlo hecho. Y Will también, o eso parecía.

—¿Nos detendremos en cualquier lugar?

—No, nos dirigimos a un destino concreto.

—¿Y cómo sabes que llevamos la dirección correcta? Me refiero a que no hay nadie por aquí a quien pedirle que nos guíe.

—Los hombres nunca paramos a pedir indicaciones. —Will sonrió y señaló una pantalla en el tablero de mandos situado delante de ellos; estaba lleno de palancas, medidores y botones. Parecía una pequeña pantalla de computadora oculta entre la brújula y el acelerador.

—Esto nos muestra el camino.

—¿La pantallita te dice qué rumbo seguir?

Will asintió con la cabeza.

—Vaya, es una lástima que no se puedan instalar estas pantallitas en los humanos. Habría menos tristeza y mucho más sentido de la orientación.

De haber tenido un aparato de esos, no se habría casado con Eric.

—Creo que solo funcionan sobre el agua. —Will presionó un botón y la pantalla emitió una serie de sonidos. Bip, bip, bip—. Aun así, todos llevamos dentro algo similar.

—La mía debe de estar rota —dijo Adrienne, frunciendo el ceño. Era una mujer de veintiocho años que no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con su vida... Una brújula rota parecía ser una explicación posible.

—No lo creo, lo que pasa es que a veces nos muestra muy claramente adónde vamos —señaló a la pantalla, que ahora estaba parpadeando—, pero a veces se ve borroso.

—¿Y qué se hace cuando se ve borroso? —La pantalla de Adrienne llevaba un buen rato confundida.

—Seguir adelante. —Will dejó de mirar la pantalla para mirarla a ella—. Con el tiempo todo se vuelve claro y el camino que debemos seguir se materializa delante de nosotros.

No resultaba tan sencillo. Tal vez algún día ella pudiera tener una imagen clara de su futuro. Pero parecía algo lejano. Había pasado tanto tiempo asegurándose de que Eric tuviera lo que quería, que consiguiera lo que deseaba, que fuera adonde quería ir... que ya no sabía lo que le gustaba a ella. Todo se había centrado en él. Adrienne había crecido pensando que así debía ser un matrimonio. Lo mismo había hecho su madre. Lo mismo habían hecho todas las mujeres en su familia. Solo que, a diferencia de Eric, el padre de Adrienne nunca se aprovechó de la bondad de su esposa. Adrienne pensaba que había hecho algo mal al crear un monstruo en vez de una pareja comprensiva. Pero no quería pensar en eso. Todas las mañanas se recordaba a sí misma que la vida es un regalo. Eso lo había aprendido de Pops. Cada día era un regalo que había que disfrutar. Así que hoy pensaba hacer justo eso, disfrutar. Era la única opción razonable que le quedaba.

Seguir adelante. Hasta que su pantalla se esclareciera.

—¿Puedo invitarte a cenar? —La voz de Will se quebró. Como si las palabras que acababa de pronunciar le hubieran sorprendido tanto como la sorprendieron a ella.

Lo miró a los ojos.

—Eh...

—Solo es una cena.

Como si eso fuera menos intimidatorio. Necesitaba contestar: «No». La respuesta sería «no», en cuanto pudiese articular palabra.

—Sí —dijo, y la respuesta la sorprendió a ella también. Bueno, si su pantalla se había esclarecido, Adrienne había logrado descodificar el mensaje.



—¿Adónde la vas a llevar?

Will miró hacia la puerta; Pops estaba apoyado contra la pared. Lo último que Will necesitaba en ese momento era que su abuelo lo sometiera a un interrogatorio.

—He hecho una reserva en el Palermo.

—Vaya, encima de la playa. A Adrienne le gusta la playa. Y he oído que el Palermo es un restaurante de primera.

Pops había sorprendido a Will mirándose en el espejo.

—Me parece bien que te hayas quitado la corbata. Te daba un aire de engreído.

Will dejó la corbata en el perchero y fue al vestidor.

—Espera, ya la guardo yo —dijo Pops.

Cuando el viejo tardó en volver, Will respiró hondo, intentado calmar los nervios. Había salido con mujeres muchas veces antes. Tenía treinta años. Había tenido bastantes citas. Pero Adrienne era...

—¿Qué opinas de esta camiseta? —Pops apareció en el umbral con un polo un poco desgastado.

—Un tanto andrajosa.

El corazón de Will se aceleró. ¿En serio era tan inepto para encontrar un atuendo para la cena?

—Pero a Adrienne le gusta el azul.

Will notó que la cabeza se le calentaba.

—Creo que es necesario llevar chaqueta.

Pops inclinó la cabeza a un lado.

—No será uno de esos sitios donde va gente estirada, ¿o sí? Adrienne es una mujer de espíritu libre. Es como el viento, y los sitios estirados no van con ella.

Esa conversación no le estaba ayudando. Aunque Pops no lo creyera, había tardado lo suyo en decidirse por un restaurante. Había elegido el Palermo porque ahí la iban a mimar y porque tenía unas vistas increíble del embarcadero. Después de cenar podían salir a dar un paseo y ver si los pescadores habían tenido suerte. Era el antídoto perfecto para un restaurante de gente estirada. Para él era importante que Adrienne se sintiera consentida. No sabía por qué, pero así era. Adrienne, con su sonrisa de estrella de cine y unos dedos manchados de pintura. Adrienne, con sus enormes ojos llenos de tristeza.

—¿Por qué no sales tú con ella y yo me quedo en casa? —protestó Will.

—Eso es una tontería. No te hagas el listo conmigo, jovencito. No creas que porque eres un tío grande no puedo patearte el culo —contestó Pops, agitando su viejo dedo torcido.

—No creo que puedas —dijo Will entre risas.

Pops puso los brazos en jarras y lo miró fijamente, el polo azul colgando de uno de ellos.

—¿Quieres probar?

Will levantó los brazos, como rindiéndose.

—No, señor. Sé reconocer cuándo voy a perder una pelea.

Will podía controlar la mayoría de las cosas (los trescientos caballos de potencia de la lancha, unas negociaciones broncas y sucias respecto a la aplicación de un préstamo multimillonario...), pero cuando se trataba de Pops, y de cierta morena preciosa, Will se sentía superado. Tal vez superado no era la mejor expresión con respecto a Adrienne. Con ella se sentía de igual a igual. Y eso era tan intrigante como excitante. Pops sonrió y de pronto se puso serio.

—¿Has lavado el coche? Nunca debes recoger a una dama en un automóvil sucio. Es una falta de respeto.

—Si, pasé por Rub-a-Dub hace dos horas.

Pops asintió con aprobación.

—¿Tienes preparado algún tema de conversación? Pregúntale sobre ella. Se conecta mejor con las mujeres hablando con ellas cara a cara.

Will reprimió una sonrisa. Su abuelo le estaba dando consejos sobre mujeres.

—¿Y los hombres? ¿Cómo conectamos mejor, Pops?

El anciano lo miró, sorprendido por la pregunta.

—Hombro con hombro, Will. Uno al lado del otro.

Will pensó en su abuelo y en los hombres con los que había estado hombro con hombro durante la guerra. Rápidamente sacó esas imágenes de su cabeza.

—Entonces, ¿tengo buen aspecto? Intentaré no arruinar la reputación de los hombres Bryant.

—¿Reputación? —Pops arrugó aún más la cara con su expresión—. Solo compórtate como un caballero. No te olvides de abrirle la puerta del coche y de acompañarla a la puerta de su casa cuando la lleves después de la cena.

—Entendido.

Pops se puso serio.

—Adrienne es especial, Will. —Más que un comentario, era una invitación a aceptarlo como un hecho. Pero para Will esa declaración no era nada nuevo. Él ya sabía lo especial que era.

—Sí. Aunque creo que se quedó muy tocada con lo del divorcio.

—Tú solo protege su corazón. Eso es lo que hacemos los caballeros.

Pops sacudió los hombros de Will, como si le estuviera quitando pelusas o alisando unas arrugas en el polo. Will tomó el gesto como algo más. Tal vez su anciano hubiera pasado demasiado tiempo bajo el sol, pero esos gestos de Pops le hicieron sentir como si le estuviese

poniendo un manto sobre los hombros.

Lentamente, su abuelo dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Diviértete. No te esperaré despierto. —Lo miró una última vez por encima del hombro y le guiñó el ojo.



—¿Estás segura de que no me he pasado un poco? —Adrienne se irguió frente al espejo antiguo, mirándose el trasero y preguntándose si el vestido no le iba demasiado ceñido.

Sammie la tomó de los hombros y le dio la vuelta.

—Estás increíble, en serio. Lo tendrás comiendo de la palma de tu mano.

Adrienne apretó los labios y puso los dedos manchados delante de la cara de Sammie. Su amiga abrió los ojos de par en par.

—No están tan manchados.

—Es la peor mentira que me has dicho jamás.

Sammie la miró en el espejo.

—Te aseguro que no se fijará en tus dedos.

El vestido blanco estaba adornado con un diminuto lazo plateado que colgaba de un hombro y entraba en la cintura entallada. El dobladillo, unos cinco centímetros por encima de las rodillas, llevaba el mismo adorno plateado. Era un vestido digno de un cuento de hadas. Blanco, caprichoso y tan entallado como una segunda piel. Se dio cuenta de que le causaba un poco de temor. Era un vestido de adulto e iba a una cita de adultos. Con Ryan normalmente salían a comer una hamburguesa, los dos con zapatillas deportivas y vaqueros. Esto era diferente. Era su primer paso de vuelta al reino mágico de las citas. Las manos de Adrienne acariciaron la barriga.

—Creo que voy a vomitar.

—Uy, veamos el calzado —dijo Sammie, ignorando el malestar de su amiga. Abrió la caja de zapatos forrada de terciopelo que estaba encima de la cama.

A pesar de los nervios, Adrienne se emocionó al verlos.

—No sé en qué estaba pensando cuando los compré el otro día. No son para nada prácticos.

La falta de practicidad era una constante cuando vivía en Chicago. Zapatos demasiado altos, bolsos demasiado caros. Ahora todo aquello le parecía increíblemente ridículo. Podía comprar un retrete nuevo con lo que costaba uno de esos bolsos. Tal vez también el lavabo y el grifo. Al darse cuenta de las comparaciones que estaba haciendo, las náuseas volvieron con ímpetu renovado y la emoción decayó. Hasta que Sammie le enseñó las incrustaciones brillantes de los zapatos.

—Vaya, son muy bonitos. —Los levantó hacia la luz y un arcoíris de chispas danzó en cada diamante de imitación—. Buena elección, Chicago. ¿Le hablarás a Will de Sara y de la nueva información que obtuviste de Leo?

—No. Aún no es suficiente, y se pone muy a la defensiva cuando se trata de su abuelo. Seguramente piensa que ya me he entrometido bastante.

—Bueno, pues, decidas lo que decidas, llevando estos zapatos de tacón él te perdonará cualquier cosa.

Adrienne puso los ojos en blanco.

—No son nada prácticos, ¿verdad?

Sammie asintió, y sus pendientes tintinearón.

—Correcto. Eso es lo que los hace tan increíbles. Diviértete esta noche con tu Encantador Príncipe Azul.

Adrienne deslizó los pies en la suela y se detuvo un segundo para mirar a Sammie.

—En realidad no es tan encantador.
—Bueno, entonces diviértete con tu Príncipe Mediocre.
—Tampoco es que sea mediocre. —Adrienne caminó hasta el armario ropero para buscar su bolso de noche blanco—. Es... No sé cómo calificarlo, pero algo es, eso seguro.
Adrienne se miró en el espejo una última vez. Sammie se acercó por detrás y le puso las manos sobre los brazos.
—Es solo una cita, Chicago. Un paso importante para regresar al mundo de los solteros, donde las personas salen con otras personas.
Adrienne la miró por el espejo antiguo con marco de caoba.
—Algo normal, ¿verdad?
—Tú misma me dijiste que con Ryan había sido diferente. Como salir con un amigo. Esta es una cita de verdad. Con el Príncipe Normal. Diviértete. Pasa una noche normal, mediocre, encantadora.... Lo que sea. Pero hazlo. Y deja de preocuparte tanto.
Adrienne se alisó el vestido a la altura de los muslos. Notaba la tela fría al tacto en comparación con sus palmas calientes.
—Me sentiría mejor si Pops nos acompañara.
Sammie abrió los ojos como platos y apretó los hombros de su amiga.
—Eh, ¿sabes qué? Eso suena de locos. No digas eso nunca más, por favor.
Las risas de una y otra llenaron la habitación, y Sammie tomó a Adrienne de la mano para llevarla hacia su destino.



Will llamó a la puerta de entrada. Inspiró por la nariz y exhaló por la boca lentamente, dejando que el sonido de su propia respiración lo tranquilizara. En esos momentos necesitaba estar sosegado. Su corazón finalmente empezaba a regresar a su ritmo normal... hasta que ella abrió la puerta.

El poco aire que quedaba en sus pulmones salió con un soplido. Casi se le cae la mandíbula a los pies, y si en ese momento alguien le hubiera colocado agujas al rojo vivo debajo de los ojos y le hubiera dicho que no mirara hacia abajo, aun así no habría podido dejar de mirarla de los pies a la cabeza. Vestido blanco. Cintura estrecha. Piernas, piernas, piernas. Y unos zapatos que acariciaban sus delicados pies. ¿Alguien lo había golpeado en el pecho?

Adrienne llevaba un bolso de mano pequeño, y jugueteaba con la hebilla. Menudo caballero estaba hecho, incapaz de articular dos palabras. No pasó más de un segundo y Adrienne ya estaba dándose la vuelta y balbuciendo algo sobre cambiarse el atuendo.

Una neurona de Will entró en acción y lo obligó a tomarla del brazo.

—Ni te atrevas.

Adrienne se volvió sobre sus tacones y lo miró, avergonzada.

—Le advertí a Sammie que era demasiado. Es un estúpido vestido de noche que me regaló Eric. Me siento totalmente...

Necesitaba encontrar la forma de callarla. Estaba demasiado increíble como para sentirse cohibida. Debería besarla. Sin poder detener sus movimientos, su otra mano tomó el brazo contrario de Adrienne y así se mantuvo, contemplando sus bellos ojos color café. Unos ojos preciosos.

—Adrienne —dijo casi susurrando.

Su voz la dejó congelada. Había confusión en la mirada de Adrienne, pero ya no vergüenza. Ese sentimiento desapareció por completo, y además ella sabía que una sola palabra bastaría para asustar a Will, lo cual era excitante.

Este se acercó más a ella, evaporando el espacio que había entre ambos.

—Estás increíble.

Adrienne suspiró de alivio, soltando el aire en la cara de Will. El aspiró su aroma, aroma de vida, de anticipación y de emoción. Todo ello revoloteó un instante y entró en lo más profundo de su ser, acomodándose en el fondo de su estómago.

—Gracias —dijo ella, sonriendo.

Sin embargo, sus ojos seguían tristes. Le mente de Will luchaba contra su deseo. Quería besarla. Ya. Necesitaba hacerlo. Pero después de todo lo que había pasado... Las palabras de Pops sonaron en su cabeza nuevamente. «Compórtate como un caballero.» Will hizo pequeños círculos con sus dedos sobre la piel de Adrienne y notó cómo se le erizaba. Ella no le estaba poniendo fácil la decisión; reaccionaba a cada una de sus palabras, a su tacto. Will se dio por vencido y suspiró profundamente.

—Deberíamos irnos —sugirió.

Adrienne parpadeó; una raya oscura delineaba sus ojos y los impregnaba de magia.

—Sí.

Ninguno de los dos se movió.

Will tenía que decir algo más o iba a...

—¿Tienes hambre?

Ella bajó la vista al suelo. Sus gruesas pestañas parecían medias lunas. En voz baja, susurró:

—Me muero de hambre.

La garganta de Will se cerró, porque sabía que ella no se refería únicamente a la comida. Era una súplica que procedía del corazón. De lo más profundo de Will surgió la rabia contra el estúpido exmarido de Adrienne. ¿Cómo podía alguien lastimar a una mujer como ella? ¿Qué había hecho ese tipo para dejarla tan herida? Pero ya sabía la respuesta. Con una sola palabra, que Adrienne dijo sentada en su casa mientras cenaban con Pops, había dejado claro lo que tanto la había herido. «Infidel.» La máxima traición. Una mujer como ella no debería sufrir así. Nadie debería sufrir así.

«Protege su corazón», le había dicho su abuelo. Will creía poder lograrlo. O por lo menos, eso esperaba.



Todos los comensales del restaurante volvieron la cabeza cuando Adrienne entró. Ella no parecía darse cuenta. Tal vez la hacía sentir incómoda, y por eso ignoraba las miradas. Fuera lo que fuera, a él no le importaba. A Will le resultaba difícil que no se le hinchara el pecho como un pavo real. Adrienne era, con diferencia, la mujer más guapa del local.

Will había pedido una mesa en la esquina con vistas al embarcadero y al mar. Desde ese punto podrían observar a los pescadores que se congregaban en sus posiciones favoritas sobre los tablones del muelle. El restaurante estaba iluminado por candelabros y velas que formaban franjas de luz cálida que danzaban en el aire. El sonido y el aroma del mar llegaban hasta ellos mientras leían el menú.

Hablaron de vaguedades antes de pedir la comida. Pero a Will no le gustaba la charla superficial, así que fue directo al grano.

—Háblame de tu matrimonio.

Adrienne casi se ahoga con el agua.

—Perdón, es solo que... —¿Cómo explicarle?—. Parece que sigues muy triste por ese motivo. Pero sé que nos dijiste que tu ex no era un buen tipo.

Adrienne se limpió la boca con una servilleta.

—¿Parezco triste?

«Sí, y una gran parte de mí quiere abrazarte y besarte hasta quitarte la tristeza». Will domó sus

anhelos y se aclaró la garganta.

—Se te ve en los ojos.

Ella desvió la mirada hacia la copa de agua. En su superficie se reflejaba la luz de la luna, que aparecía y desaparecía detrás de algunas nubes esponjosas.

—Esa ha sido una pregunta inapropiada, ¿verdad? No se me da bien interactuar con las mujeres. —apostilló, como si a ella no le hubiese quedado claro después de todo ese tiempo conociéndose.

—Das la impresión de tener éxito con las mujeres.

—Las apariencias engañan —dijo él, riendo.

Ella lo miró fijamente.

—También los ojos.

—Entonces, ¿me equivoco? —Will dejó la servilleta en el regazo. Una brisa muy suave hizo que la llama de la vela parpadeara, como si el viento hubiera cambiado de rumbo.

—Más o menos. Me entristece mucho que mi matrimonio haya fracasado. Pero estoy muy feliz de no estar ya casada. Estaba destinado al fracaso desde un principio. Siempre busqué razones para excusar al hombre narcisista que elegí. Al final me quedé sin excusas y tuve que verlo como realmente era.

Will se inclinó hacia delante y descansó los antebrazos sobre la mesa.

—¿Se te acabaron las excusas?

Pretendía que siguiera hablando, se sentía más cercano a ella sabiendo que compartía con él sus intimidades.

—Él tenía una amante, y yo quise negármelo durante un tiempo. Luego se lo eché en cara. Me dijo que estaba loca. Así que una noche lo seguí.

—Oh, vaya.

Adrienne alzó un hombro.

—El que busca, encuentra. ¿Sabes?, Eric era tan descarado que escribía las fechas de sus citas en nuestro calendario de la cocina. «Comida con Jilly.»

Will intentó tragar saliva, pero notaba inflamada la garganta. El corazón le latía con fuerza, impulsado por su odio hacia ese hombre destructivo.

—Menudo nombre para una persona adulta. Jilly. Cena con Jilly para hablar sobre la nueva ala del hospital. Copas con Jilly. Como si yo fuera una tonta que jamás se daría cuenta.

—¿Tenías a alguien con quien hablar del asunto?

—Con mis padres, que viven en Missouri —respondió—. Pero mi madre no me entendía. Ella creía que debía aguantarme. «Sé fuerte, Adrienne. Cuando todo haya pasado, al final él elegirá quedarse contigo.» Como si yo quisiera quedarme con él después de eso. —Agitó la cabeza, y su melena se sacudió.

—¿No tenías amigas en Chicago?

—Todas mis amigas las conocí a través de Eric. Esposas de otros médicos, mujeres de la alta sociedad. Tenían que elegir un bando u otro, y enfrentarse a sus maridos. No valía la pena, ni para ellas ni para mí. No eran amigas cercanas. Eric ocupaba todo mi tiempo. —Su mirada se perdió nuevamente en las olas espumosas del mar—. Y ni siquiera eso fue suficiente para él.

—No entiendo cómo alguien podría serte infiel.

Will no había pensado decir eso en voz alta, pero lo hizo, fuerte y claro. Quería levantarse, ir al otro extremo de la mesa y abrazar a Adrienne. Se la veía tan sola, iluminada por la luz de la vela. Había un asiento junto ella. Quiso moverse, pero se detuvo. ¿Qué le había dicho Pops? «Se conecta mejor con las mujeres hablando con ellas cara a cara.»

Adrienne debió de notar el cambio en su postura, porque preguntó:

—¿Qué?

—Nada.

Will se recostó en la silla y se frotó los muslos. Era su tic nervioso.

—Ibas a moverte —le dijo, y se pasó los dedos por el pelo—. No te preocupes, no pensaré que te he asustado. Has sido tú el que me ha preguntado por Eric.

Will movió la mandíbula de lado a lado, dudoso.

—Eh, quería sentarme a tu lado, pero he decidido no hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Adrienne, mostrando cierta curiosidad en sus oscuros ojos.

—No quería que te sintieras incómoda.

—Vaya.

La luz de la vela danzó en medio de ellos, soltando chispas a su alrededor y jugando con las motas doradas de los ojos de Adrienne.

—Creo que me gustaría que te sentaras a mi lado.

Sus palabras envolvieron el pecho de Will e hicieron presión. Por un instante se planteó echarse por la cabeza el vaso de agua con hielo, para así calmar sus ansias. En cambio, se levantó, rodeó la mesa y se sentó a su lado. Adrienne se acercó lo suficiente como para que sus brazos se rozaran. Y así se quedaron, mirando el agua del mar, sin hablar de matrimonios o divorcios.

Todo era agradable. Él también lo era. El aire, la brisa que emanaba del mar y acariciaba su piel. Todo. De hecho, Adrienne no podía recordar otra cita más agradable que esta.

Aunque en realidad, no todo era bonito. Más bien se sentía aterrada, hasta la última de sus células tenía miedo. Si seguía disfrutando tanto, algún tipo de reacción química se activaría y causaría que cada átomo de su ser se dividiera por la mitad. El hecho de que le asustara tanto una cita era tan alarmante como la posible explosión. ¿Qué le sucedía?

—¿Tienes frío? —preguntó Will, inclinándose hacia ella. Ya habían terminado todos los platos y ahora estaban sentados en silencio, escuchando las suaves olas del mar que se confundían con la música de un cuarteto de cuerda que tocaba en el restaurante.

—Estoy cómoda.

Adrienne sonrió. Había sonreído mucho esa noche. Sonreía al escuchar las historias sobre Pops, y cuando Will confesó que le encantaban los dulces. Todo lo que él decía la hacía sonreír.

—¿Quieres que demos un paseo por el embarcadero?

Mostrando prisa por primera vez en el transcurso de la cita, Adrienne se limpió los labios, dobló la servilleta y se levantó antes de responder. Will soltó una risa.

—Tranquila —dijo, pero la siguió—. O soy muy aburrido y no puedes esperar a dar esta cita por terminada, o...

Ella no lo escuchaba. Estaba mirando fijamente el largo muelle de madera enfrente de ellos, tan largo que se perdía en la oscuridad del abismo.

—¿Crees que estarán pescando algo? Es difícil verlo de tan lejos. ¿Qué pez pesqué en tu lancha?

—Un róbalo.

—Cierto. Leí en alguna parte que por la noche puedes pescar un tiburón. ¡Un tiburón! ¿Has atrapado algún tiburón, Will? ¿O Pops? ¿Qué se siente?

—Espacio, que solo tengo una boca. Puedo responder a todas tus preguntas, pero necesitas respirar y darme tiempo de alcanzarte.

Adrienne se detuvo al filo del muelle, donde terminaba el patio de cemento del restaurante y empezaba la hilera de tablas curtidas por el agua salada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Will cuando ella se paró en seco.

Adrienne miró las tablas y se mordió el labio inferior.

—¿Qué sucede, Adrienne? —insistió, y entonces se dio cuenta. Ella levantó el pie, mostrando su afilado tacón. Él observó los espacios entre tabla y tabla y entendió—. Claro, te puedes tropezar.

Will se agachó. Adrienne inspiró sorprendida cuando sintió las manos de Will en su tobillo.

—Deja que te los quite.

Su pie salió del zapato y de repente se encontró diez centímetros más baja que él. La misma mano cálida rodeó su otro tobillo y liberó el pie.

—¿Mejor?

Ella quiso hablar, pero no pudo. En vez de soltarle el tobillo, la mano de Will apretó un poco más.

—¿Qué es esto? —dijo Will mientras rozaba con los dedos el apósito en el talón de Adrienne.

El roce le causó un cosquilleo en toda la pierna.

—Fue solo un... —En realidad no podía pensar, si seguía acariciándola de esa forma—. El otro día me clavé una punta suelta.

Él se levantó y la miró, frunciendo el ceño un poco.

—¿Un clavo oxidado?

—Ya me puse la vacuna del tétanos —le aseguró, y luego puso los ojos en blanco pensando en su propia torpeza. Realmente sabía cómo arruinar un buen momento. A juzgar por los hoyuelos en sus mejillas, supuso que Will se estaba aguantando la risa.

—Bien. Me alegro de que te la pusieras. ¿Te duele el talón?

—No —contestó, y estiró la mano para recoger los zapatos.

—No, ya los llevo yo.

Will pasó la mano por las tiras de los brillantes zapatos y luego la metió en el bolsillo del pantalón, dejando que colgaran de su muñeca.

Adrienne no sabía si debía sentirse apenada o conmovida. Se decidió por una mezcla de las dos, mientras Will le ofrecía su brazo. Caminaron juntos hasta el final del muelle, donde las olas chocaban con los pilotes y salpicaban la superficie con un rocío salado.

—Cuéntame la historia de la canoa, cuando casi te ahogas.

Will no ofrecía transiciones de un tema a otro. O estaban inmersos en un cómodo silencio, o de golpe le preguntaba algo. La honestidad y la falta de intriga eran dos cualidades a las que Adrienne tendría que acostumbrarse. Cada palabra que salía de la boca de Eric llevaba una intención oculta, y estando cerca de Will Adrienne había aprendido a medir sus palabras, o a esperar que él las usara en su contra más adelante.

—Fue en una excursión en canoa organizada por el hospital donde Eric quería ejercer como residente. Según él, habían invitado a todas las personas importantes —Adrienne hizo con la mano el gesto de las comillas y puso los ojos en blanco— para conectarse con la naturaleza. —Se detuvo al final del muelle y descansó los codos sobre la barandilla desgastada—. Por supuesto, Eric logró colarse en la invitación, aunque no habían aceptado su petición de residencia. Se había ganado el favor del jefe de Cirugía, invitándolo a cenas caras para asegurarse de que acabarían por invitarlo.

Will se colocó junto a ella y comenzó a recorrer las grietas de la barandilla con un dedo. Igual que cuando estaban sentados en el columpio. Adrienne sonrió.

—Para no alargarlo mucho, solo te diré que nuestra canoa volcó en el agua casi congelada. Eric y yo logramos sujetarnos a una rama enorme, pero nuestros cuerpos estaban sumergidos bajo el agua. Alguien desde otra canoa nos lanzó un bote salvavidas y gritó a Eric que lo amarrara a la rama para que pudieran arrastrarnos. Nos indicaron a gritos que yo debía subirme al bote primero mientras Eric me sostenía. Pero fue él quien se subió primero, y cuando la balsa empezó a inclinarse, me gritó que me quedara agarrada a la rama y que los demás me rescatarían luego. Después se excusó diciendo que había sido un accidente y que mi mano se resbaló de las suyas, pero todos sabían la verdad.

Adrienne se aferró a la barandilla, como si necesitara recordar que estaba en tierra firme. Pero se sorprendió cuando Will deslizó la mano debajo de la suya. Una mano firme, reconfortante.

—El agua se arremolinaba alrededor de mi cabeza. Aún no me cubría, pero la corriente era

fuerte, y sentía que en los pulmones me entraba más agua que aire. Los pies apenas rozaban las piedras del lecho del río. Cada vez que pensaba que podría levantarme y desengancharme, las piedras salían disparadas por culpa de la corriente.

—Con razón tenías tanto miedo en la lancha.

Will giró la mano y entrelazó sus dedos con los de Adrienne. ¿Por eso había puesto su mano debajo de la suya, y no encima? ¿O tal vez quería darle a entender que no todos los hombres eran como su exmarido? Algunos hombres no te sueltan. Algunos hombres no te apartan si te aferras a ellos.

—Todos fueron testigos de su cobardía. El jefe de Cirugía lo reprendió delante de todos. Lo usó como un ejemplo del tipo de persona que no quieren en su hospital. Eric me culpó a mí.

—Debiste de sentir cierta satisfacción. Obtuvo su merecido. Mostró su verdadera cara delante de la gente a la que intentaba impresionar.

Adrienne negó con la cabeza.

—Debería haberme sentido satisfecha. Por lo menos, justificada. Pero lo único que sentí fue tristeza. Solamente me ayudó a comprobar que el hombre que elegí no me podía proteger. No me quería proteger.

A su derecha, un alboroto llamó su atención. El brillo de una caña de pescar y los murmullos de varios espectadores alrededor de un viejo pescador distrajeron a Adrienne. El hombre luchaba con su presa, un bicho tan grande que casi había partido su caña en dos. La conmoción se sintió en todo el muelle, y atrajo a más espectadores. Pronto una multitud se había formado mientras el hombre tiraba y tiraba de la caña, intentando sacar su premio del mar.

Un destello blanco se asomó en la superficie del agua y Adrienne soltó un pequeño grito. Era grande. La palabra «tiburón» se escuchaba murmurada entre la multitud, y algunos se acercaron para ayudar a sacar a la bestia. Adrienne sintió dolor en la mano, y notó que los dedos de Will estaban blancos. Le soltó ligeramente la mano e intentó no apretar tanto. Pero cuando el tiburón salió del agua y cayó sobre el muelle, volvió a apretar con fuerza.

—¿Cuánto mide? —preguntó, susurrando con reverencia.

—Yo diría que un metro y medio.

—¿Y qué van a hacer con él? ¿Está a salvo entre toda esa gente?

—¿El tiburón? No. El tiburón es la cena.

Adrienne contempló la enorme bestia gris con la boca abierta.

—¿Sabe rico?

«Sabe rico» era una frase que había aprendido de los pescadores desde que había llegado al Golfo. Pero le costaba trabajo pronunciarla igual que ellos. Will sonrió.

—Sí, sabe rico. Es bueno para los niños.

—¿Por qué para los niños?

—No tiene espinas. A mucha gente le preocupa y por eso no les dan pescado a los niños, por las espinas. Los tiburones no tienen. No hay peligro de que el niño se ahogue.

Ella observó su rostro un buen rato. De algún modo, toda la emoción de unos minutos antes se disolvió, como las olas que golpeaban el muelle. Adrienne se imaginó a Will como padre, llevando a su hijo o hija a pescar en la lancha. Enseñándole qué peces «saben rico», y cuáles hay que devolver al mar. Sí, lo veía haciendo ese papel. «Papi.» Un nombre que le iba que ni pintado.

Y fue justo en ese momento cuando ella se alejó. Emocionalmente, pero también físicamente. Adrienne dio un paso hacia atrás, deslizando sus pies sobre la madera suave y húmeda.

—¿Estás bien? —preguntó Will, frunciendo el ceño.

—Sí —mintió ella—. Solo estoy un poco cansada. Ya sabes, como Cenicienta a medianoche.

Él aún llevaba los zapatos colgando de su muñeca.

—Vamos. Te llevaré a casa.

Recorrieron el camino a casa de Adrienne en silencio, el único ruido que los acompañaba era el motor del automóvil. No era un silencio extraño o forzado, sino un silencio cómodo, a pesar de que ella casi había arruinado una bonita velada al pensar en cosas que no debía. Como, por ejemplo, de qué modo encajaría un hombre que apenas conocía en el papel de padre, y sus hijos de piel bronceada, cabello oscuro y ojos verdes.

Will la acompañó hasta su puerta. Adrienne sacó una llave antigua para abrirla.

—Te gusta andar descalza, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo Adrienne, frunciendo el ceño. Luego notó que Will aún llevaba los zapatos colgando de la mano—. Oh.

Cuando se acercó para tomarlos, Will los alejó para que no llegase a ellos. Adrienne inclinó la cabeza a un lado.

—Ya somos mayorcitos para estos juegos, señor Bryant.

Los ojos verdes de Will se oscurecieron bajo el haz de luz suave de las lámparas del porche.

—Y demasiado jóvenes para ser tan serios.

Se colocó los zapatos detrás de la espalda, de forma que Adrienne tendría que darle un abrazo de oso para conseguirlos. Ella se mordió el labio inferior, ocultando una sonrisa. Levantó la barbilla.

—Para tu información, sí me gusta ir descalza.

—¿Y qué más?

Él se acercó un milímetro más, pero ese pequeño gesto los aproximó mucho más. Literalmente, absorbió el aire a su alrededor. Ella necesitaba retroceder un paso, pero se mantuvo firme.

—No sé de qué hablas.

La boca de Will se acercó a la suya, peligrosamente.

—¿Qué más te gusta, Adrienne?

Las palabras retumbaron en su piel y mandaron chispas desde su pecho hasta lo más profundo de su estómago. Y en ese instante candente, todo lo que ella quería de un hombre, de una pareja, recorrió su cuerpo entero y la hizo arder desde dentro hacia fuera.

—Yo... Yo...

Nunca antes le habían hecho esa pregunta. Nunca se había sentido cómoda considerando esa cuestión. Una presión dentro de ella la empujó hacia atrás hasta que se apoyó contra la puerta. Se sentía desequilibrada, desnuda, pero ya no se sentía avergonzada, ya que sí tenía una respuesta para esa pregunta.

Adrienne parpadeó, su mente buscaba la verdad oculta en las palabras de Will. Ella tenía derecho a querer. Tenía derecho a necesitar. Sus ojos buscaron los de Will, pero algo había cambiado en él. Ya no leía el deseo en ellos; había sido reemplazado por una seria mirada de protección.

Will dejó los zapatos sobre la barandilla del porche, le pasó la mano por la melena oscura e inspiró. Durante varios segundos la observó, mientras una sonrisa suave y —si no estaba equivocada— arrepentida nacía en su deliciosa boca. Pero al mismo tiempo estaba creando distancia; una distancia muy necesaria, al parecer. Will se irguió y se acercó a ella. La tomó de los brazos e inclinó la cabeza hasta que sus mejillas se tocaron. Entonces, presionó su rostro contra el de Adrienne y susurró:

—Buenas noches, Cenicienta.

Le dio un suave beso cerca de la oreja. Will se alejó y la dejó mareada, y también contenta de estar bien apoyada contra la puerta de caoba. Lo que acababa de suceder, fuera lo que fuera, había pasado realmente. Debería sentirse agradecida de que Will se mostrara tan caballeroso. Pero una parte de ella deseaba lo contrario.

Capítulo 10

Agosto de 1944

Querida Sara:

Le pedí a Grace que te diera esta carta. He pensado mucho en ti últimamente. Me imagino que has crecido desde que no he estado. ¿Sigues haciendo deporte? A veces los muchachos y yo intentamos jugar al béisbol. Para ser soldados, no son tan malos. Y a decir verdad, tampoco son muy honestos. Mi equipo ha ganado todos los encuentros desde que comenzamos, y con cada victoria, el equipo contrario se empeña en reescribir las reglas. Nunca he visto nada parecido. Te partirías de la risa si estuvieras aquí. Pero me alegro de que no estés. Es muy difícil estar aquí, sabiendo que un día echas un partido con un amigo y al día siguiente estás cavando su tumba. Pero no hablaré más de eso. No te escribo para contarte penalidades. A pesar de que son muchas, sospecho que en un futuro me ayudarán a recordar que debo agradecer cada día que pasa.

¿Cómo va la pesca? ¿Ya pican los pargos? Sé que Joseph Wilmer se ofreció a llevarte a pescar de noche. Grace me lo contó. Pero no quiero que vayas, Sara. No confío en ese muchacho. Hay algo en sus ojos, siempre está planeando algo. Claro, sé que no es de mi incumbencia, pero prefiero que no vayas. Me preocupo por ti, dulce Sara. Cuando regrese a casa, le pediremos prestado su bote al viejo Orlin y pescaremos toda la noche si quieres. Pero, por favor..., no lo hagas antes.

Bueno, dale un abrazo a tu hermana de mi parte. Espero que esté bien. Sé que la estás cuidando y le haces compañía. Portaos bien, ¿de acuerdo?

Nos vemos pronto.

William

Adrienne dobló la carta y la metió en el bolso. Desde la seguridad de su vehículo observó a Sara Chandler, sentada en el patio del asilo Southern Palms, situado en Winter Garden, Florida. Sara se agachó y arrancó una flor muerta de la planta que había a su lado. Un plato pequeño de galletas quedaba casi oculto debajo de su falda. ¿Sara habría leído la carta? ¿Se la habría mostrado su hermana, o era otro de los secretos que ocultaba Grace?

Adrienne esperaba no estar cometiendo un grave error. Pero las dudas la atormentaban, y después de su cita con Will había buscado a Sara Chandler en internet, impulsada por una desesperación que no podía explicar. Si aceptaba la verdad, cosa que no quería hacer, lo cierto era que, si concentraba sus esfuerzos y energía en Sara y Pops, no le quedaba tiempo para pensar en Will. En cómo casi se habían besado, en sus labios cerca de su oreja. Adrienne nunca había estado cerca de alguien que absorbiera el mundo de esa forma. Comparados con Will, los otros hombres que había conocido parecían pequeños. Incluso Ryan, que era tan carismático y divertido. Sacudió la cabeza con ímpetu, esperando desprenderse de los recuerdos de una noche perfecta, y con un Encantador Príncipe Azul a la medida.

Había localizado a diecisiete personas de nombre Sara Chandler que habían vivido alguna vez en Carolina del Norte, y únicamente una que tenía la edad correcta. Esta Sara Chandler se había mudado a Winter Garden, en Florida, dos años atrás. Después de que Leo le garantizara que Sara nunca se había casado, fue fácil dar con ella.

«A Sara le encantaba pescar». Era lo único en lo que podía pensar Adrienne cuando estaba en la lancha con Will y Pops, y de nuevo en el muelle, cuando el pescador atrapó el tiburón. «A Sara le encantaba pescar». Sara estaba viva, sana y justo delante de ella. Cuando Adrienne

telefoneó al asilo, al principio no quisieron darle mucha información. Pero cuando les explicó que se había mudado a una casa donde había vivido la señora Chandler, fueron más amables y comunicativos. La recepcionista le dijo que Sara hablaba de Bonita Springs a menudo.

Adrienne había buscado en Google las indicaciones para llegar, y ahora, tres horas más tarde, y con una descripción física de Sara que resultó ser totalmente certera, ahí estaba. Se bajó del vehículo pero sin mirarla directamente. Eligió un banco cercano desde el cual estudiar cómo abordaría a Sara.

No estaba segura de lo que pensaba lograr con su visita, pero había llegado a la conclusión de que Pops tenía derecho a saber que Sara seguía viva y que lo había amado.

Y Sara estaba en su derecho de decírselo.

—¡Sara!

Una voz aguda se oyó detrás del banco donde se encontraba la atractiva anciana. Adrienne se acercó un poco para escuchar la conversación entre Sara y una mujer robusta que vestía una bata y estaba cubierta de varias capas de joyas. Sara se volvió lentamente hacia el origen de la temblorosa voz mientras se retiraba un mechón de fino pelo canoso de los ojos.

—¿Qué sucede, Louisa? —Sara, que llevaba una blusa de color rosa oscuro y una falda blanca, parecía muchas décadas más joven que la nerviosa mujer que se aproximaba cojeando.

—El señor Tibbles se ha vuelto a caer en la bañera.

Adrienne empezó a levantarse para acercarse y ofrecer su ayuda, pero la expresión indiferente en la cara de Sara la detuvo.

—Louisa, si tu gato puede meterse a la bañera, también puede salir de ella solo.

—No puede, y no tengo fuerzas para cargar con él.

Louisa apretó los labios pintados de color mandarina.

Sara dejó escapar un suspiro y escrutó el patio. Adrienne desvió los ojos al suelo cuando Sara miró en su dirección.

—Está bien.

Se levantó del banco y se agachó a recoger el plato de galletas. Louisa se quedó inmóvil.

—¡Estás esperando a esos jóvenes! —la acusó Louisa, con los ojos abiertos de par en par.

Sara se enfureció:

—Y de ser así, ¿qué?

—Vas a tener problemas —le advirtió Louisa, señalándola con un dedo huesudo.

Sara se encogió de hombros.

—Soy una mujer adulta y tengo derecho a regalar galletas a quien me plazca.

Louisa miró detrás de ella, y luego a derecha e izquierda.

—Pues yo no pienso meterme en problemas por culpa de unos vándalos.

—A mí me encanta ver a esos jóvenes, y si los gerentes de Southern Palms no están de acuerdo, pues que intenten detenerme, y más vale que lo hagan bien. Yo compro los ingredientes de las galletas con mi dinero, yo me encargo de hornearlas, así que puedo regalárselas a quien quiera. Vaya, Sara aún conservaba esa chispa de la que tanto le había hablado Pops.

—¿Me vas a ayudar o no? —preguntó Louisa, cruzada de brazos.

Sara asintió con la cabeza, dejó las galletas y siguió a Louisa hacia uno de los bloques del asilo. En su ausencia, Adrienne se acercó al banco donde había estado sentada Sara, esperando a medias a que esta regresara.

Unos minutos después, Sara regresó. Era una atractiva mujer mayor que llevaba su larga melena blanca al ras de los hombros en un estilo que le daba un distinguido aire de sofisticación.

—¿Me puedo sentar con usted? —preguntó Adrienne.

Sara asintió, sonrió y le señaló que lo hiciera a su lado.

—¿Usted es Sara Chandler?

Los dedos de Adrienne jugueteaban nerviosos en su regazo.

—Sí.

—Yo soy Adrienne Carter. —Le tendió la mano.

Sara le correspondió el saludo.

—Mucho gusto —dijo, y luego preguntó—: ¿Vienes a visitar a alguien?

—Sí. He venido a visitarla a usted.

Esto llamó la atención de la mujer; tanto, que se volvió del todo para quedar de frente a Adrienne.

—¿Eres la madre de uno de los muchachos que andan en patinete? Espero que no te moleste lo de las galletas. Yo fui maestra muchos años y...

Adrienne puso la mano sobre la de Sara.

—No, no lo soy. Y estoy segura de que cualquier madre apreciaría que usted le diera de merendar a su hijo.

El viento levantó el cabello de Sara, quien movió la cabeza de forma que no se le alborotara tanto. Adrienne se preguntó si Sara amaba el sol y el viento de Florida tanto como ella. Sara recorrió el borde del plato de galletas con el dedo.

—Tantos niños que se quedan solos al salir de la escuela...

—Sara, vivo en la casa de Hidden Beach Road.

Antes de que Adrienne pudiera controlarse, las palabras brotaron de su boca como si estuviera confesándose. Sara escuchó su historia con calma, pero posó una mano sobre su pecho cuando la joven mencionó la pequeña caja metálica. Entonces Sara levantó las manos e hizo un gesto con la cabeza.

—Espera, querida. Espera un segundo. La busqué antes de irme. Busqué por todas partes. La caja ya no estaba.

—A mí también me llevó tiempo encontrarla. Estaba oculta en las vigas del techo en el desván, encima de la caja de fusibles. Pensé que Gracie la había dejado allí, pero ¿la tenía usted?

—No. —Sara palideció.

Adrienne esperó una explicación. Si Sara conocía la existencia de la caja, habría leído las cartas, incluida la que estaba dirigida a ella. Sara miró a Adrienne, pero ocultando su expresión.

—Debió... Debió de ser mamá.

—¿Usted pensaba llevarse las cartas después de que Grace falleciera?

—¿Las cartas de William sobrevivieron...? —Más que una pregunta fue un susurro. Lleno de tanta desesperación, que Adrienne no sintió la necesidad de contestar. Las manos arrugadas de Sara plisaron su falda—. Verás, cuando mi madre me sorprendió con las cartas, se enfadó. De hecho, se enfureció. Pensé que las había quemado.

—Están a buen recaudo. ¿Me escucha, Sara? Están intactas. William las tiene.

Sara tomó un poco de aire.

—¿Sigue vivo? ¿William sigue vivo?

—Sí, y goza de buena salud —contestó Adrienne, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Vive con su nieto en Naples.

Miles de pensamientos debieron de inundar la mente de Sara, porque sus ojos empezaron a observar el patio como si buscara algo.

—Está vivo. Eso es maravilloso. Yo... regresé a Bonita Springs en alguna ocasión, tres años después de haberme ido con mi madre. William ya estaba casado con Betty Nichols.

Adrienne tocó el brazo de Sara.

—Tuvo que ser muy duro para usted.

Un par de ojos azul claro la miraron. La cabeza de Sara se movió de lado a lado.

—No, no fue difícil. William sobrevivió a la guerra, llegó a casa sano y salvo. Estaba feliz con su esposa y un bebé en camino. —La voz de Sara bajó de intensidad, como si hablara desde un

lugar lejano—. En los últimos años ha sido más fácil para mí imaginar que William llevó una vida feliz y murió tranquilo, en vez de... de preguntarme...

Pasaron varios minutos mientras Adrienne le concedía a Sara el espacio suficiente para regresar a un mundo que seguramente había intentado olvidar casi toda su vida. Lentamente, Sara se levantó del banco. A lo lejos se oían voces jóvenes que se acercaban.

—¿Te gustaría pasar a mi apartamento a tomar un té? —dijo Sara—. Me temo que hoy no tengo ganas de ver a los niños de los patinetes.

Cruzaron el patio; parecía que Sara llevaba sobre sus hombros el peso de muchos años. Adrienne prácticamente podía ver cuánto le pesaba. Tal vez Sara ya había hecho las paces con sus sentimientos del pasado, sobre todo con el hecho de haberse enamorado del novio de su hermana. Pero Adrienne había abierto una herida; si no esa, entonces alguna otra.

Y ahora el secreto que había guardado tanto tiempo le apuñalaba el corazón, y todo debido a la intromisión de Adrienne.

Entraron en el apartamento, diseñado para una sola persona pero lo suficientemente amplio como para recibir visitas. La pequeña sala de estar estaba decorada con colores marinos tenues, y en ella resaltaba un escritorio antiguo que, a pesar de su tamaño, cabía casi a medida en una pared.

Después de que Sara sirviera el té, comenzaron a hablar sobre Bonita Springs. Sobre cómo había crecido y cambiado, y cuánto le gustaba a Sara esa ciudad.

—Me informé sobre algunas residencias de ancianos allí, pero la verdad es que son caras. Winter Gardens me ofrece todo lo que necesito, aunque preferiría estar en el Golfo en vez de aquí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde su última visita? —Adrienne tomó el bote de miel y se sirvió una cucharada en el té.

—Por lo menos treinta años.

Adrienne tamborileó con el dedo sobre la taza de porcelana.

—Si algún día quiere venir a Bonita Springs, me encantaría recibirla.

Sara rio en voz baja.

—¿A cuánto queda de aquí? ¿Unas tres horas? Eres muy amable por tu ofrecimiento, pero a mi edad no creo que aguante el viaje de ida y vuelta.

—Podría quedarse a dormir. Hay mucho espacio en casa —le ofreció, y casi susurrando, agregó—: Podríamos visitar a William.

Sara miró por detrás del hombro de Adrienne, hacia una foto que parecía ser del Gran Cañón.

—No creo que a William y a Betty les cause mucha gracia verme.

Adrienne removió el té con la cuchara.

—Betty falleció hace cinco años. Usted solo vería a William. Y creo que él estaría encantado de verla.

Ese cañón parecía muy, muy profundo. Y si Adrienne estaba en lo cierto, Sara estaba pensando que le gustaría entrar en la fotografía y tirarse al vacío.

—No —insistió la anciana, negando con la cabeza.

—Sara, también encontré el diario.

De pronto, la mujer se levantó de la mesa. Caminó hasta la cocina y se paró delante del fregadero, con las manos extendidas sobre la fría superficie, dando la espalda a Adrienne.

—No debería avergonzarse de haberse enamorado de William. Es un hombre increíble.

Sara se volvió y la miró con tanta dureza que Adrienne se sorprendió.

—Yo lo abandoné.

Adrienne dejó el té encima de la mesa, preguntándose si esa mujer estaría a punto de explotar en mil pedazos. Sara volvió a sacudir la cabeza lentamente.

—¿Me entiendes? Yo me fui. Él estaba herido, había perdido a Grace, y yo me fui.

—Pero no tuvo opción. Su madre la obligó a irse —dijo Adrienne, imitando su gesto con la cabeza.

—No. Faltaba una semana para nuestra mudanza, pero me enteré de que William iba a regresar a casa, y le dije que si quería que fuera con ella, tendríamos que irnos antes de que él llegase. Las palabras giraron alrededor de Adrienne mientras intentaba entender lo que Sara estaba diciendo.

—Usted estaba avergonzada...

—Fui una cobarde. Me enamoré de él. Me enamoré por completo. De no haber sido por mí, tal vez Grace habría... Tal vez todo habría sido diferente para todos.

Adrienne se levantó y caminó hacia ella.

—Sara, no puede huir de lo que siente. ¿No cree que ha llegado el momento de que William sepa la verdad? —La anciana estaba temblando, temblaba más fuerte con cada respiración. Adrienne la sujetó por los hombros—. ¿Podría planteárselo, al menos? Por favor. Sé que es mucho pedir, pero William es un hombre tan maravilloso...

Sara se alejó de ella y miró por la ventana; tenía los músculos del cuello tensos. Adrienne decidió darle un momento, y miró dentro de su bolso.

—Le voy a dejar mi número de teléfono —dijo Adrienne.

Al meter la mano en el bolso, rozó la carta de William, pero la dejó a un lado. Desde luego, Sara no estaba lista para verla. Eso era obvio. Adrienne guardaría la carta. Luego le pasó un papelito con su número anotado. Sara lo miró como si fuera a atacarla. Adrienne se mantuvo firme. Finalmente, la mujer aceptó el papel.

—¿Puedo volver a verla? Prometo no venir sin avisar con noticias tan impactantes. Pero es que siento que la conozco. Vivo en su casa. ¿Puedo volver?

Sara colocó el papel con el número de Adrienne encima del mármol de la cocina. Y justo cuando Adrienne pensó que recibiría un no como respuesta, Sara se volvió y, forzando una sonrisa, contestó:

—Supongo que sí.

—Me encantaría. He leído tanto sobre usted en las cartas de William... Y él también me ha hablado mucho de usted. Sería un honor para mí llegar a conocer a la muchacha a la que él recuerda con tanto afecto. Pero por hoy ya le he quitado suficiente tiempo. —Adrienne se colgó el bolso al hombro y se detuvo en la puerta—. Por favor, considere hacernos una visita. Adiós, Sara.

La puerta se cerró. El aire acondicionado se activó y era lo único que se oía, aparte de los murmullos y las acusaciones del pasado. Aún obnubilada por los recuerdos, Sara observó a Adrienne caminar en dirección a su automóvil. Un grupo de chicos devoraban el plato de galletas que había dejado en el banco situado en el centro del patio del asilo. Ellos siempre hacían sonreír a Sara. Pero hoy no.

Sara caminó lentamente hasta el escritorio y sacó una llave del cajón superior. Con manos temblorosas, metió la llave en la cerradura inferior y esperó hasta oír el sonido que indicaba que se había abierto. Cerró los ojos y su corazón empezó a bombear con ímpetu. Por primera vez en años, abrió el cajón del escritorio y sacó las viejas cartas. Sin desatar el lazo color lavanda, sacó una carta de la pila. No tenían sobre, ni tampoco matasellos. Eran simples páginas, dobladas en tres y desgastadas por el tiempo. El miedo y la tristeza luchaban por dominar su corazón, el mismo que pensaba que había sanado para siempre. Sara apretó la mandíbula y abrió la primera carta.

«Querido William», decía. Sara siguió leyendo.



Adrienne era muy eficiente haciendo un control de daños. Había sido muy injusta la forma en que le había comunicado la noticia a Sara, y no la habría culpado si no hubiera querido perdonarla, pero ahora, tan solo dos semanas después, las dos mujeres se encontraban conspirando en contra del asilo. Sara no había mencionado a William ni una vez, y Adrienne tampoco había insistido.

En cambio, invadieron el supermercado y compraron suficientes ingredientes para abrir una pastelería. Sara decía que estaban «haciendo contrabando». La administración de South Palms no quería que los chicos que iban en patinete entraran en la propiedad, así que no veían con buenos ojos el hecho de que Sara les diera comida, como si fueran osos salvajes o gaviotas o gatos callejeros. Pero a Sara nadie la amedrentaba, y le gustaba recibir a esos muchachos. Los gerentes del asilo habían conseguido intimidar a los demás residentes, pero no a ella. ¿Por qué no podía demostrar esa misma valentía e ir a visitar a William?

—Ya terminé la reforma de la habitación de la primera planta. Su antigua habitación. —Adrienne la había pintado del color favorito de Sara—. Es de color lavanda.

—Qué bonito, Adrienne. Estoy segura de que la casa tiene una pinta magnífica.

Sara se colocó el pelo detrás de la oreja. El apartamento tenía una temperatura agradable gracias al calor del horno y olía a deliciosas galletas recién horneadas.

A pesar de que su segunda visita se había motivado por un sentimiento de culpa más que por placer, Adrienne estaba disfrutando mucho de la compañía de Sara. Puesto que la madre de Adrienne siempre estaba demasiado ocupada manteniendo las apariencias o intentando corregir a su hija, Adrienne no había crecido con alguien que la dejara ser ella misma. Sara era así, no se andaba con rodeos, decía lo que pensaba y dejaba que los demás fueran como quisieran.

—Espero que algún día venga a ver la casa.

Eso era todo. Su último esfuerzo por lograr que Sara visitara Bonita Springs. Y lo más importante, que se acercara a William. Sara dejó caer la botella de extracto de vainilla sobre la encimera de la cocina. Al responder, su voz sonó afilada:

—Adrienne, ya lo he pensado. No quiero ver a William. Mi vida es lo que elegí hacer de ella. Lo amé hace tiempo, pero esos sentimientos han muerto y no quiero volver a revivirlos. Por lo que me has dicho, William está en paz con el pasado, incluso con la traición de Gracie. Ya le causé suficiente dolor hace sesenta años. No pretendo causarle más.

—Está bien, lo entiendo. —Adrienne se limpió la harina de su mejilla y continuó sirviendo las galletas calientes con trocitos de chocolate en un plato mientras Sara seguía guardando los ingredientes—. No insistiré más... por ahora.

—Estoy decidida.

—Está bien... Vayamos a buscar a los muchachos. —Salieron al patio con varios platos de galletas—. No me culpe por intentarlo.

Justo antes de salir del apartamento, Adrienne se dio cuenta de que Sara miraba el viejo escritorio de la sala de estar.

—Sara, ¿se encuentra bien?

Por un momento vio un brillo en los ojos de la anciana, pero desapareció cuando esta parpadeó.

—Sí. Sí, por supuesto.

Adrienne frunció el ceño al notar que su rostro había palidecido, como si su pregunta le hubiera mudado el color de la piel.

—¿Está segura?

—Todo está perfecto, querida —insistió Sara, pero no se lo dijo mirándola a los ojos.

A pesar de que Sara era buena guardando secretos, Adrienne era igual de buena para hacerlos salir a la superficie.

Capítulo 11

—Buenos días, Pops.

Adrienne besó la mejilla del anciano. Este se llevó la mano a la mejilla y con señas la invitó a entrar en casa.

—Uy, me voy a acostumbrar a esos besos. Te he preparado el desayuno.

Desde la primera planta se oyó una voz que bajaba. Era la voz de Will. Una ligera descarga eléctrica recorrió el cuerpo de Adrienne.

—Es injusto que tenga que irme a trabajar.

Will bajó las escaleras apoyándose con una mano en la barandilla. En la otra llevaba la chaqueta doblada. Estaba muy sexy, demasiado. ¡Uf! Alguien debería encender el ventilador.

—Buenos días, Will —lo saludó Adrienne, esperando que su voz sonara seductora, pero sabía que seguramente había fracasado.

—Sería un buen día si pudiera escaparme del trabajo e ir a la exposición de jardinería con vosotros.

—Pero ¡qué dices! Si tú odias la expo de jardinería. Te caen mal todas las señoras engreídas con sus sombreros anchos —dijo Pops, agitando la mano en el aire. Will miró a Adrienne, y le guiñó un ojo. Pops siguió hablando—: La última vez que te pedí que me acompañaras, me dijiste que la próxima vez sería mejor que te pegase un tiro, que sería menos doloroso.

—Bueno, pues tal vez en esta ocasión disfrutaría más de la compañía.

—Y esa es la misma razón por la que no te necesito.

Pops tomó a Adrienne del brazo y la llevó a la cocina. Ella se volvió hacia Will con una mirada que decía: «¡Toma!». Will puso los ojos en blanco.

—Divertíos mientras yo trabajo como un esclavo.

—Sí que lo haremos —dijo Pops, aferrado a Adrienne—. Ojalá no te resfríes con ese aire acondicionado tan frío. Y no vayas a cortarte con una hoja de papel.

Will se retiró, balbuciendo cosas sobre lo injusta que es la vida. Adrienne devoró su plato de huevos con pan tostado, y justo cuando estaba a punto de terminar, Pops acercó sus silla un poco más.

—Antes de irnos, ¿podría... podría hablar contigo sobre algo?

Adrienne se limpió la boca con una servilleta de tela.

—Claro que sí, Pops.

—Quiero mostrarte algo. —Por su tono de voz se notaba que estaba inseguro, y su cabeza se inclinaba de un lado a otro.

—¿Qué sucede?

—Nada.

El anciano se frotó las manos y frunció el ceño. Salió de la cocina, y Adrienne se preguntó qué podría tener a Pops tan preocupado.

Al poco regresó con una pila de cartas y extrajo la última. De inmediato, Adrienne vio que estaba escrita en un papel diferente. Esa hoja era más gruesa, a diferencia de los finos aerogramas que William usaba para escribir a Grace. Nunca antes había visto esta carta. Con movimientos delicados, Pops desdobló la hoja escrita a mano y se la pasó a Adrienne.

Ella miró al anciano, esperando su permiso. Pops asintió con la cabeza.

—Puedes leerla en voz alta.

Al empezar a leer, Adrienne respiró profundamente.

—«Querido William.»

Únicamente había leído cartas escritas por William, nunca una dirigida a él. Pops puso una

mano sobre la de Adrienne, para detenerla.

—Es la única carta de Grace que sobrevivió —le aclaró—. Perdí la mayoría en Normandía con todo mi equipo al saltar en paracaídas. Luego, cuando quedé malherido y me trasladaron varias veces, el resto de las cartas desaparecieron. Logré guardar esta, pero en realidad nunca la entendí. Creo que tal vez te interese ayudarme a comprenderla.

Adrienne volvió a tomar aire y empezó de nuevo.

Querido William:

¿Estoy equivocada al tener esperanzas? ¿Al soñar? ¿Está mal que te quiera para mí? Me he convertido en una persona egoísta y malvada. No puedo concebir compartirme con nadie. Todos los días imagino tu regreso. Te imagino en el andén de la estación, uniformado, con esa sonrisa que hace que mi corazón siga latiendo. ¿Me reconocerás como la mujer que amas? ¿La mujer que te ama más que a la vida misma?

No pasa un segundo sin que piense en cuánto hemos cambiado. Tú eras un crío al irte, pero regresas siendo un hombre. Y cuando te fuiste, yo era una cría. Pero ahora soy una mujer. Las cosas eran más simples en el pasado, cuando cada aventura nuestra hacía que el mundo se sintiera nuevo y fresco. Nadábamos en la bahía, pescábamos en la costa. Éramos diferentes en aquel entonces. Éramos los mejores amigos.

Y sin embargo, en tu ausencia nos hemos unido aún más. Sé que no entiendes esto del todo, pero algún día lo harás. Algún día conocerás mi secreto. Sabrás que te he amado siempre. Te amaré hasta que muera. Por siempre tuya.

En la otra punta de la cocina el reloj avanzaba, y una fuerte brisa golpeó los muros de la casa. El corazón de Adrienne se aceleró. Esto sonaba a... una carta, pero no escrita por Grace. Sin embargo, eso era imposible. Seguramente William habría notado que la letra era diferente. Pops interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué opinas, Adrienne?

La mujer no soportaba ver la carta durante más tiempo, así que la dobló y la dejó sobre la mesa.

—No tengo ni idea, Pops.

Él se recostó en el respaldo de la silla.

—Casi me había olvidado de esta carta por completo hasta que leí algunas de las cartas que me diste. La tenía guardada en un álbum de fotos, y ahí se había quedado durante varios años. Betty me convenció para que la guardara.

—¿En serio?

—Sí, me dijo que era importante recordar el pasado. Ella tampoco entendía la carta, únicamente decía estar agradecida de que nos hubiéramos conocido y de que yo estuviera tan despechado que me enamorase de ella.

Pops soltó una risa.

—No creo que usted se enamorara de Betty por despecho.

—No, en absoluto. Tenía un alma cándida, mi Betty. Era una mujer muy, muy buena —dijo Pops, asintiendo con la cabeza—. Esta fue la última carta que recibí de Grace. No parece que estuviese enamorada de otro hombre, ¿o sí?

—No, no lo parece —contestó Adrienne.

Pops juntó sus viejas manos sobre la mesa. Se masajeaba los nudillos con un pulgar, como si la respuesta se encontrara en los pliegues de su piel.

—Bueno, se nos hace tarde. Vamos a esa expo de jardinería.

Se levantaron de la mesa y Pops juntó la carta con las demás, que guardaba como oro en paño.

Al salir de la casa de William, la incertidumbre y la intriga atormentaron a Adrienne. En su

corazón sabía que Sara tenía la respuesta a esa incógnita.



—Felicidades, Will.

Victoria Philips entró en su despacho del banco y se sentó frente a él. Abrió los brazos como si fueran alas, los descansó sobre el respaldo de la silla y echó el pecho hacia delante, haciendo que su jersey se estirara aún más.

—Gracias —dijo Will, mirando la estatuilla de cristal que había recibido esa mañana como premio.

Victoria llevaba una elegante falda que le llegaba por encima de las rodillas, pero que subía un poco más cuando estaba sentada. Normalmente a William le atraía su voz ronca y sensual, pero hoy no surtía en él ningún efecto.

—Eres el ejecutivo más joven en la historia del Naples Bank and Trust en recibir ese premio tan codiciado. ¿Cómo piensas celebrarlo?

¿Celebrarlo? No pensaba hacerlo. Haber recibido el premio era celebración suficiente. Al notar que titubeaba, su compañera retomó la palabra:

—Ya que estás demasiado pasmado para planear nada, permíteme ayudarte. Varios de la oficina vamos a quedar más tarde. Organizamos una fiesta de despedida para Jonathan. ¿Por qué no nos acompañas? Te invito a una copa. —Se echó la larga melena hacia atrás exageradamente, y alzó una ceja seductora—. Puede que incluso a dos.

Will estaba intrigado, se preguntaba el porqué del repentino interés de Victoria por él. No hacía tanto había pensado en invitarla a salir, pero Victoria le había dejado claro que él era demasiado «buen chico» para sus gustos. Era una mujer que necesitaba emociones fuertes. Y, por desgracia, William no era el alma de la fiesta. De hecho, pocas veces iba a fiestas. Como el alcohol era el foco central de la mayoría de las reuniones de su oficina, pocas veces disfrutaba del compañerismo efusivo que caracterizaba a esas reuniones. Y después de un tiempo, simplemente habían dejado de invitarle. Fue por su culpa, claro, pero de todas formas le picaba un poco en el orgullo. No tenía la menor idea de por qué Victoria mostraba un interés repentino por él. Ni por qué su interés por ella había caído en picado.

Decidió que acompañaría a Victoria a la fiesta. Tanto ella como su jersey eran tremendamente persuasivos. Justo cuando iba a abrir la boca para concretar un plan, Adrienne Carter se le apareció en la cabeza. Sin embargo, la sacó de sus pensamientos. No había compromiso alguno entre ellos. Solo habían compartido una cena que lo había impactado hasta lo más profundo de su ser, y le había hecho pasar la noche en vela intentando recordar el olor de su cabello.

Victoria era una mujer muy atractiva y con muy buen cuerpo, que acentuaba con ropa de diseñador y confianza a raudales. A Will le atraía la idea de aparecer en cualquier lugar con ella del brazo. Pero al imaginarse la escena, veía otra vez el rostro de Adrienne.

Recordó el día que fueron de pesca. Al principio Adrienne había tenido miedo de todo, pero él la había tranquilizado. El tiempo que habían compartido era algo que ningún jersey ceñido ni ninguna falda corta podrían igualar.

De la forma más directa que encontró, le preguntó a Victoria:

—¿Por qué ahora?

—¿A qué te refieres? —dijo ella, sonriendo y parpadeando.

—Nunca habías mostrado interés por mí.

Ella bajó los brazos y lo miró fijamente con sus ojos pintados, antes de decir:

—Hay algo diferente en ti últimamente.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, pero es algo ardiente —respondió Victoria, apretando los labios. Will se aguantó la

risa. «Ardiente». No había nada diferente en él. Tal vez su compañera de trabajo ya hubiera conquistado a todos los hombres de la oficina, y solo quedaba él—. Te veo más..., no sé, más seguro de ti mismo. Sexualmente hablando. Lo he notado durante el último mes.

«Seguro de mí mismo. ¿Sexualmente? ¿En serio?» Después de trabajar en el banco durante más de siete años, ¿de pronto había encontrado su león interior, el rey de la jungla, el macho alfa? Will casi soltó una carcajada. Nada había cambiado en su vida durante el último mes. Nada, excepto, claro, la presencia de Adrienne Carter en su vida. Pero una cosa no tenía nada que ver con la otra. Victoria estaba chiflada.

—Entonces, ¿tenemos una cita? —dijo ella, y se relamió los labios.

—No —contestó Will, sabiendo que se había vuelto loco. Pero de pronto no le interesaba la rubia coqueta que en ese momento parecía demasiado desesperada—. Esta noche tengo planes. Lo siento.

Victoria se quedó con la boca abierta. Sus labios rojos formaron una gran O. Frunció el ceño, ya que obviamente no estaba acostumbrada a que la rechazaran, y tardó en asimilarlo. Se levantó de la silla con el cuerpo rígido, como si Will le hubiera borrado toda la confianza de un plumazo, y salió deprisa del despacho.

Jonathan entró justo cuando ella salía. Se fijó en su forma de caminar, furiosa.

—No se la ve contenta.

Jon era un buen amigo y un buen tipo, amante de los deportes y de su esposa. Cuando los jefes lo habían pasado por alto, había sido Will quien los había convencido de que ascendieran a Jon al bien merecido puesto de gerente de sucursal en el banco al otro lado de la ciudad.

—Me imagino que no vendrás a mi fiesta de despedida, ¿verdad? —Jon se dejó caer en la silla que había desocupado Victoria.

—Vas a seguir trabajando en la misma ciudad. ¿De verdad es necesaria una despedida?

Will acomodó el calendario sobre su escritorio. Jon había trabajado mucho para obtener ese ascenso, y vaya que se lo merecía. Justificaba una buena celebración.

Jon movió la silla para quedar en una posición en la que ambos pudieran ver al otro lado del cristal que separaba la oficina. Aparte de la corbata colorida de Jon, los dos llevaban casi el mismo traje oscuro, zapatos negros bien limpios y camisas blancas perfectamente planchadas. Desde su posición podían observar el banco entero. Ambos miraron a Victoria.

—¿Por qué la has rechazado? Creía que te gustaba.

Will descansó las manos en el escritorio de madera de cerezo.

—Yo también lo creía. Pero a fin de cuentas, no me interesa.

Una vez más, Adrienne apareció en su mente.

—Aun así, nunca pensé que haríais buena pareja —comentó Jon.

—¿Por qué lo dices?

—Vamos. —Jon también se apoyó en el escritorio—. Te pasas más tiempo en tu lancha de lo que ella se pasa maquillándose. Sois de mundos diferentes.

—Pensaba que pertenecíamos al mismo mundo —dijo Will, señalando el banco a su alrededor.

—¿Te refieres al mundo de la banca? —Jon rio y negó con la cabeza—. Déjame adivinar: ¿crees que porque trabajáis juntos compartís los mismos intereses?

Will se encogió de hombros.

—Al menos creía que tendríamos mucho en común, y a partir de ahí podríamos construir algo.

Jon alzó las cejas.

—¿Construir una... relación? Eso es lo más estúpido que he oído en mi vida. Amigo, uno no elige de quién se enamora.

Jon iba a seguir hablando, pero en ese momento una guapa morena entró en la sucursal y se detuvo para aguantar la puerta a una mujer mayor que caminaba con un bastón.

—Vaya, fíjate en eso —balbució Jon.

Los dos amigos observaron cómo Adrienne se agachaba a recoger un papel que se le había caído a la anciana. Will no pugnó por evitar la alegría que asomaba en su cara. Estaba empezando a disfrutar del arrebató que sentía en el estómago cada vez que la veía.

Adrienne llevaba un vestido entallado de un tono rojo atardecer. El brillante color del atuendo resaltaba sus brazos y piernas bronceadas. El brillo del sol creaba reflejos que contrastaban con su cabello oscuro. Cuando vio a Will, sonrió ampliamente, con aquella boca que le quitaba el sueño por las noches.

Will le devolvió la sonrisa. Adrienne pasó por delante de Victoria de camino al despacho de Will, y la rubia palideció en comparación, se desvaneció como la música de fondo cuando empieza el verdadero concierto. Adrienne era la sinfonía, Victoria únicamente un instrumento de práctica.

—¿Ha venido a verte a ti? —quiso saber Jon, señalándola.

—Espero que sí. —Will le bajó la mano a Jon—. Pero no te imagines cosas raras, es una amiga de la familia.

—Yo soy un hombre casado. No me permito el lujo de imaginarme cosas raras.

Adrienne habló con una de las cajeras y señaló en su dirección. El estómago de Will se encogió. La chica se sentó en la sala de espera, con la falda apenas cubriéndole las rodillas. Jon se frotó la cara.

—Mi familia nunca ha tenido amigas como ella. Con razón rechazaste a Victoria.

Will le indicó a Jon que saliera de su despacho en cuanto viera la señal, luego se ajustó el cuello de la camisa. Llevaba la corbata demasiado apretada. Le rascaba la piel del cuello. Por unos instantes jugueteó con unos papeles en su escritorio, intentando dar la impresión del ocupado ejecutivo bancario que era. Escribió una nota y después alineó una pila de papeles. Se levantó, metió barriga y le indicó con una seña a Adrienne que entrara en el despacho.

—Espero que mi visita no sea inoportuna.

Vaya, olía muy bien. Ese aroma delicioso invadía el universo entero de Will.

—Para nada.

Alguien seguramente había apagado el aire acondicionado. Will estaba sudando.

—Quería agradecerte el paseo en la lancha y la pesca junto a Pops, y también la cena. Fue un día increíble... y la noche también.

Cuando dijo «increíble», sus ojos se ampliaron y miraron a su alrededor, absorbiendo todo lo que la rodeaba. «Uf, esto va a ponerse complicado». Francamente, a Will le complacía mucho haberle regalado «un día increíble... y la noche también». Se llenó de orgullo.

Desde el otro lado de la ventana, el banco entero parecía estar interesado en la conversación entre los dos. Menudos chismosos. O tal vez todos estaban interesados en ella. Igual que Will el primer día que entró en el banco, o como todos los hombres el día del restaurante.

—Yo también lo pasé muy bien. Pops no deja de hablar del día en que nos acompañaste en la lancha. Debería sentirme celoso, ¿sabes? —Ella frunció un poco el ceño, dos pequeñas líneas marcaron su frente tersa—. Llevo años pescando con Pops y tú te llevas todos los piropos.

—Ah —dijo ella, y se sonrojó. El color hizo que pareciera aún más viva. Sus ojos oscuros observaron la estancia—. Tu despacho es muy bonito.

—Gracias.

—Eh... La otra razón por la que he pasado a verte es por Pops.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Will, aunque no le importaba compartir a su abuelo con esa mujer. Tal vez quería planear un día de campo, o un día en la playa. Adrienne en biquini. Sí, eso podría gustarle.

—Después de encontrar las cartas, también encontré un diario.

—¿Ah, sí? —dijo Will, tenso, y recordó que unas noches antes había encontrado a Pops consternado, solo en la biblioteca, leyendo cartas y mirando álbumes de fotos que, en opinión de su nieto, deberían permanecer cerrados.

—Lo había escrito Sara. Ella era la hermana mayor de Gracie. El asunto es que Sara vive en Winter Garden, pero le da miedo hablar con Pops porque...

Will levantó las manos. Sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza, y su corazón se aceleró.

—¿Has hablado con esa mujer?

—Sí, pero le da miedo venir aquí de visita.

Will sintió en la columna vertebral una descarga eléctrica de enfado.

—¿Le has dicho que viniera a visitar a Pops?

Adrienne asintió lentamente; su rostro se había ensombrecido por el tono de las preguntas.

—Escucha —Will se alejó del escritorio—. No sé qué te hace pensar que tienes el derecho, pero no puedes seguir entrometiéndote en su vida de esta forma.

—No lo entiendes. —Adrienne habló suavemente, y si Will no hubiese estado tan enojado, tal vez habría conseguido conmoverlo, pero Adrienne estaba empeñada en recorrer un camino peligroso, y Pops era quien sufría a causa de sus actos impulsivos.

—No, tú eres la que no lo entiende. Devolviste las cartas, eso está bien. ¡Pero tienes que dejarlo ya! Claro, cuando vienes de visita, Pops se alegra y está dispuesto a hablar del verano que pasó con Gracie. Está dispuesto a hablar sobre la guerra. Pero cuando te vas, entra en crisis. Ese pasado casi lo mata.

Los ojos de Adrienne reflejaban el impacto de esas palabras. Y dolor. Pero Will siguió antes de perder la batalla contra esos enormes ojos y arrepentirse:

—Y tú sigues apareciendo, reabriendo sus heridas, una y otra vez. Es despiadado, Adrienne. Tal vez tú lo disfrutes, pero a él lo está matando.

Adrienne miró al suelo con los hombros caídos. Cuando alzó la mirada, sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

Tal vez Will estuviera exagerando. Sin embargo, era cierto que ella había sobrepasado todos los límites. Will se hizo una promesa cinco años atrás, después de que falleciera su abuela Betty. Se prometió cuidar de su abuelo. Y eso estaba haciendo.

Incluso recordaba exactamente cuándo y por qué había hecho esa promesa. Fue el día después del funeral. Will había pasado por la casa de Pops para ver cómo se encontraba. La puerta de la entrada estaba abierta, así que pasó sin llamar. Encontró a Pops en su habitación.

El sonido de los sollozos venía del armario. Will escuchó el llanto desgarrador de un hombre destrozado. No había forma de aliviar el dolor de su abuelo. Nada podía reemplazar lo que Pops había perdido. Will se dio cuenta de que las lágrimas caían por sus mejillas, tanto por lo que escuchaba como por su incapacidad de ayudar. Se acercó al armario y vio a su abuelo, con la cara enterrada en la ropa de la abuela, sujetándola con fuerza. Will vio cómo se desmoronaba el hombre que siempre había sido un pilar de fortaleza. Pero en esos momentos no era más que un cascarón vacío aferrándose a una sombra. Entonces Will juró proteger a su abuelo el resto de su vida. Nunca más se sentiría solo su héroe. Nunca más lo vería destrozado. Will no podía controlarlo todo, pero cuidarlo estaba a su alcance. Y no había sido sencillo mantener su juramento, hasta ahora.

Hasta que se apareció Adrienne Carter.

—Creí que hacía lo correcto —dijo Adrienne en voz baja. Se levantó de la silla, un poco tambaleante—. Siento mucho haber causado problemas. No era mi intención.

Will intentó hablar, decir algo, lo que fuera para aliviar un poco el dolor reflejado en los ojos de esa preciosa mujer. Pero decidió no hacerlo. Tenía que mantenerse firme.

Adrienne salió del despacho con la cabeza gacha, mirando al suelo. Se detuvo en la puerta y volvió a mirar a Will con arrepentimiento en los ojos. A él se le rompió el corazón, pero se recordó que estaba haciendo lo correcto. Intentó ignorar el hecho de que, al salir del banco, Adrienne se llevaba con ella un pedazo de su corazón.

Capítulo 12

Adrienne llevaba colgada del brazo una bolsa con comida y se echó las manos a la cara. No podía creer lo que oía. Acababa de entrar en casa después de hacer la compra cuando el teléfono comenzó a sonar. Ahora estaba paralizada, inmóvil, y no podía escapar. Sara empezó a hablarle atropelladamente sobre William. Al parecer, uno de los muchachos a los que daba sus galletas caseras le había dicho que la vida estaba llena de segundas oportunidades. Y que, en el fondo de su corazón, ella sabía que tenía que verlo.

Si Sara hubiese llamado el día anterior, antes de su desastrosa conversación con Will en el banco... Adrienne notó de repente mucho calor y náuseas.

¿Podría haber elegido un peor momento? Hacía veinticuatro horas, estaba sentada en el despacho de Will, quien le había dicho que con sus acciones estaba hiriendo de forma despiadada a un anciano. Y hacía veinticuatro horas que había decidido distanciarse de todos ellos de una vez por todas.

Sara siguió hablando, diciendo que William tenía derecho a saber la verdad.

«Las mentiras no son tan malas». Adrienne se reacomodó la bolsa de comida en el brazo. «Son bonitas y seguras». Las cosas enterradas no apestan hasta que uno las desentierra. Pero ya era demasiado tarde para eso. Adrienne había estado husmeando y ahora su intromisión estaba dando frutos. Y el mayor problema era que ella era el único contacto que Sara tenía para dar con William.

Después de hablar con Will en el banco, Adrienne no quería saber más de ellos. De ninguno de ellos. Ni de Will, ni de William, ni siquiera de Sara. No sabía cómo había dejado que todo se le escapara de las manos. Lo único que quería era conocer al hombre que había escrito esas bellas cartas.

Por miedo a situaciones como esta, Adrienne había ido con pies de plomo toda su vida en vez de actuar por motivos egoístas. Pero en esta ocasión había querido creer en algo nuevamente. Quería creer en el amor. Pero el amor solo le había traído seis años de tristeza y dolor, y ahora ella estaba causando ese mismo dolor a otros. Estaba arruinando sus vidas. Los finales felices solo existían en su imaginación.

Adrienne se masajeó la nuca.

—Sara, ahora mismo estoy ocupada. ¿La puedo llamar más tarde? —Era una mentira a medias. Adrienne estaba ocupada dándose cuenta de lo estúpida que había sido.

Solo le llegó el silencio al otro lado de la línea.

—Por supuesto que sí, querida. —Sara intentó disfrazar la preocupación, pero se le notó en el tono de voz. A fin de cuentas, Adrienne era quien la había presionado para que aceptara esta reunión en la cumbre.

Adrienne puso los ojos en blanco y se esforzó mucho por sonar alegre:

—Me parece una excelente noticia que se haya decidido, Sara —mintió—. Espera, la llamo en un ratito, cuando me quede libre.

Sara se despidió, y Adrienne colgó el teléfono.

Todavía con la bolsa de comida en la mano, deambuló como una zombi hacia la sala de estar y se dejó caer en el sillón. La casa estaba en silencio. La bolsa olía a naranjas frescas. Seguramente las naranjas habían aplastado los *bagels*. Los *bagels* la hicieron pensar en queso cremoso. El queso cremoso la hizo pensar en Leo. Leo la hizo pensar en William... Adrienne soltó un grito y dejó caer la bolsa al suelo.

Una y otra vez intentó convencerse de que debía abandonar esa aventura. Pero ya era demasiado tarde. Sin importar lo que hiciera en el futuro, alguien iba a salir perjudicado. Adrienne cerró los ojos y empujó la bolsa con el pie. Pensó en Will, ferozmente devoto de su

abuelo, y en cómo le pidió que dejara de entrometerse. Pensó en Pops. «Cuando tú te vas, entra en crisis», había dicho Will. Pensó en Sara, tan extraordinaria y elegante, pero cubierta por una gran vergüenza que la había acompañado durante años. Finalmente tenía la oportunidad de liberarse de su vergüenza.

Adrienne apretó la cara contra un cojín. «Sin importar lo que haga, alguien va a salir lastimado». Will, William y Sara estaban en peligro de correr esa suerte. Pero Adrienne también. Sabía que podría llegar a perder las amistades más preciadas que jamás había tenido.



Will salió de la casa camino del exuberante huerto que brillaba bajo el cálido sol. Aunque el cielo estaba perfecto y ofrecía la clase de día que se presta para una larga travesía en lancha, sentía demasiado pesar en su corazón. Hacía días que le ocurría. Nada lo aliviaba, ni siquiera acelerar a fondo y atacar las olas de frente como un toro bravo.

—¿Has hablado con Adrienne esta semana? —le preguntó Will a Pops, quien se agachaba para recoger un tomate. El huerto estaba especialmente frondoso debido a que el verano había sido más lluvioso de lo normal. El follaje era tan denso que tenían que escarbar en él para llegar a los frutos ocultos.

—No. —Pops se apoyó con una mano en el muslo para incorporarse, y dejó el tomate en el cesto que llevaba Will—. Seguramente está muy ocupada trabajando en la reforma de la casa. Will no pudo evitar notar la tristeza en la voz de su abuelo. La culpa lo aguijoneó.

—Yo tengo la culpa de que no nos haya visitado.

Pops seguía apartando las hojas.

—¿No me digas? —Recogió otro tomate.

—La semana pasada vino a mi oficina. Tuvimos una... eh, una pequeña discusión. No era mi intención que se alejara del todo.

—¿Alguna vez has visto abejas aquí afuera?

Will frunció el ceño. ¿Habría escuchado Pops lo que le había dicho? Acababa de confesarle que había ahuyentado a Adrienne.

—Eh... No.

—Pues andan por aquí. —Pops lo tomó del brazo y bajó la voz—. Mira, ahí.

Will observó donde le indicaba su abuelo y vio un árbol con varias abejas correteando por el tronco.

—Verás, a las abejas les encanta el néctar. Y el huerto es el mejor lugar para conseguir mucho néctar. Cuando salimos, las abejas se alejan, pero no se van para siempre. Están ahí, esperando a que las invitemos a regresar. —Pops miró a Will con sus ojos azul claro—. ¿Me entiendes?

—Sí, Pops. No crees que la haya alejado de nosotros para siempre, ¿verdad? Regresará.

Pops se limpió el sudor de la frente con el antebrazo y miró el sol, un círculo ardiente y brillante suspendido en el cielo a media tarde.

—Supongo que lo puedes interpretar de esa forma. Pero yo únicamente me refería a las abejas. —Sus ojos brillaron y esbozó una media sonrisa. Luego puso un tomate delante de la cara de su nieto—. No hay nada más dulce que esto —dijo—. Excepto, tal vez, la miel de abeja. Will asintió. ¿Tendría razón Pops? Puede que Adrienne regresara. Lo único que Will quería era que dejara el pasado en paz. Pero Will nunca había sido muy sutil. Su padre lo apodaba el Demoledor».

Pops disfrutaba mucho con las visitas de Adrienne, de eso no había duda. Y desde que ella había empezado a ir por su casa, el anciano parecía haber rejuvenecido. Pero cuando los dos empezaban a hablar de la guerra y de Gracie, él sufría demasiado. Cuando surgían estos temas, parecía que Pops entraba en un humor sombrío que le duraba horas. No era nada saludable.

Sin embargo, Will era consciente de que había sido inusualmente severo con ella. Y en ese momento se odiaba a sí mismo por manejar el asunto de una forma tan pésima. La verdad era que la echaba de menos. Añoraba llegar a casa y ver su deportivo rojo estacionado delante. No importaba que al principio ella se fuera enseguida cuando él llegaba. Añoraba pasar junto a la joven en la cocina y rozarla suavemente, sentir su piel tersa. Y su olor. Cada vez que Adrienne se acercaba, Will intentaba aspirar su aroma a cítricos y a flores tanto como podía. Si ella sacudía la cabeza o hacía un movimiento repentino, todos esos olores llegaban hasta él con la fuerza del oleaje. Si se despertaba en mitad de la noche, el olor seguía ahí. Tal vez en sus sueños, pero lo obligaba a pensar en ella. Y por encima de cualquier otra cosa, echaba de menos sus labios. Bueno, el caso era que no podía dejar de mirarlos, esperando que ella se mordiese el labio inferior o se los humedeciese lentamente con la lengua.

No había pasado más de una semana desde que ella dejó de ir por la casa, y era insoportable. Una parte de él temía haberla ahuyentado para siempre, sin importar lo que Pops pensara. Will había pintado una raya que, debido a su idealismo, ella era demasiado prudente para cruzar. Adrienne había desaparecido. Lo había logrado.

Will pasó un brazo por los hombros de Pops y caminaron juntos hasta la casa. El aroma de los tomates no tenía punto de comparación con el olor de Adrienne.

Aun así, Will tenía un plan. Había observado que el ánimo de su abuelo había decaído en los últimos días, así que decidió hacer algo especial por él. El viernes planeaba salir temprano del trabajo, recoger a Pops y navegar hasta los Cayos. Era un trayecto de tres horas en la lancha. Llevaban años planeándolo. Seguramente eso animaría a Pops. Y, con suerte, dejaría descansar el huerto el tiempo suficiente para que las abejas regresaran.



Adrienne había estado evitando a Sara una semana, esperando que se diera por vencida si seguía poniendo excusas. Pero su plan falló miserablemente. Era viernes por la mañana y se dirigía a Winter Garden. Las dos mujeres llegarían a casa de Will a mediodía, con lo que William y Sara dispondrían de cinco horas para hablar de sus cosas. Adrienne eligió un viernes a propósito. Si la reunión salía mal, William no estaría solo al día siguiente. Ella sabía que Will se enfurecería, pero también sabía que tenía que asumir ese riesgo. Cuanto más hablaba con Sara, más se daba cuenta de que había cometido un terrible error, pero que ese error podría subsanarse en una tarde. De lo contrario, a dos personas mayores, a las que quería mucho, se les partiría el corazón de nuevo, y todo debido a su intromisión en sus vidas. Y eso la hacía sentir náuseas.

Adrienne pasó a buscar a Sara a las nueve en punto. La anciana llevaba una blusa con motivos florales y una falda de color caqui. Sara era una mujer hermosa, y no aparentaba tener setenta y ocho años. Lucía el cabello lacio justo por debajo de los hombros, en un corte que la favorecía. El flequillo le daba un toque juvenil pero sofisticado. Cuando Adrienne abrió la puerta del copiloto y vio la cara radiante de Sara, todas sus preocupaciones sobre el encuentro con Pops desaparecieron.

—¿Está nerviosa? —preguntó Adrienne mientras ajustaba el aire acondicionado para que no le diera justo en la cara.

Sara llevaba un color de labios rosa suave y se había pintado la raya en los ojos. Se alisó la falda.

—Aún no. —Su voz parecía más la de una adolescente que iba camino de su primera cita, que la de una mujer de la tercera edad—. Pero seguro que estaré nerviosa cuando lleguemos.

Adrienne le dio una palmadita en la rodilla y giró la llave de contacto.

—Está muy guapa. Pensaba que no le gustaba ponerse vestidos. Es la primera vez que la veo vestida así.

—¡Dios mío! Cuando era niña mi madre nunca conseguía obligarme a ponerme un vestido. Pero al hacerme mayor, cada vez me gustaban más.

Al cabo de tres horas, después de hacer una parada en Starbucks, habían llegado a la casa de William. Sara se miró en el espejo una última vez.

—Tendríamos que haberle avisado de que vendríamos.

Adrienne la miró un largo rato.

—No podía decirle nada, Sara. ¿Y si usted se hubiera arrepentido? Eso lo habría destrozado.

El interior del vehículo se llenó de tensión, tanta que Adrienne sentía que las ventanillas estaban a punto de reventar. Intentó calmar el miedo repentino de Sara, pero no lo logró. Francamente, ella estaba igual de nerviosa. Ninguna de las dos se imaginaba qué bienvenida les darían.

—Le dije que yo iba a pasar a verlo hoy.

Sara la miró con sus ojos grises.

—No, debimos decirle que yo vendría. Esto es un error.

Un movimiento delante del vehículo captó la atención de ambas. Horrorizadas, se dieron cuenta de que era William quien abría la puerta de entrada de la casa.

—¡Ay! —exclamó Sara, sobresaltada—. No estoy preparada para esto.

Adrienne la tomó del brazo para tranquilizarla. Sara la miró con los ojos abiertos de par en par, llenos de pánico.

—No puedo hacer esto.

Adrienne le apretó la mano con suavidad.

—Tranquila —dijo, y miró hacia la casa, donde William estaba de pie frente a la puerta, con una mano haciendo visera para protegerse del sol; estaba observando el automóvil de Adrienne.

Sara respiraba acelerada.

—Tranquila —repitió Adrienne—. Puedo ir a hablar con él primero. —Intentó determinar si su acompañante estaba sufriendo un ataque al corazón—. Le diré que usted está aquí.

Sara asintió con la cabeza, y no dejó de hacerlo hasta que Adrienne bajó a la acera.

William abrazó a Adrienne cuando esta subió los escalones. Ella sintió cómo sus propios músculos se tensaban, y él echó la cabeza para atrás y frunció el ceño.

—¿Qué sucede, querida?

—Necesito hablar de algo con usted, William —le dijo Adrienne—. Y no sé cómo va a reaccionar.

Él bajó los brazos.

—Está bien. Entremos.

—En realidad, he traído una acompañante.

Pops volvió a mirar el vehículo, pero el brillo del sol sobre el parabrisas no le permitía distinguir a Sara. Apretó la mano de Adrienne.

—Sea quien sea, esperadme en el porche. Tengo que apagar la tetera.

Cuando William entró en casa, Adrienne le indicó a Sara por señas que se acercara. La mujer bajó del coche y caminó hacia la casa como un preso que se dirige a su propia ejecución; con los brazos caídos y las manos pegadas a la falda.

—Todo va a salir bien —le susurró Adrienne.

Sara se mantuvo lo más alejada que pudo de la puerta y se sentó en una esquina del columpio, cerca de la barandilla del porche, a la que se aferró con fuerza. Su cuerpo tenía toda la pinta de romperse en pedacitos si alguien le daba un ligero golpe.

William salió. Adrienne de inmediato se paró a su lado mientras él observaba la esquina del porche. En su frente aparecieron unas profundas arrugas cuando vio a la mujer sentada en el columpio.

—Grace —susurró.

Adrienne sintió que ardía por dentro. Oh, no. Lo tomó del brazo con fuerza.

—William, es Sara.

El anciano levantó una mano para cubrirse la boca. Miró confuso a Adrienne, y después otra vez a la mujer que esperaba sentada en la esquina del porche. Sara se levantó poco a poco. Cuando lo hizo, él dio un paso atrás. Adrienne podía sentir cómo lo inundaban años de recuerdos.

—Es Sara. Ha venido a verlo a usted, William. Tiene algo que decirle.

Adrienne lanzó una mirada persuasiva a Sara, pero la mujer se limitó a encogerse de hombros. Un gato callejero se escabulló detrás de la anciana, que parecía más bien una estatua de mármol. Tenía la cara totalmente pálida, y su falda estaba arrugada allí donde sus manos la habían estrujado. De repente, una fuerza imposible de calificar brilló en los ojos de Sara. Levantó la cara y relajó las manos.

—Yo... quería decirte... —La voz de Sara se quebraba con cada palabra—. William, nunca te lo dije, pero estaba enamorada de ti. Yo creo que Gracie se dio cuenta y por eso se alejó. Creo que se fue con el otro hombre por... por mi culpa.

«¿Qué?» Eso no era lo que debía decir Sara.

—William, lo que Sara intenta decir es que...

Sara dio un paso hacia delante.

—Fue por mi culpa. Todo fue por mi culpa. El que ella se fuera, el que ella muriera. Y no solo eso.

Las esperanzas de Adrienne de que este fuera un bonito reencuentro entre dos personas que en algún momento se tuvieron cariño se desmoronaron por completo.

Por su parte, Sara, que al parecer había encontrado todas las palabras que había perdido mientras esperaban dentro del vehículo, siguió adelante, como si su discurso limpiase su alma con cada confesión. La cabeza le temblaba.

—Y no solo eso. Yo sabía que ibas a volver a casa, y obligué a mi madre a que nos fuéramos antes de que llegaras. Estaba avergonzada. Tan avergonzada que no podía verte.

La expresión de Pops era indescifrable. Se enjugó la frente con la mano. Sus ojos llorosos parpadeaban mientras intentaba asimilar la confesión. Un silencio confuso se alargó tanto que parecía una tortura.

—¿Estabas enamorada de mí? ¿Y en cambio te fuiste cuando sabías que iba a volver a casa?

La cara de Sara reflejaba tanta vergüenza y tanto remordimiento que Adrienne quiso acercarse a ella, pero no se atrevió. Pops se notaba tembloroso. Desde que ella lo había tomado del brazo, hubo un par de veces en que pareció desmayarse. Se aferró al marco de la puerta.

—¿Todo fue una mentira, tu madre no te obligó a irte?

Sara asintió.

El hombro de William se movió lentamente y se soltó de Adrienne. Contempló el jardín un buen rato, luego miró a Sara, y después a Adrienne, hasta que posó la vista en el suelo del porche. El tiempo pasaba, y ninguna voz ni acción llenaban el vacío, hasta parecía que el aire fuera a reventar de la presión. Sara y Adrienne permanecieron inmóviles. William apretó los labios, parpadeó y dio media vuelta. Su mano cambió de posición sobre el marco de la puerta y, en silencio, entró en la casa, dejando atrás un vacío mortífero.

Capítulo 13

La brisa dejó de soplar. No se oía ningún sonido aparte de una gaviota solitaria a lo lejos. Sara se dejó caer sobre el columpio, rodeada de flores y plantas, con los ojos abiertos de par en par y arrasados en lágrimas.

El corazón de Adrienne se rompió en mil pedazos mientras caminaba hacia la anciana, cuya cara pálida apuntaba hacia el suelo de tarima.

—He vuelto a hacerle daño —susurró Sara con labios temblorosos.

Adrienne le apretó la mano con fuerza, intentado consolarla y consolarse a ella misma.

—Pensé que la cosa iría mejor. —Su disculpa era vergonzosa e inútil. Había observado cómo William y Sara se habían quebrado por culpa de un pasado demasiado doloroso.

—Quiero irme a casa —dijo Sara con los ojos húmedos.

El corazón de Adrienne se rompió aún más si cabía. Por un momento se imaginó a Sara sentada en su sala de estar, mirando a la nada. La mujer llevaba una vida feliz y tranquila antes de que ella apareciera. Tomó a la anciana del brazo para ayudarla a levantarse, intentando darle fuerzas.

Pero un movimiento en la puerta le llamó la atención.

Pops estaba ahí de pie, observando a las dos mujeres en el porche. Primero miró a Adrienne, luego a Sara, la mujer que lo había amado.

La cara de Sara se arrugó bajo la presión de décadas llenas palabras que no se habían pronunciado. Todos los años de vergüenza la golpearon con oleadas de secretos ocultos y amor prohibido. Dio un paso hacia William, pero se detuvo.

—¿Sara? —susurró él.

Ella tragó saliva y miró a Adrienne. Sin saber qué decirle sobre la reacción de William, la joven solo se encogió de hombros como si pidiera perdón. William, aún con la frente arrugada, se frotó la cara.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exigió saber.

Los ojos de Sara estaban enrojecidos y tenía la cabeza gacha.

—Yo...

Él avanzó un paso inseguro.

—Esto lo cambia todo. —Intentó acercarse a ella pero se detuvo y respiró hondo—. Podría haberte acompañado. Cuando Gracie murió, podría haberte apoyado.

Sara reaccionó con sorpresa. Poco a poco su cuerpo soltó la tensión acumulada.

—¿No... No estás enfadado?

Pops se frotó las manos en el pantalón.

—Furioso. No lo he estado tanto en toda mi vida, pero ¿qué le voy a hacer? Soy un hombre viejo, Sara. No tengo tiempo que perder. Estás aquí, delante de mi puerta. Y estás intentando corregir tus errores.

Una sonrisa muy sutil se formó en la boca de Sara.

William se llevó una mano a los labios temblorosos.

—Dulce Sara.

Abrió los brazos de par en par y avanzó cojeando hacia ella.

Adrienne apretó los labios para intentar no llorar mientras los observaba abrazarse en el centro del porche. William apretó con fuerza los brazos de Sara, como si intentase empaparse de ella, recordando a la joven mujer que no había visto en tanto tiempo. La abrazó con fuerza; ella descansó la cabeza sobre el pecho de William y lloró.

Él la tomaba de los brazos, le sostenía la cara, como si no pudiese creer que estuviera ahí. Le limpió las lágrimas con los pulgares arrugados.

—Lo siento tanto —susurró Sara. Su cabello blanco flotaba sobre los hombros. Algunas mechas le cubrían la cara, pero no las retiró—. Lo siento, William.

Él negó con la cabeza y levantó la barbilla de Sara para poder mirarla a los ojos.

—No, Sara. Soy yo quien lo siento por no haber intentado buscarte cuando regresé a casa.

Se quedaron abrazados y lloraron, y rieron, y luego volvieron a llorar. Y Adrienne no se quedó atrás. Decidió no pugnar con la emoción que sentía. Varios minutos se quedaron ahí, los dos viejos cuerpos unidos en un cálido abrazo, meciéndose, disolviendo años de engaño como si fuera sal en agua caliente.

Al limpiarse las lágrimas, vio el Mercedes Benz negro en la entrada del garaje. El corazón de Adrienne se detuvo, y la sangre se le congeló en las venas. Reconoció el automóvil, pero su mente no hacía más que dar vueltas. Will no debería estar en casa tan temprano. Y parecía que llevaba tiempo ahí.

—Entremos en casa, tenemos mucho de que hablar —dijo William, llevando a Sara de la mano. Ignorando por completo la presencia de su nieto, e ignorando del mismo modo a Adrienne, William condujo a Sara a la casa, abrazándola suavemente, con el cuidado de alguien que sostiene en las manos una mariposa.

Una ola de terror envolvió a Adrienne mientras observaba el Mercedes. Pero al mismo tiempo, un sentimiento protector brotó en su interior, igual de sorprendente. Si Will iba a enfadarse con ella por entrometida, lo aceptaba. Pero de ninguna forma iba a permitir que arruinara este encuentro. Enderezó los hombros y bajó los escalones, preparada para la pelea. No era una luchadora nata, así que la inyección de adrenalina la obligó a apretar los puños. Ella no era luchadora. Era conformista. En cualquier situación se conformaba con lo que los demás querían o necesitaban. Pero en esta ocasión no sería así. Estaba apretando los dientes tanto que le dolía la mandíbula.

El sol la deslumbró mientras se acercaba a la ventanilla del automóvil. Al llegar, encontró a Will sentado, mirando al frente, apretando el volante con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—Sube —le ordenó.

Ella se limitó a mirarlo sin moverse.

—Te digo que subas.

Adrienne estaba muy confundida, y miró hacia la casa. La imagen de Pops y Sara abrazados en el porche seguía marcada en su memoria. La voz de Will la trajo de vuelta al presente.

—¿No crees que necesitan tiempo a solas?

Adrienne no sabía qué hacer. No sabía si iba a terminar muerta y tirada en alguna cuneta. Y eso de pelear despertaba en ella sentimientos encontrados. La mirada de Will se suavizó.

—Adrienne, vamos. Estás a salvo conmigo.

Entonces recordó cuando salieron a pescar en la lancha, cuando Will la ayudó a subir a cubierta con sus manos fuertes. Recordó la forma en que amablemente le enseñó a sujetar la caña, y a tirar del hilo para mostrarle lo que se siente cuando un pez ha picado el anzuelo. Ella se había asustado cuando el motor de la barca rugió, y él la había tranquilizado al ofrecerle un asiento a su lado. Había sido demasiado gallina como para desenganchar el pez del anzuelo, así que él sujetó el animal viscoso con sus propias manos y le dio una toalla a Adrienne para que pudiera quitar el anzuelo sin sentir cómo se removía la captura. Se había sentido a salvo con él.

Y ahora también estaba a salvo. Antes de pensarlo demasiado, abrió la puerta del copiloto y subió. El frío del aire acondicionado la golpeó mientras se abrochaba el cinturón. Cuando puso la marcha atrás, Adrienne le preguntó:

—¿No deberíamos avisarles de que nos vamos?

Él sacudió la cabeza, y puso un brazo sobre el respaldo del asiento de Adrienne mientras volvía la cabeza para mirar por detrás.

—Francamente, creo que pasarán horas antes de que se den cuenta de que no estás. —Sus palabras llevaban implícitas un matiz acusatorio.

Adrienne guardó silencio. El ruido del motor fue el único sonido que los acompañó mientras Will conducía hacia las afueras de la ciudad. El sol naranja del mediodía contrastaba con el cielo azul, y en ocasiones quedaba oculto por unas delgadas nubes de algodón. El coche de Will olía a él. Era un aroma a asientos de piel, masculino y reconfortante. En este momento Adrienne estaba demasiado nerviosa para disfrutarlo.

Cuando tomaron un camino de grava, Adrienne miró a Will con curiosidad. Tragó saliva cuando dejaron atrás un pequeño letrero que la hizo sentir escalofríos. Avanzaron lentamente por el bosque; pequeñas piedras y conchas crujían debajo de los neumáticos.

El cementerio era amplio, cubría varios acres de ondulante césped verde. Will detuvo el automóvil y bajó las ventanillas. El olor a tierra fresca bajo el cálido sol los invadió; un recordatorio de que se encontraban en un cementerio. Adrienne se fijó en una parte del camposanto a su izquierda, que obviamente era la parte más antigua. A pesar del buen mantenimiento general, las lápidas centenarias estaban desgastadas por el peso de los años, algunas hasta empezaban a hundirse en la suave tierra.

—¿Me vas a explicar qué ha sucedido?

Adrienne tragó saliva.

—¿Me matarás y enterrarás aquí si te lo digo?

Un zumbido captó su atención, y un bicho entró por la ventanilla. Adrienne dio un respingo, agitando los brazos. Will la tomó de las manos y se las puso sobre el regazo.

—No, no, no. Es solo una abeja.

Ella dejó de moverse, pero no lograba entender por qué esa información debería tranquilizarla. Las abejas tienen agujones.

El bicho ovalado se detuvo sobre la visera del asiento del copiloto.

—Una abeja... —dijo Will entre risas. Sacudió la cabeza e inspiró profundamente.

Con un gran sentimiento de inseguridad por toda aquella situación, Adrienne le habló a Will de Sara y William, y le contó toda la sórdida historia.

—Pero a fin de cuentas, Pops está muy contento de que ella haya ido a visitarlo —añadió al final por si acaso.

La única respuesta fue el silencio. El paisaje estaba adornado por los ramos de flores junto a las lápidas de algunas tumbas. Allí, en lo alto de una colina, Adrienne tenía kilómetros de horizonte donde mirar. Pero escudriñó el rostro de Will para intentar entender la razón por la que estaban ahí.

—No había vuelto aquí desde que mi abuela murió. Debería avergonzarme, pero realmente nunca entendí el propósito de visitar las tumbas. —Sus manos descansaron sobre el volante hasta que apagó el motor—. Las tumbas representan muerte. ¿No es mejor recordar al ser querido cuando estaba vivo?

Adrienne eligió mantenerse en silencio, no estaba segura de si él realmente esperaba una respuesta. Tampoco estaba segura de lo que sentía Will al respecto de Pops y Sara. A veces era tan difícil entenderlo...

Will la miró un momento, luego se fijó en algún punto delante de ellos. El motor hizo un pequeño ruido, y el polvo que habían levantado se acomodó. Will señaló una colina más allá del cementerio.

—¿Ves eso?

Era una casa gris rodeada por una cerca de madera blanca. Desde su posición podían ver a una familia sentada en el jardín. Un niño pequeño jugaba en una caja de arena.

—Es la casa de Pops. —Observó en silencio algunos minutos más, como si los recuerdos de su niñez lo inundaran—. Tardé tres meses en convencerlo de que se mudara conmigo. No podía

imaginármelo todas las tardes sentado en ese jardín trasero a solas, mirando la tumba de mi abuela.

Adrienne se sintió aún peor por haber hecho pasar un mal rato a Pops, aunque fuera sin querer. Will se volvió hacia ella.

—No te he traído hasta aquí para mostrarte el cementerio, Adrienne. De hecho, cuando giré para tomar el camino de grava lo hice sin pensar. Pero... hoy has regalado algo a mi abuelo. En una sola tarde le has dado a Pops lo que yo le he intentado darle desde hace años.

Ella buscó la respuesta en sus ojos, y Will simplemente dijo:

—Esperanza.

Entonces levantó una mano y le acarició la mejilla. El calor en su piel la calmó.

—Gracias. —Había asumido un gran riesgo, que pudo haber salido rematadamente mal. Adrienne soltó el aire de sus pulmones—. Sé que esto no debe de ser fácil para ti. Ni siquiera puedo imaginarme lo difícil que tuvo que ser ver a Pops llorar la muerte de su esposa.

Will asintió.

—Lo único que quiero es que nada vuelva a hacerle daño —dijo—. Ven conmigo.

Salieron del vehículo. La tarde era silenciosa en el cementerio Wainwright. Se detuvo frente al coche y se apoyó sobre la carrocería todavía caliente; Adrienne hizo lo mismo. Observó los cientos de lápidas que parecían pequeños pilares. Se notaba una paz escalofriante.

Will rompió el silencio.

—Pops es muy fuerte. Es el hombre más fuerte que he conocido.

Ella lo observó. Llevaba desabrochado el primer botón de la camisa blanca y se había quitado la corbata. Estaba tan guapo, sincerándose de ese modo con ella... Esa decisión de Will le sentaba muy bien. Ahí estaban, compartiendo sentimientos íntimos; algo nuevo y perfecto. Ella quería abrazarlo, enterrar su cara en el cuello de Will, para reconfortarlo y también para disfrutar de su olor. Antes de darse cuenta ya se estaba inclinando hacia él. Rápidamente se detuvo.

«Vaya. Dios mío». Se atrevió a mirarlo a la cara. Él seguía inexpresivo, contemplando el horizonte. Aprovechó ese momento en silencio para analizar su mandíbula, la curvatura de su cuello, sus hombros poderosos. Él se subió las mangas de la camisa y ella observó la flexión de sus músculos, su piel bronceada. Inmediatamente recordó a Will sin camiseta, limpiando la lancha, con las gotas de sudor perlándole los hombros y el pecho. Tenía músculos de atleta, y a pesar de que ahora los ocultaba la camisa, ella los había visto de cerca, así que permitió a su mente jugar con el recuerdo.

Pero el momento se alargó y Adrienne tuvo que preguntarse cómo era posible estar tan cautivada por Will, cuando él únicamente mostraba interés en el cementerio. Parecía que se había olvidado de que ella estaba ahí. Y no se daba cuenta de que la incomodaba ser ignorada. «Soy invisible». Ese pensamiento la irritó.

—Gracias por no estar enfadado conmigo.

Él se inclinó hacia atrás y descansó las palmas de las manos sobre la carrocería. Estiró la parte superior del tronco y movió su brazo de forma que quedara detrás de la espalda de Adrienne, casi tocándola. Sus caras estaban cerca.

—No hay de qué —susurró, mirando su boca. Y de repente estaba completamente vuelto hacia ella, centrando en ella toda su atención, como si no existiera nada en el mundo más que ellos dos.

Adrienne decidió que prefería ser invisible.

Sintió el aliento caliente de Will sobre su cuello. Necesitaba decir algo. Tal vez algo sensual.

—No creo que sea algo malo el que no hayas regresado aquí.

«Vaya, brillante. Justo la frase a la que los hombres no pueden resistirse».

Él dejó de mirarla y volvió a concentrarse en el cementerio.

—¿No? —dijo—. Mi padre piensa que sí lo es. Claro, a él le importan más los muertos que los

vivos.

Adrienne frunció el ceño. Nunca había oído a Will hablar de su padre. De hecho, nunca había oído a Pops hablar de su hijo.

—¿Dónde está tu padre?

—Mis padres trabajan en Peace Corps. Están en Senegal, en el oeste de África. Ahí viven. —Sus últimas palabras sonaron entrecortadas, y aunque Adrienne sentía curiosidad por saber más, no era el momento de insistir.

Will apretó la mandíbula. Tal vez intentaba sonar frívolo, pero había un toque de tristeza en el tono de voz.

Una brisa sopló desde las colinas e hizo que el cabello de Adrienne flotara delante de sus ojos.

—Como te decía, no creo que sea algo malo que no hayas venido aquí. El proceso de duelo es diferente para cada persona. Lo que puede traerle paz a uno, puede ocasionarle desesperanza a otro. Y de todas formas, aquí estás.

Will asintió y la miró. Se tomó su tiempo, observando las facciones de Adrienne, centrándose en sus labios.

El momento era demasiado intenso para ella. Apretó los labios y de repente se cohibió. Era como si él la estuviera inspeccionando. Parecía estar obsesionado con sus labios. Simplemente eso hacía que la interacción resultara mucho más incómoda. Él no la miraba de reojo, no era en absoluto discreto. Estaba escudriñando cada centímetro de su cara de manera desvergonzada. Era tan crudo y directo que a Adrienne le entraban ganas de salir corriendo. Pero también la hacía querer quedarse ahí, y esa sensación era la que imperaba.

Y justo entonces Adrienne tomó una decisión. Él había dejado caer la pelota en su tejado. Ella se acercó.

Los ojos de Will se oscurecieron. Los músculos de su cara se tensaron, pero no de forma negativa, más bien por anticipación. Le acarició la mejilla a Adrienne y pasó un pulgar sobre sus labios. Will tragó saliva, se humedeció los labios y se acercó, pero se detuvo un par de centímetros antes de besarla. Eso no significaba que quisiera detenerla. No, más bien la estaba provocando. Sin embargo, Adrienne se mantuvo en su sitio, a pesar de que la intensidad de aquellos ojos verdes la invitaba. No se movió más que para relamerse los labios, secos por su respiración entrecortada. Y ese fue el detonante.

Él consumió la distancia que los separaba y su boca tomó la de la joven por completo. Ella se derritió en él. No hubo exploración gentil, nada de besos suaves. Will se abalanzó con el cuerpo entero, apretándola contra él sin compasión. La besó como hacía todo en la vida, con propósito, con fervor, con pasión.

Adrienne cerró los ojos, su cuerpo consumido por ese primer beso. Sintió el pecho de Will contra el suyo e inclinó la cabeza a un lado. Él la abrazó con más fuerza. Adrienne se sentía mareada. Necesitaba respirar, pero era imposible. Will la tomó de las mejillas y luego alejó su rostro para poder mirarla. En un instante, sus labios dejaron de tocarla.

Adrienne respiró hondo, devorando el aire a su alrededor. Cuando al fin abrió los ojos, ahí estaba Will. En su mirada verde no había un ápice de remordimiento y... sí mucha felicidad. Notaba frías las manos de Will sobre su cara, sus pulgares trazaban pequeños círculos y ella intentaba entender lo que acababa de suceder. Ya no tenía quince años. No era su primer beso. De hecho, era una mujer divorciada. ¿Qué le había hecho Will? ¿Se habría dado cuenta del efecto que había provocado en ella? Sus ojos brillaron y esbozó una media sonrisa. Claro que lo sabía.

El hombre se acercó otra vez, lentamente, y le dio un beso discreto en los labios. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y luego el rostro de Will salió de su campo de visión inmediato. Sus fuertes manos ya no le acariciaban las mejillas. Seguía sentado a su lado, pero el momento se había convertido en solo un recuerdo. El corazón de Adrienne latía desbocado.

—¿Dónde está su tumba? —preguntó Adrienne cuando finalmente sintió que podía hablar. Will se inclinó hacia delante, alejando el brazo de los hombros de ella, y señaló hacia la derecha.

—Hacia allí, debajo de ese árbol.

Era una zona hermosa del cementerio, cubierta de árboles que daban sombra, invitaba a la tranquilidad. Ella lo miró.

—¿Quieres ir a visitarla? Iré contigo. —Le tomó de la mano y añadió con dulzura—: Estás a salvo conmigo.

Will sonrió y asintió al escuchar las palabras que él le había dicho varias veces. Aunque Adrienne tenía miedo, había confiado en él. Ahora Will confiaría en ella. Y abordarían el tema del beso después; su significado, la razón por la que no había podido resistirse. Era un zona gris, y él no estaba acostumbrado al gris. Ese era el territorio de su padre. Su padre veía tonos grises donde Will veía blanco o negro. Por ejemplo, a su padre le parecía normal cancelar su visita por el cumpleaños de Pops, para él eso caía en la zona gris. Will opinaba que, o mostraba compromiso hacia el hombre que lo había criado, o no había compromiso en absoluto. Perderse el cumpleaños de un hombre de la edad de Pops era imperdonable. Blanco o negro. Punto.

Pero con Adrienne todo era diferente. Se veía obligado a encontrar la zona gris que rodeaba sus ideas tan absolutistas. Ella era delicada, seguía herida por un divorcio terrible, y él no podía simplemente tomar lo que le apeteciera. Por muchas ganas que tuviera.

Se alejaron del vehículo con las manos entrelazadas, en dirección al enorme roble. El sol les calentaba la espalda, pero Will apenas lo notaba. Era un calor tibio comparado con el calor que inundaba su alma.

Capítulo 14

Pops y Sara sonreían efusivamente cuando Will y Adrienne entraron en la cocina. Estaban sentados a la mesa charlando, hablando más rápido que un par de vendedores de coches; tenían las mejillas encendidas por la emoción de los recuerdos.

—Hemos traído la cena —anunció Will.

Compraron un poco de ensalada fría en el restaurante de Leo. Will necesitaba algo fresco después de caminar bajo el sol con Adrienne en el cementerio.

La había besado en el cementerio. Qué forma tan romántica de cortejar a una mujer. A su mujer. Congeló la imagen unos instantes. Había empleado mentalmente varias palabras diferentes para referirse a Adrienne. Primero había sido «la ingenua entrometida», luego «la mujer fascinante con ojos tristes y un cuerpo de escándalo», luego «el interruptor de sus sueños». Sí, podía imaginársela como su mujer, y como todo lo que le importaba en la vida; necesitaba que ella fuera eso y más.

—Pops, ¿quieres ensalada de atún?

Pero Pops no respondió. Estaba enfrascado en la conversación con Sara, a quien tenía tomada de la mano. Will le guiñó un ojo a Adrienne.

—Excelente, Will —dijo imitando la voz de su abuelo—. Te ayudaría a servir la cena, pero tengo las manos ocupadas.

Adrienne lo golpeó con una bolsa de papel vacía.

—No hagas eso —gruñó.

Will señaló a la pareja, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué? No me han oído.

Ella agitó un dedo acusador, pero no logró ocultar su sonrisa.

—De todas formas, no seas impertinente.

Will se dio cuenta de que le gustaba que ella lo regañara. Adrienne buscó algo dentro de la bolsa de comida con la mano que le quedaba libre. Will atrapó sus dedos por un breve instante y los apretó. Ella le lanzó una mirada sexy. Él había intentado desconcertarla, y había fracasado. Sin embargo, ella sí lo había impactado con su mirada sensualmente coqueta. Adrienne era una mujer que tenía el poder de alterarlo solo con sus ojos. Lo podía tumbar de espaldas. Se imaginó recostado sobre su espalda, con Adrienne encima de él, sonriéndole seductoramente... Le atraía mucho esa posibilidad, de eso no tenía dudas.

—Pórtate bien —le conminó en voz baja, y Will se preguntó si le habría leído el pensamiento, hasta que Adrienne señaló con un gesto de la cabeza a Sara y a Pops. Oh, claro, se refería a ellos.

—No me han oído —repitió Will, levantando más la voz—. Ni siquiera saben que estamos aquí, ¿verdad, Pops?

Finalmente los dos ancianos volvieron la cabeza, cubierta de canas, con expresión curiosa.

—Disculpa, Will, ¿has dicho algo?

Will y Adrienne rieron.

Pops y Sara se encogieron de hombros y siguieron hablando de los viejos tiempos, como cuando echaban cacahuetes en la Pepsi, una costumbre que añoraban.

La luz de la luna entraba por la ventana de la cocina. Servía de complemento al suave brillo que provenía de la sala de estar y creaba sombras dulces y tenues. Pops y Sara se veían tan felices... Will se daba cuenta. Él mismo estaba bastante feliz. Su plan de sorprender a Pops con un paseo en lancha hasta los Cayos había sido desbaratado, afortunadamente. Desbaratado por la seductora morena que había invadido su vida.

Recordó unas horas antes cuando estaban recostados en el capó de su Mercedes, sus cuerpos

bien juntos. Él había tomado esa postura solo como excusa para acercarse más a ella. Quería besarla, no aguantaba más. Pero ella fue quien lo había hecho, abordando sus labios con el mismo entusiasmo. El pensamiento lo conmovió.

Definitivamente, ese fin de semana no irían a los Cayos. Eso era seguro. Adrienne y Sara regresarían por la mañana, y los cuatro pasarían el día juntos.

Will pensó en su padre. En el cementerio casi le había dicho a Adrienne todo lo que opinaba sobre sus padres y sobre su estúpida decisión de vivir tan lejos. No podía entender cómo ellos tenían en mayor consideración a gente desconocida de otro continente que a Pops. Le quemaba por dentro que lo hubieran abandonado. Ya habían pasado varios años desde que se fueron. Él no pensaba mucho en el tema —era una decisión consciente— excepto en las ocasiones en que cancelaban su visita cuando sabían... o, mejor dicho, cuando tenían que saber lo importante que era para su abuelo. Su egoísmo no tenía parangón. Hacían lo opuesto a lo que debían. Claro, llevaban una vida de sacrificios, pero Pops era quien lo sufría.



El olor a café y *bagels* tostados calentaba la cocina mientras el sol de la mañana asomaba por las ventanas. Los cuatro se habían reunido para planear el día. Pops llevaba una camiseta de un azul intenso que resaltaba sus ojos, y Will vestía un polo beige ceñido que le marcaba los pectorales.

—¿Qué os parece si vamos al zoológico? —preguntó Pops.

Sara sonrió.

—Vaya, no he ido al zoológico en años.

—¿Recuerdas cuando el circo venía al pueblo? —comentó Pops con ojos brillantes.

—Dios mío... —Sara se tapó la cara con las manos. Y luego, asomándose por entre los dedos, añadió—: Anda, cuéntales.

Pops se recostó en el respaldo de la silla y empezó a relatar la anécdota:

—Sara entró en el circo a escondidas una noche y se hizo amiga de un mono enjaulado.

—Pobrecito —dijo Sara, mirando a Adrienne—. Estaba muy flaco. Empecé a llevarle plátanos y mangos.

Pops se echó a reír.

—Y dos días después, cuando el circo dio su primera función y el mono debía actuar, vio a Sara entre el público, se desató y fue directo hacia ella. Entre tres hombres tuvieron que sacar al mono del regazo de Sara.

—Al público le encantó —comentó Sara, encogiéndose de hombros.

—Su madre recibió una carta que decía que Sara no era bienvenida en el circo Caldwell y Cannon, nunca más.

Todos rieron.

—Se supone que hoy hará más fresco —anunció Will.

Adrienne estaba aprendiendo a interpretar sus miradas. Will, por su parte, estaba calibrando si la pareja de ancianos podría para caminar varios kilómetros hasta el zoológico de Naples. Le lanzó una mirada inquisitiva a Adrienne. Ella notó su preocupación, y miró a Sara.

—¿No se cansarán?

Sara negó con la cabeza. Parecía haber rejuvenecido varias décadas; desde luego, no aparentaba casi ochenta años.

—No. Será maravilloso —dijo Sara, aplaudiendo.

—¿Y tú qué opinas, Pops?

Will dejó su café caliente frente a él.

—Me parece una excelente idea.

Adrienne asintió con la cabeza. Tenía un poco de queso cremoso en el dedo, así que se lo metió en la boca.

—Suenan divertido. No he ido aún.

El zoológico era el primero en la lista de sitios que visitarían. Era reconocido en todo el país por ser un excelente lugar para observar una gran variedad de animales y plantas. Pero el mantenimiento no estaba a la altura. Las tuberías tenían fugas, los pasamanos empezaban a pudrirse y la pintura saltaba con solo tocarlos.

Adrienne sonrió a Will, quien se mantenía inmóvil. No podía dejar de mirar el dedo de la joven, limpio de queso cremoso, pero aún cerca de su boca. «Ups». Adrienne se aguantó la sonrisa, y en los ojos de Will vio... hambre.

Fueron hasta el zoológico en el Mercedes de Will, charlando alegremente. Incluso consiguieron estacionar donde había algo de sombra de las plantas tropicales gigantes que demarcaban el perímetro. La taquilla se encontraba dentro de una tienda de recuerdos, y Will pagó la entrada de todos. Pops y Sara se acercaron a una caja llena de animales de peluche. Adrienne observó cómo el anciano rozaba la mejilla de Sara con un oso de peluche y se lo daba. Ella lo abrazó y luego se lo devolvió. Pops miró hacia los lados, la abrazó muy rápido y devolvió el peluche a la caja. Sara rio a carcajadas.

Al cruzar la entrada, Sara se detuvo y se puso la mano en el pecho. Detrás de ellos la gente esperaba.

—Dios mío, siento que estoy en una película: *Parque Jurásico*.

Adrienne tocó el hombro de la mujer mayor y dio un paso atrás.

—Espero que no haya dinosaurios que nos persigan.

Pops se acercó a ellas.

—No se preocupen, señoritas, nosotros las protegeremos.

El camino era sinuoso y la vegetación lo cubría todo, formando arcos verdosos y elegantes.

—Parece una selva tropical —comentó Adrienne, recordando la vez que visitó una en Belize.

Con una mano hizo visera para mirar hacia arriba, a la cima de los enormes árboles. Pops desdobló un mapa y lo estudió.

—¿Hacia dónde iremos primero? Hay mucho que ver.

—Tú eres nuestro guía, Pops —dijo Will cuando las damas se encogieron de hombros—. Tú controlas el mapa.

—No quiero perderme los monos. Son mis favoritos. —dijo Sara, señalando un letrero.

Pops la tomó del brazo.

—Si la dulce Sara quiere monos, iremos a ver a los monos. Pero nada de alimentarlos, ¿de acuerdo?

Will imitó a su abuelo y le ofreció un brazo a Adrienne, quien lo tomó y disfrutó de su calor y de su aroma masculino. Adrienne decidió que los hombres de la familia Bryant tenían algo especial. Aunque había muchas diferencias entre ellos, las similitudes eran impresionantes. Para empezar, la intensidad. Pops estaba concentrado totalmente en Sara. Ayer en el cementerio, Will había estado muy pendiente de Adrienne, besándola, empapándose de ella. Así lo había sentido la joven, como si ella fuese una bañera llena de agua caliente en la que él se había metido, invadiéndola pero saboreándola al mismo tiempo. Adrienne disfrutó al darse cuenta de que le gustaba sentirse saboreada.

Durante la mayor parte de la visita Will y Adrienne caminaron juntos, y se mantuvieron unos metros por detrás de Pops y de Sara, dándoles bastante espacio a la pareja para redescubrirse.

Pops se comportaba como un perfecto caballero, poniendo toda su atención en Sara. La tomaba de la mano o del brazo mientras caminaban. Incluso se adelantó un paso para dar un puntapié a una lata de refresco que estaba en su camino. Fue un gesto dulce e íntimo, como en una película. Y de tal palo, tal astilla. Will se comportaba igual de atento con Adrienne, y eso,

obviamente, lo había aprendido de William, el patriarca del clan Bryant.



Will se apoyó en una valla, concentrado en los leones y en Adrienne. Uno de los animales se estiró; sus patas y su lomo eran poderosos debajo del pelaje pardusco.

En dos meses sería el cumpleaños de Pops. Will quería que Adrienne participara en la planificación, pero su propia reticencia no lo dejaba decidirse. La veía tan inquieta como un gato montés y no quería que Pops sufriese otra desilusión. ¿Adrienne seguiría formando parte de sus vidas dentro de dos meses? Eso esperaba, pero no había forma de saberlo.

—Me parecen increíbles —dijo Adrienne, con los dedos entrelazados en la reja metálica—. ¿Sabías que las hembras son las que cazan? —Inclinó la cabeza para ver mejor a Will, y su cabello oscuro cayó sobre los hombros y la blusa de tirantes.

—Las hembras tienen las garras más afiladas —comentó él, observando las manos de Adrienne—. Suele ser así con la mayoría de las especies.

Ella le lanzó una mirada llena de maldad.

¿Por qué disfrutaba tanto atormentándola? No se había portado de esa forma desde que era niño. De hecho, no recordaba comportarse de un modo tan absurdo aun siendo un niño. «Pobre Will, siempre tan serio. Relájate, chico», le decía su padre.

—Hay una manada de leones en África capaz de cazar a un elefante —dijo Will, después de escuchar a un vigilante del zoológico explicando algunos datos. Cuando el hombre dejó los pedazos de carne cruda a los leones para alimentarlos, Adrienne tuvo que alejarse de la reja.

—¿Lo matan?

—Así es. Es la única manada conocida que puede matar un elefante adulto —contestó Will, apoyado en la reja—. Me lo contaron cuando estuve en África.

—¿Estuviste visitando a tus padres en Senegal?

Ella se volvió también, quedando casi frente a él. Cuando uno de los leones se levantó, Adrienne dio otro paso atrás a pesar de que había dos rejas que los separaban de los felinos. Él la abrazó de la cintura para protegerla.

—Por entonces estaban en Tanzania. Los visité una vez, durante el verano, cuando estudiaba en la universidad. Fuimos de safari.

Will la observó mientras ella imaginaba cómo sería un safari.

—¿Así de cerca teníais a esos animales, pero sin rejas? —Sonaba interesante pero demasiado aterrador.

—A mí me encantó.

—Seguramente te costó trabajo regresar a casa.

Will hizo un gesto con la cabeza.

—Al final del verano ya estaba listo para volver. —Will no quería entrar en detalles, pero era necesario hacerlo si pensaba pedirle ayuda a Adrienne con la planificación del cumpleaños. Había decidido incluirla en el momento en que la tomó por la cintura—. Me imaginé que regresarían a vivir aquí después de que muriera mi abuela, pero no lo hicieron. —No logró ocultar el desdén en su voz.

—¿No te parece bien que estén allí? —Adrienne pasó un dedo por la malla de la reja.

—Sé que su trabajo es importante, no me malinterpretes.

Ella usó el mismo dedo para acariciarle la mandíbula, desde el lóbulo de la oreja hasta la barbilla.

—Se nota que has practicado esa frase.

Will se encogió de hombros, o tal vez se estremeció un poco al sentir el suave contacto con su piel. Se preguntó si su dedo sabría a helado.

—A pesar de que lo sé, no significa que lo crea en el fondo de mi corazón. Aunque debería.
—¿Cuánto tiempo llevan allí?
—¿En África? Desde mi primer año en la universidad. Han estado en varios países del continente. Llevan once, casi doce años por lo menos.
—Es bastante tiempo. —Adrienne guardó silencio un momento para pensar—. Debe de ser muy gratificante su trabajo.
—Me imagino —balbució Will—. Se supone que iban a regresar a casa en unos meses. Ahora dicen que no pueden. Y dentro de poco será el cumpleaños de Pops...
—Oh —exclamó Adrienne, mirando a Pops y a Sara, que estaban sentados en un banco—. Debe de estar triste.

Will también se fijó en el hombre que era su héroe, en el más amplio sentido de la palabra. Pops abrazaba a Sara por los hombros. Con su mano libre señalaba los monos que tanto le gustaban a la anciana, enjaulados en una isla al lado de los leones. Will vio cómo la pareja reía con gusto mientras observaban a un mono de pelaje gris y marrón que daba una voltereta sobre la rama de un árbol.

—Él es demasiado bueno para decirles lo molesto que está.
Adrienne puso cara de tristeza. Will quiso quitarle la tristeza a besos, saborear sus labios carnosos. En cambio se concentró en el enfado que le provocaba su padre y su nulo esfuerzo por venir de visita.

—En fin, estoy planeando montar una fiesta para Pops y quería preguntarte si me ayudarías.
Adrienne lo miró con ojos brillantes. Su gesto de tristeza se tornó en una sonrisa que derritió el corazón de Will, lo dejó boquiabierto y lo sacudió de arriba abajo.

—Me encantaría. ¿Podemos incluir a Sara?
—Claro, pero quiero que sea una sorpresa. Pops nunca ha tenido una fiesta sorpresa.
—Debe de estar muy orgulloso de ti —dijo Adrienne, e inclinó la cabeza para descansarla sobre el hombro de Will, luego puso una mano sobre su clavícula. Se colocó de puntillas y le plantó un beso en la mejilla—. Me encantará ayudarte.



Adrienne trabajó como una posesa para terminar de colocar los zócalos del pasillo de la primera planta. Aún le faltaba lijar y pintar el zócalo de la planta baja, pero era un pasillo largo que no tenía ningún mueble para disimular, así que las imperfecciones se notaban mucho más. Cuando sonó el timbre estaba empapada de sudor.

—¡Ya voy! —gritó desde lo alto de la escalera.
Había invitado a Sammie para mostrarle la habitación lavanda, y para disculparse por haber estado tan ausente esos días.

Adrienne abrió la puerta de par en par y abrazó a su amiga.
—¡Qué bien que hayas venido! Pensé que estabas enfadada conmigo.
—¿Por qué? —preguntó Sammie, frunciendo el ceño.

—No te he llamado últimamente.
Sammie quitó importancia al asunto con un gesto de la mano y se dirigió a la cocina.
—Ay, por favor. Yo no soy de esas amigas dependientes que se ofenden si no las llamas cada vez que vas al baño.

—Gracias —dijo Adrienne, riendo—, creo...
—Pasé a buscarte el sábado.
—No estaba.
—Seguro que saliste con Will.
Adrienne asintió con la cabeza.

—Te estás habituando a él.
—Lo sé —dijo Adrienne—. Lo siento...
—Oye, deja de disculparte por tener una vida. —Sammie tomó a Adrienne de la barbilla y se la levantó—. Eso es lo que estás haciendo. Así que, por favor, no te disculpes por ser humana. Adrienne apretó los labios. Sammie se recolocó el vestido marrón y verde que llevaba.
—Me sorprende que me consideres tan superficial.
—No es eso. —Adrienne bajó la cabeza otra vez—. Es que realmente no he tenido una amiga cercana desde que terminé la universidad. Cuando intenté hacer amistades en Chicago, Eric se puso como loco. Sammie, sé que nos conocemos desde hace pocos meses, pero... creo que eres la mejor amiga que he tenido jamás. Sueno patética, ¿verdad?
Sammie sonrió.
—No, Chicago. Sufriste un matrimonio lleno de abusos en el que Eric era el centro de tu mundo. Él es patético. Tú eres genial.
Adrienne la abrazó, tomándola por sorpresa. Fue un momento incómodo, pero pasó.
—Aunque debo admitir que no tienes el mejor gusto para encontrar amigas.
Adrienne se echó a reír. Sammie, que normalmente era bastante seca, abrazó a Adrienne por los hombros.
—Tú también has sido una excelente amiga —admitió, dándole un pequeño empujón—. Y ahora háblame de tu Señor Maravilloso. Después me enseñas tu habitación lavanda.
Las dos mujeres se sentaron a la mesa de la cocina, que estaba llena de muestras de pintura. El siguiente proyecto de Adrienne sería la habitación principal.
—No sé qué decirte de él —empezó Adrienne, jugueteando con las muestras—. Todo ha sucedido tan rápido...
—¿Es alguien importante para ti?
Adrienne la miró antes de responder:
—Sí.
—¿Pero?
—Al principio se mostraba muy receloso conmigo. Y de repente esa sensación desapareció. Adrienne le pasó una muestra de pintura a Sammie, que puso cara de disgusto y la tiró a la basura.
—¿Crees que sus celos desaparecieron?
—Nunca quiere hablar del pasado.
Adrienne señaló otra muestra, color crema, casi mantequilla. Sammie puso cara de indiferencia.
—Entonces no le gusta hablar del pasado. ¿Y si ha estado en la cárcel?
Adrienne puso los ojos en blanco.
—No, nada de eso.
Sammie se encogió de hombros.
—A algunas personas les resulta más fácil concentrarse en el futuro. Si tienen problemas, mortificarse por ellos no les deja seguir avanzando. —Sammie tomó una muestra de pintura color verde oscuro—. Esta.
Adrienne se imaginó la habitación de color verde intenso. Prefería el tono de los ojos de Will.
—Tiene graves problemas con sus padres.
—Con franqueza te lo digo, Chicago, ¿no crees que la mayoría de la gente los tiene? —sugirió Sammie—. Básicamente, estás hablando de un hombre adulto que tiene problemas con sus padres y no le gusta hablar del pasado. Eso no me parece alarmante.
Pero Adrienne ya no la estaba escuchando. Su mente había viajado al pasado, a su matrimonio de cinco años con un mujeriego egoísta. No podía entender cómo había tardado tanto en notarlo.
—Eric tampoco hablaba del pasado. Si algo le dolía, lo ocultaba en el fondo de su corazón. El

problema con eso es que el corazón sigue sufriendo. Y entonces ese dolor salía y él se desquitaba con la primera persona que se encontraba.

Sammie la miró.

—¿Crees que Will es como Eric?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que no quiero pasar por una relación tan volátil nunca más. Nunca. —Rio irónicamente—. ¿Sabes?, cuando no hacía lo que Eric esperaba de mí, me decía: «¿No te das cuenta de los problemas que ocasionas?».

Sammie permaneció en silencio, dejando que Adrienne dejara salir su frustración. Adrienne se puso una mano en el pecho.

—Los problemas que yo ocasiono... —Sacudió la cabeza y sus ojos reflejaron tristeza—. Es lo que me dijo cuando le pedí el divorcio. No me dijo: «Te amo, cometí un error. Lo siento. Solo te quiero a ti...». No. Dijo: «¿No te das cuenta de los problemas que ocasionas?».

—Lo siento, querida —dijo Sammie—. Por lo que me has contado de Will, no creo que él sea así.

Adrienne miró a su amiga a los ojos.

—Tal vez sea demasiado pronto para decirlo.

—Y entonces, ¿cómo lo comprobarás?

—Con el tiempo, me imagino.

Sammie sonrió.

—¿Y vale la pena que le dediques tu tiempo?

—Eso espero.

Sammie se estiró y la tomó de la mano.

—Yo creo que sí vale la pena. Y por cierto, ¿cuándo podré conocer al Señor Ojalá Sea Maravilloso?

—Estoy planeando algo —respondió Adrienne, sonriente.

¿Will sería su Señor Ojalá Sea Maravilloso? Adrienne no estaba segura aún. Pero tenía esperanzas de que sí lo fuera.

Esperanza. Algo que había aprendido de las cartas de William era que nunca había que perder la esperanza. Así que cuando Sammie se fue, Adrienne buscó en la pila de copias y encontró su nueva carta favorita.

Enero de 1945

Querida Gracie:

A veces tengo miedo de olvidar tu bonita cara o tu voz. Parece que ha pasado una eternidad desde que te sostuve en mis brazos, desde que escuché el sonido de tus palabras. Cada noche cierro los ojos con fuerza. Recuerdo todos y cada uno de los momentos que hemos compartido. Aunque mi mente me falla, tengo esperanza. Es lo único que me da fuerzas, lo único que no me decepciona.

¿De qué manera se podría definir la esperanza? Es una fuerza que está presente en cada respiración, en cada latido de nuestros corazones. La esperanza es la flor que se niega a morir incluso en el más crudo invierno. La esperanza es el río que corre, que mueve la tierra y riega las orillas. Es una energía poderosa que llena cualquier recipiente y apoya en cualquiera que sea la lucha. No caeré en la desesperanza, Grace. La esperanza me mantiene en movimiento. Y aunque las dudas invaden mi mente, la esperanza me tiene cautivo. Soy su esclavo. Y al serlo, mi alma ha contraído una deuda con la esperanza que florece en mí. Espero que también florezca en ti.

Te amo,



Will condujo hasta la cafetería de Sammie; el viento de Florida entraba por las ventanillas y le revolvió el pelo. Hasta que conoció a Adrienne siempre usaba el aire acondicionado para mantenerse fresco mientras iba al volante, pero después de ver cómo ella apreciaba la brisa salada de la costa, empezó a apreciarla más él también. El olor a naranjos llegaba desde lejos y sabía que el viento debía de estar soplando desde la dirección indicada para llevar consigo el aroma a cítrico. Se le hizo la boca agua. Pero ver a Adrienne caminar sensualmente al entrar en la cafetería lo hizo salivar aún más.

Adrienne le presentó a Sammie, y después de algunos minutos de conversación amistosa, esta los condujo hasta una mesa en un rincón tranquilo para que pudieran estar a solas.

—¿Qué te parece una fiesta hawaiana? —dijo Adrienne mientras hojeaba una revista de cómo montar una fiesta.

Will dio un bocado a su sándwich integral de pavo y barajó la idea.

—Sí, a Pops le gustaría. ¿Cómo la hacemos?

—Eh... —Adrienne fijó su mirada en varios puntos de la cafetería—. Necesitaremos material de decoración, música y comida. Una vez fui a una fiesta hawaiana y usaron una canoa vieja como mesa para el bufet.

Él la miró fijamente.

—Espera, ¿has dicho «una canoa vieja como mesa para el bufet»? —dijo Will mientras Adrienne jugueteaba con un lápiz amarillo.

—Ya sabes, se llena el interior con hielo y se ponen las bandejas de comida encima. Tenía muy buena pinta. —Puso los ojos en blanco—. Claro que todo depende de que consigamos una canoa.

—Yo tengo un kayak que ya no flota bien. ¿Serviría?

Adrienne descansó su mejilla sobre un puño.

—Tal vez. Tendría que verlo.

—Eh, lo tengo en el garaje. ¿Podrías pasar más tarde? —A Will le encantaba esa situación. La conversación fluía fácilmente, los planes avanzaban, y acababa de surgir la excusa para pedirle que pasara por su casa más tarde.

—Claro, pero ¿no pensará Pops que es raro que estemos en el garaje?

Él se encogió de hombros.

—No, ya pensaré qué decirle. De todas formas ha estado ocupado con otras cosas últimamente.

Esto iba bien. Decidió no preocuparse más por la inquietud de Adrienne. Aun así, la sensación parecía estar desapareciendo. No la notó inquieta en el zoológico. En absoluto. Ambos sonrieron. Will decidió que era bonito tener a alguien como ella en su vida.

—Sara y Pops se pasaron hablando por teléfono toda la tarde. La llamó dos veces después de que yo llegara a casa.

—Es muy tierno verlos juntos —comentó Adrienne, jugueteando con la comida.

Había pedido un sándwich de ensalada de pollo, pero ni siquiera lo había probado. Con razón era tan pequeña. Casi no comía. A menos que fuera helado de galleta. Ese lo devoraba con desespero.

Adrienne dio un pequeño mordisco al cruasán.

—Y luego ella lo llamó una vez más. —Will observó la cara de Adrienne—. Me alegra verlo tan feliz. Me tenía preocupado.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Adrienne.

Luego dio un trago al batido de vainilla que le había preparado Sammie.

—No lo sé, pero parecía que pasaba más tiempo hojeando esos estúpidos álbumes de fotos y sus libros de la guerra. Me siento feliz de que finalmente pueda cerrar ese capítulo de su vida.

Adrienne tamborileó con los dedos en el filo de la mesa.

—No tiene nada de malo querer recordar el pasado.

—¿Quién querría recordar eso? Es deprimente y ya pasó. ¿Qué beneficio conlleva recordar el pasado? —De todas las personas en el mundo, ella precisamente debería entender eso. ¿Cuánto no habría sufrido en su terrible matrimonio? «¿Estará pensando en su exmarido todo el día? Tal vez por eso aún se la ve triste»—. Las personas tienen que aprender a soltar lastre —dijo en voz alta.

Las fosas nasales de su pequeña nariz se dilataron. Estaba enfadada. Y con ese gesto mostraba su enfado. Will no la había visto así antes.

—Esas cosas que llamas «lastre» nos hacen ser lo que somos ahora. Las buenas y las malas.

Así, enfadada, estaba aún más hermosa, los destellos dorados en sus ojos parecían lava candente. Ella se inclinó hacia delante.

—¿Me estás escuchando?

En realidad no la estaba escuchando. Le interesaba seguir por ese camino, así que en vez de responder, se comió una patata frita.

—No me estás escuchando. —Adrienne echó la cabeza hacia atrás y se alisó el cabello con la mano—. Cuando aprendemos de nuestros errores, nos hacemos mejores personas.

—Suenas sencillito viniendo de alguien que posiblemente vive más en el pasado que en el presente —«Oh, oh». No era su intención decir eso en voz alta.

Adrienne enarcó las cejas, lo que confirmaba que sus palabras le habían dolido. Apartó a un lado su plato.

—¿A qué te refieres?

—Te pasaste semanas leyendo las cartas de mi abuelo en vez de trabajar en tu casa. Da la sensación de que te olvidaste de tus labores para inmiscuirte en la historia de otra persona —dijo Will despreocupadamente, después de alzar los hombros.

Will veía fuego en sus ojos. Sabía que estaba pronunciando las palabras incorrectas, pero le encantaba ver cómo se encendía Adrienne.

—Para empezar, no dejé de vivir para sentarme a leer durante una semana seguida —dijo alzando las manos—. Eres bastante quisquilloso, ¿sabes? Y si quise leer las cartas, ¿qué tiene eso de malo? Realmente aprecio lo que Pops y sus compañeros vivieron. Esa guerra le dio forma a nuestro mundo.

Will tragó saliva. Ella se acercó más a él, envolviéndolo con su pasión.

—¿Conoces al menos algo de lo que vivió tu abuelo en la guerra, eh?

Él abrió la boca para responder, pero ella siguió hablando, impulsada por su indignación:

—¿Sabes que formó parte de una de las unidades más condecoradas de toda la guerra? ¿Sabías que se pasó semanas congelándose en los bosques de Bastogne? ¿Sabías que su compañía estuvo involucrada en todas las batallas principales del frente europeo? —Al decir esa última frase, golpeó la mesa con el dedo índice para enfatizar sus palabras. Por un momento lo miró como si nunca lo hubiera visto antes—. ¿Conoces a tu abuelo, Will? —O tal vez lo miraba como si fuera transparente.

Esa era una pregunta estúpida y no tenía derecho a acosarlo de tal forma. Por eso, se enfadó tanto como ella.

—¿Y tú crees que lo conoces porque has leído unas cartas?

Will había vivido con Pops casi cinco años. Claro que lo conocía. Sabía qué tipo de cereales le gustaba desayunar. Conocía los programas de deportes que le gustaba ver. Básicamente, se había criado en la casa de Pops, pasaba todos los veranos allí. Pops había ido a todos sus

partidos de béisbol cuando era niño, en la secundaria y en el bachillerato. Siempre había estado ahí, en la fila superior, de pie y animando a su nieto. Cuando Will era pequeño, todas las noches Pops le contaba historias increíbles sobre...

Will palideció por completo. Tuvo que desviar la mirada al sentir náuseas. «Pops me contaba historias increíbles sobre soldados en tierras lejanas...» Will intentó recordar y se le secó la boca. Él adoraba esas historias, amaba profundamente cada palabra de ellas. ¿Cuándo había dejado de contárselas? ¿Will se hizo mayor y perdió el interés? Intentó con toda su alma recordar un solo detalle de esas historias, pero no pudo. Solo quedaban sombras donde alguna vez hubo vida. Era como si quisiera recoger arena con una rejilla en mitad de una tormenta.

Por un momento Will recordó la pila de libros con la que Pops se había tropezado en su habitación. Los había trasladado a la biblioteca, y de nuevo vio la profunda tristeza que asomó en el rostro de su abuelo cuando lo hizo. Pero Pops cambió el gesto de inmediato y bromeó sobre lo fácil que le resultaría consultarlos en la cómoda biblioteca. Will no había prestado atención a los títulos. Francamente, no le importaban nada esos viejos volúmenes. Eran libros de historia. De la Segunda Guerra Mundial. Ahora lo entendía... Era la misma historia que él, con sus actos heroicos, ayudó a escribir.

Dejó a un lado el plato con el sándwich. Adrienne seguía callada, tan impactada como Will por su pequeño desplante. Unos chicos entraron en la cafetería; reían y bromeaban diciendo que habían visto un tiburón en la playa. Pero a Will no le importó. Él sentía que se había empeñado en darle un buen hogar a su abuelo durante cinco años.

Will respiró hondo y se desplomó en la silla. A pesar de que había intentado cuidar a su abuelo físicamente, había descuidado su bienestar emocional. Lentamente miró a Adrienne a los ojos. Ella tenía razón. Ni siquiera conocía a su propio abuelo.

Claro, sabía cuáles eran sus cereales favoritos, cómo prefería cocinar los huevos, las zapatillas deportivas que más le gustaban, los pájaros que le gustaba observar por la ventana. Sabía que no era fácil controlar a Pops, y si quería salir solo en la lancha, incluso de madrugada, lo haría. Pero no sabía mucho sobre la vida pasada de su abuelo.

Will se frotó la cara con una mano.

—Le causaba tanto dolor, que yo creía que era mejor que lo olvidara todo. —Las palabras salieron de su boca muy despacio. Luego añadió—: Eso haría yo si estuviera en su lugar.

Adrienne exhaló.

—Aunque el pasado sea doloroso, es bueno recordarlo. Así es como uno se cura.

Will se limpió la boca con la servilleta, la dejó sobre el plato y se levantó de la silla.

—Adrienne, ¿te importa si dejamos este asunto para otra ocasión? Lo siento, pero me tengo que ir.

Will estaba a punto de marcharse, pero ella lo tomó de la mano con firmeza.

—Will —le susurró—, nunca es tarde para conocer bien a las personas que amamos.

Adrienne lo había descifrado completamente. Will tragó saliva.

—Le debo eso, ¿verdad?

Ella dijo que sí con la cabeza y sus labios brillaron.

—No lo hagas por él. Hazlo por ti. Te estás perdiendo algo increíble.

Will sintió el impulso de abrazarla. Pero un solo abrazo, un beso en los labios, o solo sentir el cuerpo de Adrienne junto al suyo encendería en él un fuego que no podría soportar en ese momento. En cambio, le besó la mano. En el poco tiempo que habían tenido para conocerse, ella le había dado mucho. Sí, a veces actuaba de manera impulsiva. Algunas de las cosas que había hecho podrían haber salido mal y haber tenido consecuencias devastadoras. Pero por el momento solo sentía gratitud hacia ella, por haber aceptado un riesgo que la mayoría de la gente no se habría atrevido a afrontar.

Sin embargo, una vocecita en su interior le advirtió que la racha de buena suerte de Adrienne

podría llegar a su fin de un momento a otro.

Capítulo 15

Al terminar la cena, Will le preguntó a Pops si tenía medallas de la guerra.

A Pops casi se le cae al suelo el plato que llevaba al fregadero. Se volvió para atender a su nieto y observó al joven durante un minuto antes de hablar.

—Sí. —Una sola palabra cargada de precaución.

—¿Tienes muchas? —insistió Will.

—Las suficientes, creo —dijo Pops, moviendo el hombro.

Will asintió con la cabeza, ensimismado. Desde la mesa de la cocina podía ver la ventana de la sala de estar. La luz de los faros de un vehículo cruzó por la ventana.

—¿Podría verlas algún día?

Pops sonrió. Sus ojos se encendieron.

—Sí —respondió con voz temblorosa—. Me encantaría mostrártelas.

—Pensé que no te gustaba hablar de la guerra —le confesó Will. Se pasó la mano por el pelo—. Siempre he procurado evitarte la molestia.

Pops regresó a la mesa y se sentó.

—La única razón por la que no he hablado del tema es porque parece molestarte bastante. Siempre pensé que estabas en contra de la guerra, de cualquier guerra, por la razón que fuera. —Sacudió la cabeza—. Los jóvenes de hoy ya no aprueban las guerras.

Will se sintió culpable. Pops se enderezó en la silla.

—Pero no quiero guardar mi pasado en un cajón y fingir que nunca tuvo lugar. Estoy orgulloso de lo que hice. Estoy orgulloso de mi país. Vi con mis propios ojos la crueldad de Hitler. —Se perdió en el dolor de los recuerdos un momento, pero siguió adelante—: Mira a tu alrededor. Si no hubiésemos entrado en guerra cuando lo hicimos, quién sabe cómo sería nuestro mundo ahora. Este mundo. Tú disfrutas cada día de la libertad por la cual luché. ¿Qué honor más grande puede haber para un soldado que luchar por su propia familia? —Miró a su nieto con sus tiernos ojos azules—. Construí un mundo mejor para ti, Will. ¿Por qué querría olvidarme de eso?

Will asintió con la cabeza.

—Pero es que parece causarte mucho dolor cuando echas la vista atrás.

—Intentar cerrar una herida que no ha sanado solo consigue envenenar el cuerpo entero. Las heridas tienen que sanar a su propio ritmo. Deben respirar. —Su tono cambió ligeramente—. Will, a veces creo que tal vez a ti te cuesta trabajo afrontar las cosas dolorosas de tu propia vida. Ya sé que no es fácil hacerles frente directamente, pero no puedes meter todos tus problemas en un cajón y seguir adelante como si nada hubiera pasado.

Uno y otro sabían que se refería a los padres de Will.

—Lo sé. —Will intentó forzar una sonrisa—. Las heridas deben respirar.

Pops le dio una palmadita en la mano.

Sin embargo, aunque Will estaba de acuerdo con él, no estaba seguro de poder olvidar esa herida. Sus padres lo habían abandonado. No una vez, sino dos. Habían elegido a personas que no conocían antes que a su propia familia. Eso era imperdonable. De todas formas, si eso lo estuviese envenenando, ya se habría dado cuenta.

Dos horas después Pops se había ido a dormir y Will se encontraba sentado en el sillón de la biblioteca, rodeado no solo de los libros que tanto gustaban a su abuelo, sino también de todo un mundo que nunca había explorado. Se inclinó sobre el escritorio y tomó la pila de cartas.

Julio de 1944

Querida Gracie:

Ayer conocí a un héroe. Entonces no sabía que era un héroe, pero gracias a la decisión que él tomó anoche, sigo con vida. Se llamaba Samuel. Creo que era de Michigan. Él y su compañía aterrizaron cerca de nosotros, próxima a una ZS caliente.

La mayoría de sus compañeros lograron salir, pero un par de ellos no pudieron. Desde nuestra posición los cubrimos. Samuel se mantuvo pegado al suelo y entró en la trinchera conmigo y con Rusty. Habíamos estado de celebración porque a Rusty le había llegado la noticia del nacimiento de su hijo. Charlamos mientras luchábamos. Samuel era un excelente tirador. Mataba alemanes de un solo disparo en la cabeza a más de cien metros de distancia y no tardaba más de un segundo en recargar el arma. El enemigo estaba retrocediendo y pensábamos que la batalla había terminado, hasta que nos dimos cuenta de que nos habían rodeado. Nos llovían balas y granadas, así que tardamos un minuto en reagruparnos y saber hacia dónde disparar. En ese momento la vimos. Una granada que entró directa en nuestra trinchera. Samuel me miró a los ojos antes de saltar encima. No puedo plasmar en palabras el horror de lo que sucedió a continuación, pero como te he dicho, sigo vivo. Y Rusty también. El coronel de Samuel ya está escribiendo una carta a sus padres.

¿Qué tipo de alma poderosa habita en un hombre que hace que sacrifique su vida por la de unos desconocidos? No creo estar a la altura de los hombres que me rodean. Lo único que puedo hacer es rezar para que no los decepcione. Les hice una promesa interior a mis compañeros soldados: no los olvidaré nunca. Nunca olvidaré sus sacrificios. No hay otra forma de honrar a estos hombres. Les hablaré a mis hijos y a mis nietos de ellos. Les contaré sus hazañas heroicas, y al hacerlo, una parte de ellos vivirá para siempre. ¿Qué otra ofrenda les puedo dar?

William

Will dejó caer la carta despacio, absolutamente contrariado. Sintió un dolor profundo al leer la historia del sacrificio de ese hombre, el hombre a quien él debía su existencia. Pero le dolía más el hecho de que su abuelo no hubiera podido cumplir la promesa que se hizo a sí mismo y a sus valientes compañeros debido a la necesidad de su nieto.

—Lo siento, Pops —dijo en voz baja, aunque estaba solo en la biblioteca—. No volverá a suceder.

Will siguió sentado leyendo a la luz de una lámpara solitaria, hasta que no pudo más. A las tres de la madrugada le ardían los ojos y los tenía hinchados, incapaz de enfocar las letras. Había leído todas las cartas. Algunas hasta dos veces. Apagó la luz y la estancia quedó en penumbras. Subió las escaleras.

Todos esos años había convivido con un hombre que solo conocía a medias. Atravesó el pasillo lentamente y se detuvo delante de la puerta cerrada del dormitorio de Pops. Oyó su respiración lenta. Will puso una mano sobre la puerta.

Él siempre había sido un héroe para Will, en el sentido en que los abuelos son héroes para sus nietos. Pero Pops era un héroe también para su país. Había llegado la hora de que Will le mostrara gratitud.



Will hizo planes, pero los mantuvo en secreto. Ni siquiera le dijo nada a Adrienne. Simplemente les anunció a ella, a Pops y a Sara que era una sorpresa y que debían vestirse como si fueran a ir a un carnaval. Los tres habían especulado al respecto, pero no se habían acercado a la verdad. Will condujo hasta la casa de Adrienne, aguantando una amplia sonrisa. Si iba a conocer

realmente a Pops, quería hacerlo frente a frente, no por medio de cartas y fotografías. Desde el día en que mostró interés por el historial militar de su abuelo, habían pasado varias noches juntos durante las que Pops le había hablado largo y tendido sobre la realidad de la guerra. Pero Will quería más. Quería ver el arma que Pops había llevado, tocar el uniforme que había vestido. Quería ponerse un paracaídas e imaginarse lo que habría sentido al tirarse de un avión en territorio hostil. Claro, gran parte de todos estos anhelos tendría que imaginárselos, y la fantasía no era uno de sus fuertes. Sin embargo, el acto de la Fuerza Aérea sería el catalizador perfecto para dar inicio al proceso.

Era divertido tener un secreto. Los otros parecían disfrutarlo también, no solo la sorpresa, sino también la nueva actitud llena de asombro infantil de Will. Nunca se había prestado a juegos de ese tipo, aun siendo un niño.

Desde que Will cumplió tres años, había empezado a llevar consigo una billetera. Cuando cumplió doce, llevaba una agenda meticulosa. Cada Navidad pedía dinero. Cuando sus amigos del barrio querían hacer algo divertido y espontáneo, era Will quien ponía pegas y les advertía de los riesgos. Pronto dejaron de invitarlo a jugar.

Quizá por esa razón siempre había estado tan cerca de Pops. El problema era que su relación siempre había estado enfocada en Will. «¿Qué quieres hacer, Will? ¿Qué quieres comer? ¿Adónde quieres ir?» Pero ahora era el momento de igualar el marcador.

Los Bryant pasaron a buscar a Adrienne y Sara, y Will puso la dirección en el GPS mientras los demás se acomodaban en sus asientos. Las mujeres se sentaron detrás. Pops le sujetó la puerta a Sara, y Will le guiñó un ojo a Adrienne.

—¿Has traído algo de abrigo?

Adrienne levantó el brazo para mostrar una sudadera blanca con capucha.

—No creo que la necesite a menos que nos lleves unos mil kilómetros al norte.

—Esta noche puede refrescar.

—Entonces se trata de algo que nos llevará todo el día —aventuró Sara.

—¿Regresaremos tarde por la noche? —preguntó Adrienne mientras se ajustaba las gafas de sol.

—No lo creo. ¿Por qué? ¿Tienes una cita? —bromeó Will.

—Sí, de las calientes.

Aunque Will sabía que ella también estaba de broma, oculta detrás de sus enormes gafas estilo Hollywood, oírla hablar de citas calientes con alguien más le molestó, a un nivel más profundo de lo que creía.

—Con una brocha para pintar —agregó ella, haciendo volar su melena sobre los hombros.

—Entonces, seguro que puede esperar unos días.

Ella negó con la cabeza.

—No, tiene que ser mañana. Ya he alquilado las escaleras altas; mañana me las traen a casa.

Él la miró por el espejo retrovisor, preocupado.

—¿Tienes idea del calor que hará mañana?

—Estaré bien.

—Vaya, Adrienne —terció Sara a su lado—. William y yo cancelaremos nuestros planes con la lancha para ir a ayudarte.

Will apretó el volante.

—Eh, disculpad, ¿alguien ha oído lo que he dicho? Calor.

—Claro —dijo Pops—. Podemos salir en la lancha cualquier otro día. En vez de salir al amanecer para recogerte, Sara, nos quedaremos a ayudar a Adrienne.

—¡Nadie va a ayudar a Adrienne! —exclamó Will, suspirando de frustración—. ¿No puedes decirles a los de las escaleras que no, que las traigan otro día? ¿Y por qué quieres pintar tu casa? Parece que esté recién pintada.

—Los muros están recién pintados pero he decidido pintar las molduras, las ventanas y las puertas yo misma.

—Menuda idea estúpida. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas—. Si querías ahorrarte el dinero y hacer algo tú misma, ¿por qué no pintar las paredes? Esa es la parte fácil.

—Creo que estamos asistiendo a la diferencia entre hombres y mujeres —comentó Sara, entrelazando los dedos—. En mi opinión, pintar las molduras suena menos abrumador.

Pops carraspeó.

—No realmente. Es una casa de dos plantas. Con un montón de aleros en el tejado que la obligarán a mover la escalera cada tres metros... En esta ocasión, estoy de acuerdo con Will.

Sara se dio por vencida.

—Lo que he dicho, la diferencia entre hombres y mujeres.

Will puso el aire acondicionado lo más frío posible. Hacía bochorno dentro del Mercedes y empezaba a tener mucho calor.

—Nadie pinta en un día tan caluroso como lo será mañana. Es demasiado peligroso. Considerando el pronóstico del tiempo, seguro que puedes llegar a un acuerdo con los de las escaleras. ¿Los llamarás?

La mejilla de Adrienne tembló y dijo en voz baja:

—No es un tema abierto a debate.

Will no podía leer su expresión debido a las enormes gafas, pero la línea delgada de su boca sugería que no estaba dispuesta a que él cuestionara sus decisiones.

—Y no, no lo voy a cancelar. Si no avisas con más de veinticuatro horas de anticipación, se quedan el depósito.

—Entonces estás decidida a hacerlo, ¿sin importar el peligro? —dijo Will con desdén.

Desde el asiento trasero Adrienne se preparó para la pelea. Will lo notó por cómo había levantado la barbilla, y por sus hombros rectos.

—Absolutamente.

—De acuerdo. Entonces llegaré a las cinco de la mañana.

Ella frunció el ceño y sus cejas desaparecieron detrás de los cristales oscuros.

—¿Para qué?

—Para echarte una mano.

Adrienne inclinó la cabeza, como si jamás se hubiese imaginado que él se ofrecería a ayudarla.

—Pops, Sara y tú salid con la lancha, pasad un gran día, y después reuniros con nosotros en casa de Adrienne para cenar. Algo simple, tal vez pizza. Incluso podéis comprarla por el camino. Nosotros prepararemos té con hielo mientras pintamos. Seguro que hará mucho calor. Pops, mañana te dejo el Mercedes y yo me llevo tu camioneta, por si acaso necesitamos herramientas.

Adrienne abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que se le quedó abierta de tan confundida como estaba.

Al final, Will agregó:

—¿Te parece buena idea, Adrienne?

Ella cerró los labios.

Will levantó un dedo antes de continuar.

—Pero no podemos trabajar durante las horas más calurosas del día. Trabajaremos hasta las doce, y luego tomaremos un largo descanso. Por la tarde pintaremos hasta que el sol se oculte. ¿De acuerdo?

No esperaba que ella respondiese. Ni ella le decepcionó. Se quedó ahí sentada, con las gafas enormes mirando algo desconocido y pensando en las musarañas, como una modelo esperando a que alguien la fotografiase.

—Excelente, entonces eso haremos —concluyó Will.

Luego aflojó la presión contra el volante y encendió la radio para alegrar el viaje hacia Tampa, donde se encontrarían con el pasado de Pops.



Will no pudo evitar sonreír cuando vio a Pops bajar del vehículo y dirigirse a la base de las Fuerzas Aéreas donde tendría lugar la celebración militar. Desde el estacionamiento se podían ver los aviones formados en una fila. Al entrar les preguntaron si eran veteranos de alguna guerra. A Pops le dieron un emblema morado para que lo luciera en la solapa de su chaqueta.

—¿Cómo te has enterado de esto, Will? —preguntó Pops, cubriéndose del sol con una mano.

—En internet. Lo hacen todos los años.

Will sonrió. Había que estar pendientes de Adrienne y de Sara porque se paraban con cada avión, helicóptero y caseta de feria que tenían delante.

Una vez adentro, deambularon por las mesas llenas de recuerdos de diferentes guerras. Estaban representadas todas en las que habían luchado tropas estadounidenses, pero el grupo pasó la mayor parte del tiempo en la sección de la Segunda Guerra Mundial.

Había personal militar en cada área para responder a las preguntas y ofrecer información general sobre las muestras. En poco tiempo, el grupo llegó a la pista de aterrizaje, donde estaban formados cinco aviones y un helicóptero, todos ellos de libre acceso para el público. Cada uno tenía una mesa informativa y personal de apoyo.

Mientras Pops y Sara examinaban un Hummer, Will tomó a Adrienne de la mano y la llevó a un lado de la pista de aterrizaje, detrás de un hangar.

—¿Qué haces? —preguntó risueña.

Will la tomó por la cintura del pantalón y tiró de ella contra su cuerpo.

—¿Ya te he dicho que hoy estás impresionante?

—Hum, no que yo recuerde.

—Pues lo estás. Esos pantalones vaqueros son de infarto.

Ella parpadeó inocentemente.

—Eso no suena bien. Debería haberme puesto otra cosa.

—No, deberías llevarlos siempre. —Sus ojos verdes brillaron con picardía—. Pero..., ejem, si estás sugiriendo que te los quieres quitar, adelante, no te detendré.

De repente la atmósfera dejó de ser excitante. Adrienne le puso una mano en la mejilla.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —dijo Will, mirándola a los ojos, intentando entender por qué estaban tristes de repente.

—Nada. —Lo acarició con los dedos—. Nada en absoluto. Quiero recordar este momento. Es... hermoso.

—Sí que lo es. —Will deslizó sus manos con una lentitud agónica desde las caderas de Adrienne hasta la parte baja de su espalda, y la acercó aún más a él. Se humedeció los labios.

—Bésame —le pidió Adrienne, con un leve parpadeo.

—¿Qué? —¿Había oído bien? ¿O es que deseaba oír eso que tantas veces se había imaginado?

—Bésame, Will Bryant. No vamos a poder disfrutar del festival si no lo haces de una vez por todas.

Recibir esa orden de esa mujer hizo que Will sintiera una presión en el pecho. Por un brevísimo instante se imaginó despertando a su lado no una ni dos veces, sino todos los días. Esa mujer que podía sorprenderlo con una orden tan simple. «Bésame.»

Will posó sus labios en los de ella mientras le sostenía la nuca con la mano. El cabello suave y sedoso de Adrienne se enredó en sus dedos mientras ella invadía del todo su corazón.



Will estaba de pie debajo de las hélices de un helicóptero Apache que parecía una cigarra enorme que esperaba el momento preciso para comérselo. Siempre le habían parecido interesantes los Apache, pero ahora, con aquella enorme máquina delante, no podía ni imaginarse el ruido que debían de hacer esas hélices.

—El ruido invade cada célula de tu cuerpo —escuchó a su espalda.

Will se dio la vuelta y vio a un joven militar, en posición de descanso, pero que a Will no se lo parecía, mirando la siniestra nave. Sonrió.

—Me lo imagino. ¿Cómo has sabido lo que estaba pensando? —Will miró primero al soldado y luego al Apache.

—Fue lo que yo pensé la primera vez que lo vi.

Ambos hombres admiraron el poder que tenían delante. Will lo señaló con el pulgar.

—¿Pilotas uno de estos?

El joven asintió.

—Sí, señor. Soy el suboficial Roger Patterson —dijo adoptando el tono militar, sin rodeos pero con un orgullo evidente.

—¿Fuerzas Aéreas?

—Ejército —puntualizó Patterson.

—¿Y qué se siente?

El joven suboficial lo miró muy fijamente.

—Es como estar en el cielo, excepto cuando estás en mitad de un combate. Entonces es como estar en el infierno.

—¿Este aún se usa en combate?

—Acaba de regresar de Oriente Medio —respondió el joven soldado mientras asentía con la cabeza.

Will enarcó las cejas.

—¿En serio?

Había una guerra en curso. Pero la vida continuaba y a veces era fácil olvidarse de ello.

—Sí, señor. —Le hizo una seña a Will para que lo siguiera—. Aquí recibió unos impactos de bala. Nada demasiado serio. Pero al traerlo de vuelta a la base descubrieron algunos cables cortados, unos daños que no se arreglan poniendo un parche.

Will lo imitó y pasó la mano sobre los agujeros de bala. Patterson le dio una palmadita a la nave, como si fuera una mascota.

—Hasta que no determinen cómo y por qué se desgastaron los cables, está de permiso. —Señaló el morro del helicóptero—. ¿Ves esta torreta?

Era imposible no verla.

—¿Te refieres al cañón?

El joven rio.

—Sí, está conectada con el casco del piloto. Si el piloto gira la cabeza, la torreta gira en la misma dirección.

—Eso sería útil en la hora punta del tráfico —bromeó Will.

—Por eso no nos permiten llevármelos a casa, señor.

Will le dio un apretón de manos al joven soldado justo cuando llegaron Pops, Sara y Adrienne, quien acababa de comprarse una camiseta y una gorra de las Fuerzas Aéreas. Le agradeció al joven la información y caminó junto a Pops hasta la siguiente aeronave. Al final de la pista los esperaba un gran avión de carga, que hacía a los otros parecer diminutos.

Echaron un vistazo a los otros aviones antes de entrar en el C-47. Will primero se acercó al

imponente avión y luego tomó a Adrienne de la mano y tiró de ella hacia dentro. Al observar el interior de la enorme bodega cilíndrica se imaginó cuántos hombres habrían saltado de este avión. ¿Cuántos hombres habrían muerto después de salir de ese avión vestidos con uniformes de campaña? Pops ayudó a Sara a subir a la plataforma. Sus pasos sobre el suelo metálico hacían eco mientras avanzaban hacia delante, absorbiendo la historia del avión en silencio.

—¿Habías estado en un avión de estos antes? —le preguntó Will a Pops.

Su abuelo recorrió el fuselaje verde con la mano.

—Muchas veces.

Sus dedos huesudos examinaron los asientos, las redes, tocando cada parte como si las conociera.

—Este es un C-47. No es el avión más grande que existe, pero vaya si es efectivo. Las alas miden veintisiete metros, el avión tiene diecinueve metros de largo por cinco de alto. —Pops se acarició la barbilla y se quedó pensativo—. Es gracioso que recuerde las dimensiones... En fin, tiene capacidad para treinta pasajeros, o dos o tres jeeps. Déjame decirte que nunca olvidaré mi primer salto. Fue en la invasión de Normandía. —Caminó hasta la puerta abierta del avión—. Habíamos hecho algunos saltos de práctica, pero esa vez fue la primera real...

Sara se acercó a él, pero Pops estaba perdido en sus recuerdos mientras hablaba.

—El ruido del avión es casi insoportable, el aire sopla fuerte y hace que todo golpee contra el fuselaje. El viento no te permite respirar. Cualquier cosa que no esté sujeta se convierte en un proyectil en potencia. La puerta va abierta, y el comandante gritando: «¡Vamos, vamos, vamos!». Y saltas. Entonces escuchas el silbido del aire. —Sacudió la cabeza—. El ruido es tan fuerte que no puedes creer que solo sea viento. Y vas en movimiento, ganando velocidad a cada segundo que descendes hasta que tiras del cordón. De repente, todo se pone en silencio. Y ya no caes libremente. Flotas. Ves el suelo y tu corazón comienza a latir nuevamente. No sabes si alguien te vio saltar y sabes que es una ZS caliente.

—¿ZS? —le preguntó Adrienne a Will, confusa. Al igual que él, había visto la sigla en las cartas, pero no sabía lo que significaba.

—Significa «zona de salto» —le susurró de cerca.

Ella asintió. Pops alzó los hombros.

—Una vez que tocas el suelo, de inmediato te das cuenta de quién sabe que estás ahí.

Will se asomó por la puerta lateral.

—No puedo creer que hayas saltado de uno de estos. —Se volvió para ver a su abuelo—. ¡Saltabas de aviones, Pops! Yo no haría eso aunque supiera que iba a estar a salvo, y tú lo hacías mientras te disparaban.

—Tal vez no soy el más inteligente —repuso Pops, asintiendo.

—¿En algún momento pensó en echarse atrás y no saltar? —preguntó Adrienne, tirando de la camiseta de Will para que se alejara de la puerta.

Pops miró el techo del avión.

—Todas las veces. Especialmente en Normandía. —Paseó por dentro del avión—. Aquí iba sentado —dijo señalando un asiento a su lado—. Y ahí iba Rick, y luego Rusty, Eli, Baxter. —Dijo los nombres mientras señalaba con el índice—. Nunca volví a ver a Eli ni a Baxter.

Todos guardaron silencio.

—Íbamos a caer en territorio enemigo. No puedo explicar cómo se siente uno ante eso. Al aterrizar ya estás rodeado por el enemigo. La única esperanza es avanzar y cumplir el objetivo. Nuestra misión era destruir blancos estratégicos para minimizar el fuego de artillería sobre la playa. Si la invasión por mar fracasaba, no quedaba otra opción. Sabíamos lo que nos esperaba al aterrizar. —Se apoyó contra la pared situada cerca de la puerta—. El salto en Normandía fue el más difícil para mí.

Sara se acercó a él.

—Escribiste sobre Normandía en algunas de tus cartas. Cuando volvimos a casa, vimos los documentales de noticias sobre la invasión. —Sacudió la cabeza como si intentara olvidar ese recuerdo de hacía más de sesenta años—. Temía por ti.

Pops la abrazó por el hombro con ternura.

—Mi dulce Sara.

Cuando otro grupo de visitantes entró en el avión, Will salió y los demás lo siguieron. Pero observó a Pops detenerse en la puerta y mirar el fuselaje. Fue una mirada larga y significativa. Will sintió la emoción. Pops se estaba despidiendo por última vez.

Capítulo 16

Revivir los sonidos, los olores, fue algo bastante extraño para Pops. Había pasado más de medio siglo, pero aún recordaba el olor del equipo por estrenar, el golpeteo de las botas militares en el suelo y el ardiente sabor en la garganta que dejaba el combustible del avión que flotaba en el aire. Si cerraba los ojos con fuerza y dejaba volar su imaginación, era otra vez un recluta novato, esperando para ir a la guerra. Ansioso, capacitado y esperanzado.

Pasaron otros veinte minutos fuera del avión, y Pops les describió gráficamente varias batallas. Will estaba fascinado. Sara y Adrienne ya se habían cansado de las batallitas y habían ido a buscar unos refrescos, dejando a Pops y a Will solos al final de la pista.

—Recuerdo que me contabas historias de la guerra cuando era niño.

—Sí —dijo Pops con orgullo—. Cuando tus padres te trajeron a casa del hospital después de nacer, eras tan pequeño... —Pops levantó su mano con la palma hacia arriba—. Todo tu cuerpo cabía en mis manos.

Will sonrió.

Pops se miró las palmas. Si se concentraba lo suficiente podía ver y sentir el pequeño cuerpo de su nieto recién nacido.

—Tu padre y tu madre me dijeron que no debería contarle historias sobre la guerra a un bebé. Pero, de todas formas, lo hice.

—¿No les gustaba que hablaras de la guerra?

—No era eso, sino que no les parecía propio para un recién nacido.

—¿Por qué dejaste de contármelas? Cuando me contaste la última historia que recuerdo, debía de tener diez u once años —dijo Will, con la mirada clavada en los aviones. Pops también observó los seis aviones que estaban delante de ellos.

—Estabas creciendo. Ya no te interesaba *G.I. Joe*. Preferías historias sobre reptiles mutantes ninjas y el Hombre Araña.

—Lo siento, Pops. No sabía que las historias eran reales. No sabía que eran tuyas. —Will se agachó y recogió del suelo una pequeña concha, y jugueteó con ella—. Me habría gustado tener la oportunidad de escuchar muchas más.

A Pops no le gustaba nada el remordimiento. No quería que Will se sintiera mal.

—¿Seguro que no fueron mamá y papá quienes te prohibieron contarme las historias? —quiso saber Will, para ver si confirmaba sus sospechas.

Había que proceder con cuidado. Will casi nunca mencionaba a sus padres, y ahora lo estaba interrogando a fondo.

—No, ¿por qué piensas eso?

Will se encogió de hombros.

—No lo sé. Su misión en la vida es llevar paz al mundo.

Pops adoptó una posición severa, con los pies plantados firmemente en el suelo y las manos sobre la cadera.

—Tu padre y tu madre son soldados, como yo.

Will fingió una sonrisa.

—Está bien. Pero no quiero hablar de ellos hoy. Hoy es tu día. Siento que me he perdido una parte muy importante de tu vida. Ahora quiero que me lo cuentes todo, Pops.

La gratitud se hizo palpable y William se puso recto, contemplando los aviones con su nieto a su lado, recordando quién era. Era un hombre que había llevado una vida plena. Había tenido un hijo maravilloso y un nieto solidario. La mujer que alguna vez amó como a una hermana había regresado a su vida. Si muriese ahora, lo haría feliz. No solo feliz, sino realizado. Bastaría con que lograra reconciliar a su hijo y a su nieto, para que todo fuese perfecto.

Francamente, no entendía cuál era el problema entre ellos. Pero en los últimos años la actitud de Will hacia sus padres se había deteriorado. Claro, era normal que un padre y un hijo tuvieran sus diferencias. Pero las palabras y las acciones de Will sugerían un dolor profundamente arraigado que iba más allá de las dificultades normales entre padres e hijos. En varias ocasiones había intentado hablarlo con él, pero su nieto siempre rehusaba charlar de ello. Pensó en abordar el tema ahora, pero la expresión en la cara de Will lo detuvo. Ya estaba suficientemente preocupado hoy. Sin embargo, William rezó en silencio. «Quisiera volver a ver a mi familia al completo. Si no hoy, entonces antes de morir».

—¿Nos quedaremos a ver los fuegos artificiales? —preguntó Adrienne, emocionada. Ella y Sara habían regresado con unas limonadas y los cuatro se encaminaron al escenario donde la banda de música de las Fuerzas Aéreas estaba ensayando.

—Si Pops y Sara quieren —dijo Will, tomando el vaso.

Se sentaron. Adrienne sonreía y masticaba la cañita.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Will; notaba los labios de Adrienne hinchados y enrojecidos por la bebida fría. «Qué maravilla de limonada».

—Nada. —Parpadeó inocentemente—. Estoy preparando una sorpresa para Pops.

Will la observó con aire de sospecha. El presentador de la actuación empezó a hablar y Will no le prestó más atención a Adrienne ni a sus labios fríos y sugerentes. Bebió la limonada mientras el hombre hablaba sobre patriotismo y sobre Estados Unidos. Finalmente sacó una lista.

—Hoy contamos con la presencia de varios invitados a quienes nos gustaría dar un merecido homenaje.

Primero habló de un joven que acababa de volver de Afganistán, luego de un alto mando de las Fuerzas Aéreas, pero el siguiente nombre llamó la atención de Will.

—También nos acompaña hoy un miembro de la distinguida 101.^a Aerotransportada que estuvo en activo durante la Segunda Guerra Mundial. William Bryant fue un paracaidista que participó en todas las batallas principales de Europa, incluidas las de Normandía y Bastogne. William Bryant, haga el favor de ponerse de pie.

Por un momento Pops permaneció inmóvil; no estaba seguro de haber oído su propio nombre. Pero tanto Sara como Adrienne lo tiraban de los brazos para levantarlo. Pops se puso de pie, y de inmediato el público estalló en aplausos.

Con la boca abierta miró a su alrededor. En todo el estadio había gente aplaudiendo y animándolo. Pops alzó una mano para mostrar su gratitud. Pasaron dos minutos antes de que el público se sentara de nuevo, y el ruido disminuyó gradualmente. Pops, completamente mudo, se sentó.

Will observó a su abuelo. Primero palideció cuando le pidieron que se pusiera en pie. Vio cómo se colocaba una mano sobre el pecho, intentando no emocionarse demasiado. A Pops no le gustaban este tipo de atenciones, y ya era un hombre mayor.

El enfado de Will empezó como un ardor en el fondo del estómago. Más tarde, no dejó de observar a Pops mientras caminaban hacia el Mercedes.

El viento nocturno se arremolinaba y llevaba con él el aroma a perritos calientes y buñuelos. Will presionó el botón de las llaves y se encendieron los faros delanteros. Los caballeros ayudaron a las damas a subir al vehículo, y Will guardó las compras de Adrienne en el maletero. Caminó hasta la puerta del conductor. Cuando Sara y Adrienne ya estaban dentro, Pops dejó caer su peso sobre el maletero. Will corrió hacia él.

—¿Qué sucede?

Pops respiraba con dificultad.

—Me encontraba bien, hasta que escuchamos el concierto. —Sus tiernos ojos azules miraron a su nieto—. Lo siento, Will, he intentado mantenerme fuerte.

Will tragó y sintió un nudo en la garganta. Pops miró al suelo, apenado, y entrelazó los dedos.

—No quiero que me veas así. —Pero era demasiado tarde. Will comprobó lo frágil que realmente podía ser su abuelo—. Cuando dijeron mi nombre por el altavoz, fue demasiado para mí.

Sollozó en silencio, y Will sujetó a su abuelo con fuerza, ayudándolo a enderezarse.

Will sostuvo a su abuelo entre los brazos, sin importarle si era o no apropiado sujetar de ese modo a un héroe de guerra. Pops sollozó un par de veces, tenía los fuertes hombros hundidos por el peso de la pena. Y luego, tan rápido como empezó, dejó de llorar. El viejo sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se enjugaba las lágrimas.

—Soy un llorón —balbució mientras se limpiaba las mejillas.

—No —le aseguró Will—. Eres el hombre más valiente que conozco.

A pesar de que Sara y Adrienne habían observado el abrazo entre abuelo y nieto, ninguna quiso hablar del tema. Cuando Pops empezó a llorar, Sara tomó a Adrienne de la mano. Hicieron el camino de regreso a Naples en silencio.

Will ayudó a Sara a bajar del automóvil mientras Adrienne buscaba las llaves de su casa. Sara le dio a Pops un beso en la mejilla y se apresuró para llegar a la puerta de entrada. Cuando estuvo seguro de que ninguno de los ancianos le escucharía, Will le pidió explicaciones a Adrienne.

—¿Por qué hiciste eso?

Sorprendida, dejó de buscar y frunció el ceño hasta que se dio cuenta de que Will se refería a lo acontecido antes de que la banda de música tocara.

—Pasé por delante de una mesa donde preguntaban por los veteranos. Les hablé de Pops. Lo hice con la intención de rendirle honores.

Will miró hacia el Mercedes, enojado.

—Casi se desmorona. Debes ser más sensata con tus decisiones. El día ya ha sido bastante difícil para Pops. Se te olvida que tiene más de ochenta años.

Adrienne también miró el vehículo.

—Lo siento, no pensé...

—Pues la próxima vez intenta pensar.

Will regresó al coche y Adrienne caminó a la casa despacio. Una vez que su nieto estuvo al volante, Pops lo miró fijamente.

—¿Has discutido con Adrienne?

—Nada que no pueda manejar —contestó Will, conduciendo marcha atrás y deseando que el olor a flores de ella se disipara. Cuando llegaron a la calle principal, encendió la radio. La atmósfera se llenó de música suave, aliviando el silencio. Pops pasó un dedo por encima del asiento de piel.

—Escúchame, Will, quiero disculparme.

Will lo miró.

—¿Por qué?

Estaban dejando atrás Bonita Springs, y solo los alumbraba la luz artificial de las farolas y las tiendas. Pops siguió con la vista fija en el asiento.

—Por lo de antes. Debería darte una explicación.

—No, Pops —dijo Will con ternura—. No necesitas explicar nada.

—Pero lo haré. —El tono severo de Pops puso fin a la discusión.

Will lo miró rápidamente y entendió que su abuelo necesitaba decir lo que tenía pensado.

—Volver a casa de la guerra es mejor que un cumpleaños y Navidad juntos. —Sus labios arrugados se apretaron—. Por lo menos, eso creía yo. Me habían contado que algunas ciudades detenían toda su actividad para dar la bienvenida a los soldados que regresaban del frente.

Will le sonrió. Pops se limpió las manos en los pantalones.

—Puede ser romanticismo, pero yo esperaba... —Doblaron una esquina y se incorporaron a una carretera secundaria. Sin las luces de la calle, su conversación continuó iluminada únicamente

por el brillo antinatural del panel de mandos—. Verás, cuando llegué a casa nadie me dio la bienvenida. Nadie.

El corazón de Will cayó hasta su estómago, y agradeció que estuvieran casi a oscuras. No quería que Pops viera su expresión de horror. El viejo tragó saliva.

—Esta noche he sentido que recibía la bienvenida que tanta falta me hizo entonces. —Miró a su nieto—. Tal vez te suene estúpido, pero así me he sentido.

Will no podía respirar. Sus pulmones le negaban el oxígeno a su cabeza. Se preguntaba si algún día aprendería a cerrar la boca.

—¿Por eso reaccionaste de esa forma?

Pops sonrió.

—¿Te refieres a mi berrinche?

—No lo llamaría berrinche.

Pops le dio una palmadita al asiento.

—Lo que sea. Fue el final perfecto para una noche perfecta. Gracias, Will, por organizar todo esto.

Will no podía llevarse todo el mérito. En cambio, sí podía sentirse culpable por haber vuelto a regañar a Adrienne en vez de estarle agradecido. Se pasó una mano por el pelo y se tensó al pensar en que debería disculparse. Otra vez. Pops notó su preocupación.

—No te preocupes. Si has cometido un error con Adrienne, seguro que te dará la oportunidad de corregirlo.

Will sonrió y dijo secamente:

—¿Cómo sabes que he cometido un error?

—Eres el hombre. Los hombres siempre cometemos los errores.

—Las abejas tienen agujijones, ¿sabes?

—Por eso la miel es tan dulce.

—¿Vale la pena el dolor de la picadura? ¿Eso intentas decirme?

—Ya lo comprobarás por ti mismo.

Will suspiró. Sí, estaba atrapado en la órbita de Adrienne.

—Creo que tienes razón, Pops.



Sara y Adrienne guardaron silencio los primeros minutos dentro de la casa. Adrienne pasó de habitación en habitación, encendiendo las luces. Sara se notaba particularmente distraída.

—¿Todo bien? —le preguntó la joven a la anciana.

—¿Qué? Oh, sí. —Sara la siguió a la habitación lavanda.

—¿Cree que Pops se encuentra bien? —quiso saber Adrienne mientras metía una almohada en la funda.

Sara asintió desde la cama.

—Seguro que sí. —Después de arreglar la almohada de su lado, la colocó sobre la cama trineo que Adrienne había comprado para la habitación. La joven se aguantó un bostezo.

—Se ha vuelto a enamorar de él, ¿verdad?

—No —respondió Sara, abrazando la almohada.

—No la creo, Sara.

Adrienne se colocó el pelo detrás de la oreja y miró a la anciana.

Sara alisó la colcha con una mano.

—La verdad es que nunca dejé de estar enamorada de él.

Adrienne se sentó al borde de la cama.

—¿Qué futuro piensa que tienen?

—¿A qué te refieres? —preguntó Sara, sonrojada y parpadeando.

—No lo sé. —Adrienne alzó las manos—. Él siente lo mismo por usted.

Sara se sentó lentamente sobre el colchón.

—No creo que eso sea cierto.

—Por supuesto que lo es. —repuso Adrienne, dejando caer un hombro—. He visto cómo Pops la mira, cómo le sostiene la mano.

Sara se acercó a Adrienne para verla mejor.

—Cuando escucho su voz mi corazón se acelera. Mi sangre recorre mis venas a toda velocidad, pero...

—Pero ¿qué?

Sara se retiró el cabello de la cara.

—William no me mira a mí como miraba a Gracie.

—Eso no es verdad.

Sara echó un vistazo a la habitación.

—Lo es. Gracie era perfecta. Tenía la elegancia de un cisne, mientras que yo era más bien... —arrugó la nariz—, un patito feo y una torpe.

—Sara, no me la imagino como un patito feo y mucho menos como una torpe. Usted es una mujer muy elegante.

Sara le sonrió agradecida.

—En serio. Usted es hermosa en todos los sentidos.

—No en todos —dijo Sara en voz baja.

Adrienne sintió escalofríos, aunque no sabía por qué. Luego pensó en la carta. La nota de Grace que Pops había guardado. Le había querido preguntar a Sara al respecto, pero le había dado miedo. Ahora creía que tal vez la nota estaba ligada a la confesión de Sara. Había llegado el momento de ir al fondo del asunto.

—Sara, Pops guardó una carta de Grace. Es la última carta que recibí.

Sara miró el suelo.

—La leí —continuó Adrienne—. Sonaba... Sonaba como una mujer enamorada. Pero Pops la recibió poco antes de que Grace falleciera.

Sara se mantuvo en silencio.

—Me preguntaba si usted sabría algo sobre esa carta.

Sara se bajó despacio de la cama y empezó a caminar hasta llegar a la pared opuesta, donde tenía su maleta abierta. Buscó entre la ropa, respiró profundamente y se dio la vuelta hacia Adrienne con una pila de cartas en las manos. Adrienne parpadeó, intentando asimilar la idea de una nueva correspondencia aparte de la que había encontrado en la caja del desván, las cartas de William.

—Sara, ¿qué es eso?

—Grace nunca le escribió a William. Yo le rogué que lo hiciera, pero no quería.

Adrienne empezó a formarse una imagen borrosa del pasado. No le gustaba, pero ¿qué podía hacer ahora? Nada, solo seguir adelante y aclarar sus sospechas.

—Sara, ¿usted escribió las cartas? ¿Las cartas de Grace?

—Cada palabra. —Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla—. Fui deshonesto y malvado. Pero él había ido a la guerra por ella. Si se hubiera enterado de la verdad, tal vez no habría sobrevivido.

—Pero usted le dijo a William que Grace perdió el interés por él cuando se enteró de que usted estaba enamorada de él.

—Con el paso de los años se me hizo más fácil creer que había caído en manos de otro hombre por mi culpa. La verdad es que nunca tuvo intención de esperar a William.

Adrienne no era capaz de hablar, ni siquiera de moverse.

—Yo lo amé desde el primer día que me encontró llorando a la orilla del lago. —Sus pulgares acariciaron las cartas que sostenía—. Pero me enamore más y más al leer sus cartas. Crecí con esas cartas. Me convertí en mujer con ellas.

—Y le contestó a todas.

—Sí. Cada vez estábamos más unidos. Por medio de nuestra correspondencia compartimos la experiencia de la guerra, compartimos los recuerdos del hogar. Volqué todo mi corazón en esas cartas. Pero nunca revelé mi secreto.

—Y cada carta tuvo que firmarla con el nombre de Grace. Oh, Sara. —Adrienne se acercó a ella—. Lo siento tanto.

La anciana quiso esconder las cartas detrás de su cuerpo, pero Adrienne la tomó de la muñeca suavemente.

—Si usted escribió las cartas de Grace, ¿qué dicen estas?

Sara exhaló con fuerza.

—Son cartas que escribí pero que nunca envié. Las he tenido guardadas en mi escritorio durante años.

—¿El antiguo escritorio que está en su sala de estar? Noté cómo lo miraba de vez en cuando. Pensé que ahí guardaba un secreto, pero nunca imaginé que fuera esto.

Sara le ofreció el montón de cartas y Adrienne las tomó, sintiendo que tenía otro tesoro en sus manos. Notaba que pesaban, quizá por las tristezas antiguas. Adrienne no supo qué hacer. Si pudiera quemarlas y nunca decirle la verdad a Pops, sería lo mejor, aunque también lo más engañoso. Entendió que a Sara le pareciese fácil caer en ese engaño. La verdad era una bestia con garras afiladas.

—Anda, lee una —dijo Sara medio sonriendo.

Adrienne se quedó de piedra. Si leía aunque fuera una, se convertiría en cómplice del engaño. Sus dedos empezaron a sudar solo de pensarlo. Pero su corazón tomó la decisión que su mente no podía asumir. Sacó una carta del montón. Las demás las dejó encima de la estantería. Adrienne desdobló la hoja y leyó.

Querido William:

A veces me asombro de lo egoísta que soy. Me estoy ahogando lentamente, hundida en las arenas movedizas, y es solo por mi culpa. Las mentiras son cosas terribles. Siento que llevo una doble vida. En una soy, una hija atenta; en la otra, soy una amante secreta.

Si no fuera porque te amo tanto, dejaría esta farsa. Les diría a mamá y a Grace la verdad. Pero no lo haré. Hay muchas cosas en juego que dependen de mi habilidad para mantener estas dos facetas de mi vida separadas. Tal vez lo entiendas. Tú siempre has podido comprender lo que pienso y siento. Y tú eres el joven que se fue a la guerra siendo hijo de un mercader, pero regresa a mí como un héroe curtido por las batallas. Tu país honra tu sacrificio. Hasta en las calles los niños hablan de las hazañas de la 101.^a Aerotransportada. ¿Qué sentirías al respecto, sabiendo que tu yo verdadero —el poeta que yo conozco— debe ocultarse tras tu faceta de héroe? William, tú también llevas una vida doble.

Pero al final nos tenemos el uno al otro. Eso hace que valgan la pena los reproches que me mereceré en el futuro. Vale la pena toda la vergüenza que siento cuando mi madre y mi hermana me miran con sospecha. Tú vales la pena, William. Tienes mi corazón en tus dulces manos. Desde el día en que nos conocimos. Y si de mí dependiera, lo tendrías para siempre.

Tu amor verdadero,

Sara

No podía articular palabra. ¿Qué podía decirle Adrienne después de leer esa carta tan franca,

tan íntima, tan privada? Con una lágrima a punto de saltar, le dijo:

—Sara, tiene que decirle la verdad a William.

La anciana le arrebató la carta.

—¿Y luego qué, Adrienne? Ya me ha perdonado tantas cosas... ¿Cuándo se le acabará la caridad?

—¿Por qué no le dijo toda la verdad cuando lo vio por primera vez? —Adrienne no pretendía acusarla de nada, solo entender.

—Lo que hice es algo imperdonable. William escribió cosas tan íntimas, tan privadas en esas cartas... —Sara negó con la cabeza—. Cuando tuve la oportunidad de volver a verlo, no pude... Simplemente no pude. ¿Tienes idea de lo difícil que era escribirle mientras mi madre y mi hermana estaban en la otra habitación? Siempre me preguntaba lo que pasaría si me descubrían, lo que llegaría a hacerme mi madre.

—Pero Sara...

—No. Fin de la discusión. —Se volvió sin querer hablar más. Cuando finalmente miró a Adrienne por encima del hombro, tenía los ojos arrasados en lágrimas—. Al fin lo tengo en mi vida. ¿Sabes lo importante que es eso para mí? ¿Cuántos años he deseado esto, sabiendo que no había manera de que yo pudiera pasar mi vida con el hombre que amaba?

Adrienne se pasó una mano por el pelo. No convencería a Sara esa noche.

—Algún día tendrá que decírselo, Sara.

La mujer asintió.

—Por favor, ¿podemos hablar de otra cosa?

Adrienne inclinó la cabeza y dejó a un lado la intensidad.

—Como le iba diciendo, usted es hermosa en todos los sentidos.

Sara sonrió agradecida, y su acento sureño salió a relucir.

—Bueno, mamá me educó bien.

A continuación, tomó la almohada, se la colocó encima de la cabeza y caminó alrededor de la habitación con los hombros pegados al cuerpo y los dedos apuntando hacia fuera. Adrienne aplaudió.

—Bravo.

—Con gracia, querida —le dijo Sara a Adrienne cuando la chica tomó la otra almohada y se la puso en la cabeza. La almohada cayó—. Esto es demasiado fácil —dijo Sara. Dejó la almohada en la cama y tomó un libro de la estantería junto a la ventana. Lo dejó en equilibrio sobre su cabeza y caminó, cambiando de dirección con gracejo. De nuevo Adrienne intentó imitarla, riendo cada vez que tenía que sujetar el libro con las manos para no tirarlo al suelo.

Sara flexionó una rodilla y se agachó con elegancia a modo de saludo, y todo sin dejar que se cayera el libro.

—Mamá nos enseñó a caminar como damas, a sentarnos como damas y a bajar las escaleras como damas.

—¿Hay una manera correcta de bajar las escaleras? —Adrienne rio y puso los ojos en blanco—. Vaya, tengo mucho que aprender.

—Por supuesto —dijo Sara, orgullosa—. Debes mantener las rodillas juntas como si estuviesen conectadas. Pones una mano ligeramente sobre la barandilla, te mantienes erguida y flotas. Yo fui una gran decepción para mamá. —Inclinó la cabeza hacia delante y dejó que el libro se deslizara hacia sus manos. El libro de Adrienne se cayó solo.

—Todo ese entrenamiento debe de haberse quedado en su memoria. Tiene usted más gracia que cualquier mujer que haya conocido —le dijo Adrienne.

—Supongo que sí. Debe de haberse manifestado en algún momento, después de tener las rodillas huesudas llenas de heridas y antes de conseguir por fin el cuerpo femenino que siempre deseé pero nunca pensé que llegaría a tener. —Miró a un lado—. Gracie no tenía que

esforzarse en absoluto. La belleza y la elegancia eran connaturales en ella. Pero yo quería ser Cenicienta aunque fuera una sola vez. Solo que siempre estaba jugando en el charco de barro cuando mi carruaje llegaba.

Adrienne se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—William siempre me consideró su hermana menor —susurró, intentando aguantar el dolor que se reflejaba en sus ojos—. ¿Y si aún piensa lo mismo?

Adrienne negó con la cabeza.

—No es el caso. Yo lo veo, aunque usted no pueda. De todas formas —sonrió—, Cenicienta siempre se queda con el príncipe.

—¿Siempre?

Adrienne asintió.

—¿Y qué hay de tu príncipe?

Adrienne se mordió el labio inferior y se puso tensa.

—Por ahora, mi príncipe se está comportando como un sapo. —No quería pensar en él ahora. Había sido un día mágico hasta que...

—¿Como un sapo? —Sara apoyó un dedo sobre la barbilla—. Creo que un beso arregla eso.

—Prefiero besar a un sapo de verdad.

Sara bostezó, y Adrienne lo tomó como señal de que era momento de dejarla sola. Se dirigió hacia la puerta.

—Mañana tendrás la oportunidad de hacerlo temprano.

Adrienne se detuvo en seco. Lentamente se volvió para mirar a la anciana.

—No creerá en serio que vaya a venir, ¿o sí?

Sara mostró preocupación en sus ojos.

—Por supuesto que vendrá. Le preocupaba mucho que trabajaras sola con todo el calor. Las personas no te apartan de su lado solo porque se molestan contigo. Dios mío, Adrienne, no esperabas eso, ¿o sí?

No solo lo esperaba, sabía que iba a pasar.

Capítulo 17

Adrienne galopaba sobre un caballo negro brillante. Desde su posición podía ver el brillo de su negro pelaje aterciopelado, y sus poderosos músculos. Cabalgaba sin montura, y se sentía más conectada mentalmente al animal de lo que jamás habría pensado que sería posible.

Y juntos galoparon, a tanta velocidad e intensidad que el mundo entero, verde y hermoso, desaparecía a su espalda. La melena suelta de Adrienne flotaba al mismo ritmo que la crin del caballo. Ella observaba la escena como si se encontrase flotando en los cielos, pero al mismo tiempo sentía cómo se alejaba del mundo sobre su montura.

A lo lejos apreció una valla, y con ella una sensación de frío. Adrienne impulsó al caballo en esa dirección, pero este se detenía. La chica clavaba los talones en las costillas del animal, las cuales se expandían y contraían con cada respiración. Sin embargo, el caballo continuaba disminuyendo su velocidad mientras que el mundo de ensueño se cubría de nieve fina. Recordó Chicago y el frío tan intenso que parecía que jamás se disiparía. Cuando el caballo se detuvo repentinamente al borde de la valla, Adrienne descabalgó de un salto y corrió a la puerta, congelada por el frío. Intentó abrir el candado, pero no pudo. Sus pies ya no la obedecían. Miró hacia abajo y vio cómo la nieve y el hielo le trepaban por los pies y los tobillos, intentando cubrir sus piernas. Gritó y se sacudió, intentando liberarse.

Pum, pum, pum.

Miró a su izquierda, pero solo vio al semental cansado, y el vaho que salía de su hocico como nubes fantasmales que desaparecían en el aire tan blanco como la nieve.

Pum, pum, pum.

Se estremeció. Alguien estaba al otro lado de la valla, golpeándola, intentando derribarla. Con todas sus fuerzas hizo un último intento por liberarse de su gélida prisión.

¡Zas! Desorientada, trató de mirar a su alrededor pero todo estaba oscuro. Le dolía un costado. Tenía algo encima de la cabeza. Adrienne pataleó para deshacerse de la colcha y se dio cuenta de que se había caído de la cama al suelo. El sueño seguía fresco en su mente, así que apartó la colcha porque se sentía atrapada, como si fuera una telaraña.

Su reloj digital marcaba las cinco menos diez de la mañana. Se masajeó el costado y se sentó encima del colchón, intentando analizar su sueño. Montar a caballo, galopando... Todo era tan real y ella se sentía tan libre, tan viva.

Pum, pum, pum.

Casi se volvió a caer al suelo. Miró a la ventana y después otra vez el reloj. Apurada, salió del dormitorio corriendo, encendiendo las luces a su paso. Antes de abrir la puerta principal se echó un vistazo para cerciorarse de que estaba vestida. Llevaba una camiseta y unos pantalones deportivos.

Encendió la luz del porche y abrió la puerta con fuerza, y entonces se encontró con un Will sonriente. ¿En serio tenía la desfachatez de sonreír? Adrienne se llevó la mano a la frente de golpe.

—¿Qué haces aquí?

Will le tendió un ramo de flores silvestres, las favoritas de Adrienne.

—He venido a disculparme. —Ella se mantuvo estoica, con las manos cruzadas sobre el pecho—. Y también a ayudarte a pintar.

—Son casi las cinco de la mañana —le recordó.

Tres gerberas verdes en el centro del ramo llamaron su atención, pero se resistió a mirar a Will a los ojos. Él se encogió de hombros.

—Dije que llegaría a las cinco en punto.

Adrienne sacudió la cabeza y notó que tenía nudos en el cabello, pero no quiso deshacerlos.

—Pensé que estabas de broma.

Los ojos de Will se oscurecieron.

—Nunca bromeo con el trabajo.

A modo de mofa, le colocó el ramo delante de la cara y lo agitó, enarcando las cejas.

—Creo que tienen sed.

Ella tomó el ramo.

—Dámelas. Si sigues haciendo eso vas a romperles todos los pétalos.

Will se aguantó la risa. Ella dio media vuelta y fue a la cocina.

—No eres madrugadora, ¿verdad?

Ella se detuvo y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Pensé que venías a disculparte.

—Y eso he hecho, ¿no?

Adrienne apretó el ramo contra su pecho. Las gerberas eran ciertamente las flores más bonitas del planeta.

—No, has dicho que venías a disculparte. No has llegado a decir que lo sentías, ni has aclarado la razón por la que te estabas disculpando, ni por qué te diste cuenta de que debías pedir perdón.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—En absoluto. Si buscabas clemencia, también deberías haber traído chocolate. —Adrienne desapareció a la cocina.

—Entendido. Lo recordaré para nuestra próxima pelea.

Will se sentó encima de una mecedora de madera en la sala de estar. Adrienne asomó la cabeza por la puerta de la cocina y lo miró fijamente.

—¿Nuestra próxima pelea?

—Bueno, Pops lo llamó discusión. Pero mi madre siempre se refería a sus discusiones con mi padre como «peleas». En realidad, no conozco el nivel de seriedad de cada término. —La mecedora crujía con cada movimiento de vaivén—. Es una silla excelente.

Pero Adrienne no le prestaba atención, pensando en que Will Bryant había comparado su desacuerdo con ella, si es que así podía definirse, con las peleas que tenían sus padres. Eso caía dentro del ámbito de lo que hacen las parejas, y ella no era consciente de que ambos fueran pareja. Will se estaba sobrepasando en exceso. Dios mío, necesitaba un café.

Dejó las flores en un florero de cristal fino y preparó café recién molido mientras lo oía mecerse en la sala de estar. Ese hombre se había puesto demasiado cómodo en su casa, tanto que había elegido un lugar y se había sentado de inmediato. Y encima, le dolía mucho el costado.

—¿Estás bien?

Adrienne dio un salto cuando lo oyó desde la puerta. Will entró en la cocina y ella se volvió para mirarlo.

Will se fijó en la mano de Adrienne dándose un masaje en la cadera.

—He tenido una pesadilla.

—Ha debido de ser terrible si te ha causado tanto dolor que aún lo sientes.

—Me he caído de la cama cuando he escuchado... Me imagino que eras tú llamando a la puerta. Pero... —Adrienne se mordió el labio—. Creo que estabas en mi sueño, derribando una valla. —Lo miró y se mantuvo en silencio, intentando sacarle un sentido al sueño—. Sí, eras tú. El caballo no podía saltarla. Y el hielo y la nieve nos estaban consumiendo, íbamos a quedar presos ahí.

Will alzó las cejas.

—Congelados —susurró Adrienne—. Como la bella durmiente.

Will asintió con la cabeza, pero tenía una expresión de duda.

—¿Crees que los sueños tienen significado? —preguntó Adrienne.

—No. —Su respuesta monosilábica fue tan contundente que la chica parpadeó.
—¿Nunca?
Will se pasó una mano por el pelo.
—Espero que no.
—¿Por qué?
Aguardó varios segundos antes de contestar.
—Tengo una pesadilla recurrente sobre Pops.
Adrienne se recostó en la encimera de la cocina.
—¿Y qué sucede en él?
—Que muere. —La voz de William se hundió un poco al decirlo, al igual que el corazón de Adrienne—. En mi sueño es medianoche y él se va solo en la lancha. Intento detenerlo, pero no me hace caso. La barca encalla. No estoy ahí con él, pero en mi sueño lo veo como si lo viera desde una ventana. Pops se ahoga.
Adrienne soltó el aire de sus pulmones.
—Lo siento, Will. Estoy segura de que no significa nada.
Él intentó sonreír.
—¿Y qué hay de tu sueño sobre la valla y el caballo, y yo?
—No. Tampoco significa nada. No tienes por qué derribar ninguna valla. —Ahora se arrepentía de haberlo mencionado.
—Oye, me contrataste únicamente para pintar, no para derribar vallas.
—No te voy a pagar —respondió Adrienne sonriendo, mientras sacaba un par de tazas de la alacena.
De repente él estaba justo detrás de ella.
—Claro que lo harás. —La promesa de Will sonó gutural e hizo que la piel de Adrienne se le erizara desde las orejas hasta los dedos de los pies.
Ella sacó un cuchillo del cajón y se dio la vuelta.
—Sobre tu intento de disculpa...
Él levantó las manos, como si se rindiera, y dio un paso atrás. Pero antes de que pudiera decir nada, fue Adrienne quien habló:
—Estás perdonado.
Will apartó el cuchillo despacio con el dorso de la mano y se acercó tanto que únicamente un susurro los separaba.
—Gracias. —La besó en la frente.
De pronto Adrienne se vio reflejada en un pequeño espejo redondo que había al fondo de la cocina.
—Yo... necesito ir a cambiarme.
Él venía fresco, recién duchado y olía a jabón y a cuero, y ella olía a sudor después de sufrir una pesadilla. Salió de la cocina con prisas.
—Sírvete el café. Ahora vuelvo.
Se pasaron todo el día pintando y charlando, e hicieron dos viajes al almacén de madera en la camioneta de Pops. Adrienne se encargó de las ventanas y de las puertas mientras que Will pintaba los aleros por debajo del tejado. Y como suele suceder con el clima de Florida, unas enormes y pesadas nubes se acumularon a mediodía, ofreciéndoles a Will y a Adrienne el tiempo suficiente para terminar la tarea.
Will había traído una muda de recambio, así que ella le ofreció el baño para que se duchara y se preparara para pasar una velada divertida comiendo pizza y disfrutando de la compañía de Pops y Sara. La casa tenía un aspecto increíble. Adrienne notó que su corazón flotaba libre de preocupaciones. Se puso la mano en el pecho, inquieta por sentirse tan extraña al principio y porque esa sensación era muy rara en ella. Pero no era algo malo. Era... alegría. Ni siquiera la

reforma le había causado tanta alegría, pero en algún momento mientras ponía la mesa y pensaba en las anécdotas que contarían Pops y Sara de su día, esa sensación la invadió. Y no quería dejar de sentirla. Jamás. Adrienne se frotó el pecho a la altura del corazón, esperando que no fuera una broma pesada, que no se fuera a topar con una valla insuperable más adelante.



Sara y Pops no se separaron los siguientes fines de semana. Las actividades de la pareja normalmente incluían a Will y a Adrienne, aunque a veces la joven se excusaba de participar debido a sus labores de reforma de la casa. El problema era que cuando no los acompañaba, Will la echaba de menos. Demasiado. Aunque se veían con asiduidad entre semana para planear la fiesta de cumpleaños de Pops, Will necesitaba verla también los sábados y los domingos.

Únicamente faltaban cinco semanas para la fiesta. Pero cada vez era más difícil ocultarle a Pops los planes.

—Tal vez deberíamos hacer la fiesta en mi casa. —Adrienne se levantó de la silla del porche trasero y se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo. El calor de Florida los golpeaba sin piedad mientras trabajaban para construir una base para el kayak—. Por lo menos no tendríamos que transportar esta cosa —añadió, dando un puntapié a la pata de lo que usarían de base para servir la comida polinesia.

Will se levantó, apoyándose en Adrienne. La volvió hacia él mientras ella intentaba que el pelo no le fuera directamente a la cara. En su frente brillaban pequeñas gotas de sudor. Estaba muy guapa con sus pantalones vaqueros cortados, la camiseta manchada de pintura y las botas de trabajo. Llevaba un cinturón de herramientas colgado de la cadera, lo que resaltaba sus curvas.

—Sería más conveniente. Todo está aquí.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que será perfecto. Colocaremos todo en el porche de atrás, y clavaremos unas antorchas hacia la playa. Podemos poner unas sillas de playa extra por ahí. —Bufó desesperada cuando el viento le echó el pelo sobre la cara, otra vez.

Will le ayudó a retirarlo. Se acercó y la besó.

—Will, espera —dijo ella, esquivándolo—. Estoy sucia.

Will alzó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Podría usar muchas palabras para describirte, pero sucia no sería una de ellas. Vamos a nadar. —Señaló en dirección a la playa e intentó tirar del cinturón de herramientas para que ella se moviera.

—Tenemos muchas cosas que hacer —respondió Adrienne, sacudiendo la cabeza.

Will le desabrochó el cinturón y lo dejó caer sobre el entarimado.

—Ya lo sé. Pero necesitas probar el equipo de buceo que te traje. —Will lo había comprado la semana anterior en la tienda de submarinismo.

—¿Lo has traído? —preguntó Adrienne con una gran sonrisa en la cara.

Ah, ahí estaban. Los destellos en sus ojos que brillaban cuando ella se emocionaba. Esta vez sí logró besarla.

—Eso no es todo. También he traído un folleto con las clases de buceo. —Will colocó sus manos en las caderas de Adrienne.

—¿Qué? —Ella lo miró y parpadeó, embriagada por la emoción y la sorpresa.

—El dueño de la tienda de submarinismo, Ky, me preguntó si me interesaría echar una mano como instructor voluntario en el campamento Kalanu. —Will no pudo resistirse a empujarla contra su cuerpo mientras seguía hablando. Ella no se resistió.

—He oído hablar de ese lugar. Es un campamento para niños conflictivos, ¿verdad?

—Sí. El curso forma parte de un proyecto de la universidad, y muchos alumnos que tienen el certificado de buceo se ofrecen como voluntarios. Cuando me preguntó, accedí de inmediato.

—Qué espontáneo —le dijo Adrienne, guiñándole un ojo.

Él gruñó de nuevo, y se acercó aún más.

—En efecto. Pero ahora tienes una deuda conmigo.

Ella le puso las manos en el pecho.

—¿Cómo?

Will se inclinó hasta que sus frentes se tocaron.

—Toda esta espontaneidad... es por tu culpa.

Ella se relamió los labios.

—Te favorece. Deberías serlo más a menudo —dijo con la voz peligrosamente ronca.

—Está bien. —Con un movimiento veloz, Will la levantó en brazos y se encaminó al océano mientras se reía, pataleaba y suplicaba.

—¡Will, bájame! ¡No tenemos tiempo para esto! —Sin gran entusiasmo, Adrienne comenzó a golpearle en el pecho con los puños, pero se dio por vencida cuando entró en el agua—. Por lo menos deja que me ponga el bañador.

—De acuerdo —le concedió—. Yo sacaré el mío del maletero.

—Solo un rato, ¿de acuerdo? —dijo ella, mirando hacia el ardiente sol.

Adrienne regresó a la playa antes que Will, y volvió a mirarse el cuerpo, asegurándose de que el bañador estaba en su sitio. Luego se metió en el agua y se zambulló, con la melena flotando a su espalda. El agua salada es diferente del agua dulce. La sensación es distinta de la de nadar en una piscina. Tiene más sustancia y una flotabilidad que hace que uno se sienta que vuela. Antes de mudarse a Florida, Adrienne había pasado años sin ver el mar, y no estaba segura de que fuese a gustarle. Pero después de nadar en él la primera vez, fue como si se reuniera con un viejo amigo. Nadó un poco, dejando que los pequeños peces tropicales se acercaran a sus piernas. Observó cómo nadaban velozmente en el agua azul verdosa clara, con las escamas brillando bajo el sol. Como si fuera una niña pequeña, intentó pillar uno, y luego otro. No lo logró. Se alejaban de ella demasiado rápido, y regresaban momentos después para burlarse de su incapacidad para atrapar peces diminutos.

Se puso de pie cuando el agua le llegaba a la altura del pecho y una ola la golpeó. El agua le llegó hasta el cuello. Los hombros sobresalían a la superficie, perlados con pequeñas gotas de agua.

—¿Sabes cómo usar esto?

La voz provenía de atrás. Dio media vuelta y vio a Will acercándose con dos gafas de buceo en la mano derecha.

—No puede ser tan complicado, ¿no? —le dijo, intentando no fijarse en cómo el agua golpeaba el atlético cuerpo de Will.

Observó sus músculos definidos y gozó con la sensación que le causó. Una ola lo golpeó, y al retroceder la marea ella vio cómo pequeñas gotas se escurrían por su pecho bronceado y sus abdominales marcados.

Will le pasó las gafas y ella intentó ponérselas sin golpearse en el ojo con el tubo de respirar.

—¡Ay! —se quejó la joven cuando la correa de plástico se le enredó en el pelo.

Él la ayudó a desenredarse. Adrienne se dio por vencida.

—Está bien, tal vez sea más difícil de lo que parece.

—Ven —le dijo Will suavemente, acercándose lo suficiente para ayudarla a mantener el equilibrio dentro del agua.

Su rostro estaba tan cerca de ella, que sentía su aliento caliente en el cuello y el pecho. Adrienne estaba agradecida a las olas por distraerla de esa sensación, pero cuando Will habló,

volvió a sentir ese calor sofocante.

—Asegurémonos de que están bien ajustadas. —Will dobló la correa—. ¿Puedes respirar bien? Ella alzó los hombros.

—Inspira por la nariz suavemente. Si las gafas están bien puestas, habrá suficiente succión para que se mantengan en su lugar.

Ella siguió sus instrucciones y, por sorprendente que parezca, las gafas no se movieron cuando él retiró su mano.

—Ahora, haz como yo. —Le mostró la forma correcta de colocárselas sin arrancarse el pelo. Luego se llevó el extremo del tubo a la boca—. ¿Has entendido cómo va?

Ella asintió con la cabeza.

—Cuando una ola nos pase por encima —le explicó sin quitarse el tubo de la boca—, el agua va a entrar en la parte superior del respirador. —Will se echó a reír cuando los ojos de Adrienne se abrieron como platos del susto—. No te preocupes.

Sin embargo, el pánico la obligó a escupir el tubo de la boca y a ponerse de puntillas.

—En serio, no tienes de qué preocuparte.

Ella enarcó una ceja como respuesta.

—Está bien. Esta es la clase para principiantes. Cierra los ojos.

Se acercó a ella, tomándola suavemente de la cintura.

Adrienne se tensó de manera instintiva.

—Relájate —le susurró al oído—. Estoy intentando mostrarte algo.

«Seguro que sí». En contra de lo que le decía el sentido común, Adrienne permitió que la tensión se disipara de sus hombros mientras se mecían en el mar y el agua unía sus cuerpos aún más. El océano tiene su propio ritmo, y cuando logró controlar su respiración se dio cuenta de que ella era parte de ese ritmo. Sabía cuándo venía una ola, y se percató de que su cuerpo reaccionaba como si el agua y ella fueran uno. Vaya. Al final había encontrado su equilibrio marino, cosa que no había logrado en la lancha.

Will emitió un susurro casi inaudible por el ruido del viento y el agua.

—¿Ves?, así sabrás cuándo viene una ola. —Adrienne sentía el calor de sus manos en la piel—. Inhala antes de que llegue la ola. Si el agua entra en el tubo, exhala rápido y fuerte, y el agua saldrá de golpe por el extremo superior.

Con los ojos cerrados, Adrienne asintió con la cabeza. Notaba que las manos de Will la apretaban y la llevaban poco a poco a aguas más profundas. Como sus gafas ya se habían metido en agua, abrió los ojos. No podía creer que ese fuera el mismo mundo que había observado desde la superficie. De pronto el agua fresca le cubrió la cabeza y la introdujo en el silencio y la belleza del mundo submarino.

Nadaron un rato, y Will le señalaba con el dedo distintas variedades de peces. De vez en cuando el agua entraba por el tubo, pero la expulsaba de un soplo como toda una profesional, gracias a las instrucciones de su profesor particular.

Adrienne observó un pequeño pez que nadaba cerca de sus rodillas. Will le hizo una señal y le mostró que en la mano llevaba una concha de almeja. Con más señas le indicó que saliera del agua. Una vez que se quitó el tubo de la boca, Adrienne salió a la superficie, gritando con emoción.

—¿Has visto ese pez? ¡Era del tamaño de mi mano! —continuó describiendo todo lo que habían visto como si Will no hubiera estado a su lado.

Él no pudo contener la risa.

—Lo sé. —Estiró la mano con la concha de almeja. Adrienne la tomó, la examinó e intentó abrirla.

—Está pegada.

—Sí —dijo él, y se la quitó de la mano—. Ven, quiero enseñarte algo genial.

Con la respiración entrecortada, Adrienne volvió a ponerse las gafas de buceo y lo siguió bajo el agua.

Will forzó la concha y la abrió. En ese instante una nube de peces se abatieron sobre la pequeña concha y se comieron la almeja que estaba en su interior. Adrienne miró a Will con asombro. Después del banquete, muchos de los peces se quedaron cerca, igual de curiosos que los humanos. Nadaban hacia las gafas de Adrienne, la miraban a los ojos y luego se alejaban. Jamás había visto tal concentración de criaturas con semejante colorido. Poco a poco, Will sacó otra concha.

Con su mano libre tomó la de Adrienne y le puso la concha en la palma. Le sujetó la muñeca con firmeza para que no tirara la comida, ya que los pececillos le hacían cosquillas. Golpeaban y mordisqueaban su mano. Ella intentó retirarla pero él se lo impidió. Pronto se acostumbró a la sensación de los peces sacudiendo y empujando mientras devoraban el molusco con voracidad. Una hora después, Will y Adrienne estaban sentados en las escaleras del porche trasero, envueltos en grandes toallas. El sol pronto se ocultaría en el horizonte, y su descenso provocó un destello de colores vibrantes. El cielo azul claro se tornó púrpura oscuro, luego rosa profundo y finalmente amarillo anaranjado, todo un espectáculo de fuegos artificiales celestiales solo para sus ojos.

Will se levantó y prendió las antorchas del porche. Luego regresó a su lado.

—¿Tienes frío? —le susurró al oído.

Adrienne se acurrucó contra él.

—No, tengo bastante calor.

—Oye, quiero agradecerte todo lo que has hecho por nosotros.

Ella lo miró y le prestó toda su atención.

—¿A qué te refieres?

El atardecer era hermoso, pero Will también lo era.

Él se encogió de hombros.

—No puedo explicarlo, pero has hecho que mi relación con Pops sea aún mejor. —Miró en dirección al océano—. También me obligaste a que me analizara en profundidad, y no me gustó lo que encontré.

Will Bryant estaba creciendo y cambiando delante de sus ojos.

—Will, ¿te puedo preguntar por tus padres?

Pum, pum, pum, pum. Cuatro muros se alzaron entre los dos. Pero ella ya llevaba demasiado tiempo aguantándose las ganas de tener esta conversación. Esos muros no podrían detenerla.

—Escucha, sé que no te gusta que se queden en África. Solo quiero entender por qué.

El agua del océano se oscurecía poco a poco.

—¿Recuerdas tu último año en el instituto? —le preguntó Will.

—Claro —contestó Adrienne—. Todos lo recuerdan. Es nuestro último año de adolescencia. Todo lo que sucede, bueno o malo, se queda contigo porque es la última vez que lo vivirás.

—¿Sabes qué recuerdo tengo de mi último año? —Will no dejó que respondiera—. Recuerdo que mi padre y mi madre vendieron el ochenta por ciento de nuestros muebles. Recuerdo que se pusieron muy contentos cuando obtuvieron los visados. Recuerdo que se pasaban horas y horas aprendiendo una lengua extraña para comunicarse con desconocidos.

—¿Sentiste que para tus padres era más importante ir a trabajar al extranjero que tu último curso en el instituto? —Adrienne notó una brisa fría en las piernas y se envolvió más aún con la toalla.

Will la miró con intensidad.

—Creo que más bien fue un año entero de recuerdos de que, de no haber sido por mí, ellos se habrían ido a África mucho antes. Fue como una celebración que duró un año entero, celebraban que nunca más tendrían que hacerse cargo de mí.

—¿Estás seguro de que eso fue así? ¿Te lo han dicho tal cual?

—Algunas cosas no es necesario decirlas.

—Y algunas cosas se convierten en espantosos malentendidos si no se dicen.

Había tantas cosas que debería haberle dicho a Eric cuando estaban casados... Tal vez no se hubiera vuelto tan tirano.

—Lo sé —convino Will—. Pero es difícil mantener una conversación seria por teléfono vía satélite, con una señal horrible, a miles y miles de kilómetros de distancia.

Will cambió de posición para poder inclinarse hacia delante y descansó los codos sobre los muslos.

—He intentado preguntarle a mi padre por qué se fueron. Mis padres no son crueles por naturaleza. Sé que me aman. Pero a veces sus actos...

Adrienne asintió y lo abrazó. Ella también desvió la mirada al oscuro océano, donde el brillo de la luna se mezclaba con el de las antorchas y creaba chispas ardientes de luz. Se sorprendió a sí misma cuando tocó el rostro de Will con sus manos y lo hizo girar para verlo de frente. Había tanto dolor en sus ojos verdes. Se acercó para besarlos, pero se detuvo. De nuevo esos ojos. Quería quitarle el dolor. Quería ser la respuesta. Ser su respuesta. Dejó que la toalla cayera y lo besó. Fue un momento tierno. Él usó sus manos fuertes y cálidas para abrazarla y acercarla a él. Se sentía bien cuidada en sus fuertes brazos, más a salvo de lo que jamás se había sentido, y no le preocupaba ni la sal que cubría su piel, ni lo pegajosa que estaba, ni lo enmarañado que tenía el pelo. Porque Will... Will hacía que todo funcionara bien. No le importaba su apariencia, y eso resultaba liberador.

Adrienne subió las manos lentamente y las enredó en el cabello de Will. Se estaba resbalando hacia una piscina llena de dulzura. Y casi había llegado cuando él se separó del beso.

Al abrir los párpados, unos ojos verdes y hambrientos la cautivaron. Él le pasó un pulgar por los labios, pero el hechizo se había roto. Se estaba comportando como todo un caballero, igual que su abuelo. Will respiró hondo y suspiró temblorosamente.

—Eres la más hermosa y cautivadora de todas las mujeres con las que he salido.

Adrienne intentó calmar el tambor tribal que había reemplazado a su corazón, y optó por el humor. Si reaccionaba de otra forma, terminarían... Bueno, terminarían haciendo algo de lo que no estaba segura.

—¿Quién dice que estamos saliendo?

—Si no estamos saliendo, esto es totalmente escandaloso.

Will jugueteó con el cabello de Adrienne, que ya estaba seco por acción del aire.

—Necesito más escándalo en mi vida.

—Y yo —dijo Will en tono juguetón—. Veamos cuánto escándalo podemos conseguir juntos.

Will la tomó de las caderas y la acercó más. Ella se deslizó por el suelo y soltó una carcajada.

Adrienne le puso las manos sobre el pecho y abrió los ojos de par en par.

—Está bien, creo que no soy una chica escandalosa.

Will la besó en el cuello, en ese hueco debajo de la mandíbula.

—Podría corromperte —sugirió con un suave gruñido, y su aliento caliente le quemó la piel. Claro que podría—. Aunque... tenemos una alternativa.

—Tú ganas, tú ganas. Estamos saliendo —le concedió, y señalándolo con su dedo índice, añadió—: Pero solo para evitar escándalos.

Él le acarició la melena.

Había algo intenso en ese hombre que la enloquecía. Estaba lista para moverse y poner espacio de por medio, pero en cambio se dio cuenta de que se acercaba a su boca de nuevo. Él estaba perdido en su cabello y en la forma en que le caía sobre los hombros. Pero notó que Adrienne se aproximaba. Puso toda su atención en sus labios hasta que se besaron otra vez. Fue un beso profundo, y ella le acarició las mejillas.

Sin embargo, una vez más, se separó de su boca rápidamente. No se sentía cómoda tomando la iniciativa de esa forma. En absoluto. Pero Will tenía algo que la hacía sentirse a salvo, como si pudiera darse el lujo de asumir el riesgo. Como si tuviera que asumir el riesgo. Él la hacía sentirse fuerte, poderosa. Y el poder es algo bello... cuando no se abusa de él.

—No hagas eso —susurró Will.

—¿El qué? —logró decir ella. No reconoció su propia voz.

—No te avergüences por besarme.

¿De verdad que era así de transparente? Después de todo, no era su primer beso. Pero esta vez se había sorprendido a sí misma.

—No es eso, es que...

—Adrienne. —Will se levantó y tiró de ella para que se levantara también—. ¿Puedo confesarte algo?

—Lo que sea. —Sintió cómo los brazos y las piernas se desentumecían después de estar sentada tanto tiempo.

—Tengo miedo.

Ella frunció el ceño. Le pareció una confesión fuera de lugar viniendo de un hombre como Will. Fuera de lugar y cruda.

—Tengo miedo de lo que estoy empezando a sentir por ti.

Will le acarició los brazos.

—No voy a hacerte daño, Will. —Eso era verdad. Jamás haría daño a alguien intencionadamente, jamás le haría a alguien lo que Eric le había hecho a ella.

—No, no tengo miedo por mí, sino por ti. —Will sacudió la cabeza—. Sé que no tiene sentido, pero yo... te deseo. Más de lo que jamás he deseado algo. El problema es que soy un hombre muy resuelto. Y me preocupa que pueda ser demasiado egoísta y que no considere tus intereses antes que los míos. Siento que te llevo debajo de la piel, en la sangre.

¿Estaba diciendo que Adrienne le importaba demasiado? Ese no era un problema tan terrible, a menos que... No. No quiso pensar eso.

Will entendió su silencio y se alejó. Se apoyó en la barandilla y contempló otra vez el océano.

La luz de una antorcha iluminaba sus facciones. Adrienne intentó seguir calibrando el peso de sus palabras. Will acababa de decirle que le importaba tanto, que su propio egoísmo podía interponerse entre ellos. Si esperaba que con esa confesión ella se alejara, más bien estaba consiguiendo la reacción contraria. Su confesión significaba que él tenía la intención de controlar su egoísmo. Así que Will tendía al egoísmo, ¿y qué? Él era consciente de ello, y mejor aún, quería cambiarlo.

Adrienne se acercó a él, acariciándole la espalda y luego los brazos con las puntas de los dedos. De pie, apoyada sobre las puntas de los pies, miró hacia el agua oscura. No había nada que ver, así que recostó la cabeza en la espalda de Will y lo escuchó respirar.

Capítulo 18

—No sé qué opinar del sushi —dijo Pops, mirando todos aquellos ingredientes raros que Adrienne usaría para hacer rollitos de pescado crudo—. Pero el pollo huele delicioso.

—El sushi solo es un tentempié. Will me dijo que usted nunca lo ha probado.

Era martes por la noche, y Adrienne había invitado a Will y a Pops a cenar a su casa. Prepararía una cena asiática gourmet. Sara seguía viviendo en Winter Garden, aunque pasaba todos los fines de semana en Bonita Springs.

Pops usó un palillo chino para levantar un pedazo de sushi. Adrienne había asistido a clases de cocina cuando vivió en Chicago. Las noches entre semana sin Sara le parecían aburridas y sosas, así que había planeado esta cena con el objetivo de practicar sus habilidades culinarias con alguien que agradeciera el esfuerzo. Los Bryant eran las víctimas perfectas.

Cuando aún estaba casada, se había planteado la idea de estudiar para ser chef. Eric se rio de ella. Sus burlas aún le escocían. «¿Chef? ¿Para qué? ¿Para que le cocines exquisiteces al gato? Por favor, Adrienne, sé seria. Lo último que quiero en el mundo es una mujer cocinera.» Si Adrienne fuera una cocinera profesional, se enorgullecería de ello. Pensó en Leo y en la comida que servía, alimentando a tantas familias durante todos esos años. Era una profesión noble. Como muchas profesiones de las que Eric se había burlado. ¿Cómo había podido enamorarse de ese tipo?

Pops, todavía escéptico, se ayudó del dedo para empujar el alga marina.

—No lo he probado por una razón muy obvia. ¿El pescado crudo no lleva salmonela?

—Estos son rollitos California —dijo ella, sonriente, mientras ponía un poco de wasabi en el rollito terminado—. No llevan pescado —añadió cuando la expresión de Pops no cambió.

—Eso es bueno. De donde yo vengo, el pescado crudo se conoce por otro nombre.

—¿Cuál? —quiso saber Adrienne mientras se limpiaba las manos con el delantal.

—Lo llamamos carnaza.

—Qué gracioso, Pops.

Él señaló la pequeña pirámide verde.

—¿Eso es guacamole?

—No, es wasabi. Un rábano japonés muy picante.

—Pensé que te habías equivocado de continente.

Pops parecía más joven que cuando lo conoció por primera vez. Las maravillas que logra el amor. El patio trasero de la casa estaba iluminado por antorchas y la luz brillaba en las ventanas de vez en cuando, llamando su atención. Desde la sala de estar sonaba música suave que complementaba la atmósfera. El olor a pollo rustido con romero perfumaba la casa.

Adrienne revisó la bandeja del horno, levantando el papel de aluminio. Después abrió el refrigerador. Will se acercó por detrás.

—¿Qué buscas?

—Salsa de soja —respondió escudriñando igual que un mapache—. Creo que se me ha acabado.

—Puedo ir a comprar más —sugirió Will, buscando las llaves del Mercedes—. Pops, ¿quieres acompañarme?

El anciano miró a Adrienne, que seguía buscando en el refrigerador, balbuciendo algo sobre mostaza, mayonesa y ajo picado.

—No —dijo Pops—. Me quedaré aquí.

Cuando Will se marchó, Pops y Adrienne pasaron al porche posterior mientras esperaban a que el pollo estuviera listo.

—Adrienne, he estado buscando una oportunidad para hablar contigo.

A lo lejos una barca navegaba por el horizonte, y parecía que podría caerse del mundo si giraba en la dirección equivocada. Se volvió hacia él.

—Usted dirá, Pops.

—Aún no te había agradecido todo lo que has hecho por mí. Por nosotros.

—Me parece que soy yo la que ha salido beneficiada de todo esto —dijo ella, inclinándose hacia el anciano—. Ahora tengo unos amigos maravillosos.

—Todos te apreciamos mucho. —Sus ojos se entrecerraron—. Especialmente Will.

—Pops, ¿puedo preguntarle algo?

Él asintió.

—¿Qué sucedió entre Will y sus padres?

El anciano se encogió de hombros y meneó la cabeza. Sus ojos se llenaron de tristeza.

—Nada en realidad. Eso es lo más frustrante. Will es un chico fantástico. Y sus padres también lo son. En algún momento, las cosas se volvieron tensas.

—¿Podría hablarme más de ellos?

Él sonrió.

—Charles y Peg son personas normales que hacen cosas extraordinarias. ¿Sabías que están en Senegal?

Ella asintió.

—La zona donde trabajan tenía una tasa de mortalidad infantil del setenta por ciento.

Adrienne se puso recta.

—Eso es terrible.

—Sí —dijo él—. No tenían agua potable. Entre eso y las enfermedades, los niños no tenían ninguna oportunidad de sobrevivir. —Dejó que Adrienne procesara esta idea antes de continuar—. Comenzaron organizando primero equipos médicos, enviando doctores, enfermeras y personal auxiliar.

—Sí que parecen personas increíbles. Ojalá pueda conocerlos algún día.

—Seguro que lo harás. —Pensó por un momento—. Se supone que iban a volver a casa en un mes, pero no podrán hacerlo. Hay muchos problemas en ese país por el momento, pero... —Se frotó la barbilla—. No creo que hayan cancelado su regreso por esa razón.

—Entonces, ¿por qué?

—No lo sé. Solo sé que estoy consternado porque pensaba que sería una buena oportunidad para que Will y Charles se sentaran a hablar.

Adrienne le dio un apretón en la mano.

—Los milagros suceden —dijo, intentando que el anciano se sintiera mejor—. ¿Cómo puedo saber más sobre ellos?

—Hay mucha información en internet. También tengo fotos de ellos en la casa.

—Gracias, Pops.

—No, gracias a ti. Eres como nuestro ángel de la guarda.

—Usted es el ángel, Pops. —Pensó en su servicio en el ejército—. Me siento honrada de conocerlo, señor Bryant.

Esta última frase lo tomó por sorpresa, y se irguió.

—Yo también me siento honrado.

Adrienne observó cómo el anciano frotaba sus manos manchadas por la edad en los muslos, igual que hacía Will.

Pops le guiñó un ojo.

—Lo más importante en la vida son las relaciones personales. Lo demás es relleno. Y hablando de relleno, tal vez puedas rellenar esos sushis con algo más rico.

Adrienne se rio.

—Ay, Pops.

Se quedaron en el porche trasero hasta que los últimos rayos de sol se ocultaron tras el horizonte y únicamente las estrellas y las antorchas iluminaban su mundo.



Will y Pops se fueron a casa y Adrienne dejó los platos en el fregadero mientras buscaba una carta concreta. Cuando la encontró, se sentó a leerla en la mesa donde minutos antes había compartido la cena con los Bryant.

Octubre de 1944

Querida Gracie:

Esto que voy a decirte puede que te parezca extraño, pero le he estado dando muchas vueltas. Cuando regrese a casa y nos casemos, ¿cuántos hijos tendremos? Nunca hemos hablado al respecto. No sé si quieres una casa llena de niños, o solo uno o dos. ¿Prefieres niño o niña? A mí me haría feliz cualquiera de las dos opciones. Una princesa que se parezca a ti, o un niño con el que pueda jugar a la pelota y salir de pesca.

Mis compañeros y yo hablamos a menudo sobre nuestros hogares. No solo hablamos, sino que también soñamos. Soñamos con los ojos abiertos y los corazones desnudos. Soñamos en voz alta, Gracie, y aunque a veces nos burlamos los unos de los otros por muchas razones, nunca lo hacemos cuando hablamos de estas cosas. No hay nada de chistoso en que un soldado intente recordar su hogar.

Pensándolo bien, sí nos burlamos un poco de Rick. Él jura que se casará con Marlene Dietrich. Dice que la conoció en una ocasión en California. La actriz estaba resguardada bajo un toldo durante una tormenta. Dice que pasaron un buen rato esperando a que la tormenta pasara.

Me parece que eso hacemos todos, ¿no crees? Esperamos a que la tormenta pase.

Estoy listo para construir una vida contigo, Grace. Estoy listo para oír llorar y reír a nuestros bebés. Estoy listo para el olor a pan recién horneado en la cocina, el pescado friéndose en el sartén. Piénsalo, Grace; cuando todo esto haya terminado, construiremos nuestros sueños.

Un niño, creo. Sí, imagino que tendremos un niño.

Tu futuro esposo,

William

Adrienne se puso una mano a la altura del corazón. Pops había deseado tener un hijo desde siempre. Buscó su portátil en el armario. Lo había guardado ahí desde que se le llenó de polvo por las obras y tuvo que llevarlo a reparar.

Mientras se encendía, pensó en Pops y en el hijo que mencionaba en la carta, el hijo que sabría que llegaría a su vida, solo que resultó ser con otra mujer y no con Grace. Afinó su búsqueda dentro de África y escribió «Charles y Peg Bryant». La pantalla iluminó la cocina con un brillo cálido pero artificial, mientras observaba fotos de la pareja.

Will se parecía más a su padre pero tenía el cabello oscuro y ondulado de su madre. Eran una pareja atractiva y se notaban más vivos en las fotos donde salían junto con docenas de niños de piel y cabello oscuros. Adrienne analizó la escuela. Parecía estar hecha de cemento, las ventanas y la puerta no eran más que agujeros.

Le puso especial atención a las fotos que mostraban el depósito de agua y los habitantes de la aldea llenando todo tipo de recipientes con el líquido transparente. Una vez que llegó al final de la página, su sentimiento de bienestar desapareció. La preocupación asomó a su rostro cuando leyó: «La financiación para los proyectos de Charles y Peg Bryant se ha visto reducida. Esta

decisión se tomó en enero. Sin embargo, han continuado su trabajo sin interrupciones. Si desea donar dinero para esta causa tan importante, haga el favor de ponerse en contacto con nosotros».

¿Sería esa la razón por la que no podían regresar para el cumpleaños de Pops? Adrienne se llevó el dedo índice al labio inferior. Sabía que lo más sensato sería mantenerse al margen de este asunto. No debía involucrarse, Will se lo había pedido varias veces.

Adrienne miró los cajones de la cocina, imaginando lo que costarían dos billetes de avión desde África. De pronto contempló las muestras de granito que había dejado en la esquina. Soltó un suspiro largo y agonizante. Seguro que el granito no era el no va más. Se mordisqueó el labio por dentro. ¿De verdad quería granito, o lo había elegido porque estaba de moda? Ella conocía la respuesta. Siempre había querido una superficie de granito, desde que asistió a las clases de cocina.

Luchando con su decisión, Adrienne recordó algo que había leído una vez: «Cuando uno se encuentra con un acto de generosidad inesperada y extraordinaria, se ve obligado a ser igual de generoso, o más aún».

Enderezó los hombros, se sonrió y buscó «Compañías Aéreas Internacionales».

Después de obtener los precios de los billetes, buscó el número de teléfono y de inmediato estaba hablando con un representante de Peace Corps.

—Pregunto por una pareja que se encuentra en África. Se llaman Charles y Peggy Bryant. —Una vez que la pasaron con la persona indicada, Adrienne quiso saber cuándo se esperaba que la pareja regresara a Estados Unidos.

—Los Bryant no viajarán a Estados Unidos por lo menos en un año.

Adrienne escuchó a la mujer pulsar el teclado.

—En realidad, solicitaron viajar el próximo mes, pero el viaje se canceló por falta de fondos.

El corazón de Adrienne latió con más fuerza.

—¿Sería demasiado tarde en el caso de que aún quisieran viajar?

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Se refiere a si llegara una donación para cubrir el coste de los billetes? No es demasiado tarde, siempre animamos a nuestros voluntarios a que visiten sus hogares de ser posible.

—¿Hay alguna forma de hablar con ellos para saber si aún quieren venir?

—Sí. ¿Está usted interesada en donar dinero para el viaje?

—No, señorita —respondió Adrienne, mirando por última vez las muestras de granito en la esquina—. Me gustaría pagar el viaje completo.

Otro silencio, pero este más corto.

—¡E-es usted muy g-generosa! —tartamudeó la mujer—. Puedo contactar con ellos por correo electrónico hoy mismo.

Adrienne sabía que la operadora sonreía. Ella también sonrió, sintiéndose más satisfecha por su gesto de lo que jamás se sentiría teniendo una superficie de granito en la cocina.

Las dos mujeres acordaron hablar al siguiente día. Para entonces sabrían si los Bryant querían viajar.



La primera llamada de Peggy Bryant por la noche.

—Me gustaría hablar con Adrienne Carter.

—Sí, soy yo.

El zumbido suave le indicaba que era una conferencia. Adrienne había terminado de sustituir un trozo de madera podrida que había descubierto en la parte trasera de uno de los armarios de la cocina. Por eso tenía serrín en las manos y en el pelo.

—Soy Peg, Peg Bryant.

—Hola. —Sin darse cuenta de que dejaba un reguero de polvo al caminar, Adrienne se acomodó en la mecedora de la sala de estar. La misma en la que Will se había sentado a sus anchas. En realidad era una mecedora excelente. Toda su casa era excelente ahora que estaba llena de gente y de vida, de fiestas y de planes.

—Es como si ya te conociera, Peg. He visto fotos tuyas y de Charles en internet.

—Me encanta hablar contigo, Adrienne. Nos emociona mucho regresar a casa, y todo es gracias a ti.

Adrienne sonrió.

—Recibimos cartas de Pops a menudo. Habla de ti todo el tiempo. —Por el auricular se oyó ruido de interferencias, y durante un horrible segundo Adrienne pensó que la llamada se cortarían.

—Es una persona muy especial. Pero, francamente, desde que Sara regresó a su vida, me sorprende que me mencione.

Hubo una pausa. ¿Peg y Charles no sabían de la existencia de Sara?

—Lo siento, Adrienne, me he distraído un segundo. Sí, Sara. Habla mucho de ella también.

La línea siguió haciendo ruidos extraños. Adrienne apretó el teléfono con fuerza, como si de esa forma pudiera estabilizar la voz que llegaba de tan lejos. Peg siguió hablando:

—Básicamente, quería agradecértelo. Nos encantará conocerte pronto.

—Si os parece bien, me gustaría recogeros en el aeropuerto. No quiero arruinar la sorpresa para Pops... o para Will —añadió al final.

—¡Me muero de ganas!

—¡Falta poco! Gracias por llamar, Peg.

Adrienne colgó y esperó que las siguientes cinco semanas pasaran rápido. No planeaba decirle a Will que sus padres sí volverían.

Adrienne dio un respingo cuando sonó el timbre. No esperaba a nadie, así que se levantó, con una mano en el pecho, y se detuvo en la ventana para mirar quién era. Lo que vio la dejó estupefacta. Abrió la puerta de par en par. Lo único que veía eran gerberas. Detrás había un mensajero, pero lo único que veía eran dos brazos que aguantaban el ramo, y las piernas debajo.

—¿Adrienne Carter? —preguntó la voz con dificultad.

—¡Sí! —Antes de que él dijera más, ella tomó el ramo.

Las flores insuflaron vida a la habitación con sus tonos naranja vibrante, rojo profundo y amarillo sol. Adrienne las puso encima de la mesa de madera oscura que estaba al lado de la mecedora, su nueva silla favorita. Entre las flores encontró una tarjeta pequeña, que decía: «Para mi abeja».

Las había mandado Will. Adrienne no entendía su obsesión por las abejas. Solo esperaba que cinco semanas más tarde Will no acabara con una picadura.



—Creo que necesitas más flores —dijo Will al entrar en su casa. Miró a un lado y a otro—. Sí, definitivamente necesitas más flores.

—Me estás consintiendo demasiado. Acabaré por acostumbrarme. —Adrienne lo invitó a pasar y cerró la puerta, dándose la vuelta por si quería besarla. Se había convertido en un hábito. Él le dio un beso de los largos, sujetando sus caderas.

—Eso espero —replicó Will, robándole el aliento y dejándole las rodillas temblando. Con esas dosis de cariño tenía suficiente para rebajar la ansiedad que crecía día a día.

—Sírrete café. Tengo que limpiar la brocha con agua. Ahora vuelvo.

La joven subió la escalera casi flotando por culpa del beso, intentando no pensar en lo que la molestaba. La verdad era que Adrienne estaba indecisa. Por una parte, la emoción la hacía trabajar más rápido. Había reformado el baño de la primera planta con toques de colores vibrantes inspirados en diseños africanos. Charles y Peg llegarían pronto. Les escribía correos electrónicos casi a diario, pero ellos solo le contestaban una vez a la semana. No tenían un acceso tan fácil a internet. Ya habían hecho todos los preparativos para el viaje. Ella los recogería en el aeropuerto el viernes por la noche. Se quedarían con ella hasta el sábado, el día de la fiesta sorpresa. Ni Will ni Pops sabían nada; por lo menos, era un poco ordenada dentro de su locura. Tal vez Will reaccionaría con ternura ante la sorpresa. Tal vez no encontraría excusas para sentarse a hablar con su padre. Con un poco de suerte, mataría a Adrienne por entrometerse una vez más...

El agua se arremolinaba en la pila del lavabo mientras enjuagaba la brocha. Sabía que había muchas posibilidades de que todo saliera mal. Era una apuesta fuerte. Hasta el momento todos sus planes le habían salido bien, pero cada vez sentía que estaba más cerca de la guillotina. A pesar de que eso la asustaba, había algo que la asustaba aún más. La última vez que Will se enfadó con ella por entrometida, algo en su interior cambió. Era algo que no le gustaba del todo, pero que tampoco podía erradicar.

—Will no es como Eric —le susurró a su reflejo en el espejo.

Pero en lo más profundo de su corazón sabía que se le estaban terminando las oportunidades para demostrar lo contrario.

Más allá de esa terrible conclusión, su relación con Will iba muy bien. Se reunían regularmente para seguir planeando la fiesta, pero eso solo era una excusa para estar juntos. Ambos lo sabían. Estaban de acuerdo en todos los detalles —incluso en que Sammie sirviera la comida en la fiesta— y juntos esperaban el día del cumpleaños con ansias.

Adrienne bajó las escaleras alegremente y se encontró a Will examinando su lista de cosas pendientes para la fiesta. Por un segundo sintió pánico, pero luego suspiró aliviada cuando recordó que la otra lista la tenía guardada en un cajón; la lista de cosas por hacer antes de recoger a Charles y Peg.

—¿Te quedas a comer? —le preguntó a Will antes de quitarle la lista de las manos.

—Me gustaría. —Volvió a tomar el papel, lo dejó sobre el sofá y abrazó a Adrienne—. Solo he ido a llevar unos documentos a la sucursal bancaria de Bonita Springs. Y he pasado a saludarte. A ella le encantaba que él tuviera tantas ganas de verla que se escapara del trabajo para estar juntos.

—Casi ha llegado el día de la fiesta y Pops no tiene ni idea —comentó Will.

«Casi ha llegado el día de la fiesta.» Las palabras cayeron en su estómago y la quemaron como si fueran ácido.

Will entrelazó las manos por detrás de Adrienne.

—Bueno, creo que es hora de irme.

Soltó un largo suspiro, y cuando estaba a punto de apartarse de ella, Adrienne lo tomó de los hombros, echó la cabeza hacia atrás y lo besó en la boca.

Will se sorprendió por un instante, pero se acopló al profundo beso hasta que sus manos comenzaron a acariciar la espalda y el cabello de Adrienne. Finalmente se separó de ella.

—Si lo que intentas es deshacerte de mí, lo estás haciendo fatal.

Ella sacudió la cabeza.

—No, Will, no intento deshacerme de ti. —El corazón le latía con fuerza, y no solo por el beso. Debía decirle que sus padres vendrían. Ese era el momento. Podría ser su última oportunidad—. Solo que...

Él la tomó de la barbilla con el índice y el pulgar.

—Ya lo sé. Te encantaron las flores pero no estás acostumbrada a que te consientan

demasiado, ¿correcto?

Ella se tragó las palabras que debía haber dicho.

—Correcto.

Will le besó la punta de la nariz.

—Nos vemos el sábado.

Adrienne asintió y lo siguió hasta la puerta, sabiendo que si las cosas salían como ella temía, tal vez nunca podría volver a besarlo.



Cuando llegó el viernes por la tarde, todo estaba listo. Adrienne había recogido a Sara temprano y luego se había dado prisa en llegar al aeropuerto. Charles y Peg notaron los pequeños detalles que Adrienne había pintado en el baño. Charles comentó que la casa le parecía hermosa, e incluso abrazó a Adrienne. Tanto él como Peg eran personas cálidas, y le recordaron a su propio padre. Más tarde, las tres mujeres salieron al porche trasero, donde escucharon música suave y el sonido de las olas.

Sara se levantó de su silla y se despidió:

—Me encantaría quedarme despierta con vosotras, pero mañana será un día largo y necesito reponer fuerzas.

—Pronto me acostaré yo también, Sara —dijo Adrienne, dándole un apretón en la mano cuando la anciana pasó a su lado.

—Que descanse, Sara —dijo Peg.

Vieron cómo Sara entraba en casa.

—¿Qué se siente? —preguntó Adrienne mientras le servía una taza de té a Peg—. ¿Al vivir tan lejos de casa?

Peg dio un sorbo a la infusión. La luna danzaba sobre el mar.

—Al principio lloraba todo el tiempo.

Adrienne dejó lo que estaba haciendo y la miró directamente.

—¿De verdad?

Peg asintió y pasó una mano por su cabello oscuro y ondulado. Lo llevaba corto, apenas le alcanzaba los hombros si los levantaba. Tenía unas piernas delgadas y bronceadas, que ahora descansaban encima del taburete, cruzadas a la altura del tobillo. Se notaba que estaba cómoda.

—Estar tan lejos de Will fue muy difícil al principio. Me preocupaba por él constantemente.

Adrienne sonrió, imaginando lo que se sentiría; crear un ser que sea parte de ti y de la persona que amas, y mirar cómo crece. Por un instante recordó una ocasión en que vio a una niña pequeña caerse al suelo en un parque. Adrienne se fijó en cómo la madre le limpiaba las heridas, y enjugaba las lágrimas de la niña y las suyas también. ¿Qué se sentiría cuando se ama a alguien más que la vida misma?

—Pero ahora —continuó Peg—, cuando estoy allá, siento que estoy en casa. Y cuando regreso aquí, siento que estoy en casa.

A Adrienne le cayó muy bien esa mujer de espíritu dulce y tierno, con agallas de acero. De vez en cuando le brillaban los ojos y se parecía a Will.

—Will se parece a ti —dijo Adrienne cuando Peg notó que la miraba fijamente—. No lo noté en un principio, pero ahora lo veo.

—Yo no lo noto, pero la gente siempre nos lo ha dicho. —Peg se quedó pensativa un instante—. Se comporta igual que yo también.

—¿De verdad?

Ella asintió con la cabeza y sus ojos brillaron.

—Somos organizados. Somos planificadores. —Se estiró sobre la mesa y bajó la voz—. A diferencia de Charles.

Adrienne recordó que cuando los recogió en el aeropuerto, Charles caminaba de forma atropellada, arrastrando las maletas mientras Peg llevaba el mismo número de bultos pero caminaba con más gracia. Había extraviado la billetera, y cuando dio con ella ya no encontraba el pasaporte. Cuando lo encontró, se dio cuenta de que le faltaba el permiso de conducir. Una vez todo estuvo localizado, por fin pudieron marcharse. Y entonces, cuando llegaban al vehículo, había vuelto a perder la billetera. Todo esto, sumado a su afabilidad, hacía de él un tipo bastante adorable.

—Entonces, ¿los opuestos se atraen?

—En nuestro caso, sí. Lo adoro. Y además le gano al baloncesto —añadió al final—. Eso siempre es bueno para el ego femenino.

—Sois afortunados de teneros el uno al otro.

—Lo somos —dijo Peg, estudiando a su anfitriona—. También ha sido una bendición que entrases en nuestras vidas, Adrienne.

—Bueno... —respondió incómoda—. No sé si lo llamaría bendición.

—Yo sí —insistió Peg, solemne—. Las casualidades no existen. Todo sucede por una razón. No fue fortuito que entraras en la vida de Will.

Adrienne jugueteó con su taza, un poco incómoda todavía. Se preguntaba si todos pensarían lo mismo al día siguiente.

—Pops y Sara se han reencontrado por fin. Sin duda, eso es el destino —comentó Adrienne, después de pensarlo un momento.

Ambas se volvieron cuando la puerta de atrás se abrió. Charles asomó su rostro amable.

—Cariño, ¿has visto mis gafas de leer?

Peg lo tomó de la mano.

—Están en la esquina inferior izquierda de tu maleta.

Le dio un rápido apretón y le soltó la mano.

—¿Y mi agenda?

—En el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y mi cepillo de dientes...?

—En la maleta pequeña de color marrón.

Charles le sonrió, y con esa simple sonrisa comunicó tanto un «te quiero» como un «no sobreviviría un solo día sin tu ayuda». Adrienne entendió que esa mirada la reservaba para su esposa, y para nadie más. Cuando Charles volvió a entrar en la casa, Adrienne sonrió.

—Vaya, sí que eres ordenada.

Peg asintió.

—¿De qué estábamos hablando? Ah, sí. Iba a decirte que no olvides que todo esto puede ser también tu destino. —Al notar la gravedad de sus palabras, sonrió.

Peg hablaba del destino como si pudiera ver el futuro. Adrienne deseó poder pasar más tiempo con ella. «Aprovecha esta noche», se dijo a sí misma. «Mañana estarás despidiéndote de todos».

Capítulo 19

Sammie pasó temprano para dejar la tarta de cumpleaños. Regresaría una hora más tarde con el resto de la comida. Los invitados llegarían a mediodía, y Will planeaba llegar antes, sobre las diez. Adrienne se apoyó en la superficie de la cocina con tanta fuerza que le dolieron los dedos. Por enésima vez, miró el reloj de pared. Cada vez que la manecilla de los segundos giraba, sentía un nudo en el estómago. No estaba de ánimo para fiestas.

Debería habérselo contado a Will.

Suponía un terrible engaño que no podía disfrazarse de otra manera. Durante cinco semanas se había reunido con él para comer, sabiendo que sus padres llegarían, sin decirle nada al respecto. Intentó poner buena cara y confió en que todo saliera bien. A fin de cuentas, Will era quien más quería que sus padres vinieran. Estaba enfadado porque inicialmente habían cancelado la visita. Así que tal vez...

No. Se estaba agarrando a un clavo ardiendo. La reacción de Will no importaba, la clave era que ella lo sabía y no le había dicho nada. Iba a pagar un precio muy alto por eso. Miró el reloj una vez más.

El momento de la confrontación había llegado.

Adrienne apenas había terminado de recoger los platos del desayuno cuando sonó el timbre. Eran las diez y cinco. Se tomó un momento para prepararse mentalmente. Y justo en ese lapso, Peg abrió la puerta.

—¡Will! —gritó Peg mientras abrazaba a su hijo.

Adrienne se asomó por la ventana y vio cómo Will se quedaba inmóvil, con los brazos a ambos lados del cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar, mientras una sonrisa comenzaba a tomar forma en sus labios.

Peg señaló detrás de su hombro.

—Todo fue gracias a Adrienne —dijo alegremente.

Adrienne tragó saliva y se ocultó detrás de la pared.

—¿En serio? —dijo Will, mirándola.

Y entonces la sonrisa desapareció mientras lo hacía.

Peg lo agarró del brazo y lo sentó en el sillón, y empezó a hablar sin parar: del viaje desde África, que lo notaba delgado... ¿Estaba comiendo bien?

—No estarás sobreviviendo a base de café, ¿verdad? Ya sabes que debes comer tres veces al día para estar sano.

Adrienne apoyó la cabeza contra la pared, preguntándose dónde se habría escondido la mujer regia y majestuosa con quien había tomado el té. Peg ahora se comportaba como una madre exuberante que no paraba de hablar y, francamente, Adrienne deseaba que se callara y que el lío que ella misma había causado desapareciera por completo.

Escuchó desde la cocina mientras madre e hijo charlaban. Will estaba sinceramente contento de ver a su madre, eso era obvio. Se notaba en su tono de voz. Pero cuando se dio cuenta de que habían pasado diez minutos y ella seguía escondida en la cocina, entendió que nunca antes había estado tan asustada.

Adrienne se sobresaltó cuando escuchó a Peggy decir:

—Le voy a decir a tu padre que estás aquí. ¡Se muere de ganas de verte!

—Qué bien —dijo Will, intentando ocultar la tensión en su voz—. Iré a por las sillas que tengo en el maletero. —Y luego en voz alta agregó—: Tal vez Adrienne pueda ayudarme.

Entonces salió de la cocina a regañadientes y lo siguió, como el prisionero que camina hacia el patíbulo. El sol de media mañana le quemaba la piel. En vez de andar a su lado, Adrienne lo

siguió por detrás, para no ver su cara de enfado. Cuando llegaron hasta el Mercedes, Will se volvió y la miró fijamente.

—¿Pero a ti qué te ocurre?

Adrienne pensó que sus palabras la lastimarían, pero no fue el caso. Una gaviota voló por encima de ellos y su canto rebotó en los oídos de la chica. Decidió poner atención en eso; en el ave, en el cielo, en lo que fuera menos en Will. Había reaccionado exactamente como ella había temido. Exactamente como Eric habría reaccionado.

Al ver que no respondía, Will se encendió aún más.

—¿Desde cuándo sabías que vendrían? —Esperó solo un momento para preguntar de nuevo—: ¿Desde cuándo?

Adrienne decidió no mentir. Apoyó la cadera en el vehículo para ganar en estabilidad.

—Desde hace cinco semanas.

Will se echó las manos a la cabeza.

—¿Y qué? ¿Se te olvidó mencionarlo?

—Temía que te molestaras.

—¡Pues resulta que sí estoy molesto! —La miró fijamente con los ojos entrecerrados—. ¿En serio crees que cada vez que hay un problema puedes jugar a ser Dios y hacer que todo se arregle? Necesitas volver a la realidad. —Will tenía la vista puesta en la calle, como si no pudiera mirarla a la cara.

Pero en vez de sentirse herida, Adrienne se molestó. Estar molesta era una nueva sensación para ella, la llenaba de poder y la hacía sentirse bajo control. Colocó una mano sobre la barriga, donde la semilla del enfado había germinado y se había convertido en furia.

—Han venido a ver a Pops, y si no te gusta, lo siento mucho. Tú lo querías, ¿recuerdas? Estabas enfadado porque no acudirían al cumpleaños, y ahora lo estás porque han venido. Tal vez seas tú quien necesite volver a la realidad. —Todo esto lo dijo dándole golpecitos en el pecho con el dedo índice.

El rostro de Will se tiñó de desconcierto. Ella le había dado a probar de su propia medicina. Tardó un momento en entenderlo. Y segundos después, su confusión se disipó. Apretó la mandíbula mientras Adrienne lo miraba desafiante.

—Voy a comportarme por el bien de Pops. Pero no sé por qué no te das cuenta de los problemas que ocasionas. —Dio media vuelta, abrió el maletero y empezó a sacar las sillas.

Adrienne ni siquiera prestaba atención a Will. Las palabras que acababa de decir resonaban una y otra vez en su cabeza. «No te das cuenta de los problemas que ocasionas.» ¿De verdad le había dicho eso? Esas eran las palabras exactas que Eric le había dicho tantas veces.

Will ya estaba en el porche. Cargaba con dos sillas y arrastraba otra detrás de él. A esa distancia no la pudo escuchar, pero ella de todos modos, ella dijo en voz alta:

—No te preocupes, Will. No te causaré problemas nunca más.



Aunque se notaba una tensión angustiosa entre Will y Adrienne, la fiesta fue todo un éxito. Pops se emocionó al ver a su único hijo y a su nuera. Padre e hijo se reunieron y se abrazaron, y Pops tomó la cara de Charles entre sus manos, como si su hijo fuera un fantasma. Una vez que se convenció de que realmente estaba ahí, Pops lo abrazó nuevamente, y también a Peg, la nuera que tanto amaba. La estancia rebosaba emoción y nadie se dio cuenta de las miradas de reproche entre las dos personas que lo habían planeado todo. Adrienne se mantuvo alejada de Will, y él le devolvió el favor.

La casa y el jardín estaban decorados perfectamente al estilo polinesio, incluidas la música y las antorchas que delimitaban un caminito hacia la playa y el océano. Era, en pocas palabras, una

fiesta muy peculiar. Will deseaba poder disfrutarla mientras observaba la pequeña sombrilla que coronaba su copa. Luego miró fijamente el mar, que estaba en calma y solo mandaba pequeñas olas que acariciaban la orilla. Sí, le gustaría poder disfrutar de la fiesta. Sin embargo, decidió salir a dar un paseo. Al bajar del porche miró una vez más hacia la casa, donde Adrienne y compañía, es decir, su familia, estaban sentados juntos, riendo. Estaba furioso con ella, por supuesto. Pero tuvo que aceptar que estaba furioso consigo mismo también, lo cual le entristeció. Recordó la expresión en el rostro de Adrienne cuando él le dijo que no se inmiscuyera en sus asuntos. Primero se enfadó al igual que él. Pero después llegó un punto en el que dejó de mostrar reacción a lo que él le decía. Fue como un velo que cubrió su cara y borró de ella toda emoción. No podía recordar qué había dicho para causar semejante reacción. Pero la mirada era inconfundible. Adrienne había decidido algo, y se había desconectado por completo.

Eso le aterraba. Desde que la había conocido, se había convertido en un fenómeno en su vida, un fenómeno que disfrutaba y quería mantener cerca. Pero la chica tenía que aprender a no meterse en asuntos ajenos. Era un tema de confianza. Él no confiaba en la gente fácilmente. Y, por tanto, no podía confiar en alguien que abusaba de su confianza.

Escuchó la voz de Pops que llegaba desde el patio.

—¿Will?

Se volvió y vio la sonrisa en el rostro de su abuelo, y luchó contra el deseo de perdonar a Adrienne. Pops bajó las escaleras con una mano sobre la rodilla, y se acercó a él.

—Es un gran día.

Will asintió.

—Se te ve estupendo, Pops.

—Tener aquí a Charles y a Peg ha sido una excelente sorpresa. —Pops se agachó y recogió una concha bastante grande, que después lanzó al mar.

—Todo lo ha planeado Adrienne, sin contármelo... —Will tomó una concha de tamaño similar y la lanzó a las olas. Ambos se llevaron una mano a la frente para cubrirse del sol y medir la distancia.

—No puedes culparla por eso. Te pones muy gruñón cuando se trata de tus padres. —Pops lo miró de reojo—. Aunque parecías feliz de verlos.

Will respiró hondo.

—Sí, me he alegrado de verlos. Y también te veo feliz, Pops. ¿Sara tiene algo que ver?

—Sí, señor —respondió Pops, sonrojado.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? La amas, ¿verdad?

Pops metió las manos en los bolsillos, y Will oyó tintinear unas cuantas monedas.

—Sí, la amo.

—Y ella te ama a ti.

Pops frunció el ceño.

—La dulce Sara se enamoró de un adolescente. Ya no soy esa persona. Se enamoró del pasado. No se puede construir un futuro sobre un sueño resucitado.

Will se rascó la cabeza.

—Entonces, ¿la dejarás ir?

—No. Solo quiero asegurarme de que puede amar a un viejo.

Will le pasó un brazo por los hombros.

—¿Quién no amaría a este viejo?

—Vamos adentro. Estoy a punto de cortar la tarta. Afortunadamente no le han puesto velas, porque brillaría más que el sol.

Caminando hombro con hombro, regresaron a la casa con el sol calentándoles la espalda. Will no podía obviar la enorme alegría de Pops al recuperar a Sara en su vida. Adrienne

definitivamente había acertado en ese sentido. Will nunca había imaginado que Pops pudiese encontrar el amor otra vez. Al margen de cuánto podía llegar a enfurecerlo, Will no podía negar que Adrienne había logrado que esa relación fuera posible.



El reloj del horno marcaba los segundos que faltaban para que estuviera lista otra tanda de tartaletas. Adrienne miraba por la ventana distraídamente. El ruido de la fiesta parecía lejano. Alguien hablaba detrás de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Sammie.

—Sí —logró decir.

Su amiga le puso las manos sobre los hombros y le dio la vuelta.

—Eres una pésima mentirosa —le dijo sonriendo.

Adrienne asintió.

—¿Me ayudarás a aguantar el resto del día? Es insoportable. Es peor de lo que imaginaba.

Sammie entendió a su amiga.

—Por supuesto. Vamos. —Señaló hacia la sala de estar—. Pops quiere anunciar algo.

Adrienne respiró hondo, intentando deshacerse de su pesar. Ensayó una expresión de felicidad y se acercó a la sala, pero se quedó debajo del marco de la puerta.

Casi todos estaban de pie o sentados en la sala, donde el olor a pintura fresca había sido reemplazado por el aroma a comida. Los que estaban sentados habían apoyado los platos y vasos sobre las rodillas. Will y sus padres estaban en el sillón, y Adrienne solo veía sus cabezas por detrás. Eso era un alivio; por lo menos no tenía que verle la cara. Sammie le dio un apretón en el hombro, indicando que se acercara más, pero Adrienne plantó los pies en el suelo y no quiso moverse. Se quedó allí mismo, debajo del marco de la puerta de la cocina. Estaba dentro de la sala de estar, pero no formaba parte del grupo.

Observó la escena. Los invitados conversaban, reían, bromeaban. Se oía la bella cacofonía que acompaña a las reuniones familiares. Y todo sucedía en su casa, un lugar que hasta hacía pocos meses se caía a pedazos. El orgullo reinaba en la estancia. Esa casa estaba hecha para tener visitas siempre.

La voz de Pops atrajo su atención.

—Antes que nada, quiero agradecer a Adrienne por ser la anfitriona de esta maravillosa fiesta de cumpleaños.

Y le hizo un gesto cómplice. Cuando aplaudió, el resto de los invitados lo secundaron; todos menos Will.

—Y a Sammie, por la comida más rica que he comido en mucho tiempo. —Pops se quedó pensativo un momento—. Es mi fiesta, así que espero que no os moleste escucharme.

Todos sonrieron. Charles alzó la voz:

—Adelante, papá.

Peg dejó la taza de café encima de la mesa y tomó la mano de su marido. Pops se rascó la nariz.

—Soy un hombre viejo. Sobreviví a una guerra, enterré a mi esposa y he sufrido tristezas. —Parpadeó varias veces, y la sala se mantenía en un silencio tan absoluto que casi se podían oír los pestañeos—. Pero cuando miro alrededor de esta habitación, siento que soy el hombre más afortunado del mundo. —Miró a Sara—. Y siempre he creído que la vida debe vivirse. No es un deporte de espectadores. A mi edad la vida aún tiene mucho que ofrecer.

Sara asintió con la cabeza. Él sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón.

—Hace unos sesenta y tantos años, conocí a dos jóvenes mujeres hermosas, Grace y Sara.

Adrienne miró rápidamente a la anciana. Notó cómo la mujer empezaba a ponerse tensa. Mientras observaba a los dos ancianos se preguntaba por qué Pops habría mencionado a

Gracie, especialmente ahora, sabiendo que Sara se sentía responsable por la muerte de su hermana. Sara intentó sonreír, pero estaba temblando. Jugueteara con los dedos y estaba sentada con la espalda totalmente recta. Llevaba el cabello peinado a un lado, y tenía las piernas elegantemente cruzadas a la altura de los tobillos. De no ser por el aire de aprensión a su alrededor, parecería que posaba para un retrato.

—Esa Sara —Pops sacudió la cabeza— era explosiva. La dulce Sara no le temía a nada. Y espero que aún sea el caso, porque...

Todos aguantaron la respiración mientras Pops cruzaba la habitación y la tomaba de la mano.

—... porque quiero pedirle que se case conmigo.

Sara se alisó la falda sin dejar de mirar a William.

—Yo...

«Sara, esto es lo que quieres. Una oportunidad para pasar el resto de tu vida con el hombre que amas. No la desperdicies a causa de unas viejas cartas».

Pops inclinó la cabeza aguardando la respuesta.

Nadie se movió. Todos esperaban que Sara respondiera. Adrienne apretó los dientes. «Por favor, Sara. Por favor».

—Yo... no puedo. —Agitó la cabeza con vehemencia, como si sus palabras no fueran suficientes—. Lo siento, William... —Se le quebró la voz.

Pops retrocedió un paso, estupefacto, mientras Sara se levantaba y subía las escaleras con prisa, aferrada a la barandilla. El sonido de sus pasos era el único que se oía en la casa, hasta que Pops suspiró con tristeza.

Los segundos pasaron. Cuando Adrienne miró a Pops, Will estaba a su lado, sosteniendo por los hombros al anciano. Se fijó en que Will tenía los ojos ardientes de furia. Ella se recostó aún más en la pared, deseando poderla atravesar.

Pops se frotó la cara.

—Esto no ha salido como yo esperaba.

Cuando Adrienne vio que el anciano apretaba los labios luchando por que no le brotaran las lágrimas, se acercó a él.

—Pops, Sara solamente...

Will levantó la mano y la sujetó del brazo con firmeza.

—Ya es suficiente, Adrienne —le dijo en un gruñido.

Ella se apartó de Will, ignorándolo, y volvió a dirigirse al anciano:

—Dele un poco de tiempo. Solo necesita un poco de tiempo.

Will se plantó delante de ella.

—He dicho que ya es suficiente. —Su voz sonaba amenazadora.

Pops los miró a ambos, y entendió que tanto Will como Adrienne buscaban protegerlo. Por desgracia, ambos estaban fracasando en el intento, y peor aún, estaban a punto de pelearse.

—Will, creo que ahora me gustaría irme a casa —dijo Pops mientras se alejaba de su nieto y, cojeando, se encaminaba hacia la puerta.

—Está bien, Pops.

Will miró a sus padres con enfado.

—Vámonos —les ordenó.

Charles y Peg ya se habían levantado. La mujer se limpió una lágrima de la mejilla.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —le preguntó a su hijo.

—Él os necesita —respondió tajante Will, señalando al anciano.

Charles asintió.

—Iré a por nuestras cosas.

—No. Nos vamos ya. Vendrás mañana a por tus cosas. Si podéis dormir en una tienda de campaña en medio de la jungla, podéis pasar una noche sin vuestras maletas.

Momentos después, la casa de Adrienne estaba vacía. Nadie se había molestado en cerrar la puerta principal. ¿Y qué importaba? Las puertas están hechas para estar abiertas. A excepción de la puerta del corazón. Esa debe mantenerse cerrada a toda costa.

Capítulo 20

Will metió su equipo de buceo en la maleta, deseando que el ardor de estómago desapareciera. Se había quedado despierto hasta tarde con Pops y sus padres. Tenía que admitir que Charles y Peg sabían cuidar de alguien que estaba dolido. Su madre preparaba té mientras los hombres se reunían en el porche. Pops se quitó el reloj, lo golpeó contra su pierna, se lo acercó al oído y luego lo volvió a golpear. Charles tomó el reloj y lo abrió con la ayuda de un cuchillo. Metódicamente, limpió el polvo y le dio cuerda. Al terminar se lo devolvió a su padre. El anciano recibió consuelo todo el tiempo. Will se dio cuenta de que el consuelo silencioso conlleva más poder y fuerza que las palabras cuando uno está acompañado de sus seres más queridos.

Definitivamente, su padre y su madre tenían sus puntos fuertes. Después de guardar su equipo de buceo en el maletero, miró una última vez la casa. Pensaba regresar para asegurarse de que Pops estuviese bien. Pero una vocecita dentro de su cabeza le decía que era mejor que Pops tuviera tiempo a solas con Charles y Peg. Les vendría bien a los tres.



El mal de amores se siente igual, sin importar la edad de quien lo sufre. Sara se quedó en el porche trasero la mayor parte de la mañana. Sus ojos estaban hinchados y rojos. Adrienne se imaginó que no había dormido en toda la noche. Ella tampoco había dormido mucho y se había acercado a la puerta de Sara varias veces. No llamó a la puerta en ningún momento, se limitó a escuchar respirar a la anciana. En una de esas ocasiones, de madrugada, se quedó ahí de pie al oír que Sara lloraba.

—¿Quiere más café, Sara? —le preguntó, asomando la cabeza por la puerta trasera.

—No, querida —respondió con sus ojos tristes mirando su taza aún llena.

Adrienne salió al porche.

—Seguro que ya se ha enfriado. Permítame recalentarlo.

Sus dedos frágiles levantaron la taza para que Adrienne la tomara.

—Tenías razón. Debí decirle la verdad.

Adrienne tragó saliva y se sentó en silencio junto a Sara.

—Pero jamás esperé... que me propusiera matrimonio. Eso lo cambió todo.

La taza se quedó abandonada en la mesa lateral mientras Adrienne tomaba a Sara de la mano.

—¿Por qué lo cambió todo?

Sara se retiró un mechón de pelo de la cara.

—Estábamos construyendo una amistad, tal vez hasta nos estábamos enamorando, pero... no podría casarme con él habiendo esa mentira tan enorme de por medio. Y ahora es demasiado tarde.

Sara miró hacia la playa, con la vista perdida.

Adrienne hizo lo mismo y vio a un hombre pescando. Era fascinante la forma en que llevaba la red sobre el hombro, y cómo esta se desplegaba en un círculo perfecto cuando la lanzaba.

—Estoy segura de que podrán resolver esta situación.

Sara se volvió para mirarla.

—No hay forma de resolver esto. De nuevo, lo he echado todo a perder. Las segundas oportunidades son maravillosas si uno sabe cómo aprovecharlas.

Adrienne no tenía nada más que decir, así que guardó silencio.

—No dejes que el amor se te escape, Adrienne. Cuando te lancen la red, no te asustes, no huyas. —Sara miró la playa otra vez—. El océano es muy desolador si uno está solo.

El corazón de Adrienne se rompió en pedacitos. Tan apenada estaba, que casi no oyó el timbre de la puerta. Agobiada, caminó lentamente a la puerta. Primero sintió la descarga en los dedos de las manos y los pies, y luego directamente en el corazón.

—Will —susurró.

Él se quedó inmóvil como una estatua, con los ojos fríos y la espalda recta.

—No fue idea mía venir. Pops quiere ver a Sara.

Adrienne se hizo a un lado y Pops, Charles y Sara pasaron frente a ella. Will entró el último. La joven acompañó al abuelo para no tener que lidiar con Will:

—Le encantará verlo. Está en el porche trasero.

—Gracias —respondió Pops. Con los hombros caídos, caminó hasta la parte de atrás de la casa.

Adrienne miró a Peg, buscando una explicación.

—Siente que le debe una disculpa por la forma en que se marchó.

A un lado de su madre, Will emitió un sonido de disgusto.

—Ella fue la que se marchó.

Peg se volvió para mirar a su hijo.

—¡William Jefferson Bryant!

Adrienne abrió los ojos de par en par.

—Sí, ella se marchó. Después de que le pidiera matrimonio, Will. Matrimonio. Tal vez no lo entiendas, pero para las mujeres eso es algo muy importante. Grandioso, de hecho. No importa la edad que uno tenga.

Will apretó la mandíbula.

Vaya. Y Adrienne pensaba que ella estaba teniendo una mañana difícil.

Cuando Pops y Sara se levantaron y caminaron hacia la playa, Adrienne les ofreció café a los demás. Solo podía imaginarse la conversación entre los ancianos, pero sabía que tenía que decirles a los demás la verdad sobre las cartas. Sara le estaba contando la verdad a Pops, de eso estaba segura. Pero no podría obligarla a dar explicaciones dos veces. Así que ella lo hizo. Les contó que Grace no quería responder las cartas de Pops durante la guerra, y que Sara temía que William no tuviera la voluntad de sobrevivir sin la esperanza de recibir las cartas de su enamorada. Toda la verdad. Charles y Peg escucharon sin mucha reacción, pero Will estaba enfurecido.

—¿Y tú sabías esto desde el principio?

—No, Will —dijo Adrienne, molesta—. Me enteré la noche de la fiesta de las Fuerzas Aéreas. Sara sabía que tendría que decírselo algún día, pero no quería destruir la amistad que empezaba a renacer.

—Una amistad construida con mentiras —dijo él sarcásticamente.

Adrienne se enfadó.

—Verás, Will, la vida no es tan fácil como crees, y el amor lo complica todo. Sara se equivocó. —Se acercó a él, desafiante—. Ha estado enamorada de él desde que tenía catorce años. ¿Sabes la razón por la cual Sara jamás se casó?

Will tragó saliva y se inclinó hacia atrás, para evitar la trayectoria de las palabras de Adrienne, que lo golpeaban como pequeños dardos envenenados. Ella interpretó el movimiento de él como una invitación a acercarse más.

—Ella jamás lo olvidó. Ha vivido sesenta años amando a un hombre que jamás pensó que la correspondería.

Cuando se dio cuenta de que se había acercado tanto que sus cuerpos casi se tocaban, inspiró profundamente y dio un paso atrás.

Will se mantuvo en silencio.

—Sentía terror de volver a perderlo. Si no puedes entender eso, eres más insensible de lo que creía.

Will abrió la boca, pero no dijo nada. Se acarició la barbilla y balbució:

—Está bien.

Peg tomó la mano de su hijo.

—No puedes proteger a Pops de todo.

Adrienne vio cómo Will sonreía a su madre.

Después de una espera que pareció eterna, pero que no llevó más de veinte minutos, Pops y Sara regresaron. Adrienne no podía interpretar su lenguaje corporal a distancia, pero suspiró con alivio cuando Pops tomó a Sara de la mano justo cuando subían los escalones que conducían a la playa.

Pops se detuvo en la sala de estar y apoyó una mano en la chimenea.

—Nunca he sido un hombre brillante. Del montón, tal vez. Pero no me avergüenzo de ello. Me siento orgulloso. Mi meta en la vida ha sido ser un buen hombre. Eso es todo. Dios me ha bendecido. Y, nuevamente, tengo lo que no me merezco. Hace muchos años, dos niñas se trasladaron a esta casa con su madre, venían de Carolina del Norte. Pasaban muchas tardes en el agua, nadando o pescando. —Miró a los demás—. Sé que parece que mi discurso es disperso, pero es importante para mí que todos vosotros lo entendáis. —Nadie se movió ni habló. William prosiguió—: Me uní al ejército en el cuarenta y dos. Y alguien me escribía cartas desde casa. —Como si estuviera reviviendo los horrores de la guerra, Pops se aferró a la chimenea para encontrar el equilibrio—. A menos que alguno de vosotros haya vivido una guerra, no podréis ni imaginaos la incertidumbre, la constante presencia de la muerte. Mis compañeros soldados y yo solo nos teníamos los unos a los otros. Luchamos y lloramos hombro con hombro —miró al suelo—, y algunos dieron sus vidas por los demás. Tal vez por eso eran tan importantes las cartas. Me recordaban que aún existía otro mundo. Quise a los hombres con los que serví, los quise como si fuésemos hermanos. Estábamos conectados a un nivel que solo los soldados en el campo de batalla pueden entender. Pero yo fui a la guerra por otra razón. Y cuando leía las cartas que me llegaban de casa, recordaba esa razón. Recordaba el olor a magnolia en el verano, las moras en la primavera, el sonido del mar golpeando la arena. Y al leer esas cartas, me enamoré. Fue amor verdadero. —Miró a Sara una vez más—. ¿Me escuchas, Sara? Me enamoré de ti hace sesenta años a través de tus cartas.

Sara ya no ocultaba sus lágrimas. Caían silenciosamente.

—Y por eso quiero que mi familia me escuche cuando diga esto. —Se acercó a ella y la tomó de la mano para levantarla de la silla. Con ella enfrente, Pops le preguntó—: Sara, ¿quieres casarte conmigo?

Su voz temblaba, pero todos los presentes lo escucharon perfectamente:

—Sí... Sí, quiero.

Adrienne sintió una felicidad agrisada que se mezcló con el dolor de su propia pérdida. Estas dos emociones contrarias lucharon dentro de ella. Al final se decidió por la felicidad. Todo había comenzado con una carta, una nota escrita a mano hacía mucho tiempo, y una determinación de subsanar los errores del pasado. Y aunque el camino escabroso estuvo lleno de obstáculos, el final del camino fue hermoso para Pops y Sara. Aunque terrible para Adrienne. Decidió no pensar más en ello, y se acercó a los recién prometidos con los brazos abiertos. Le dio un último abrazo a la familia como despedida.

Will quería irse de la casa de Adrienne, pero nadie le hacía caso. Todos decían: «Sí, sí, hagamos planes para la boda». ¿Acaso habían olvidado que esa mujer había engañado a Pops? ¿Durante décadas?

Will se pasó la mano por la cabeza, muy furioso, y dejó a la familia feliz dentro de la casa. En el horizonte se acumulaban nubes tormentosas, advirtiendo que sería mejor permanecer en tierra firme. Se asomó por la ventana y vio a Pops y a Sara entrar felices en la cocina, mientras que el viento y la arena le golpeaban las piernas.

De acuerdo. Puede que Adrienne supiera mejor que él lo que su propia familia necesitaba saber. Tal vez él no siempre sabía lo que era mejor. Will recogió una concha. La examinó un momento y luego la tiró al mar, como Pops había hecho el día anterior.

Aunque no lo quisiera aceptar, Adrienne era lo mejor que le había pasado en su vida. Si ambos pudieran estar solos en una isla desierta, tal vez tuvieran una oportunidad. Will se metió las manos en los bolsillos y caminó por la arena cuando de pronto escuchó la voz de su padre. Cerró los ojos.

—Espera, Will —dijo Charles, esforzándose para alcanzarlo. Sonreía cuando llegó a su lado—. ¿Puedo pasear contigo?

Will señaló a su alrededor.

—Es una playa pública.

Charles tragó saliva y su mirada se posó en la arena. Habló en voz baja, con la misma falta de entusiasmo.

—Quiero decir... ¿Te importa si te acompaño?

Will se sintió culpable. Era su padre, y lo amaba. Solo estaba enfadado con él.

—Sí, papá. Puedes acompañarme —dijo casi sinceramente.

Charles se agachó para examinar un coco.

—Necesito hablar contigo, Will. —Se incorporó y se metió las manos en los bolsillos, como había hecho Will—. Hace tiempo que quiero hacerlo.

Will se le erizó el pelo. Charles miró a su hijo detenidamente, antes de preguntar:

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo?

Will podía evitar esa discusión. Lo había hecho muchas veces antes. Pero durante los últimos meses había aprendido muchas cosas, y una de las lecciones más importantes había sido que las cosas no siempre son lo que parecen.

—Papá, no estoy enfadado.

—Basta —le interrumpió Charles, algo inusual en él—. Sí lo estás, pero no sé por qué.

—¿Estás de broma? —dijo Will, mirándolo fijamente.

Charles solo mostraba confusión en sus ojos. Will negó con la cabeza.

—Nos abandonaste, papá. Dos veces.

Charles seguía sin entender a su hijo.

—Abandonaste a tu familia por personas que ni siquiera conocías. Lo hiciste una vez, y luego cuando Pops te necesitaba más que nunca, lo volviste a hacer. Por extraños, papá.

Charles se dio la vuelta lentamente. Notaba cómo asomaban las lágrimas en sus ojos al mirar las nubes tormentosas.

Will estudió la cara de su padre y notó las arrugas, más profundas de lo que recordaba. ¿Desde cuándo su padre tenía canas en las sienes? De repente Charles le pareció viejo. Frágil. Como si la confesión de Will le hubiese añadido veinte años de golpe. Finalmente Charles habló en voz baja:

—Nunca se me han dado bien los deportes —dijo, y Will se preguntó si su padre había perdido el juicio—. No sé jugar ni al baloncesto ni al béisbol. Tu madre me gana siempre.

—¿Qué? —exclamó Will, alarmado por las incoherencias en el discurso de su padre.

Pero Charles estaba como ausente, parecía que hablara con alguien más.

—Soy un pésimo pescador. Me mareo solo de pensar en el mar.

—Papá —dijo Will bruscamente, con tono serio para llamar su atención—. ¿De qué estás hablando?

Charles lo miró fijamente.

—Siempre me he enorgullecido de tu relación con mi padre..., quiero decir que me sentía un poco incómodo —se corrigió—, pero no como algo negativo, solo que... —Levantó los hombros y los dejó caer—. Siempre me he sentido como un intruso. Envidiaba vuestra amistad. Eres

como una copia de él, incluso por su afición al béisbol. Si no fuera por la felicidad que siento al verlos juntos, probablemente sentiría celos.

Will hizo un esfuerzo por entender a su padre.

—Mi padre y mi hijo —dijo con orgullo—, tan cercanos como hermanos.

Jamás en su vida Will se había preguntado cómo se sentiría su padre al respecto de su relación con Pops. Charles Bryant era un hombre inteligente, pero era más bien estudioso, no muy atlético. No podía batear una pelota ni atrapar un disco volador. Esas actividades no eran naturales para él. Pero arreglar relojes, eso sí. Y no solo relojes, sino programas informáticos, explicar las leyes de la física a alguien que no sabía de ciencia... Para eso era un ejemplo excelente. Sin embargo, tanto a Will como a Pops se les daba bien cualquier deporte. Will se sintió culpable otra vez.

—Cuando murió tu abuela estábamos tramitando la vuelta a casa. Luego me enteré de que planeabas llevarte a Pops a vivir contigo y... —Will se sintió molesto de nuevo. Eso no era excusa.

—¿Y qué, papá? ¿Cambiaste tus planes? En efecto, yo quería que Pops viviera conmigo, pero debiste detenerme, o al menos intentarlo, luchar por él. —Ese era el meollo del asunto. Sus padres no habían luchado por Pops.

—¿Crees que me lo habrías permitido? Ya te habías decidido. —Puso su mano sobre el hombro de Will—. Hijo, todos tenemos una misión en la vida. Mi padre se siente más a gusto viviendo contigo. Pero... —sacudió la cabeza—, de haber sabido que te molestaba...

Will lo interrumpió.

—No me molesta. Me encanta tener a Pops en casa. No entiendo cómo pudisteis desprenderos de él, eso es todo.

—Cuando tu abuelo se enteró de que volveríamos a casa, se enfadó. Para él es muy importante nuestro trabajo. Dijo que la gente en Senegal nos necesitaba más que él. Dijo que no nos perdonaría jamás si regresábamos. Entonces entendí que en realidad no tenía mucho que ofrecerle. No compartimos los mismos intereses. No puedo llevarlo a pescar, ni a pasear en barca. Me costó mucho trabajo tomar una decisión. Y una noche tuve un sueño. Te vi a ti y a Pops caminando en dirección al muelle. Puede sonar estúpido, pero en ese instante supe lo que debía hacer.

Charles respiró hondo y recogió una concha. Le sacudió la arena y la lanzó al mar. No llegó ni a una tercera parte de la distancia de la concha de Will.

—Debí hablarte de mis razones. Me parece que esa es la parte más difícil de estar en otro continente. —Se volvió para mirar a su hijo—. Muchas personas forman sus familias dentro de Peace Corps. Los niños crecen allí, y les encanta. Sienten que tienen dos patrias. Pero no queríamos eso para ti. Queríamos que crecieras cerca de tus abuelos, que pudieras practicar deporte e ir al cine con tus amigos. No planeábamos salir del país hasta que terminaras la universidad, pero siempre fuiste muy independiente. No parecías necesitarnos desde que cumpliste los catorce años y empezaste a trabajar. Durante tu último curso en el instituto surgió la oportunidad de ir a África. Sabíamos que en el momento de irnos ya estarías en la universidad. Nos pareció un buen momento.

¿Por qué nunca supo Will todo eso? Él no había supuesto una cadena que impidiera llevar a cabo los planes de sus padres. Todo lo contrario, fue su amor por él y por los abuelos lo que los mantuvo en Estados Unidos. Ellos quisieron que él creciera en casa.

Charles colocó las manos sobre los hombros de Will y lo miró con sus intensos ojos azules.

—De haber sabido cómo te sentías...

—Nunca supe que vuestras decisiones se basaban en lo mejor para mí. Papá, lo siento mucho.

Charles le dio un abrazo.

—Bueno, tu madre y yo pensamos que solo tendríamos cinco o seis años de voluntariado antes

de tener que regresar a casa. Pero tal vez debíamos haber esperado más antes de irnos.

—¿Por qué solo cinco o seis años?

—De nuevo, tú dictas los tiempos. Íbamos a esperar a que terminaras la universidad. Nos imaginábamos que tu vida seguiría el curso natural. Después de la universidad viene el matrimonio, y... —Miró a su hijo—. No creerías que tu madre iba a querer vivir a treinta horas de distancia de sus nietos, ¿o sí?

—Pues probablemente tendréis más tiempo ahora —dijo Will, y se pasó la mano por el cabello.

—Adrienne es una mujer increíble, ¿verdad? No te des por vencido.

—Tal vez ella ya se haya dado por vencida por mi culpa.

—El tiempo lo dirá —concluyó Charles—. Will, me alegro mucho de que hayamos hablado.

—Yo también me alegro, papá. Esto lo cambia todo.

Will pasó un brazo por los hombros de su padre y caminaron hasta la casa lentamente, disfrutando del calor del sol que iluminaba su mundo.

Al subir al patio trasero se encontró con una visión hermosa. Adrienne lo miró desde el fregadero de la cocina, y Will vio que en lo más profundo de sus ojos marrones se avecinaba otra tormenta.



Adrienne estaba decidida. Lentamente, como hace la miel, su decisión se cimentó dentro de ella y apartó cualquier pensamiento sobre las segundas oportunidades. Había observado cómo Will y su padre paseaban juntos de regreso a la casa y vio cómo el peso que los consumía se desvanecía. Se habían reencontrado. Eso solo significaba una cosa.

Will entró a la cocina, donde ella se había ocultado.

—¿Podemos hablar? —le preguntó.

Ella echó la cabeza hacia atrás ligeramente, como si esperara un puñetazo.

—Claro.

Dejó que le tomara de la mano y la llevara al comedor, que les ofrecía un poco más de privacidad que la cocina.

Will respiró hondo y comenzó:

—Acertaste al traer a mis padres.

Hacía poco que la sala estaba pintada, todo menos el suelo. Casi no se notaba. Había que buscar para encontrar las manchas. Pero Adrienne sabía que estaban ahí, y aunque el resto de la estancia se veía bonita, ella solo veía el suelo manchado.

Los ojos de Will le suplicaban al seguir percibiendo en ella indiferencia.

Adrienne había sentido la alegría que irradiaba Will cuando entraron en el comedor. La alegría de un hombre que siente que su vida al final está en orden. Pero ahora notaba que la preocupación se asomaba.

—Algún día espero aprender a confiar en tus instintos. Pops está feliz. Él y Sara están juntos. Entiendo las razones de mi padre. Tenías razón.

Ella entrecerró sus ojos oscuros.

—¿Ah, sí? ¿Tenía razón?

—Sí —contestó; cuando iba a tomarle la mano, ella se alejó.

Will mantuvo una expresión estoica.

—Estoy intentando pedirte perdón.

—Entonces, hazlo —le interrumpió la joven.

—Lo siento, Adrienne, lo siento de verdad —dijo Will, frunciendo el ceño.

—No te preocupes —contestó ella, cortante. Se limpió las manos con un trapo de cocina, evitando que Will pudiera verle los ojos.

La preocupación de Will era grande, y más después de su reacción ante la disculpa.

—Está bien —dijo lentamente—. Sigues molesta. Lo entiendo.

Ella tiró el trapo encima de la mesa.

—No estoy enfadada. Esperaba esto de ti. Tenía razón, y esto ha llegado a su fin. —Su voz sonaba contundente.

—V-vaya —tartamudeó él—. Tienes un don para perdonar a las personas. Solo quiero decirte que de ahora en adelante jamás cuestionaré tus decisiones.

Las risas en la estancia contigua invadieron el comedor, en un marcado contraste con el ambiente frío y tenso de la conversación. Adrienne parpadeó.

—No es necesario.

—Sí es necesario, si vamos a estar juntos. Eres muy importante para mí, Adrienne. Has traído a mi vida mucha alegría. Quiero que sepas que confiaré en ti. —«Confiaré». Una palabra tan fácil de decir...

—Gracias, pero realmente no es necesario.

—Siento que lo que tenemos es especial. Quiero protegerlo.—Se acercó un poco más a ella—. Si vamos a entablar una relación...

Ella lo interrumpió:

—No va a comenzar nada entre nosotros, ¿es que no lo entiendes? No vamos a entablar ninguna relación. Ni la tenemos ahora ni tampoco la tendremos en el futuro, ¿me has oído? —Dicho esto, observó cómo sus palabras surtían efecto en la mirada de Will, en su expresión, en su corazón.

—Pero...

—Escúchame, Will. ¿Por qué querría estar en una relación con alguien que siempre piensa lo peor de mí? Claro, luego siempre vienes a pedirme perdón, pero es muy doloroso, y no estoy dispuesta a soportarlo más. ¿Sabes lo que se siente cuando andas de puntillas toda tu vida? Yo sí, y no quiero hacerlo nunca más. No lo haré. —Tragó saliva y desvió la mirada para no verlo agonizar—. Lo siento, Will, de verdad. Pero no puedo.

Will apretó los labios. Sus ojos suplicaban, pero ella no se retractaría. No podía. Había vivido cinco, casi seis años con Eric, esperando que las cosas mejoraran. Los defectos en la personalidad de su exmarido no mejoraron. De hecho, empeoraron.

Esta historia estaba tocando a su fin. Él saldría de su vida y ella podría regresar a su rutina sencilla y tranquila. Y terminaría de pintar el suelo.

Entonces él dijo lo impensable. Sus palabras fueron un suave susurro, pero la cortaron como un cuchillo.

—Pero yo te amo.

Adrienne inspiró con intensidad. No estaba preparada para esa frase. No le había indicado a su mente ni a su corazón que tendrían que afrontar semejante declaración de amor. Un frío nauseabundo la cubrió, dejándola con los nervios de punta. Intentó ser fiel a sus convicciones, pero sentía cómo se le escapaban de las manos.

—No importa —susurró, aunque se sentía morir—. A veces el amor no es suficiente.

Parecía que a Will le habían disparado en el estómago. Se llevó un puño al corazón y puso una expresión de desconcierto, esperando que Adrienne rectificara.

Ella desvió su mirada, no podía con el dolor. Lentamente se dio la vuelta y regresó a la cocina, dejándolo junto a la mesa, de pie, con los hombros caídos y los ojos inexpresivos.

Una vez en la cocina, empezó a temblar sin poder controlarse. A pesar de que el sol entraba por la ventana y la calentaba, el frío le había calado hasta los huesos. Y no era el tipo de frío del invierno o de una pista de hielo o del océano en una noche fresca. Era el tipo de frío que emanaba del interior. Era el frío característico de la soledad absoluta.

Se abrazó con fuerza por los hombros, haciéndose friegas para que su cuerpo entrara en calor.

No importaba lo fría y sola que se sintiera, sabía que había hecho lo correcto. Había oído hablar de personas que caían de nuevo en situaciones de las que habían escapado, pero hasta ese momento no lo había entendido. Ella lo amaba también. Lo amaba con todo su corazón, pero ¿cómo podría llegar a ser independiente y fuerte cuando él la cuestionaba en todo momento? Decidió que el amor y la confianza eran dos cosas diferentes. Y por el momento, ninguna de las dos estaba en su futuro a corto plazo.



Adrienne observó la hermosa casa desde el buzón. Su casa de playa de estilo victoriano estaba casi terminada y brillaba como un faro. Aunque le faltaba el granito de la cocina. Pero había valido la pena. Echó un vistazo al cheque que llevaba en la mano. Había tenido que pelearse con el vendedor de granito para recuperar el depósito y casi lo había considerado un despilfarro, pero finalmente el vendedor cedió. Habían pasado ya dos meses desde la fiesta de cumpleaños, y Adrienne estaba de pie a la orilla de su césped perfectamente cortado, con un cheque en la mano. Lo llevaría al banco más tarde y lo mandaría a Charles y a Peg para ayudar en su misión.

Pops y Sara se casarían al cabo de tres meses. Los padres de Will regresarían para la ceremonia. Mientras estaban en Estados Unidos les habían devuelto los fondos perdidos. Tenía ganas de verlos.

Cerró el buzón y echó la cabeza para atrás, dejando que la brisa le retirara el cabello de la cara. Deseaba también que se llevara su tristeza. Adrienne añoraba el estilo de vida atareado al que se había acostumbrado cuando estaba metida de lleno en los asuntos familiares de los Bryant. Pero desde el día de la fiesta se había centrado en su trabajo, y la casa era buena muestra de su esfuerzo. Aunque brillaba, se sentía tan solitaria como ella misma. Adrienne lo notaba. A la casa le hacía falta el calor de una familia, el toque de las voces, de las caricias humanas. Ella no podía aportar nada de eso, y ese fracaso hacía que su desesperanza fuera aún mayor.

Había visto a Will un par de veces desde entonces. Él siempre intentaba entablar una conversación, pero ella lo evitaba en todo momento. Era mejor mantenerse lo más alejada posible. Era doloroso para él y venenoso para ella.

Se habría sentido tranquila y en paz de no ser porque Sara le pidió que fuera su dama de honor. Adrienne sabía que eso la pondría en contacto con Will en algún momento.

Le echaba de menos. Adrienne subió los escalones hacia su casa, aletargada. Lo extrañaba todos los días. Observando su porche, se preguntó si debería vender la casa.

Masticó la idea... y el labio por dentro un buen rato. «Sí, vende. Casi has terminado el trabajo. ¿Por qué no? Podrías irte a otro lugar». El viento arreció, y la brisa trajo consigo un aroma a madreSelva y menta, pero, sutilmente, también trajo consigo algo que ella deseaba aún más. Era la promesa tentadora de un comienzo refrescante.

Con el viento agitando aún su pelo, entró en casa y llamó a Mary Lathrop. Ultimaron los detalles y decidieron poner la casa en venta dos meses más tarde. Eso le daría a Adrienne tiempo para terminar la reforma y se quedaría un mes más para asistir a la boda.

—Espero venderla rápidamente —le aseguró Mary.

Adrienne lo veía posible. A pesar de estar muy deteriorada cuando la compró, era una propiedad de primera. Y ahora, una casa victoriana completamente reformada.

¿Y luego qué? Un montón de revistas esperaban en el suelo de la sala de estar a que les echara una ojeada. Las llevó junto a la isla de la cocina. Con el movimiento, un folleto cayó al suelo. Ella lo observó girar y revolotear hasta que cayó cerca del balde de la basura. Lo recogió y estaba a punto de tirarlo, cuando retiró los dedos que tapaban parte del texto y se le congeló la sangre por unos momentos.

—No —balbució, tiró el anuncio y dio media vuelta. Pero el papel cayó fuera del balde. El movimiento captó su atención y Adrienne afinó la vista.

«Escuela Culinaria... ¿Por qué no lo pruebas?», se leía en el anuncio tirado en el suelo. Ella lo miró con los brazos cruzados y la cadera inclinada.

«¿Por qué no lo pruebo?» Tamborileó el dedo índice sobre la barbilla. Esta vez recogió el folleto y lo puso encima de la mesa de la cocina. Le encantaba cocinar y tenía un don para combinar ingredientes que deleitaban los paladares de los demás. «¿Por qué no lo pruebo?», se preguntó de nuevo mientras se pasaba un mechón de pelo por detrás de la oreja. Sonrió.

Adrienne empezó a planear su futuro.

Quince minutos después, sonó el teléfono. Era Sammie.

—Hola, Chicago. ¿Estás ocupada?

«Sí», pensó Adrienne, «estoy muy ocupada planeando un futuro que te excluye a ti y a las demás personas que he llegado a amar en este lugar». Pero en cambio solo dijo:

—No, solo había ido a buscar la correspondencia al buzón.

—¿Puedes venir a la cafetería?

—Supongo —contestó Adrienne, pero sabía que no estaba en condiciones de ser la mejor compañía.

—Bien. Aquí está sucediendo algo que creo que debes ver.

Adrienne subió las escaleras preguntándose qué podía ser lo que obligara a Sammie a sonar tan misteriosa y... emocionada. Hubo un tiempo en que las palabras «Aquí está sucediendo algo que creo que debes ver» habrían desencadenado la imaginación de Adrienne. Siempre se había sentido atraída por los enigmas y su mente habría imaginado cualquier escenario posible: desde un desastre natural hasta un circo en el estacionamiento de la cafetería.

Pero nunca más. Esas cosas le parecían infantiles y estúpidas ahora que estaba ocupada cuidando de su corazón roto. Era más seguro tomar las llaves del vehículo y conducir cinco minutos en vez de dejar volar la imaginación. La imaginación solo conducía a la decepción.

Sammie la había estado vigilando muy de cerca el primer mes después de la ruptura —si es que se la podría llamar de esa forma— con Will, pero en las últimas semanas Sammie había dejado a un lado su faceta de mamá gallina y se comportaba como una amiga normal.

Adrienne condujo hasta la cafetería, pero cuando vio que el estacionamiento estaba lleno, se fijó más, no fuera a haber jaulas con leones dentro o camiones transportando un circo. Nada. Solo vehículos y personas normales. Personas por todas partes. Tuvo que estacionar a una calle de distancia. Al entrar, la cafetería estaba abarrotada, y rápidamente vio el cabello rojo de Sammie. Esquivó a un grupo numeroso de clientes y le preguntó:

—¿Qué sucede?

Sammie señaló, sonriente.

—Ahí viene Ryan, él te lo puede explicar.

Adrienne frunció el ceño. Ryan se acercó a las dos mujeres y abrazó a Adrienne, antes de comenzar su explicación.

—¿Recuerdas la carta sobre el acto de generosidad inesperada?

Ella asintió.

—La carta de William, sí.

—Bueno, pues publicamos parte de la carta en el periódico de la universidad y lanzamos un reto a la gente para que se inspirase. —Ryan estiró los brazos—. Todas estas personas respondieron a la llamada. Hoy irán a la escuela primaria de Northside para pintarla y dejarla limpia para el comienzo de las clases.

Adrienne observó a su alrededor y notó que la mayoría de la gente eran jóvenes de edad universitaria, y todos llevaban ropa adecuada para la labor manual.

—Esto es increíble. Pero ¿por qué Northside?

—Es la escuela que obtiene la menor cantidad de fondos, y la que tiene mayor necesidad. —Sammie la tomó de los brazos y abrió los ojos de par en par—. Adrienne, ¿ves lo que has provocado?

Adrienne dio un paso atrás intentando liberarse.

—¿Yo?

—¡Pues claro! Si no hubieras encontrado esas cartas, si no hubieras buscado a William, nada de esto habría sucedido.

Adrienne bajó la vista al suelo. Muchas cosas no habrían sucedido. No tendría el corazón roto, por ejemplo. Sammie se fijó en la puerta y empezó a agitar las manos vigorosamente, saludando a alguien.

Adrienne seguía con la mirada clavada en el suelo, mientras pensaba de qué modo unas cartas antiguas habrían inspirado a un grupo de universitarios. Finalmente entendió la magnitud de lo que los jóvenes harían. Enseguida se emocionó.

—Ryan, felicidades. Has logrado algo increíble.

—No lo he hecho yo. Solo se lo transmití a la persona encargada de escribir el artículo. Esta iniciativa surgió de este hombre —explicó Ryan, y señaló a la espalda de Adrienne.

La chica se volvió y se encontró de frente con Will. Se quedó sin aire.

Will pasó por su lado para estrechar la mano de Ryan.

—Gracias por venir. Traigo las lonas para pintar en el maletero. Lo he dejado abierto.

Ryan desapareció, y Adrienne parpadeó, intentando entender todo aquello.

—¿Puedes creerlo? —dijo Will, abriendo los brazos. Sonrió, y la cafetería pareció derretirse alrededor de Adrienne—. Pensé que con suerte tal vez vendrían quince o veinte personas.

—¿Cómo? —Este asunto de tener a Will y a Ryan colaborando en un proyecto, con Sammie de intermediaria, parecía un sueño extraño.

—Cuando leí el artículo en la universidad, contacté con el reportero. El equipo de submarinismo ya llevaba tiempo buscando nuevas formas de ayudar a la comunidad. ¿Recuerdas que fuiste a una de nuestras reuniones?

—Sí —balbució ella.

—Cuando le dije al reportero mi nombre, me pidió permiso para escribir un artículo sobre Pops. Le dije que sí, pero con la condición de que sentásemos un precedente. Inspírate. Haz algo fuera de lo normal. Lleva a cabo un acto de generosidad inesperada. Invitamos al público a que se uniera al proyecto de limpieza y pintura de Northside.

Adrienne no pudo contener una sonrisa tímida.

—Un artículo sobre Pops, ¿eh?

Los ojos verdes de Will brillaron.

— Sí. Es importante recordar el pasado, Adrienne. El pasado es lo que nos hace ser quienes somos.

Esas eran palabras de Adrienne. Palabras de hacía una eternidad. Palabras que ella le había dicho a él y que le habían cambiado. Y ahora era evidente que Will la estaba retando a que ella se dejara cambiar por esas mismas palabras. No hablaba de niños ni de escuelas ni de actos de generosidad. Will le sostuvo la mirada, y Adrienne sintió que esos círculos verdes le podían robar toda su voluntad. Tal vez era cierto que ese hombre tenía mucho poder. Al lado de él se sentía pequeña. De pronto, una duda la sobresaltó.

—¿Quién está pagando todo esto?

Will parpadeó y desvió la mirada. Intentó saludar a alguien que estaba al otro lado de la cafetería. Se notaba... incómodo, y eso intrigó a Adrienne.

—Bueno, es momento de comenzar —dijo él. Cuando se puso en movimiento, Adrienne lo tomó del brazo.

—¿Tú estás pagando todo esto?

Will no contestó. El contacto de su piel con la de Will provocó chispas casi visibles. Adrienne quiso retirar la mano, pero la electricidad que corría entre ellos provocó que sus dedos temblaran. El cuerpo de Will respondió con un estremecimiento que surgió desde lo más profundo de su ser... y que invadió a Adrienne. Piel con piel, el calor los quemaba, pero aun así ella no podía alejarse. Will la miró de frente. Sus labios estaban abiertos; olía a los asientos de piel de su Mercedes y a esa esencia que no había podido nombrar. Ni resistir.

—Ven conmigo —susurró Will, y aunque Adrienne sabía que la estaba invitando a unirse al grupo de trabajo, había otra oferta implícita. Algo que la hizo sentirse desinhibida, que la hizo sentirse poderosa y femenina.

Aunque sabía que no debía hacerlo, encerró esas palabras en su corazón, permitió que entraran en lo más profundo de su ser, y dejó que su cerebro recorriera un camino peligroso. ¿Cómo se había sentido tan pequeña en comparación con ese hombre hacía apenas un momento, cuando ahora sentía que podía conquistar el mundo? Las palabras de Sara saltaron a su mente: «El océano es muy desolador si uno está solo».

Adrienne enderezó los hombros y reunió todo el valor disponible. Más adelante tendría que afrontar todas las preguntas e insinuaciones implícitas en la petición de Will, pero por el momento podía responderle en lo básico.

—Cuenta conmigo —dijo, y se soltó de su brazo.

Adrienne se había olvidado de que Sammie estaba ahí, hasta que su amiga habló:

—Con una tropa semejante prácticamente se podría reformar la escuela entera. Debe de haber cien personas.

Justo cuando Adrienne se soltó del brazo, Will al parecer dejó, a regañadientes, ese lugar íntimo y oscuro al que habían viajado hacía tan solo unos segundos. Sonrió.

—Brillará cuando hayamos terminado —prosiguió Sammie—. Incluso tenemos permiso para pintar unos murales en las paredes. Los niños no reconocerán su propia escuela.

Adrienne se imaginó a los pequeños entrando en la escuela recién pintada. ¿Qué sentirían esos niños al observar los murales nuevos?

—Will, esto es realmente maravilloso. Felicidades.

Él la miró fijamente otra vez, y el corazón de Adrienne se detuvo de nuevo.

Ella tragó saliva cuando se dio cuenta de que no iba muy arreglada. Y luego se reprendió por preocuparse de esos detalles. Se había vestido para pintar en su casa, así lo tenía planeado. Cuando Sammie la llamó, no pensó en cambiarse la ropa.

Will se mordió el labio inferior. Un haz de luz suave iluminó un lado de su rostro, y por un instante Adrienne sintió que era la única persona en el universo.

—Me alegra que nos acompañes.

—Bueno —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Tenía cosas muy urgentes que hacer, pero de pronto me he sentido inspirada.

Capítulo 21

Un mal día pintando era mejor que un buen día autocompadeciéndose. Pero no había sido un mal día. De hecho, había sido una excelente forma de animarse. Había trabajado, limpiado y fregado junto al resto de la gente que se había unido al reto de Will. Adrienne se había esforzado por evitarlo la mayor parte del día, para de esa forma facilitarle las cosas a su corazón. Cuando regresó a casa, estaba de muy buen humor y bastante satisfecha con lo que había hecho.

Cuando cayó la noche, ella y Sammie se encontraban comentando anécdotas sobre el proyecto de reforma escolar.

—Saldrá en las noticias locales.

—Eso es excelente, ojalá inspire a más personas —dijo Adrienne.

Sammie asintió, y se frotó el codo.

—No me gusta envejecer. Este codo me está matando.

—Bueno, no te he visto descansar en todo el día. Te traeré un poco de té helado.

Adrienne entró a la cocina, y Sammie le lanzó una mirada.

—¿Me estás diciendo que tengo la culpa de que me duela el brazo?

—Solo te digo que tengo aspirinas, si quieres.

—No —dijo Sammie, agitando una mano con desdén—. Me haré masajes con aceite de castor en casa.

Sammie y sus remedios caseros.

—Aceite de castor... ¡Toma ya! —exclamó Adrienne mientras le pasaba un vaso de té que ya había acumulado gotas de humedad. Cuando Sammie echó la cabeza para atrás y dio el primer sorbo, la humedad del vaso se le escurrió por la mano.

—Está delicioso.

—Lo prepararé bajo el sol.

Adrienne ya se había acostumbrado a la humedad y al hecho de que, incluso en interiores, el agua se condensaba rápidamente en los vasos.

—Me he fijado en que Ryan estuvo a tu lado mientras pintábamos. Creo que Will también se fijó. Me imagino qué habrá pensado al respecto...

—No me importa lo que piense Will —replicó Adrienne con sequedad.

—Entonces, ¿tú y Ryan...?

Adrienne ya estaba negando con la cabeza antes de que Sammie acabara la frase.

—No.

Sammie la miró con ojos entrecerrados. Sus sospechas eran intolerables.

—Simplemente no hay nada entre nosotros.

—Mmm —musitó Sammie mientras ponía cara de que el codo le dolía.

Adrienne se encogió de hombros.

—De hecho, me gustaría que hubiera algo. Pero no siento por él...

—¿No sientes por él lo que sientes por Will?

—Iba a decir que no siento por él lo que debería. —Adrienne se estiró para tomar un posavasos, luego colocó té encima de la mesa.

—Entonces, ¿no estás enamorada de Will?

Adrienne hizo una mueca.

—¿Sabes, qué? Sí amo a Will. Está bien, ya lo he dicho. Lo amo, lo amo, lo amo. —Hizo una pausa para dejar que las palabras cayeran al suelo y murieran—. Pero eso no cambia las cosas.

—Cariño... —dijo Sammie inclinada hacia ella, con un mechón rojo delante de la cara—. Eso lo cambia todo.

—No veo por qué.

Sammie se echó para atrás, estiró los brazos a los lados y los descansó sobre los cojines del sillón.

—Dime una cosa. ¿Por qué terminaste con Will?

«Ahorrémonos el psicoanálisis, por favor...» No era algo que se pudiera explicar fácilmente.

—Para que no te hiriera, ¿correcto? —respondió Sammie por ella, con una mano extendida con la palma hacia el techo.

—Si lo quieres simplificar tantísimo, sí. —Adrienne no quería hablar de eso. Había evitado el tema varias veces con Sammie, y se proponía hacerlo de nuevo.

—Sin embargo, fracasaste. Porque te hirió. Estás enamorada de él, Adrienne. ¿No crees que vale la pena darte una oportunidad? ¿No vale la pena luchar por eso?

Pero Adrienne no quería luchar. Simplemente quería existir y disfrutar de la vida, y no tener que estar siempre cubriéndose las espaldas. No podía culpar a Sammie por lo que intentaba hacer; de hecho, la adoraba por su buena intención. Pero era un tema que estaba muerto. No podía arriesgarse a sentirse traicionada otra vez. Y eso era lo que le había hecho Will, la había traicionado. Hizo un gesto lento con la cabeza.

—¿Vale la pena? Tal vez para la mayoría de la gente. —Se levantó de la silla y fue hasta la otra punta de la sala. Sammie se colocó de lado en el sofá para mantenerla en su línea de visión—. Pero no para mí. —Adrienne desapareció en la cocina un par de minutos, y luego regresó con un vaso de agua y dos aspirinas.

Sammie suspiró y se las tomó.



Era una trampa. Adrienne lo sabía. La había visto venir y sabía exactamente cómo respondería. Estaba al teléfono con Sara, quien no paraba de hablar sobre su próxima boda, y su luna de miel, y toda la diversión que acompañaría ese día tan especial. Sara había perdido tres kilos, y no paraba de presumir de ello. Habló de cómo dejó de comer carne roja y bla, bla, bla. Adrienne se pasó una mano por el pelo, disgustada consigo misma. ¿Por qué no podía dejar a un lado su pena y sentirse feliz por la pareja, sin tener que sentir lástima por ella misma?

—En fin —canturreó Sara—, necesito que vengas conmigo, con Pops y con Will. Vamos a almorzar en el Hotel Naples Elite. Necesitamos terminar de planear todo para el ensayo, la ceremonia y la fiesta. —Sara continuó hablando sobre la alimentación sana.

Adrienne recostó la cabeza en la pared de la sala de estar. Claro que iría. Tenía que hacerlo. No podía decepcionar a Pops y a Sara bajo ningún concepto. Lo peor era encontrarse con Will. Era muy difícil estar cerca de él. Claro que también era difícil estar alejada de él. Aunque ya habían pasado más de dos meses desde la fiesta de cumpleaños, Adrienne aún pensaba en Will todos los días. Respiró fuerte para sacarlo de su cabeza por milésima vez.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Sara con preocupación.

—Ah —Adrienne salió de sus ensoñaciones, no quería que la anciana notara lo incómoda que le hacían sentir estas situaciones—. Sí, excelente. Me encantará acompañarlos. Me han dicho que el Naples Elite ofrece unos almuerzos magníficos.

—Entonces, pasaremos a recogerte el sábado a las diez.

—Vaya, es este sábado —dijo, pensando rápido—. Tengo que encargarme de unos asuntos por la mañana. Mejor nos vemos directamente allí.

—Está bien —dijo Sara—. Gracias de nuevo, Adrienne.

Pero Adrienne no sentía que mereciera su agradecimiento.

Se sentía atrapada.



El sábado por la mañana Will había cambiado de opinión tres veces sobre la ropa que llevaría puesta al almuerzo. Después de probarse otra vez la camisa de vestir y los pantalones de lino, se decidió por un polo y unos vaqueros. A Adrienne le gustaba mucho cómo le quedaban los pantalones vaqueros. «Esto es estúpido», se dijo a sí mismo. «Unos pantalones no harán que se enamore de ti».

El jefe de sala del restaurante los condujo hasta su mesa, pero Will no tenía hambre. Su estómago estaba hecho un manojo de nervios, y la comida le daba asco. Se sentó de forma que pudiera ver la puerta. Cuando ella entró, su corazón comenzó a latir con fuerza.

Llevaba un vestido de verano blanco y ligero, ajustado a las caderas. Sus piernas parecían ser más largas gracias a los zapatos de tacón que realzaban los músculos de sus delgadas pantorrillas. Su piel estaba un poco más bronceada, y su cabello oscuro le rozaba los hombros al caminar. Estaba espectacular.

Adrienne se acercó a la mesa y abrazó a Pops primero y luego a Sara. Al mirar a Will, rodeó la mesa y lo abrazó por cortesía también. Él aspiró profundamente para llenarse del aroma y de la vitalidad de Adrienne.

—Me alegro de verte, Will.

—Yo también. —Intentó sonar relajado, pero se sentía en la más absoluta quiebra. ¿Algún día podría olvidar a esa mujer? No. Y, francamente, no quería hacerlo. Le había dicho a su padre que no se daría por vencido con Adrienne. Y no tenía intención de hacerlo. Estaba decidido. Al verla de nuevo, después de aquel momento excitante en la cafetería de Sammie, se reafirmó en sus intenciones. No había ninguna otra mujer en el mundo para él. Solo ella. Adrienne lo era todo.

Comieron con vistas a la bahía. El mar brillaba, anticipando todas las barcas, tanto las deportivas como las de pesca, que se preparaban para zarpar. La brisa del mar refrescaba el patio bajo el cálido sol. La sal de la brisa se acumulaba en la ventana del restaurante.

Pops y Sara se casarían en este mismo hotel. Los padres de Will asistirían a la boda, y todo debía estar perfecto. Solo le faltaba poder tener a la mujer que amaba en sus brazos, a su lado. Will miraba a Adrienne con disimulo cada vez que podía. Era incapaz de interpretar su expresión, pues charlaba muy tranquila sobre la reforma de su casa y sobre la boda. Había enterrado con éxito aquello que la perturbaba debajo de una sonrisa amable pero fría como el acero. A cualquiera que la observara le parecería que estaba pasando una excelente mañana con Sara y Pops, incluso con Will. Eso le molestó. Ella no tenía derecho a actuar de forma tan relajada, elegante y feliz cuando él por dentro se estaba desmoronando. Cada risa, cada vez que pestañeaba, era como un golpe demoledor, y Will era un edificio en ruinas.

La decepción lo apuñalaba en el pecho. Habían tenido algo especial, algo único, pero seguro que ella ya lo había superado. Lo que fuera que habían compartido al parecer ya no existía, y no importaba lo poderoso que se sintiera entonces. No obstante, Adrienne Carter era una mujer compleja cuya apariencia exterior resultaba muy difícil de interpretar. Tenía muchas capas. Cuando Pops y Sara se levantaron de la mesa para acercarse al balcón, un silencio incómodo se extendió entre Will y Adrienne.

—Gracias por venir —dijo él abruptamente.

—No me lo podía perder —respondió ella con una sonrisa.

—Es muy importante para Pops y para Sara. —Le sudaban las manos—. Y yo también estoy encantado de que hayas venido.

Ella lo miró a los ojos.

—Will, por el bien de Pops y de Sara, espero que podamos comportarnos... —hizo una pausa,

buscando las palabras correctas—, amablemente el uno con el otro.

«Amablemente». La palabra cayó como una piedra en su estómago y lo revolvió por dentro. Eso era todo. Así sería su relación con la mujer que amaba. Su mundo se oscureció, dejando solo una luz diminuta.

—Está bien, si crees que esa es la mejor opción por el momento...

¿Le estaba dando la razón? No. No era la mejor opción. Ni ahora, ni nunca. La mejor opción para él sería pasar el resto de su vida con esa mujer. Pero Adrienne no aceptaba más presión. Había pasado muchos años presionada por otras personas, y él no quería formar parte de ese grupo. Ella tenía derecho a llegar a la misma conclusión que él, a su debido tiempo. Simplemente no estaba en sus manos. Pero tampoco iba a dejar que se mintiera a sí misma. Y eso era lo que estaba haciendo.

La miró con intensidad. Ella le sostuvo la mirada, pero cuando parpadeó mostró la primera grieta, y luego otra. Los hombros de Adrienne cayeron casi imperceptiblemente, y se avivó el fuego ardiente en su interior, al igual que el día de la cafetería.

Había llegado su oportunidad. Will se acercó y la cautivó, mostrándose igual de asertivo que ella.

—¿Es realmente lo que quieres?

Ella tragó saliva y le sostuvo la mirada.

—Lo es. —Luego parpadeó varias veces y desvió la mirada.

Hubo un destello en sus ojos. Will notó la mentira. Su corazón la traicionó y dejó al descubierto los sentimientos que tan bien había ocultado. Por el momento, eso sería suficiente. Lo único que Will sabía era que no se daría por vencido. Esa pequeña chispa le confirmó que aún tenía una oportunidad. Pequeña, pero una oportunidad al fin y al cabo, aunque era solo una semilla.

—¿Cómo van las obras de la reforma?

—Casi he terminado. —Al parecer, a Adrienne le gustó cambiar de tema. Dio un sorbo a su café.

—Ha sido un proyecto largo, ¿verdad?

Ella asintió, mirando hacia la gran ventana de la bahía donde Pops y Sara estaban con las manos entrelazadas, viendo cómo bailaban las gaviotas y se acercaban al agua buscando su desayuno.

—¿Y qué sigue después?

—La voy a vender. —Adrienne quiso sonar neutra, pero hubo cierta intención en su tono de voz—. Seguramente me mudaré. He enviado una solicitud para entrar en una escuela de cocina en Tallahassee.

Por un momento Will no pudo hablar. Jamás pensó que ella podría dejar la ciudad. ¿Cómo podría convencerla de que debían estar juntos si Adrienne ya no vivía ahí? Sintió un relámpago de frío en el pecho.

—No lo sabía. ¿Pops lo sabe?

—Nadie lo sabe aún —le confesó—. Bueno, mi agente inmobiliaria, y ahora tú.

La mente de Will se enturbió.

—Les decepcionaré. Eres muy importante para ellos.

—Y ellos lo son para mí.

De nuevo sus ojos contaban una historia diferente a lo que sus palabras decían. No solo eran importantes para ella; los quería como si fueran de su propia familia. Will notaba que el corazón de Adrienne no estaba feliz con la decisión tomada, así que decidió luchar y ofrecerle razones por las cuales quedarse.

—Tienes amigos aquí. Está Sammie. —Fue un intento patético, pero debía probar.

Ella asintió.

—Bueno, si la casa se vende rápidamente, tendré suficiente dinero para pagar la matrícula de inscripción en la escuela y alquilar un apartamento. Todo el dinero que obtuve del divorcio lo invertí en esa casa, así que necesito venderla para dar el siguiente paso en mi vida.

Will la miró fijamente, y sintió que el calor lo sofocaba. Adrienne puso los ojos en blanco.

—Si me aceptan, claro.

Will se preocupó aún más por la actitud fría e indiferente de Adrienne. ¿Él había mencionado a sus amigos y ella solo había respondido con «si la casa se vende rápidamente, tendré suficiente dinero para pagar la matrícula de inscripción en la escuela»? La cosa iba mal, y Will no estaba ocultando su pánico debidamente. Ella lo notó, se mordió el labio por dentro y tamborileó con la uña del dedo en la taza de café.

—No es que quiera irme de aquí, pero la escuela está allí. Teniendo en cuenta que ya tengo estudios universitarios, podría abrir una empresa de comidas gourmet a domicilio. —Adrienne bajó la mirada de nuevo—. Siempre me ha interesado ese campo de negocio.

—Yo... eh.... Espero que todo salga como quieres, Adrienne —alcanzó a decir, pero su voz se quebró. No había mucha sinceridad en sus palabras.

La situación se estaba descontrolando y no podía hacer nada al respecto. De todo lo que Adrienne necesitaba, ser independiente era lo primero de la lista.

Cuando Pops y Sara regresaron, hablaron de los últimos detalles de la boda pendientes. Adrienne sacó una pequeña libreta del bolso.

—Ya que la boda será el sábado a las tres de la tarde, el hotel propone hacer el ensayo el viernes por la mañana. Encaja dentro de su calendario de eventos, y yo pienso que es bueno hacerlo así, para descansar el resto del viernes y estar listos para el gran día.

Pops y Sara estuvieron de acuerdo, pero Will no estaba prestando atención. No había contribuido mucho a esa reunión, y a pesar de que se sentía inútil, no podía concentrarse.

Después de unos treinta minutos más de planificación, Adrienne cerró su libreta de golpe.

—¡Creo que eso es todo!

Los cuatro salieron del restaurante. Will, Pops y Sara se encaminaron al Mercedes, y Adrienne a su deportivo. Después de cerrar la puerta de Sara, Will descansó la mano sobre la carrocería y miró cómo la mujer que amaba salía del estacionamiento; el parpadeo de su intermitente le recordaba que ella se iba en otra dirección. Lejos de las personas que amaba, y lejos de él.



—¿Te vas a mudar? —preguntó Sammie, con las manos sobre la cadera—. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Adrienne le hizo señas para que entrara.

—Nada es seguro aún. Tal vez no me acepten en la escuela.

Sammie entró en la cocina y dejó dos bolsas de café en grano sobre la mesa.

—Pero, ¿vas a vender la casa?

Adrienne le respondió con un suave movimiento de la cabeza y en voz baja:

—Sí, lo haré.

Sammie salió con prisas y se dejó caer sobre una silla en la cocina. Adrienne se sentó delante de ella.

—Tomé la decisión hace poco. No había tenido oportunidad de comentártelo aún.

—¿Sabes qué creo? —dijo Sammie con un tono dolido—. Creo que es una excusa. Creo que te da miedo quedarte aquí a causa de Will, y estás huyendo.

Adrienne jugueteó con un mantel color salmón.

—Tal vez.

Sammie se inclinó hacia delante, y continuó:

—Lo amas, y tienes miedo de caer en la tentación si te quedas aquí. Así que prefieres alejarte de la amenaza.

Tenía razón, Adrienne no podía negarlo. Pero tampoco iba a cambiar su decisión.

—Estoy decidida, Sammie.

Su amiga suspiró.

—¿Puedo darte mi opinión?

—¿Es que no acabas de hacerlo? —replicó Adrienne con una sonrisa sarcástica.

—Cuando llegaste a este lugar dijiste que querías trabajar aspectos de ti misma. Que querías ser una mujer más fuerte. Y desde entonces te he visto tomar decisiones difíciles y hacer saltar una capa tras otras de debilidades. Pero en esta ocasión estás haciendo lo contrario. Ahora que realmente hay algo importante en juego, algo por lo que vale la pena luchar, te estás encogiendo para regresar a tu capullo. Ya no cabes ahí, Chicago. Es como un ataúd. Y ahora que has crecido, te queda pequeño. Te sofocará, y lo hará rápidamente.

Adrienne sintió que se le helaba la sangre. Sammie sacudió su falda, frustrada.

—No tienes idea de cuánto te envidio. Eres joven, bella, tienes la vida por delante. Pero tengo algo que decirte, Chicago; prefiero ser una vieja y cansada dueña de una pequeña cafetería, pero que vive la vida al máximo, que una mujer joven que se niega a vivir.

Adrienne levantó las manos, desesperada.

—Eso intento hacer, vivir mi vida.

Sammie puso las palmas de las manos encima de la mesa.

—No creas que es mi intención regañarte. Lo que te digo es que él siguió creciendo, y tú te estancaste.

—¿De qué hablas? —Adrienne había crecido. Seguía creciendo y cambiando, se estaba convirtiendo en la mujer que siempre había querido ser.

¿O tal vez no?

Tal vez todas estas decisiones que tomaba para controlar su propia vida eran una excusa. Casi se muere al tener que estar sentada con Will mientras Pops y Sara estaban en el balcón del restaurante. Todos estaban felices y haciendo cosas con su vida, mientras que ella... Bueno, ¿de verdad que su decisión de vender la casa y mudarse era un intento de escapar a su dolor? ¿De escapar de los recuerdos tan recientes de ese lugar? Cuando miraba el océano desde su porche trasero, lo único que le venía a la mente era Will y Pops. Recordaba cuando fue de pesca con ellos, y cuando tiró los restos de cangrejo en la cocina. Cuando subía a la primera planta de su casa lo único que veía era a Sara caminando con el libro sobre la cabeza, demostrándole a Adrienne cómo comportarse como una dama. Solo veía fantasmas; los fantasmas de un pasado que no tenían nada que ver con su futuro.

No importaba que le doliera tanto. No se iba a dar por vencida. Si fuera una persona derrotista, se refugiaría dentro de sí misma, en su caparazón, y no saldría nunca más. Adrienne intentaba seguir adelante. ¿Acaso eso no era un acto de valentía? ¿Por mínimo que fuera? Las palabras ofensivas de Sammie le ardieron por dentro.

—¿Por qué dices que él siguió creciendo y yo no? —quiso saber Adrienne; utilizó un tono de voz mordaz, y no pensaba disculparse ni sentirse mal por ello. Sammie había cruzado una línea roja.

—Me dijiste que ibas a darle a Will tiempo para cambiar. Me dijiste que su gran problema era que no se enfrentaba a los problemas, que se lo guardaba todo, en concreto sus desacuerdos con sus padres. Pero ya resolvió eso. Hasta tomó la decisión de aceptar el pasado de Pops, por más doloroso que fuera. Cariño, ese hombre ha hecho grandes avances.

Adrienne la miró inexpresiva.

—Y lo ha hecho por ti —prosiguió Sammie—. Él no pidió crecer, pero tomó la decisión de hacerlo cuando tú se lo pediste. Tú viniste aquí para crecer, pero ahora estás huyendo.

Adrienne sintió ganas de alejarse de todo. Sammie no entendía nada. Nadie la entendería. Se encogió de hombros.

Sammie aún no había acabado.

—¿Se enfadó cuando hiciste algo que pudo causarle mucho dolor? ¿Qué me dices de eso? Arriesgaste con la vida de personas que apenas conocías, pero que son las personas más importantes en su vida. ¿Cómo esperabas que él reaccionara? Tú estableciste el precedente, ¿no te parece? Luego él se reconcilió con sus padres. Y tú, en vez de apreciar su esfuerzo, le cerraste la puerta en las narices.

Adrienne no podía respirar a causa del shock. Sentía que todo a su alrededor se oscurecía, que la bruma invadía su campo de visión y solo la dejaba enfocar a esa mujer a quien consideraba su amiga. Sammie se levantó de la mesa de repente.

—¿Sabes qué? Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Sigues dejando que Eric arruine tu vida. Me das lástima, Adrienne.

Sammie se fue.

Adrienne miró el recipiente con la fruta que hacía de centro de mesa. Las manzanas estaban empezando a pudrirse. Escogió las partes feas y marrones, y una por una las retiró del bol. Las naranjas seguían en buen estado. Le gustaban las naranjas de Florida. Le encantaba la selección de fruta tropical fresca que podía encontrar en el supermercado de la esquina, o en el mercado callejero que se organizaba en el estacionamiento del centro todos los sábados.

Recorrió la casa con la mirada. Esa casa. Su casa. La casa que había encontrado cuando buscó «casa en venta en la costa del Golfo en Florida». Adrienne había hecho una oferta aun cuando su conciencia le gritaba que no lo hiciera. Había hallado en su interior una gran fuerza que había estado enterrada bajo el sucio lodo de los abusos de Eric. Le había dado todo su tiempo y amor a esta casa, hasta sangre. Y había valido la pena. Sentía que podía dejarla ir. A fin de cuentas, la casa le había dado mucho a ella también. Había aprendido que podía sobrevivir sola. Que era fuerte. Y aunque amaba su hogar, la ciudad y, por supuesto, a varios de sus vecinos, estaría bien si se iba. Tiró las manzanas a la basura sin dudarle. Tallahassee también tenía supermercados.



La mañana del ensayo, un día antes de la boda, Adrienne era un manojo de nervios. Quería que todo saliera perfectamente. «Así será», se repetía a sí misma, intentando deshacerse de las mariposas en su estómago. Mary Lathrop la había llamado para decirle que había conseguido una oferta de compra, pero Adrienne no podía concentrarse en ese tema por el momento. Hacía dos semanas había recibido una carta de aceptación en la escuela de cocina y se había sorprendido por su falta de entusiasmo al leerla. Era lo que ella quería, debería estar más emocionada con la noticia.

«Es a causa de la boda», decidió. Ella y Sara habían pasado varias horas seguidas ultimando todos los detalles, y, francamente, Adrienne estaba cansada. Esa era la causa de su falta de entusiasmo. Una vez que hubiera descansado, se sentiría más emocionada por su próxima aventura. Estaba convencida de ello.

Adrienne entró en el salón de baile y lo que vio la impactó. A pesar de que había estado ahí la noche anterior, revisando los últimos toques, había estado demasiado cansada para apreciarlo en su conjunto. Había dedicado toda su energía a detalles como los ramos de flores y la disposición de las sillas.

¿En realidad ese era el mismo salón de baile en el que había estado la noche anterior? El espacio estaba decorado de variados tonos de blanco que iban desde invierno cálido hasta algodón suave y esponjoso. La elegancia de la decoración la hizo sonreír. Todo estaba magnífico, y Sara y Pops estarían encantados.

El ensayo salió perfecto, y todos los que entraron en la habitación comentaron lo hermosa que había quedado la decoración. Sara la abrazó y se lo agradeció, incluso le dijo que de haber

tenido una hija, le hubiera gustado que fuera como Adrienne.

Sara parecía no querer concluir el abrazo y se quedó en esa posición unos segundos, con la cabeza apoyada en el hombro de Adrienne. Cuando la anciana la soltó, Adrienne la miró a los ojos. Aunque Sara intentaba ocultarlo, se notaba que estaba exhausta. De inmediato sonrió para disimular, pero detrás de esa fachada había cierta desesperación.

Sara cruzó el salón y Adrienne sintió pavor. Vio cómo la novia tropezaba. Sara se apoyó en una mesa para recuperar la estabilidad y se quedó ahí un par de minutos. Algo iba mal. Esa mujer había caminado más que todos juntos cuando fueron al zoológico y en la celebración de las Fuerzas Aéreas.

Además, Sara estaba pálida. Era comprensible; ella misma estaba exhausta, y Sara había mantenido su mismo ritmo durante la planificación y las horas pasadas con la decoración. Sin embargo, Sara casi tenía ochenta años.

De nuevo Adrienne vio cómo se apoyaba en otra mesa. Cuando terminaron con el ensayo, Adrienne decidió que había llegado el momento de que Sara se tomara un descanso.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando Adrienne empezó a caminar en dirección a la entrada del salón, donde la pareja feliz estaba despidiendo a sus invitados, Sara miró a Adrienne en la distancia. Un segundo después, puso los ojos en blanco y se desplomó en el suelo.

Adrienne corrió hacia ella. Sara había perdido el conocimiento. Su piel estaba totalmente pálida. Pops la sostenía en sus brazos, arrodillado junto a ella.

—¿Sara? ¡Sara! —gritó Pops, ahogándose con las palabras.

Will se puso de rodillas también, y ahí estaban todos, rodeando a la novia. Pops acarició el brazo de Sara, murmurando en voz baja. El hombre que había engañado a la muerte durante más de ochenta años se estaba desmoronando.

Adrienne oyó que alguien decía que una ambulancia estaba de camino. Varios empleados del hotel se acercaron, pero nadie podía hacer nada por Sara, que seguía recostada en los brazos de Pops.

Peg gritó al entrar en el salón. Ella y Charles habían ido a la recepción para confirmar las reservas y para asegurarse de que Pops y Sara tuvieran la suite de luna de miel. Charles se puso de rodillas igual que los demás.

—¿Respira?

Will se quitó la chaqueta, la dobló y la colocó debajo de la cabeza de Sara. Adrienne le sostenía una mano. Estaba fría. Delgada y fría, como las ramas de los árboles en el invierno. Adrienne, vagamente consciente de lo que pasaba a su alrededor, captó pequeños fragmentos de conversaciones. Los invitados hablaban, sobresaltados, deseando que la ambulancia llegara cuanto antes, pero por más que todos se preocuparan, no conseguirían que llegara más rápido por arte de magia. Pero lo único que Adrienne escuchaba claramente —y cada palabra le partía el corazón— eran los sollozos de Pops mientras decía:

—No, por favor, Dios. Otra vez no.

Capítulo 22

¿Qué debe de sentirse cuando se pierde a una esposa? Pops ya había sufrido esa tragedia una vez; parecía inimaginable que tuviera que sufrirlo de nuevo. Adrienne estaba en la pequeña capilla del hospital de Naples; al fin entendía el deseo feroz de Will de proteger a su abuelo. No fue hasta el momento en que Sara se desmayó, cuando Adrienne vio el horror de la muerte en los ojos de Pops. Lo terrible que era para él sobrevivir a sus amigos, a sus padres, a tantos que murieron tan jóvenes. Cuando Pops se dejó caer al suelo, sosteniendo a Sara en sus brazos, Adrienne entendió la pérdida a un nivel profundo, un nivel que trascendía sus años. Era insoportable el dolor de ver al hombre amable de los ojos azul claro flaquear mientras su mundo se caía a su alrededor como las hojas en el otoño.

Y todo por culpa de Adrienne. Era imperdonable.

En el hospital les notificaron que no podrían darles noticias hasta que no pasara por lo menos una hora. Adrienne miró a Charles y a Will de pie junto a Pops, sosteniéndolo uno a cada lado. Cuando los ojos acusadores de Will la miraron, ella salió de la sala de espera. Casi iba corriendo cuando se topó con la capilla al fondo del edificio. Huía del dolor que había ocasionado. Will había tenido la razón desde un principio. Era una forma muy amarga de entenderlo por fin.

La capilla era una sala angosta con bancos acolchados. No recordaba haber estado en una iglesia dentro de un hospital. Se sentó e intentó buscar la paz, pero su corazón estaba lleno de culpa. La capilla estaba alumbrada por bombillas que brillaban tenuemente y que cubrían las paredes de una luz suave y reconfortante. Eso ayudaba un poco. Se sentía como en un lugar seguro.

Adrienne se volvió justo cuando una mujer y su hija pequeña entraban y caminaban hacia el altar de la capilla. Se sentaron al otro lado del pasillo, y ella notó el peso de la incertidumbre sobre quiénes serían. La niña, que llevaba un osito de peluche, se puso de rodillas, dejó el muñeco a un lado y empezó a rezar. Adrienne la observó. ¿Las plegarias de los niños serían más efectivas? Tanta esperanza, tanta fe en esos pequeños cuerpos. ¿Sus plegarias sinceras llegarían a la cima del cielo? Probablemente. Cuando terminaron, la madre y su hija salieron de la capilla en silencio. Adrienne estaba sola otra vez, y las dudas la reconcomían por dentro.

¿Por qué no había insistido a Sara para que fuera al médico por la mañana? Había notado su palidez, había notado que se había esforzado por mantener el equilibrio. Si Adrienne hubiera alertado de la situación, tal vez todo sería diferente. Miró su reloj, un regalo de Pops y Sara por haberlos ayudado con la boda. Jugueteó con la correa dorada, y las lágrimas caían por sus mejillas.

De no ser por el amor tan profundo que sentía por esa familia, especialmente por Sara, se iría. Se iría en ese preciso momento, antes de que Will tuviera la oportunidad de destrozarla con sus palabras. Tenían razón, todos tenían razón, incluido Eric: lo único que Adrienne hacía era ocasionar problemas. Claro que tenía buenas intenciones, pero esas eran las que conducían directamente al infierno. Ahora entendía por qué.

Sin embargo, no se marchó. No iba a huir. Tal vez era cobarde, pero no desalmada. Estaba sola en la capilla mientras que la familia estaba reunida en la sala de espera. Ella era alguien ajeno que se había entrometido a la fuerza en las vidas de un grupo de personas que empezaban a recuperarse de una tragedia anterior. Y ahora ella les había ocasionado otra.

Adrienne cerró los ojos cuando escuchó que la puerta de la capilla se cerraba. Era Will. Se armó de valor. Escuchó sus pasos sobre la alfombra suave acercándose a ella.

Adrienne estaba en el primer banco, y en vez de detenerse allí, Will se arrodilló frente a ella.

Cuando la tomó de las manos con gentileza, Adrienne lo miró a los ojos lentamente.

«Ha muerto», era lo que esperaba oír. «Sara ha muerto.» Las palabras la atormentaron antes

de que él abriera la boca. Adrienne imaginó el funeral, y a Pops sentado junto a una tumba, solo otra vez. La pena y el remordimiento inundaban cada centímetro de su cuerpo. Will le dio un suave apretón en las manos.

—¿Adrienne? —le susurró.

«Debe de estar muerta, ¿por qué otra razón no estaría gritándome?» Comenzó a temblar. Las vibraciones empezaron en su pecho, en su corazón, el centro de su ser, y se extendieron hacia fuera.

—Dime —dijo finalmente a regañadientes.

Will la miró desconcertado por un segundo, y luego respondió:

—No... No sabemos nada aún.

Ella se sintió aliviada y soltó la tensión de sus músculos. Los ojos de Will eran como terciopelo verde, tan tiernos como el pétalo de una flor.

—Pero hay algo que deberías saber.

Ella parpadeó para ver con toda claridad. No podía entender por qué Will se estaba comportando con tanta delicadeza. Tal vez se estaba volviendo loca.

Él la acarició con los pulgares.

—Te he buscado para asegurarme de que no te estás culpando por lo que ha pasado.

Adrienne estaba totalmente confundida.

—¿De qué hablas?

Will le puso una mano en la mejilla.

—Escúchame. No importa lo que pase con Sara, al hacer que ella y Pops volvieran a estar juntos les diste a ambos un regalo increíble.

Cuando ella intentó desviar la mirada, Will se lo impidió con la mano en su mejilla.

—No importa si es poco o mucho tiempo.

Ella lo miró fijamente. No estaba segura de estar hablando con el mismo Will Bryant. No podía creerlo.

—Adrienne, nadie tiene asegurado un mañana. La vida es algo precioso y delicado. Casi como el vapor. Pops pasó toda su vida entera con la mujer que amó. Ahora tiene la oportunidad de amar a la mujer de su pasado. —Will se levantó y se sentó junto a ella—. Adrienne, hiciste lo correcto.

La joven cerró los ojos, negando con la cabeza. Intentaba comprender lo que él decía, pero no podía. Estaba equivocado. Ella no había hecho lo correcto. Pops y Will llevaban una buena vida antes de que apareciera ella con las cartas. Ojalá las hubiera dejado en el desván, donde las encontró.

Will alzó la voz un poco.

—¿Me has oído? Hiciste lo correcto.

Ella asintió con la cabeza solo para que Will se callara. Aquello no estaba bien. No era normal. Él debería gritarle. Y ella debería aprender la lección.

—Quiero oírte decirlo.

«¿Decirlo?» No. Intentó alejarse, pero él no la dejaba.

—No puedo. No puedo, porque no puedo creer que este dolor sea lo correcto.

Will tomó su mano y se la puso en el pecho, a la altura del corazón.

—El amor siempre es lo correcto. He aprendido esa lección. Confío en ti, Adrienne. Y creo que tienes razón. El amor por sí mismo no siempre es suficiente. Pero ¿el amor y la confianza juntos? No puedes dejar pasar algo así.

Adrienne no quería que Will siguiera hablando. Tenía que dejar de decir esas palabras porque, a pesar de que el mundo era un caos, sus palabras tenían sentido.

—A veces el amor viene con dolor. Pero no puedes dejar de amar. En ese caso, sería mejor estar muerto.

Los ojos de Adrienne estaban secos y le ardían.

—Entonces, ¿el amor no es suficiente? —dijo ella.

Will le sonrió, y a pesar de su temor, Adrienne se dejó contagiar por la calidez. Luego la abrazó.

—No. El amor no es suficiente. Pero el amor verdadero lo es todo.

Will se acercó más y la besó. Cuando se separaron, ella intentó sonreír.

Una nueva sensación gloriosa invadió su cuerpo, como la lluvia en un desierto, que limpió las viejas cicatrices de enfado y desconfianza. Tomó velocidad y fuerza, y como las olas que se estrellan contra las rocas, se deshizo de la mugre y las telarañas. Sintió en sus huesos una nueva fortaleza que envolvió su corazón y rejuveneció sus extremidades. Por primera vez en años, Adrienne se sintió libre.



Salieron de la capilla y se dirigieron a la sala de espera para estar con el resto de la familia. Pops estaba sentado en una silla en un rincón, con los codos sobre los reposabrazos y sus piernas largas estiradas. Tenía los dedos enlazados, y dibujaba pequeños círculos con los pulgares. Su hijo Charles estaba a su lado, observándolo.

Cuando el doctor entró en la sala de espera, todos se levantaron. Era joven —no parecía tener edad de ser médico— pero Adrienne sabía que eso era común en las salas de urgencias. Por un segundo se preocupó y se preguntó si ese doctor sería capaz de cuidar a Sara como se merecía. El doctor se quitó las gafas y las limpió con su bata blanca.

—Sara ha sufrido una deshidratación aguda. —Volvió a ponérselas—. Está estable y descansando relajada, pero vamos a seguir administrándole suero intravenoso durante varias horas. Después, podrá irse a casa si así lo desea.

Todos suspiraron aliviados.

—¿Deshidratación? ¿Eso es todo? —quiso saber Pops.

El joven médico asintió.

—Sí. Es común en las personas mayores que están en circunstancias estresantes. —Inclinó la cabeza de un lado al otro, un gesto que sin duda había practicado frente al espejo varias veces—. Sara me dijo que ha estado haciendo muchos esfuerzos.

—Mi dulce Sara —dijo Pops—. Nadie la puede detener.

El doctor rio.

—Sí, entiendo que puede ser difícil. También tiene bajos los niveles de hierro. Me dijo que ha estado a dieta a causa de la boda, pero ya no se lo voy a permitir. Le voy a recetar una semana de inyecciones de vitamina B12. Son fáciles de poner y ayudarán a mejorar su sistema inmunológico y su energía. —Y añadió, señalando a Pops—: Debe comer mucha carne roja sin grasa la próxima semana para recuperar las fuerzas.

—Podemos posponer la boda hasta que se encuentre mejor —sugirió el novio, asintiendo con la cabeza.

—No lo aconsejaría —repuso el doctor.

Pops lo miró confundido.

—Sara insiste en que la boda se celebre mañana. —El doctor cruzó los brazos—. Y yo lo veo posible. Debe sentirse bien para entonces... siempre y cuando descanse el día de hoy.

Charles le dio una palmada a Pops en el hombro. El doctor lo miró a fijamente, antes de continuar:

—En realidad, solo me preocupa una cosa.

Pops alzó las manos, rendido.

—Haremos lo que sea para que Sara disfrute de nuestra boda.

El doctor negó con la cabeza, pero sus labios esbozaron una pequeña sonrisa.

—No me preocupa la boda. Lo que me preocupa es la luna de miel.
Pops se sonrojó y se quedó con la boca abierta, mientras los demás se aguantaban la risa.
—Estoy bromeando, tigre. Estará bien —aseguró el doctor. Le dio un apretón de manos a Pops y luego a Charles, miró a Adrienne con admiración, ignoró a Will, y se fue.
El viejo se rascó la cabeza. Todos lo miraban. Abrió la boca para hablar, pero cambió de opinión. Únicamente se metió las manos en los bolsillos, sonrió y se encogió de hombros.



En la habitación contigua al vestidor de la novia, tres hombres se ajustaban el cuello de la camisa y se miraban las manos, esperando que el tiempo pasara más rápido.

—¿Tienes miedo? —preguntó Will, y se levantó para ajustar la corbata de Pops.
La mirada del anciano se perdió por detrás de la espalda de su nieto, a un lugar indeterminado.
—No —contestó Pops, y la calma y serenidad con la que dijo la palabra lo reflejó—. Siento que estoy viviendo un tiempo prestado. La vida es mejor cuando encuentras a quien amar, y entregas tu alma y tu corazón. Todo es más dulce. Todo es nuevo y fresco. Me ha tocado hacer eso no una, sino dos veces. ¿Cómo podría tener miedo de lo que viene cuando he tenido el mundo entero, y ahora lo tendré otra vez?

Will puso las manos sobre los hombros de su abuelo.

—En realidad eres un poeta, Pops.

«Encuentra a quien amar y entrega tu alma y tu corazón». Will había logrado la primera parte. Amaba a Adrienne. La amaba más que la vida misma. Ella se merecía a alguien que se entregara por completo. Se merecía un hombre que le diera alas.

Algunas personas son como la cerámica. El fuego les da la forma suficiente para que tengan capacidad, pero no durabilidad. En cambio, Adrienne era como la porcelana fina. Delicada, pero curtida al fuego a tal temperatura que se reserva solo para los que pueden aguantar cualquier cosa que el mundo les eche. Will se sentía afortunado de haberla conocido. Y se sentía más afortunado aún de amarla.

Ella era la persona a quien Will entregaría su alma y su corazón. Y no por su propio bien, sino por el de ella. Porque se lo merecía. Nada más y nada menos.

Pops levantó las manos y las puso sobre los brazos de Will.

—No dejes que el momento se te escape —dijo, dándole un apretón.

Will frunció el ceño.

—¿Qué momento, Pops? —Buscó una respuesta en el rostro de su abuelo.

Pops suspiró y luego susurró:

—Ya lo sabrás. Lo sabrás cuando llegue. Sabrás cuándo será el momento correcto, y no te echarás atrás. Sin importar nada, ¿me oyes? Sin importar cuando sea.

Will asintió y abrazó a su abuelo, el hombre que le enseñó a amar. Luego se volvió hacia su padre, el hombre que le enseñó a ser altruista. Y ahora Will por fin sentía que podía dejar a Adrienne volar sola, pero ahí estaría él en caso de que se cayese. Por primera vez en su vida, Will realmente había entendido lo que significa ser un hombre.



El salón de baile de Cenicienta esperaba a la princesa, junto con treinta familiares y amigos íntimos. Will y Pops esperaban de pie en la parte delantera, vestidos con elegantes trajes oscuros, con lo que parecían un poco más altos. Adrienne recorrió el pasillo primero, mirando a Will, que la observaba orgulloso de lo que veía. Lo dejó boquiabierto cuando entró. Ella intentó ocultar su sonrisa. Observó a su alrededor y comprobó que nunca había sentido tanto amor

colectivo como en este momento.

Se detuvo junto al pasillo contrario donde esperaban los dos hombres y tomó su lugar. Se dio la vuelta para recibir a Sara.

Cuando la novia entró, todos los invitados suspiraron al unísono. Llevaba un ramo de gardenias blancas en las manos. Respiraba con dificultad. Pops hizo un ademán con su cabeza para invitarla a avanzar. Él sonreía con orgullo al disfrutar no solo de la belleza de Sara, sino también de la felicidad que desprendía su figura.

La ceremonia comenzó. Pops y Sara tenían las manos entrelazadas mientras el reverendo les hablaba de amor y de compromiso. Adrienne estaba perdida en el cuento de hadas, preguntándose cómo las bodas pueden ser tan diferentes y a la vez tan similares. Miró a Will, el hombre que amaba. Recordó el día anterior en el hospital. Sin duda el amor que se profesaban era único. Justo cuando creía que Will iba a romperle el corazón, él en cambio lo acunó y lo protegió. Adrienne recordó el poema que alguna vez había compartido con Sammie.

¿Dónde están todos los poetas?

Rimas pasionales que nadie canta.

Mi corazón a la fecha anhela

que mi poeta príncipe regrese.

¿Sería Will Bryant su poeta príncipe? ¿Sería eso posible? El amor es mucho más que una emoción profunda; es sacrificio, es perdón. Es consuelo. Es alegría. Decidió regresar al presente y poner toda su atención en la ceremonia, mientras el reverendo preguntaba si había algún motivo por el cual los presentes no deberían unirse en matrimonio.

Cuando Adrienne escuchó la voz de Will, se le congeló la sangre.

—Reverendo Vernon, yo tengo un motivo —dijo, dando un paso hacia delante.

La incertidumbre dominó el salón, rebotando en la luz de las velas.

Will tragó saliva e inspiró antes de decir:

—Hasta que no diga lo que tengo que decir, no creo que esta boda pueda continuar.

Miró a Pops. Adrienne notó que Sara miraba a Will con una expresión de alegría en el rostro.

—Di lo que tengas que decir, Will —le invitó Sara.

Respirando hondo, Will pasó junto a la pareja y llegó hasta Adrienne, cuyo rostro estaba encendido.

—No puedo creer que esté haciendo esto —balbució él.

El reverendo Vernon los miró con una expresión que venía a decir: «¿En qué momento he perdido el control de esta ceremonia?».

—Adrienne. —Will la tomó de las manos—. Hasta hace poco no entendía lo que es el amor. Pero ahora lo sé. No soy perfecto. Pero tengo a dos hombres que me han ayudado (y me siguen ayudando) a ser el mejor hombre, el mejor esposo que cualquiera podría tener.

Ella respiró hondo. «¿Aquí? ¿Ahora?»

—Will, deberíamos hablar de esto más tarde —le susurró con la vista puesta en los invitados, que esperaban expectantes. Al lado de Pops, Sara sonreía. ¿No se daba cuenta de que Will estaba interrumpiendo la boda? ¿Su boda? Con los dientes apretados, añadió—: Después, ¿de acuerdo?

—Todos los presentes son familia. —Con la mano extendida, gesticuló hacia el público—. Nos quieren. Y la mayoría de ellos nunca me perdonarían si dejara pasar este momento.

Adrienne volvió a fijarse en Sara, suplicándole con la mirada, pero no encontró ayuda, ya que esta esperaba ansiosamente ver cómo terminaba todo aquello. Luego miró a Pops, quien tampoco la ayudó. Seguramente el reverendo actuaría como la voz de la razón. Pero cuando se fijó de nuevo en él, tenía la Biblia cerrada y la observaba con una expresión divertida,

esperando.

—Adrienne, esta es una de las cosas que me has enseñado.

Ella enarcó las cejas.

—No temes arriesgarte. Es una de las cosas que amo de ti.

Y escuchó a Sara decir:

—Sí que lo hace.

Adrienne sintió que se iba a desmayar.

Will puso los ojos en blanco.

—Me refiero a que al principio era una de las cosas que más me molestaban, pero estás dispuesta a dar el corazón por alguien más. ¿Cómo no podría amar eso de ti?

—Todos te queremos por eso —terció Sara.

La mente de Adrienne no paraba de dar vueltas. Aquello no estaba sucediendo. No podía suceder. Sus planes ya estaban en marcha.

—Will, me voy de aquí en tres semanas.

La sonrisa desapareció de la cara de Will.

Ella negó con la cabeza. Sí, lo amaba, pero su vida iba en una dirección diferente.

—Me han aceptado en la escuela de Tallahassee.

—De acuerdo. —Will asintió, y no tardó mucho en decidirse—. Iré contigo.

Adrienne de nuevo se quedó sin aire. Tenía la garganta seca.

—No puedes simplemente mudarte y dejar tu trabajo y tu casa —advirtió.

—Hay bancos en Tallahassee —replicó Will—. Adrienne, tú mereces hacer realidad tus sueños.

Todos y cada uno de ellos. Y si lo que quieres es ir a la escuela de cocina en Tallahassee, entonces quiero asegurarme de que lo logras. —Le acarició la cara con el pulgar—. Pero también te mereces un héroe. Debes tener a alguien que entienda tu complejidad y que deje que actúes como mujer un día y como niña al siguiente. No creo que nadie lo pueda hacer mejor que yo.

Adrienne sintió un nudo en la garganta.

—Tú... ¿harías eso? ¿Perderías todo por venir conmigo?

—No perdería nada. Lo ganaría todo. —Will echó un rápido vistazo a Pops—. En una ocasión, un hombre muy sabio me dijo que la vida es mejor cuando encuentras a alguien a quien amar y le entregas tu alma y tu corazón. Déjame hacer eso por ti, Adrienne. Por favor.

Ella no podía respirar. No podía moverse. Will estaba arruinándolo todo.

Will se inclinó hacia ella y habló en voz baja, para que solo ella lo escuchara:

—Cásate conmigo. Si quieres estar en Tallahassee, entonces yo quiero estar ahí contigo.

«Cásate conmigo.»

Las palabras retumbaron en su cabeza una y otra vez. «Cásate conmigo», no para que el mundo gire alrededor de él, sino para que el mundo de él gire alrededor de ella. Will estaba dispuesto a hacerlo. Estaba dispuesto a sacrificar todo su mundo para que ella pudiera cumplir sus sueños. La realidad de la propuesta empapó a Adrienne. La sentía como miel caliente cubriendo su corazón, dejando lentamente una marca de dulzura indeleble. Pero la dulzura se podía tornar amarga y... Poco a poco, susurró:

—Eso no es lo que quiero.

Will se quedó sin aire. Su rostro palideció. Y en ese instante ella lo vio todo. Lo veía en su rostro y lo sentía en el aire que había soltado Will. Era amor, miedo y dolor, todo al mismo tiempo. Ella bajó la mirada y se aguantó el llanto porque no soportaba ver tanto dolor.

—No quiero ir a Tallahassee. No quiero irme de aquí y dejar a mi familia.

Will se acercó a ella. Adrienne señaló a la pareja mayor.

—Quiero salir al Golfo en la lancha y comer las verduras del huerto de Pops. Quiero sentarme en el columpio del porche y visitar a Sara. —Las lágrimas caían sobre su vestido de seda—. Y

quiero... quiero casarme contigo.

Él la abrazó y la sostuvo así un buen rato. Sara gritó de emoción y aplaudió.

—Ya estoy en casa —susurró Adrienne al oído de Will. Ni siquiera notó los aplausos que llenaron la sala.

No la quería soltar, pero Will tuvo que regresar a su puesto de padrino de bodas.

El reverendo Vernon volvió a abrir su Biblia.

—Ahora, si nadie más tiene alguna objeción, me gustaría continuar. —Miró a Sara—. ¿Tiene algo que quiera compartir con todos?

Sara asintió, y desdobló la carta con dedos temblorosos.

Querido William:

Durante muchos años me he preguntado cómo sería mi vida si el hombre que amo estuviera a mi lado. Pasé muchos días mirando una calle solitaria, imaginando que un día aparecerías. Pasé muchas noches en vela, llorando hasta quedarme dormida. Pero todo lo que he imaginado y soñado no tiene comparación con la alegría que ahora siento en mi corazón. Prometo recuperar todos los años desperdiciados. Tal vez estemos viejos; nuestros cuerpos están cansados y desgastados. Pero te prometo esto: viviremos, William. Devoraremos toda oportunidad que se nos presente. Y si los ángeles me llevan antes que a ti, te dejaré cartas.

Con ternura, Pops llevó sus viejas manos hasta las mejillas rosadas de Sara. La besó con la pasión de un hombre de la mitad de su edad.

Después de los votos, el reverendo Vernon cerró la Biblia.

—Ahora los declaro marido y mujer. —Sonriendo, miró a Pops—. Puede besar a la novia. Ahora les pido que se den la vuelta y miren a la congregación mientras los presento —anunció señalando a los invitados—. Damas y caballeros, por favor, feliciten al señor y la señora Bryant. William y Sara caminaron hacia la puerta, salpicados por lluvias de pétalos de flores al recorrer el pasillo.

Adrienne y Will se abrazaron justo delante. El reverendo bromeó con Will:

—Puedo ofrecerle un especial de dos por uno si quieren casarse de una vez.

—Siento mucho haberle interrumpido —se excusó Will, todavía abrazado a Adrienne.

El reverendo, que conocía a la familia Bryant desde que Will tenía edad de rasparse las rodillas en el campo de béisbol de la iglesia, sonrió.

—Nunca pidas perdón por cuestiones de amor. Creo que le diste un regalo increíble a tu abuelo al arruinar su boda.

Will no captó la broma, pues estaba subyugado por los sensuales ojos marrones que tanto amaba.

—Gracias por su oferta, pero no. La boda de Adrienne será un día especial, en la fecha que ella elija. Lo que quiera, cuando quiera, donde quiera.

La volvió a abrazar, descansando su rostro en el cuello suave que finalmente era suyo.

Esa noche, Will y Adrienne estaban sentados en la arena de la playa, aún con la ropa de la boda. La cálida aura del amor los envolvía y los protegía de la frescura del viento que soplaba desde el Golfo. Los pies de ambos estaban llenos de arena, sus zapatos abandonados a un lado. La luna jugaba sobre el agua, dando la impresión de diamantes sobre seda.

—¿Qué te parece Hawai? —dijo Adrienne con la cabeza inclinada para poder verlo.

—¿Qué me parece para qué? —bromeó él.

—Para una boda.

—¡Me encantaría ir! —exclamó Will, mirándola de reojo—. ¿Quién se va a casar?

—Nosotros.

El corazón de Will saltó de alegría al oír eso. Nosotros. Adrienne sería su esposa.

—Vaya, lo siento mucho, señorita Carter, pero de ninguna forma podemos casarnos.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo sabe? Ni siquiera estamos saliendo. Sería un escándalo.

—Sí —dijo ella, y se levantó de la silla para arrodillarse frente a él. Descansó sus manos sobre los muslos de Will y sonrió coqueta—. Sería un gran escándalo. —Acercó su cabeza al cuello de Will—. ¿No acordamos que a ambos nos faltaba más escándalo en nuestras vidas? —Con cada palabra exhaló aire caliente, y su acción tuvo el efecto deseado. Will tembló.

—Bueno —gruñó, tomándola del pelo—. Si es escándalo lo que quieres...

Epílogo

En la actualidad

Will abrazó con fuerza a su hija, compartiendo su fortaleza con ella, así como ella lo hacía con él. Un funeral no es un lugar apropiado para una niña de tres años, pero él creía que había sido buena decisión traerla.

—¿Se despertará mi bisabuelita Sara? —La niña miró el ataúd de nuevo.

Se lo habían intentado explicar, pero había sido imposible poner la muerte en perspectiva para una niña tan pequeña. Cuando sus juguetes morían, papi les ponía baterías nuevas y funcionaban igual que cuando los compraron. Adrienne tomó a Will del brazo.

—Deberíamos haberla dejado con Sammie —susurró.

Él negó con la cabeza, y sonrió a su esposa con tristeza.

—No. Ella recordará esto. No todo, pero algo sí. Es importante que lo viva y que lo recuerde.

Adrienne le apretó suavemente el brazo.

—¿Cómo está Pops?

Will se volvió para ver a su abuelo, que estaba de pie entre Charles y Peg. Como si supiera que su nieto quería estar seguro de que se encontraba bien, Pops lo miró y le guiñó un ojo. Pero ya no había chispa en los ojos de Pops, y Will se resistía a la idea de que no lo tendría cerca mucho tiempo más.

—Él es fuerte.

La pequeña Sara Ann se retorció en los brazos de su padre.

—¿Puedo ir con mi abuela Peggy?

Peg lo oyó y se acercó con los brazos estirados para cargar en ellos a la niña.

Las manos de Will ahora estaban vacías, y no sabía qué hacer con ellas, así que se acercó a su esposa y le acarició el brazo suavemente.

El reverendo Vernon comenzó a hablar:

—Hace siete años, uní a un hombre y a una mujer en matrimonio. Ellos vivieron la historia de amor más adorable que he conocido. A pesar de que pasaron la mayoría de su tiempo aquí, en Florida, a lo largo de estos siete años como marido y mujer visitaron tres continentes e innumerables países. Sara Ambrosia Bryant nació el 11 de julio de 1928. Como la Sara de la Biblia, fue bendecida con una familia hacia el final de su vida. A Sara la sobrevive su esposo, William Bryant; un hijo y una nuera, Charles y Peg Bryant; un nieto y su esposa, Will y Adrienne Bryant de Naples, y una bisnieta. A Sara le encantaba pescar en el golfo de México. Ella y William salían con la lancha los sábados por la mañana y no regresaban hasta la noche. El año pasado pescó un pez vela digno de trofeo, y su esposo jura que el pez solo picó para torturarlo. El reverendo siguió hablando, pero Will centró su atención en Pops, quien se mantenía estoico durante el oficio religioso. Cuando el sermón terminó y todos salieron, Will notó que Pops jugueteaba con algo dentro de su bolsillo.

—¿Qué tienes ahí?

Pops observó la llave de la lancha.

—Creo que saldré esta noche.

La preocupación hizo que Will arrugara la frente. Un viento frío le entró por la pernera del pantalón y le erizó la piel. Will echó un vistazo al cielo, estaban en pleno invierno.

—Se supone que hará frío esta noche, Pops. ¿Por qué no esperas a mañana, y así te acompaño? Pops lo miró de frente, y algo que salió de lo más profundo de su cuerpo hizo que Will sintiera escalofríos.

—No. Saldré yo solo esta vez.

Will pugnaba por que no se le escaparan las lágrimas, pero le ardían la nariz y los ojos.

—En serio, Pops. Quiero ir contigo. Iré contigo esta noche. El césped estará resbaladizo cuando regresemos.

Pero su abuelo contestó muy tranquilo:

—Tengo ochenta y ocho años, Will. Sobreviví a una guerra y dos veces he enterrado al amor de mi vida. No me da miedo un poco de césped mojado. —Lentamente, añadió—: No me da miedo vivir, y no me da miedo morir.

Will sintió pánico y un nudo enorme en la garganta. Intentó hablar, pero el terror lo congeló por completo y no encontró palabras.

—Pops. Mi pesadilla —dijo finalmente Will.

Y esto lo derrumbó. Su voz atormentada sonaba tan rota como su corazón.

—¿Cuántas veces te he dicho que no moriré así? —Miró al cielo, donde se acumulaban grandes nubes—. Hablé de esto con el buen Señor hace tiempo. Una noche cerraré los ojos y...

Esperó a que Will terminara la frase.

—... despertarás en la Gloria.

No importaba si ese día era hoy, dentro de una semana, o dentro de un año. Will no estaba listo para ese momento. Había muchas cosas que necesitaba decir aún.

—Te quiero, Pops.

Pero su abuelo ya se había dado la vuelta y se estaba alejando.

—Yo también te quiero, mi niño. —Cuando lo miró por encima del hombro, Will vio en los ojos de su abuelo el brillo de la juventud—. Cuida de Adrienne. —Will se llevó el puño a la boca—. Y no dejes que Sara Ann se olvide de mí, ¿de acuerdo?

Will veía a Pops borroso a causa de las lágrimas. No pudo responder. Solo asintió con la cabeza. Esa noche, escuchó el ruido del motor de la lancha mientras acariciaba el cabello de Sara Ann al acostarla en su cama.

—¿Me cuentas un cuento, papi?

De alguna forma, Will recuperó el habla.

—Érase una vez un soldado muy valiente llamado William Bryant...

Apenas había empezado la historia cuando Adrienne entró en la habitación corriendo.

—Will, he oído el motor de la lancha.

Will vio a su esposa correr hacia la ventana y apoyarse en la repisa. Se acercó a ella y la abrazó por la cintura.

—Es Pops. Va a salir en la lancha.

Adrienne abrió los ojos de par en par, aterrada.

—Es de noche. Will, tu pesadilla.

Pero él no respondió, ni le dio explicación alguna. Solo miró por la ventana hasta que las luces de la lancha desaparecieron del canal.

Adrienne, frustrada, se alejó de él.

—¿Qué estás haciendo?

Cuando vio que Will soltaba una lágrima solitaria que cayó sobre su mejilla, lo abrazó de nuevo.

—Estoy aprendiendo a soltar.

A las cinco y cuarto de la mañana recibieron una llamada de los Guardacostas. La cabina de su lancha de diez metros estaba vacía; la barca se encontraba anclada en la isla Greece, uno de los lugares favoritos de Pops y Sara para pescar. A las 5:32 el médico forense, amigo de la familia, pasó a verlos.

—Es algo extraño, Will. Encontramos a tu abuelo sobre la playa como si estuviera tomando una siesta, y te juro que estaba sonriendo. No encuentro una causa de la muerte clara. —Se acarició la barbilla—. El bote estaba anclado, no hay señales de pelea. Es como si se hubiera tumbado a mirar las estrellas, cerró los ojos y...

—Y despertó en la Gloria.

—Sabremos más después de la autopsia.

—Está con Sara. Es lo único que necesito saber. Gracias, doctor Baker —dijo Will, y le dio un apretón de manos.



Las ventanas abiertas llenaron la casa de aire fresco. Adrienne estaba delante del fregadero de la cocina lavando la verdura que Sara Ann había elegido del huerto. La pequeña de cinco años salió corriendo al jardín cuando vio una ardilla gorda.

Adrienne se echó a reír.

—Aún cree que atrapará a esa ardilla.

Will abrazó a su esposa por detrás, y puso sus palmas abiertas sobre la panza cada vez más abultada. Le encantaba que su familia pronto tuviera un nuevo miembro. Le besó la oreja.

—Es curiosa, como su madre.

Ella se volvió a medias y descansó su cabeza en el pecho de él.

—Y terca como su padre.

Will la tomó de la barbilla y le subió la cara para mirarla a los ojos.

—¿Sabes? —dijo—, había oído que los hombres encuentran a las mujeres embarazadas atractivas. Nunca lo he acabado de entender hasta ahora.

Adrienne parpadeó inocentemente.

—¿No te sentías atraído por mí cuando estaba embarazada de Sara Ann?

Will refunfuñó.

—Muchísimo. Pero creo que ahora es peor. No puedo dejar de manosearte.

—Nadie te lo prohíbe —dijo Adrienne, sonriendo.

La besó. Will colocó su cuerpo de forma que quedara pegado a ella. Se quedó ahí un momento, besando a su esposa hasta que sintió un golpe ligero en la parte baja de su estómago.

Adrienne le acarició la barriga.

—Este campeón sí que patea fuerte.

Will se agachó para hablar con su hijo:

—En un par de semanas será toda tuya. Pero hasta que no salgas de ahí, es mía. —Besó la barriga de Adrienne, se levantó, la besó en la mejilla, y luego otra vez en la boca, perdido en su esencia.

Esa noche, Will se sentó delante del antiguo escritorio que había en su habitación, con vistas al canal. Más allá de la ventana abierta las olas acariciaban la lancha, y una fuerte brisa llevaba con ella el aroma del otoño. A lo largo de su vida había aprendido muchas cosas. Pero lo que le sorprendía más era el poder de la palabra escrita. Por ese motivo, esa noche, aprovechando que su familia dormía, se sentó al escritorio a redactar unas cartas.

Querida Sara Ann:

Te observo crecer y a veces me pregunto si te estoy dando todos los consejos que necesitas. La vida puede ser difícil, pero también es bella. Me imagino que vivirás tanto dificultades como cosas bellas, como lo hacemos todos. Pero no importa los caminos que decidas recorrer, siempre podrás regresar a casa. Tu madre y tú sois los amores de mi vida. Algún día espero que encuentres a los tuyos.

Hasta entonces, aprovecha cada día al máximo. Vive una vida que te enorgullezca. Sé fuerte cuando tu vida se convierta en una guerra. Y sé amable cuando una amistad requiera alguien en quien confiar. Sé tú misma, Sara Ann, porque no hay nada más bello que tú. De todo lo que te puedo enseñar, esta lección es la más importante. La vida debe vivirse.

Tu mayor admirador,

Papi

Agradecimientos

Escribí este libro y lo guardé en un cajón. Lo escribí para mi propio corazón y me sentí satisfecha de dejarlo ahí. Pero tres personas lo leyeron y no estuvieron de acuerdo con mi decisión. Insistieron en que *Un lazo color lavanda* debía ver la luz y ser compartido con el mundo. Por eso estoy en deuda con Diane, con mi esposo John y con Julie Palella, que me dijo que *Un lazo color lavanda* es su libro favorito hasta la fecha. Sus palabras de aliento me obligaron a sacarlo del cajón, quitarle las telarañas y volver a sumergirme en la historia de Adrienne, Will, Pops y Sara. Me alegro mucho de haberlo hecho.

Jo Von, gracias por tu trabajo, pensamientos, ideas y entusiasmo incontenible.

Kelli, tomaste este libro, lo alimentaste, lo quisiste y ayudaste a darle forma para que acabara siendo mucho más grande de lo que jamás soñé. Tu apoyo me ha convertido en mejor escritora, y tu compromiso con este proyecto hizo que la experiencia de lectura fuera más intensa. Gracias por embarcarte conmigo en esta travesía. Las páginas cantan tu canción.

Sarah Sundin, gracias por compartir tu conocimiento de la Segunda Guerra Mundial, y por ser una de las primeras lectoras. Estoy muy contenta de que nos hayamos conocido.

Y un agradecimiento especial a todos los hombres y mujeres que están sirviendo o han servido en las fuerzas armadas. Ponen sus vidas en peligro para que nosotros podamos vivir sin miedo. Sois mis héroes.